

The book cover features a monochromatic, golden-yellow illustration. At the top, the author's name 'Stendhal' and the title 'Del Amor' are printed in a classic serif font. Below the text, a man and a woman are depicted in profile, facing each other. The man is on the left, with his hand resting on his chin in a contemplative pose. The woman is on the right, also with her hand on her chin. The background is filled with intricate, swirling patterns. At the bottom, three roses are shown in bloom, surrounded by green leaves. The publisher's name 'E LEJANDRIA' is located at the very bottom, with the 'E' inside a small square.

Stendhal
Del Amor

E LEJANDRIA

ma 2120839

COLECCION "LOS GRANDES MAESTROS"
ARTE, LITERATURA, CIENCIAS

STENDHAL
(ENRIQUE BEYLE)

DEL AMOR

INTEGRA VERSIÓN CASTELLANA

DE

EDMUNDO GONZALEZ BLANCO

CONFORME A LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA



Concesionaria exclusiva para la venta :
SOCIEDAD DE LIBRERÍA.—FERRAZ, NÚMERO 25.



STENDHAL

84

DEL AMOR

TRADUCCION INTEGRAL DE E. GONZALEZ BLANCO



Biblioteca Nacional de España

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DEL AMOR

STENDHAL

PUBLICADO: 1822

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE

EDICIÓN: MUNDO LATINO, MADRID, 1920 Y 1929

TRADUCTOR: EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

ÍNDICE

1. [Cubierta](#)
2. [Portada](#)
3. [Preliminares](#)
4. [Del amor](#)
- 5.

6. PRIMER PREFACIO

7. SEGUNDO PREFACIO

8. TERCER PREFACIO

9. LIBRO PRIMERO

10. [Capítulo I DEL AMOR](#)

11. Capítulo II DEL NACIMIENTO DEL AMOR

12. Capítulo III DE LA ESPERANZA

13. [Capítulo IV](#)

14. [Capítulo V](#)

15. Capítulo VI EL RAMO DE SALZBURGO

16. Capítulo VII DE LAS DIFERENCIAS ENTRE EL NACIMIENTO
DEL AMOR EN LOS DOS SEXOS

17. [Capítulo VIII](#)

18. [Capítulo IX](#)

19. Capítulo X EJEMPLOS DE LA CRISTALIZACIÓN

20. [Capítulo XI](#)

21. Capítulo XII CONSECUENCIA DE LA CRISTALIZACIÓN

22. Capítulo XIII DEL PRIMER PASO, DEL GRAN MUNDO, DE LAS DESGRACIAS

23. [Capítulo XIV](#)

24. [Capítulo XV](#)

25. [Capítulo XVI](#)

26. Capítulo XVII LA BELLEZA DESTRONADA POR EL AMOR

27. [Capítulo XVIII](#)

28. Capítulo XIX CONSECUENCIAS DE LAS EXCEPCIONES DE LA BELLEZA

29. [Capítulo XX](#)

30. Capítulo XXI DE LA PRIMERA IMPRESIÓN

31. Capítulo XXII DEL ENCAPRICHAMIENTO

32. Capítulo XXIII DE LOS RAYOS FULMINANTES

33. Capítulo XXIV VIAJE A UN PAIS DESCONOCIDO

34. Capítulo XXV LA PRESENTACION

35. Capítulo XXVI DEL PUDOR

36. Capítulo XXVII DE LAS MIRADAS

37. Capítulo XXVIII DEL ORGULLO FEMENINO

38. Capítulo XXIX DEL VALOR DE LAS MUJERES

39. Capítulo XXX ESPECTÁCULO SINGULAR Y TRISTE

40. [Capítulo XXXI EXTRACTO DEL DIARIO DE SALVIATI](#)

41. Capítulo XXXII DE LA INTIMIDAD

42. [Capítulo XXXIII](#)

43. Capítulo XXXIV DE LAS CONFIDENCIAS

44. [Capítulo XXXV DE LOS CELOS](#)

45. Capítulo XXXVI CONTINUACIÓN DE LOS CELOS

46. [Capítulo XXXVII ROXANA](#)

47. Capítulo XXXVIII DEL PUNTILLO DE AMOR PROPIO

48. Capítulo XXXIX DEL AMOR EN LAS QUERELLAS

49. [Capítulo XL REMEDIOS PARA EL AMOR](#)

50. [Capítulo XLI](#)

51. [LIBRO II](#)

52. [Capítulo XLII](#)

53. Capítulo XLIII DE LAS NACIONES EN RELACIÓN CON EL AMOR DE FRANCIA

54. Capítulo XLIV CONTINUACIÓN DE FRANCIA

55. [Capítulo XLV DE ITALIA](#)

56. [Capítulo XLVI ROMA](#)

57. Capítulo XLVII DE INGLATERRA

58. Capítulo XLVIII SIGUE LO DE INGLATERRA

59. [Capítulo XLIX ESPAÑA](#)

60. Capítulo L DEL AMOR ALEMÁN

61. Capítulo LI UNA JORNADA EN FLORENCIA

62. Capítulo LI (bis) EL AMOR EN LOS ESTADOS UNIDOS

63. Capítulo LI (bis 2) DEL AMOR EN PROVENZA HASTA LA
CONQUISTA DE TOLOSA EN (1328) POR LOS BÁRBAROS
DEL NORTE

64. [Capítulo LII LA PROVENZA EN EL SIGLO XII](#)

65. [Capítulo LII LA ARABIA](#)

66. Capítulo LIV DE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

67. Capítulo LV OBJECIONES CONTRA LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

68. Capítulo LVI CONTINUACION

69. Capítulo LVI (bis) DEL MATRIMONIO

70. Capítulo LVII DE LO QUE SE LLAMA VIRTUD

71. Capítulo LVIII SITUACIÓN DE EUROPA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL MATRIMONIO

72. Capítulo LIX WERTHER Y DON JUAN I

73. [Capítulo LX DEL FIASCO \(Inédito.\)](#)

74. FRAGMENTOS DIVERSOS

75. APENDICE

76. DE LAS CORTES DE AMOR

77. CÓDIGO DE AMOR DEL SIGLO XII

78. DATOS SOBRE ANDRES EL CAPELLAN

79. EL RAMO DE SALZBURGO

80. ERNESTINA O EL NACIMIENTO DEL AMOR

81. EJEMPLO DEL AMOR EN FRANCIA EN LA CLASE ALTA (I)

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Creemos útil hacer saber al público lector que la presente versión española del célebre libro de Stendhal, hecha conforme á la última edición francesa de Gamier Hermanos, ES LA UNICA COMPLETA que ha aparecido en nuestro idioma, así en la integridad del texto como en la de los prefacios, notas, fragmentos y apéndices. Basta, para confirmarlo, considerar su extensión y compararla con la última edición francesa y con las versiones españolas, las cuales, ó están hechas sobre ediciones muy atrasadas, ó han sido mutiladas conscientemente por los editores respectivos.

PRIMER PREFACIO

Aunque trata del amor, este pequeño ^[1] volumen no es una novela, y sobre todo, no es entretenido como una novela. Es únicamente una descripción exacta y científica de una especie de locura muy rara en Francia. El imperio de las conveniencias, que cada día se acrecienta, más por el temor al ridículo que á causa de la pureza de nuestras costumbres, ha hecho de la palabra que sirve de título á esta obra una palabra que se evita pronunciar separadamente y que hasta puede parecer chocante. Me he visto obligado á usarla, pero la austeridad científica del lenguaje me pone, según creo, á cubierto de todo reproche en lo tocante á esto.

Conozco uno ó dos secretarios de Legación que á su vuelta podrán prestarme algún servicio. Hasta entonces, ¿qué podré decir á las gentes que niegan los hechos por mí referidos? Rogarles que no me lean.

Puede reprocharse de egotismo á la forma que he adoptado. Se permite á un viajero decir: Estuve en Nueva York, de donde me embarqué para la América del Sur, y remonté hasta Santa Fe de Bogotá. Los mosquitos me asolaron durante el camino, y estuve privado, durante tres días, del uso del ojo derecho.»

No se acusa á este viajero de gustarle hablar de sí : se le perdona todos sus YOS y todos sus MIS, porque es la manera más clara y más interesante de contener lo que se ha visto.

Para ser claro y pintoresco, si puede, es por lo que el autor del presente viaje á las regiones poco conocidas del corazón humano, dice : «Iba con Madame Gherardi á las minas de sal de Hallein... La princesa Crescenzi me decía en Roma... Un día, en Berlín, vi al gallardo capitán L...» Todas estas pequeñas cosas han sucedido

realmente al autor, que ha pasado quince años en Alemania é Italia. Pero, más curioso que sensible, nunca ha encontrado la menor aventura, nunca ha experimentado ningún sentimiento personal que merezca ser narrado; y si se le quiere suponer el orgullo de creer lo contrario, un orgullo más grande le hubiera impedido imprimir su corazón y venderlo al público por seis francos, como esas gentes que en vida imprimen sus Memorias.

En 1822, cuando corregía las pruebas de esta especie de viaje moral á Italia y á Alemania, el autor que había descrito los objetos el día en que los había visto, cuidó el manuscrito que contenía la pintura circunstanciada de todas las fases de la enfermedad del alma llamada amor, con ese respeto ciego que mostraba un sabio del siglo XIV por un manuscrito de Lactancio ó de Quinto Curdo que se acabase de desenterrar. Cuando el autor encontraba algún pasaje obscuro, y á decir verdad, le sucedía á menudo, creía siempre que era el yo de hoy el que tenía la culpa. Confiesa que su respeto por el antiguo manuscrito le llevó hasta imprimir varios pasajes que no comprendía él mismo. Nada más necio para quien hubiese pensado en los sufragios del público; pero el autor, volviendo á París después de largos viajes, creía imposible obtener un éxito sin hacer bajezas ante los periódicos. Ahora bien: cuando se llega hasta hacer bajezas, es preciso reser-

varias para el primer ministro. Siendo difícil de alcanzar lo que se llama un éxito indiscutible, el autor se entretuvo publicando sus pensamientos exactamente como se le habían ocurrido. Así es como obraban antiguamente aquellos filósofos de Grecia, cuya sabiduría práctica le extasía de admiración.

Se necesitan varios años para penetrar en la intimidad de la sociedad italiana. Acaso hubiera sido yo el último viajero en este país. Desde el carbonarismo y la invasión de los austríacos, nunca ningún extranjero será recibido como amigo en los salones donde reinaba una alegría tan deliciosa. Se contemplarán los monumentos, las calles, las plazas públicas de una ciudad; jamás se penetrará en la sociedad; el extranjero causará siempre miedo; los habitantes sospecharán que es un espía ó temerán que se burle de la batalla de Antrodoco y de las bajezas indispensables en este país para no ser perseguido por los ocho ó diez ministros ó favoritos que

rodean al príncipe. Adoro realmente á sus habitantes y he podido ver la verdad. Durante diez meses consecutivos no pronuncié una sola palabra en Francia, y sin los desórdenes y el carbomris- mo, yo no hubiera vuelto á Francia jamás. A la tranquilidad es á lo que aspiro ante todo...

A pesar de muchos cuidados para ser claro y lúcido, no puedo hacer milagros, no puedo dar oído á los sordos ni vista á los ciegos. Así, las gentes de dinero que hayan ganado cien mil francos en el año anterior al momento en que han abierto este libro, deben cerrarlo en seguida, sobre todo si son banqueros, manufactureros, respetables industriales, es decir, gentes de ideas eminentemente positivas. Este libro será poco inteligible para el que haya ganado mucho dinero á la Bolsa ó á la lotería. Tal ganancia puede coincidir con el hábito de pasar horas enteras en quimeras fantásticas ó en gozar de la emoción que acaba de dar un cuadro de Prud'hon, una frase de Mozart

ó una mirada singular de una mujer en quien pensáis á menudo. No es así como pierden su tiempo las gentes que pagan dos mil obreros á fin de cada semana; su espíritu tiende siempre á lo útil y positivo. El soñador de que hablo es el hombre que ellos odiarían si les fuera lícito, y que gustosamente tomarían por blanco de sus burlas. El industrial millonario siente confusamente que tal hombre pone en su estimación un pensamiento antes que un saco de mil francos.

Recuso también al joven estudioso que en el mismo año en que el industrial ganaba cien mil francos aprendió el griego moderno, del que está tan orgulloso, que ya aspira al árabe. Ruego no abran este libro aquellos que no han sido desgraciados por causas imaginarias, extrañas á la Vanidad, y que tendrían gran vergüenza de ver divulgar en los salones.

Estoy bien seguro de disgustar á esas .mujeres que en esos mismos salones ganan por asalto la consideración con una afectación de todos los instantes. Yo he sorprendido algunas de buena fe por un momento, y se admiran de tal manera, que, preguntándose á sí mismas, no podían saber si tal sentimiento que acababan de expresar había sido natural ó afectado. ¿Cómo estas mujeres podrían juzgar de la pintura de sentimientos verdaderos?

Así, pues, esta obra habrá de ser su maldición, su jettatura, su bestia negra; y luego dirán que su autor debía de ser un hombre infame.

Enrojecer repentinamente cuando se acaba de pensar en ciertas acciones de la juventud; haber hecho tonterías por ternura de alma y afligirse, no porque se sufrió el ridículo á la vista de la gente del salón, sino más bien á los ojos de, cierta persona en este salón; á los veintiséis años estar enamorado de buena fe de una mujer que ama á otro, ó más aún (pero la cosa es tan rara, que no me atrevo apenas á escribirlo, por temor de volver á caer en lo ininteligible, como en la primera edición), entrando en el salón donde está

la mujer á quien se cree amar, no pensar sino en leer en sus ojos lo que piensa de nosotros en este instante, y no tener ninguna idea de poner amor en nuestras propias miradas: he aquí los antecedentes que yo pediría á mi lector. Es ésta la descripción de muchos de esos sentimientos finos y raros que han parecido oscuros á los hombres de ideas positivas. ¿Cómo hacer para ser claro á sus ojos? Anunciarles una alza de cincuenta céntimos ó un cambio en la tarifa de aduanas de Colombia ^[2]

El libro que sigue explica sencillamente, razonadamente, matemáticamente, por decirlo así, los diversos sentimientos que se suceden unos á otros y cuyo conjunto se llama la pasión de amor.

Imaginad una figura de geometría bastante complicada trazada con tiza sobre una gran pizarra; pues bien, voy á explicar esta figura de geometría; pero una condición necesaria es que exista sobre la pizarra. No puedo trazarla yo mismo. Esta imposibilidad es lo que hace tan difícil componer un libro sobre el amor que no sea una novela. Es preciso para seguir con interés un examen filosófico de este sentimiento algo más que talento en el lector : es de toda necesidad que haya visto el amor. Ahora bien : ¿ dónde puede verse una pasión? He aquí una causa de obscuridad que nunca podré evitar...

El amor es como lo que se llama en el cielo la vía láctea : un montón brillante formado por millares, de pequeñas estrellas, cada una de las cuales es á menudo una nebulosa. Los libros han anotado cuatrocientos ó quinientos de los sentimientos sucesivos y tan difíciles de reconocer que componen

(I) Se me dice : «Quitad ese trozo , nada más cierto ; pero cuidado con los industriales, que van á gritar : «¡eh, el aristócrata!» En 1817 no temía á los procuradores generales;] por qué tener miedo de los millonarios en 1826?... Los buques suministrados al pacha de Egipto me han abierto los ojos sobre la conducta de esos hombres, y yo no temo sino aquello que estimo. (N. del A.).

esta pasión, y los más groseros, y aun así, engañándose á menudo y tomando lo accesorio por lo principal. Los mejores de estos libros, tales como la Nouüelle Héloïse, las novelas de Madame Cottm, las cartas de Mademoiselle Lespinasse, Manon Lescaut, han sido escritos en Francia, país donde la planta llamada amor tiene siempre miedo al ridículo y es ahogada por las exigencias de la pasión nacional (la vanidad), no llegando casi nunca á brotar en toda su eflorescencia... g De qué valdría, pues, conocer el amor por las novelas? ¿Qué sería después de haberlo descrito en cientos de volúmenes de reputación, pero no haberlo sentido nunca, más que buscar en este libro la explicación de esta locura? Yo respondería, como un eco : «Es locura».

Pobre mujer desilusionada, ¿quieres todavía gozar de lo que te preocupó tanto hace algunos años, de lo que no te atreves á hablar á nadie, por no exponerte á perder el honor? Es para ti para quien he rehecho este libro y trato de hacerlo más claro. Después de haberlo leído, no hables nunca de él sino con una frase de desprecio, y arrójalo en tu biblioteca de limonero detrás de los otros libros; incluso yo dejaría algunas páginas sin cortar.

No es solamente algunas páginas sin cortar lo que dejaría el sér imperfecto que se cree filósofo porque permanece siempre extiaño á estas emociones locas que hacen depender de una mirada toda nuestra felicidad de una semana. Otros, al llegar á la edad madura, ponen toda su vanidad en olvidar que un día pudieron rebajarse hasta el punto de hacer la corte á una mujer y exponerse a 'a humillación de una negativa ; este libro tendrá su odio. Entre tantas gentes de talento que he visto condenar esta obra por diversas razones, pero siempre con cólera, los únicos que me han parecido ridículos son esos hombres que tienen la doble vanidad de pretender haber siempre estado por encima de las debilidades del corazón y poseer bastante penetración para juzgar a priori del grado

de exactitud de un tratado filosófico, que no es otra cosa que una descripción metódica de todas estas debilidades.

Los personajes graves que gozan en el mundo del renombre de hombres sentados y de ninguna manera románticos, están más cerca de comprender una novela, por apasionada que sea, que un libro filosófico, donde el autor describe fríamente las diversas fases de la enfermedad del alma llamada amor. La novela les emociona un poco ; pero respecto del tratado filosófico estos hombres sensatos son como ciegos que quisieran oír leer una descripción de los cuadros del Museo y que dijese al autor: «Confesad, señor, que vuestra obra es horriblemente oscura.» ¿Y qué sucederá si estos ciegos encuentran personas de talento que están desde mucho tiempo en posesión de esta dignidad y tienen la pretensión de ser clarividentes? El pobre autor será cruelmente tratado. Esto es lo que le sucedió al aparecer la primera edición. Varios ejemplares han sido actualmente quemados por la vanidad furibunda de personas de mucho talento. No hablo de las injurias, no menos halagadoras, por su furor: el autor ha sido declarado grosero, inmoral, que escribe para el pueblo, hombre peligroso, etc. En los países gastados por la monarquía estos títulos son la recompensa más segura de quien trata de escribir sobre la mora! y no dedica su libro á la Madame Dubarry del día. ¡ Feliz la literatura si no estuviese en moda y si las únicas personas para quien se escribe quisieran ocuparse de ella ! En tiempo del Cid, Comedle no era más que un buen hombre para el marqués de Danjeau. Hoy, todo el mundo se cree con derecho á leer á Lamartine : tanto 'mejor para su librero : pero tanto peor y cien veces peor para aquel gran poeta. En nuestros días el genio tiene miramientos en los cuales no debía pensar nunca, bajo pena de abdicar...

La vida laboriosa, activa, muy estimable y muy positiva de un consejero de Estado, de un manufacturero de tejidos de algodón ó de un banquero bastante listo para los empréstitos

es recompensada por millones y no por sensaciones tiernas. Poco a poco, el corazón de estos señores se osifica, lo positivo y lo útil lo es todo para ellos, y su alma se cierra á aquel sentimiento que es entre todos el que necesita más ocio y que hace más incapaz de toda ocupación razonable y ordenada.

Todo este prefacio está hecho para gritar que este libro tiene la desgracia de no poder ser comprendido más que por gentes que han encontrado ocios para hacer locuras. Muchas personas se tendrán por ofendidas, y yo espero que no seguirán adelante...

[1]-PEQUEÑO, EN LA PRIMERA EDICIÓN. PERO, MERCED A LOS AUMENTOS SUCESIVOS, DE DESMEDRADO OPÚSCULO, SE CRECIÓ ESTE LIBRO DE EDICIÓN EN EDICIÓN, HASTA PARAR EN UN RESPETABLE CUERPO DE DOCTRINA. LA PRIMERA EDICIÓN APARECIÓ EN 1822; LA SEGUNDA, EN 1826; LA TERCERA, EN 1833; LA CUARTA, EN 1854; LA ÚLTIMA, SIN FECHA, EDITADA POR LA CASA GAMIER, DE PARÍS, Y PRECEDIDA DE UN ESTUDIO SOBRE LAS OBRAS DE STENDHAL, POR SAINT-BEUVE, ES LA MÁS COMPLETA, Y SOBRE ELLA SE HA HECHO LA PRESENTE TRADUCCIÓN. (N. DEL T.).

[2]-SE ME DICE : «QUITAD ESE TROZO , NADA MÁS CIERTO ; PERO CUIDADO CON LOS INDUSTRIALES, QUE VAN A GRITAR : «!EH, EL ARISTÓCRATA!» EN 1817 NO TEMÍA A LOS PROCURADORES GENERALES;] POR QUE TENER MIEDO DE LOS MILLONARIOS EN 1826?... LOS BUQUES SUMINISTRADOS AL PACHA DE EGIPTO ME HAN ABIERTO LOS OJOS SOBRE LA CONDUCTA DE ESOS HOMBRES, Y YO NO TEMO SINO AQUELLO QUE ESTIMO. (N. DEL A.).

SEGUNDO PREFACIO

Yo no escribo sino para cien lectores, y de estos seres desgraciados, amables, encantadores, nada hipócritas, nada morales, á los cuales quisiera agradar, apenas conozco uno ó dos. De todo lo que es ficticio y falso, para tener consideración como escritor, no Trago caso alguno. Las bellas damas deben leer la cuenta de su cocinera y el predicador á la moda llámese Massillon ó Madamen Neckm, para poder hablar con las mujeres graves que dispensan la consideración; y esto se obtiene siempre en Francia, convirtiéndose uno en el gran sacerdote de cualquier tontería.

Habéis sido en vuestra vida desgraciado por amor?» diría yo á alguien que quisiera leer este libro.

O si vuestra alma no ha sentido en la vida otra desgracia que la de pensar en un proceso, ó no haber salido diputado en la última elección, ó pasar por tener menos ingenio que de ordinario en la última estación de las aguas de Aix, continuaré mis consultas indiscretas, y os preguntaré si habéis leído en el año alguna de esas obras insolentes, que obligan al lector á pensar como e' Emile de Rousseau ó los seis volúmenes de Montaigne. Si no habéis sido nunca desgraciados por esta debilidad de las almas fuertes, si no tenéis el hábito contra naturaleza de pensar leyendo, este libro os pondrá de mal humor contra el autor, porque os hará sospechar que existe cierta felicidad que no conocéis y que conocía Mademoiselle de Lespinasse.

TERCER PREFACIO

Voy á solicitar la indulgencia del lector para la forma singular de esta Fisiología del amor.

Hace veintiocho años que los trastornos que siguieron á la caída de Napoleón me privaron de mi situación social. Dos años antes, la casualidad me arrojó, inmediatamente después de los horrores de la retirada de Rusia, en medio de una ciudad amable, donde contaba pasar el resto de mis días, lo cual me encantaba : en la feliz Lombardia, en Milán, en Venecia la grande, donde, á decir verdad, el único negocio de la vida es el placer. Allí no se presta ninguna atención á los hechos y gestos del vecino; apenas se preocupan de lo que le sucede á uñó. Si se nota la existencia del vecino, no es para odiarle. Quitad la envidia de las ocupaciones de una ciudad de provincia en Francia, y (qué queda? La falta, la imposibilidad de la cruel envidia, forma la parte más cierta de esta felicidad, que atrae á los provincianos á París.

A continuación de los bailes de máscaras del Carnaval de 1820, que fueron más brillantes que de costumbre, la sociedad de Milán presencié cinco ó seis casos completamente locos, y aunque se está acostumbrado en este país á cosas que pasarían por increíbles en Francia, se estuvo hablando de ello durante todo un mes. El ridículo causaría miedo en este país de acciones de tal manera extravagantes, y necesito mucha audacia para atreverme á hablar de ellas.

Una tarde en que meditaba profundamente sobre los efectos y las causas de estas extravagancias en casa de la amable dama Pietra Crua, quien, por caso extraordinario, no se encontraba mezclada en tales locuras, vine á pensar que acaso antes de un año no me

quedaría sino un recuerdo bien incierto de esos hechos extraños y de las causas que se les atribuían. Me apoderé de un programa de concierto, sobre el cual escribí algunas palabras con lápiz. Se quiso hacer un faraón; éramos treinta sentados alrededor de una mesa verde ; pero la conversación era tan animada, que se olvidó el juego. Al final de la soirée llegó el coronel Scotti, uno de los hombres más amables del ejército italiano; se le pidió que diese su contribución de circunstancias relativas á los hechos extraños que nos preocupaban. Nos contó, en efecto, cosas de que la casualidad le había hecho confidente y que les daba un aspecto completamente nuevo. Volví á tomar mi programa de concierto y añadí esas nuevas circunstancias á mis notas.

Esta colección de particularidades sobre el amor ha sido proseguida de la misma manera, al lápiz y sobre pedazos de papel cogidos en los salones donde yo oía contar las anécdotas. Pronto busqué una ley común para reconocer los diversos grados. Dos meses después, el miedo de ser tomado por un carbonario me hizo volver á París, solamente por algunos meses, según yo creía ; pero jamás volví á Milán, donde había pasado siete años.

En París me moría de aburrimiento; tuve la idea de ocuparme del amable país de donde me había echado el miedo ; reuní en cartapacio mis pedazos de papel y regalé el cuaderno á mi librero; pero pronto sobrevino una dificultad : el impresor declaró que le era imposible trabajar sobre notas escritas al lápiz. Luego vi que esta especie de copia le parecía que rebajaba su dignidad. El joven aprendiz de impresor que me trajo mis notas me pareció avergonzado por completo del mal encargo que se le había dado. Sabía escribir y le dicté las notas de lápiz. Comprendí también que la discreción me obligaba á cambiar los nombres propios y, sobre todo, á suprimir algunos párrafos de las anécdotas. Aunque apenas se lee en Milán, este libro, si se llevaba allí, hubiera podido parecer una atroz bellaquería.

Publiqué, pues, un libro desgraciado. Tengo el atrevimiento de confesar que en esta época yo tenía la audacia de despreciar el estilo elegante. Veía al joven aprendiz ocupado en evitar las terminaciones de frases poco sonoras y las series de palabras que formaban sonidos raros. En desquite, no cambiaba en nada los

hechos difíciles de expresar, siendo así que Voltaire mismo sentía miedo á las cosas difíciles de decir.

El Ensayo sobre el amor no podía tener valor más que por el número de pequeños matices de sentimiento que yo rogaba al lector que comprobase en sus recuerdos, si era bastante feliz para tenerlos. Pero todavía había algo peor : yo estaba entonces, como siempre, poco experimentado en cosas literarias; el librero á quien había hecho regalo del manuscrito lo imprimió en mal papel y en un formato ridículo. Así, me dijo al cabo de un mes, cuando yo le pedí noticias del libro : «Se puede decir que es sagrado, porque nadie ha tocado en él.»

Yo no había tenido la idea de solicitar artículos en los periódicos : tal cosa me hubiera parecido una ignominia. Ninguna obra, sin embargo, tenía más urgente necesidad de ser recomendada á la paciencia del lector. So pena de parecer ininteligible desde las primeras páginas, había que inducir al público á aceptar la palabra nueva cristalización, propuesta para expresar vivamente este conjunto de locuras extrañas que se imaginan verdaderas y hasta indubitables á propósito de la persona amada.

En estos tiempos, completamente penetrado, completamente enamorado de las menores circunstancias que acababa de observar en aquella Italia que yo adoraba, suprimí cuidadosamente todas las concesiones, todas las amenidades de estilo que hubiese podido hacer al Ensayo sobre el amor menos singularmente extravagante á los ojos de los literatos...

Además, yo no adulaba al público : era la época en que, muy herida por nuestras desgracias, tan grandes y tan recientes, la literatura parecía no tener otra ocupación que consolar nuestra vanidad desgraciada, haciendo rimar gloria (glorie) con victoria (üictoire), guerreros (guerreirs) con laureles (lauriers), etcétera. La enojosa literatura de esta época parecía no buscar nunca las circunstancias verdaderas de los asuntos que aparentaba tratar, y no quería más que aprovechar una ocasión de rendir ceremoniosidades á este pueblo esclavo de la moda, que un gran hombre había llamado la gran nación, olvidando que no era grande sino teniéndolo por jefe.

El resultado de mi ignorancia de las condiciones necesarias para el éxito más humilde fué no encontrar sino diecisiete lectores de 1822 á 1833 ; apenas si, después de veinte años de existencia, el Ensayo sobre el amor ha sido comprendido por un centenar de curiosos. Algunos han tenido la paciencia de observar las diversas fases de esta enfermedad en las personas que están á su alrededor ; perché, para comprender esta pasión, que desde hace treinta años el miedo al ridículo oculta con tanto cuidado entre nosotros, es preciso hablar de ella como de una enfermedad, y por este camino es como se puede llegar algunas veces á curarla.

En efecto, sólo después de medio siglo de revoluciones, que sucesivamente se han apoderado de toda nuestra atención ; sólo después de cincuenta cambios completos en la forma y en las tendencias de nuestros gobiernos, es cuando la revolución comienza á entrar en nuestras costumbres. El amor, ó lo que lo reemplaza más comunmente robándole su nombre, el amor lo podía todo en Francia en tiempo de Luis XV : las mujeres de la corte nombraban á sus amantes coroneles, y este

puesto eia el mejor del país. Después de cincuenta años no hay vida de corte, y las mujeres más acreditadas en la burguesía reinante ó en la aristocracia no conseguirán dar á sus amantes un despacho de tabaco en el más ínfimo arrabal.

Es preciso confesarlo : las mujeres no están en moda. En nuestros salones tan brillantes, los jóvenes de veinte años afectan no dirigirles la palabra ; les gusta más rodear al charlatán grosero, que con su acento de provincia trata de la cuestión de las c.ipacidaJei y soltar su frase ingeniosa. Los jóvenes ricos, que se precian de parecer frívolos, á fiji de dar la impresión de continuar la buena sociedad de antes, gustan más de hablar de caballos y jugar fuerte en círculos donde las mujeres no son admitidas. La sangre fría mortal que parece presidir á las relaciones de los jóvenes con las mujeres de veinticinco años, á quienes el aburrimiento del matrimonio devuelve á la sociedad, hará tal vez acoger por algunos espíritus prudentes esta descripción escrupulosamente exacta de las fases sucesivas de la enfermedad que se llama amor.

El espantoso cambio que nos ha precipitado en el aburrimiento actual y que hace ininteligible la sociedad de 1778, tal como la

conocemos por las cantas de Diderot á Mademoiselle Volland, su amante, ó por las Memoires de Madame d'Eplnay, puede hacer investigar cuál de nuestros gobiernos sucesivos ha matado en nosotros la facultad de divertirse y nos ha asemejado al pueblo más triste de la tierra ^[3]. Ni siquiera sabemos copiar sus parlamentos y la honradez de sus partidos, única cosa buena que han inventado. En cambio, la más estúpida de sus tristes concepciones (el espíritu de dignidad) ha venido á reemplazar entre nosotros la alegría francesa, que apenas se encuentra ya más que en los quinientos.

Pero (cuál de nuestros gobiernos sucesivos nos ha valido la horrible desgracia de inglesizarnos? ¿Habremos de acusar al Gobierno enérgico de 1793, que impidió á los extranjeros venir á acampar en Montmartre, aquel Gobierno que dentro de pocos años nos parecerá heroico y que formó el digno preludio del que, bajo Napoleón, llevó nuestro nombre por todas las capitales de Europa?

Olvidaremos la tontería bien intencionada del Directorio, ilustrado por los talentos de Camot y por la inmortal campaña de 1796 á 1797, en Italia.

La corrupción de la corte de Barras recordaba todavía la alegría del antiguo régimen, y las gracias de Madame Bona- parte mostraban que no teníamos por entonces ninguna predilección por la chabacanería y fastidio de los ingleses.

La profunda estimación que, á pesar del espíritu de envidia del arrabal de Saint-Germain, no pudimos menos de sentir por la manera de gobernar del primer cónsul y los hombres de mayor mérito que ilustraron la sociedad de París, tales como los Cretet, los Daru, etc., no permiten hacer pesar sobre el Imperio la responsabilidad del cambio notable que se ha operado en el carácter francés durante esta primera mitad del siglo XIX.

Inútil parece llevar más lejos mi examen : el lector reflexionará y sabrá deducir...

**[3]-STENDHAL SE REFIERE AL PUEBLO INGLES. (N.
DEL T.)**

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

DEL AMOR

Trato de darme cuenta de esta pasión, cuyos desenvolvimientos sinceros tienen un carácter de belleza.

Hay cuatro amores diferentes :

1) El amor-pasión, el de la Religiosa portuguesa, el de Eloísa por Abelardo, el del capitán de Vésel, el del gendarme de Cento [\[4\]](#).

2) El amor-gusto, el que reinaba en París hacia 1760 y que se estudia en las memorias y novelas de esta época, en Crebillon, Lauzun, Duelos, Marmontel, Chamfort, Madame d'Epinau, etc.

Es éste un cuadro en que hasta las sombras han de ser de color de rosa, donde no debe de entrar nada desagradable bajo ningún pretexto y so pena de faltar al uso, al buen tono, á la delicadeza, etc. Un hombre bien nacido sabe de antemano todos los procedimientos que debe usar en las diversas fases de este amor ; no siendo pasión, tiene á menudo más delicadezas que el amor verdadero, porque hay siempre mucho ingenio; es como una fría y bonita miniatura comparada con un cuadro de Carraches; y en tanto que el amor-pasión nos hace olvidar todos nuestros intereses, el amor-gusto sabe siempre conformarse con todo. Es verdad que si se le despoja de la vanidad á este pobre amor, queda bien poca cosa; una vez privado de la vanidad, es un convaleciente debilitado que apenas puede arrastrarse.

3) El amor físico.

En la caza, encontrar una bella y fresca aldeana que huye por el bosque. Todo el mundo conoce el amor fundado sobre este género de placer; por seco y áspero que se tenga el carácter, se empieza siempre por ahí á los dieciséis años.

4) El amor de vanidad.

La inmensa mayoría de los hombres, sobre todo en Francia, desea tener una mujer á la moda, como desea tener un bonito caballo, como cosa necesaria al lujo de un joven. La vanidad más ó menos halagada, más ó menos picada, hace surgir ciertos transportes. Algunas veces existe el amor físico, no siempre ; á menudo, no existe este tampoco. «Una duquesa nunca tiene más que treinta años para un burgués», decía la duquesa de Chambres, y los asiduos á la corte de aquel hombre justo que se llamó el rey Luis de Holanda recordaban siempre con alegría á una bonita joven de La Haya que no podía resolverse á no encontrar encantador á un hombre que era duque ó príncipe. Pero, fiel al principio monárquico, en cuanto un príncipe llegaba á la corte, se le enviaba al duque : era como la decoración del cuerpo diplomático.

El caso más afortunado de estas relaciones es aquel en que el placer físico se aumenta con la costumbre. Los recuerdos hacen asegurarse un tanto al amor; hay su poquito de amor propio y de tristeza en caso de abandono; y las ideas románticas se apoderan de uno; se cree estar enamorado y melancólico, porque la vanidad aspira á creerse una gran pasión. Lo que hay de cierto es que cualquier género de amor que proporcione placeres, desde el momento en que hay exaltación del alma, éstos son vivos, y su recuerdo atrayente, y en esta pasión, al contrario de la mayoría de las otras, el recuerdo de lo que se ha perdido parece siempre superior á lo que se puede esperar del porvenir.

((Algunas veces, en el amor de vanidad, la costumbre ó la no esperanza de encontrar algo mejor produce una especie de amistad, la menos amable de todas las especies, y se vanagloria de su seguridad etc. [\[5\]](#).)»

El placer físico, siendo fin natural como es, lo conoce todo el mundo ; pero no tiene sino un rango subalterno á los ojos de las almas sensibles y apasionadas. Si estas almas son ridiculas en un salón, y si á menudo las gentes de mundo por sus Intrigas las hacen

desgraciadas, en cambio conocen placeres siempre Inaccesibles á corazones que no palpitan más que por la vanidad ó por el dinero.

Algunas mujeres virtuosas y sensibles casi no tienen Idea de los placeres físicos y rara vez están expuestas á ellos, si se puede hablar así; y los mismos transportes del amor-pasión casi hacen olvidar los placeres del cuerpo.

Hay hombres víctimas é Instrumentos de un orgullo Infernal, de un orgullo á lo Alfieri. Estos hombres, que tal vez son crueles porque, como Nerón, temen siempre, juzgando á todos los hombres según su propio corazón, estos hombres, digo, no pueden alcanzar el placer físico sino cuando va acompañado del mayor goce de orgullo posible, esto es, en tanto que ejercen crueldades sobre la compañera de sus placeres. De ahí los horrores de Justina. Estos hombres no experimentan el sentimiento de la seguridad.

Por lo demás, en vez de distinguir cuatro amores diferentes, pueden admitirse ocho ó diez matices. Hay, tal vez, tantas maneras de sentir entre los hombres como maneras de ver; pero estas diferencias en la nomenclatura no cambian en nada los razonamientos que van á continuación. Todos los amores que pueden estudiarse en este bajo mundo nacen, viven y mueren, ó se elevan á la inmortalidad, según las mismas leyes_ [6]

-
- [4]-LOS AMIGOS DE BEYLE LE HAN PREGUNTADO A MENUDO QUIENES ERAN ESTE CAPITÁN Y ESTE GENDARME, PERO EL RESPONDÍA QUE HABÍA OLVIDADO SU HISTORIA. {N. DEL T.}**
- [5]-DIALOGO CONOCIDO DE PONT DE VEYLE CON MADAME DE DELFANT AL LADC DE LA ESTUFA. (AL. DEL A.).**
- [6]-ESTE LIBRO ESTA TRADUCIDO LIBREMENTE DE UN MANUSCRITO ITALIANO DE LISIO VISCONTI, JOVEN MUY DISTINGUIDO, QUE ACABA DE MORIR EN VOLTERRA, SU PATRIA. EL DÍA DE SU MUERTE, IMPREVISTA, PERMITIÓ AL TRADUCTOR PUBLICAR SU ENSAYO SOBRE EL AMOR, SI ENCONTRABA MEDIO DE REDUCIRLO A UNA FORMA HONESTA. (CASTEL FLORENTINO, 10 JUNIO 1819). (N .DEL A.).**

CAPÍTULO II

DEL NACIMIENTO DEL AMOR

He aquí lo que pasa en el alma :

- 1) La admiración.
- 2) Se dice; «¡Qué placer darle besos y recibirlos!»,,, etcétera.
- 3) La esperanza.

Se estudian las perfecciones : en este momento es cuando una mujer debería rendirse para el mayor placer físico posible. Aun en las mujeres más reservadas, los ojos se encienden en el momento de la esperanza ; la pasión es tan fuerte y el placer tan vivo, que se revelan por signos sorprendentes.

- 4) Nacimiento del amor.

Amar es tener placer en ver, tocar, sentir por todos los sentidos, tan cerca como sea posible, un objeto amable y que nos ama.

- 5) La primera cristalización [\[7\]](#) comienza.

Se complace uno en adornar con mil perfecciones á una mujer de cuyo amor se está seguro, y detállase toda su felicidad con una complacencia infinita. Esto se reduce á exagerar una propiedad soberbia que acaba de caer del cielo, que no se conocía y cuya posesión está asegurada.

Dejad trabajar el cerebro de un amante durante veinticuatro horas, y he aquí lo que encontraréis.

En las minas de sal de Salzburgo se arroja en las profundidades abandonadas de la mina una rama de un árbol deshojado por el

invierno. Dos ó tres meses después se la retira cubierta de cristalizaciones brillantes. Las más pequeñas ramas, aquellas que no son más gruesas que la pata de una araña, están guarnecidas de una infinidad de diamantes movibles y deslumbradores. No se puede reconocer el ramo primitivo.

Lo que se llama cristalización es la operación del espíritu, que de todo lo que se presenta deduce la consecuencia de que el objeto amado tiene nuevas perfecciones.

Un viajero habla de la frescura de los bosques de naranjos en Génova, á la orilla del mar, durante los días abrasadores del verano. ¡ Qué placer saborear esta frescura con ella !

Uno de vuestros amigos se rompe un brazo en la caza . ¡ Qué dulzura recibir los cuidados de una mujer á quien se ama !... Estar siempre con ella y verla sin cesar amándoos, casi haría bendecir el dolor, y del brazo roto de vuestro amigo llegáis á la peregrina consecuencia de no dudar de la angélica bondad de vuestra amante. En una palabra, basta pensar en una. perfección para verla en la que se ama.

Este fenómeno, que me permito llamar la cristalización, proviene de la naturaleza, que nos ordena tener placer y nos envía la sangre al cerebro; procede también del sentimiento de que los placeres aumentan con las perfecciones del objeto amado y de la idea de que «ella es mía». El salvaje no tiene tiempo de ir más allá del primer paso.

Siente placer, pero la actividad de su cerebro está empleada en seguir al gamo que corre por el bosque y con cuya carne debe reparar sus fuerzas en seguida, so pena de caer bajo el hacha de su enemigo.

En la otra extremidad de la civilización, no dudo que una mujer sensible llegue al punto de no encontrar placer físico sino al lado del hombre á quien ama ^[8] Es lo contrario del salvaje. Pero entre las naciones civilizadas, la mujer tiene s³ ocios, y el salvaje está tan metido en sus cosas, que se ve obligado á tratar á su hembra como á una bestia de carga. Si las hembras de muchos animales son más felices, es que la subsistencia del macho está más asegurada.

Pero dejemos los bosques para volver á París. Un hombre apasionado ve todas las perfecciones en la que ama. Sin embargo,

la atención, puede todavía distraerse, porque el alma se cansa de todo lo que es uniforme, hasta de la felicidad perfecta_ [9]

He aquí lo que sobreviene para fijar la atención.

6) La duda nace.

Después que diez ó doce miradas, ó cualquier otra serie de acciones, que pueden durar un momento ó varios días, han dado primero y después confirmado las esperanzas, el amante, vuelto de su primera admiración y estando acostumbrado á su felicidad ó guiado por esa tecnia que, basada siempre sobre los casos más frecuentes, no se refiere, sin embargo, más que á las mujeres fáciles : el amante, digo, pide seguridades más positivas y quiere acelerar su felicidad.

Se le opone la indiferencia_ [10]_ la frialdad ó la cólera, si muestra demasiadas seguridades; en Francia, un matiz de ironía que parece decir : «Os creéis más adelantado de lo que estáis.» Una mujer se conduce así, ya porque se despierte de un momento de embriaguez y obedezca al pudor, ya porque tiemble de haberlo quebrantado, ya simplemente por prudencia ó por coquetería.

El amante llega á duda de la felicidad que se prometía, y se torna severo para juzgar las razones de esperar que ha creído entrever.

Quiere engolfarse en los oíros placeres de la vida, y los encuentra Vacíos. El temor de una desgracia horrible se apodera en el, y con el temor la atención profunda á todos los detalles.

7) Segunda cristalización.

Entonces comienza la segunda cristalización, que produce, como diamantes, las confirmaciones de esta idea ;

«Ella me ama.»

A cada cuarto de hora de la noche que sigue al nacimiento de las dudas, después de un momento de dolor terrible, el amante se dice: «Sí, me ama», y la cristalización vuelve á descubrir nuevos encantos ; mas en seguida, la duda de mirada hurafia se apodera de él y le despierta sobresaltado. Su pecho deja de respirar y se dice: «Pero ¿ es que me ama?» En medio de estas alternativas desgarradoras y deliciosas, el pobre amante siente vivamente : «Me proporcionaría placeres que sólo ella en el mundo puede darme.»

La evidencia de esta verdad, este viaje al borde de un precipicio horrible y tocando con la otra mano la felicidad perfecta, es lo que

da tanta superioridad á la segunda cristalización sobre la primera.

El amante pasa sin cesar de una á otra, entre estas tres ideas :

1) Tiene todas las perfecciones.

2) Me ama.

3) ¿Cómo lograr de ella la mayor prueba de amor posible ?

El momento más desgarrador del amor naciente aún es aquel en que se hace cargo de que ha hecho un falso razonamiento y de que es preciso destruir todo un plan de cristalización.

Se llega á dudar de la cristalización misma.

[7]-VÉASE, PARA MAYOR EXPLICACIÓN DE ESTA PALABRA. EL RAMO DE SALZBURGO (FRAGMENTO INÉDITO), AL FINAL DEL VOLUMEN. (N. DEL T.).

[8]-SI ESTA PARTICULARIDAD NO SE PRESENTA EN EL HOMBRE, ES QUE NO TIENE QUE SACRIFICAR SU PUDOR POR UN INSTANTE. {N. DEL A.}.

[9]-LO QUE QUIERE DECIR QUE EL MISMO MATIZ DE EXISTENCIA NO DA MAS QUE UN INSTANTE DE FELICIDAD PERFECTA ; PERO LA MANERA DE SER DE UN HOMBRE APASIONADO CAMBIA DIEZ VECES POR DÍA. (N. DEL A.)

[10]-LO QUE LAS NOVELAS DEL SIGLO XVII LLAMABAN EL «RAYO FULMINANTE» (EL COUP DE Foudre) Y QUE DECIDE DEL DESTINO DEL HÉROE Y DE SU AMANTE, ES UN MOVIMIENTO DEL ALMA QUE, NO POR HABER SIDO CORROMPIDO POR UN NUMERO INFINITO DE EMBORRONADORES DE PAPEL, DEJA DE SER MENOS NATURAL, Y PROVIENE DE LA IMPOSIBILIDAD DE ESTA MANIOBRA DEFENSIVA. LA MUJER QUE AMA ENCUENTRA DEMASIADA FELICIDAD EN EL SENTIMIENTO QUE EXPERIMENTA, PARA PODER FINGIR; ABURRIDA DE LA PRUDENCIA, DESCUIDA TODA PREOCUPACIÓN Y SE ENTREGA CIEGA A LA

**FELICIDAD DE AMAR. LA DESCONFIANZA HACE
IMPOSIBLE EL RAYO FULMINANTE (LE COUP DE
FOUDRE) (N. DEL A.).**

CAPÍTULO III

DE LA ESPERANZA

Basta un grado mínimo de esperanza para engendrar el amor.

La esperanza puede faltar en seguida, al cabo de dos ó tres días, cuando todavía no ha nacido el amor.

Con un carácter decidido, temerario é impetuoso y una imaginación desarrollada por las desgracias de la vida, el grado de esperanza puede ser más pequeño. Puede cesar más pronto sin matar el amor. Si el amante ha tenido desgracias, si posee un carácter tierno y pensativo, si desespera de las otras mujeres, si sienten una admiración viva por aquella de que se trata, ningún placer vulgar podrá distraerle de la segunda cristalización. Le agrada más soñar en la probabilidad incierta de agrada un día que recibir de una mujer vulgar lo que pueda concederle.

Necesitaría que en esta época, y no más tarde, notado bien, la mujer á quien ama matase la esperanza de una manera atroz y le colmase de esos desprecios públicos que no permiten volver á ver á una persona.

El nacimiento del amor admite aún más largas dilaciones en todas estas épocas.

Exige mucha más esperanza, y una esperanza mucho más sostenida en las gentes frías, flemáticas y prudentes. Esto mismo ocurre con las personas de edad.

Lo que asegura la duración del amor es la segunda cristalización, durante la cual se ve á cada instante que se trata de ser amado ó morir. ¿Cómo después de esta convicción de todos los minutos, trocada en costumbre por varios meses de amor, se puede siquiera ocurrir el pensamiento de cesar de amar? Cuanto más fuerte es un carácter, menos sujeto está á inconstancia.

Esta cristalización falta casi de hecho en los amadores inspirados por mujeres que se rinden demasiado pronto.

Desde que se han operado las cristalizaciones, sobre todo la segunda, que es la más fuerte, los ojos indiferentes no reconocen ya la rama del árbol :

1) Porque está adornada de perfecciones ó de diamantes que no ven.

2) Está adornada de perfecciones que no son para ellos.

La perfección de ciertos encantos de que le habla un antiguo amigo de su amad^a y cierta vivacidad notada en sus ojos, son un diamante de la cristalización [\[11\]](#) de Del Rosso.

Estas ideas, notadas en una soiree, le hacen soñar toda una noche.

Una réplica imprevista que me hace ver más claramente un alma tierna, generosa, ardiente, ó como dice el vulgo, romántica [\[12\]](#) y que sobrepone á la felicidad de los reyes el simple placer de pasearse sola con su amante á media noche, en una alameda retirada, me hace también soñar toda la noche [\[13\]](#)

Me dirá que mi amante es una hipócrita, y yo diré que la suya es una ramera.

[11]-HE LLAMADO A ESTE ENSAYO UN LIBRO DE IDEOLOGÍA. MI OBJETO HA SIDO INDICAR QUE, AUNQUE SE LLAMABA DEL AMOR, NO ERA UNA NOVELA, Y SOBRE LODO QUE NO ERA ENTRETENIDO COMO UNA NOVELA. PIDO PERDÓN A LOS FILÓSOFOS POR HABER EMPLEADO LA PALABRA *IDEOLOGÍA* ; MI INTENCIÓN NO ES USURPAR UN TITULO A QUE OTRO TUVIERA DERECHO. SI LA IDEOLOGÍA ES UNA DESCRIPCIÓN DETALLADA DE LAS IDEAS Y DE TODAS LAS PARTES QUE PUEDEN COMPONERLAS, EL PRESENTE LIBRO ES UNA DESCRIPCIÓN DETALLADA Y MINUCIOSA DE TODOS LOS SENTIMIENTOS QUE COMPONEN LA PASIÓN LLAMADA *AMOR*. LUEGO, SACO ALGUNAS CONSECUENCIAS DE ESTA DESCRIPCIÓN, POR EJEMPLO, LA MANERA DE CURAR EL AMOR. NO CONOZCO PALABRA PARA DECIR EN GRIEGO «DISCURSO SOBRE LOS SENTIMIENTOS», COMO *IDEOLOGÍA* INDICA «DISCURSO SOBRE LAS IDEAS». YO HUBIERA PODIDO HACERME INVENTAR UNA PALABRA POR ALGUNO DE MIS AMIGOS SABIOS; PERO ESTOY YA BASTANTE, CONTRARIADO DE HABER TENIDO QUE ADOPTAR LA PALABRA NUEVA *CRHTALIZACI6R*\, Y ES BASLANTE POSIBLE

QUE, SI ESTE ENSAYO ENCUENTRA LECTORES, NO ME ADMITAN ESE PALABRA NUEVA. CONFIESO QUE HUBIERA DEBIDO TENER TALENTO LITERARIO PARA EVITARLO, PERO LO INTENTE SIN EXITO. SIN ESTA PALABRA QUE, A MI JUICIO, EXPRESA EL PRINCIPAL FENÓMENO DE ESTA LOCURA LLAMADA AMOR, *LOCURA*, SIN EMBARGO, QUE PROCURA AL HOMBRE LOS MAYORES PLACERES QUE SEA DADO SABOREAR A LOS SERES DE SU ESPECIE ; SIN EL EMPLEO DE ESTA PALABRA, QUE NECESITABA REEMPLAZAR POR UNA PERÍFRASIS BASTANTE LARGA, LA DESCRIPCIÓN QUE DOY DE LO QUE PASA EN LA CABEZA Y EN EL CORAZON DEL HOMBRE ENAMORADO SE HARIA OBSCURA, PESADA, MAZORRAL Y ABURRIDA AUN PARA MI QUE SOY EL AUTOR : .QUE HUBIERA SIDO PARA EL LECTOR? YO INVITO, PUES, AL QUE SE SIENTA DEMASIADO OFENDIDO POI ESTA PALABRA *CRISTALIZACIÓN*, A CERRAR EL LIBRO. NO ENTRA EN MIS CÁLCULOS EL TENE: MUCHOS LECTORES. ME SERIA LISONJERO AGRADAR A TREINTA O CUARENTA PERSONAS DE PARIS, QUE NO VERE NUNCA, PERO QUE AMO SIN CONOCERLAS. POR EJEMPLO, ALGUNA

JOVEN COMO MADAME ROLAND LEYENDO ALGUN VOLUMEN, QUE OCULTA EN SEGUIDA AL MENOR RUIDO, EN LOS CAJONES DEL ESCRITORIO DE SU PADRE, QUE ES GRABADOR DE TAPAS DE RELOJ. UN ALMA COMO LA DE MADAME ROLAND ME PERDONARA, NO SOLO LA PALABRA *CRISTALIZACIÓN*, EMPLEADA PARA EXPRESAR ESTE ACTO DE LOCURA QUE NOS HACE PERCIBIR TODAS LAS BELLEZAS, TODOS LOS GÉNEROS DE PERFECCIÓN EN LA MUJER QUE COMENZAMOS A AMAR, SINO QUE TAMBIEN VARIAS ELIPSIS DEMASIADO ATREVIDAS. NO HAY MAS QUE TOMAR UN LAPIZ Y ESCRIBIR ENTRE LÍNEAS LAS CINCO O SEIS PALABRAS QUE FALTAN. (N. DEL A.).

[12]. TODAS SUS ACCIONES TUVIERON DESDE UN PRINCIPIO A MIS OJOS ESE AIRE CELESTIAL QUE HACE INMEDIATAMENTE DE UN HOMBRE UN SER APARTE, DIFERENTE DE TODOS LOS DEMÁS. YO CREÍA VER EN SUS OJOS ESA SED DE UNA FELICIDAD MAS SUBLIME, ESA MIRÁNDOLA NO CONFESADA QUE ASPIRA A ALGO MEJOR QUE LO QUE ENCONTRAMOS EN LA TIERRA Y EN TODAS LAS SITUACIONES EN QUE LA FORTUNA Y LAS REVOLUCIONES PUEDAN COLOCAR A UN ALMA ROMÁNTICA.

**... *STILL PROMPTS THE CELESTIAL SIGHT
HOR WHITCH WE WISH TO LIVE O DARE O DIE.***

{*UTLIMA LETTERA DI BIANCA A SUA MADRE.*
FORLI, 1817. (N. DEL A.).

[13]-**PARA ABREVIAR PODER PINTAR EL INTERIOR DE LAS ALMAS DE QUE HABLA EL AUTOR, ES POR LO QUE EMPLEA LA FORMULA DEL YO AL ENUMERAR VARIAS SENSACIONES QUE LE SON EXTRAÑAS; EL NO TIENE NADA PERSONAL QUE MEREZCA SER CONTADO. {N. DEL A.).**

CAPÍTULO IV

En un alma perfectamente indiferente (una joven que vive en un castillo aislado en el fondo de una campiña), la menor sorpresa puede provocar una gran admiración, y si sobreviene la más ligera esperanza hace nacer el amor y la cristalización.

En este caso, el amor agrada al principio como entretenimiento.

La admiración y la esperanza son poderosamente secundadas por la necesidad de amar y la melancolía que se siente á los dieciséis años. Sabemos demasiado que la inquietud de esa edad es una sed de amar, y lo propio de la sed es no ser excesivamente exigente con la clase de bebida que la casualidad le ofrezca.

Recapitulemos las siete épocas del amor, que son :

- 1) La admiración.
- 2) Qué placer, etc.
- 3) La esperanza.
- 4) El amor ya naciente.
- 5) Primera cristalización.
- 6) Aparece la duda.
- 7) Segunda cristalización.

Puede pactarse un año entre el número uno y el número dos.

Un mes entre el segundo y el tercero; si la esperanza se retarda mucho, se renuncia insensiblemente al segundo.

Una mirada entre el tercero y el cuarto.

No hay intervalo entre el cuarto y el quinto. No podrían estar separados sino por la intimidad.

Pueden pasarse algunos días, según el grado de la impetuosidad, las costumbres y la intrepidez del carácter entre los números cinco y seis, y no hay intervalo entre el seis y siete.

CAPÍTULO V

El hombre no es libre para no hacer lo que le causa más placer que todas las acciones posibles.

El amor es como la fiebre : nace y se extingue sin que la voluntad tome en ello la menor parte. He aquí una de las principales diferencias entre el amor-gusto y el amor-pasión. No se puede uno ufanar de las bellas cualidades de lo que se ama sino como de una afortunada casualidad.

En fin, el amor es de todas las edades : ved la pasión de Madame du Defiant por el poco gracioso Horacio Walpole. Todavía se recuerda en París un ejemplo más reciente y, sobre todo, más amable.

Yo no admito en prueba de las grandes pasiones sino aquellas de sus consecuencias que son ridiculas, por ejemplo : la timidez, prueba del amor; no hablo de la enfadosa vergüenza que se siente al salir del colegio.

CAPÍTULO VI

EL RAMO DE SALZBURGO

La cristalización no cesa casi nunca en amor. He aquí su historia: en tanto que no se está bien con lo que se ama, hay la cristalización de solución imaginaria; sólo por la imaginación es como estáis seguro que tal perfección existe en la mujer que amáis. Después de la intimidad, los temores que sin cesar renacen se calman con soluciones más reales. Así, la felicidad no es nunca uniforme más que en su origen. Cada día tiene una flor diferente.

Si la mujer amada cede á la pasión que siente y cae en la falta enorme de matar la duda por la vivacidad de sus transportes ^[14] la cristalización cesa al momento; pero cuando el amor pierde su vivacidad, es decir, sus temores, adquiere el encanto de un completo abandono, de una confianza sin límites: una dulce costumbre viene á embotar todas las penas de la vida y dar á los goces otro género de interés.

Si os han abandonado, la cristalización vuelve á comenzar, y cada acto de admiración, la vista de cada felicidad que puede daros y en la que no pensabais ya, termina con esta reflexión desgarradora : ((Esta felicidad tan encantadora no la volveré á tener nunca, y la he perdido por mi culpa.)) Si buscáis la felicidad en sensaciones de otro género, vuestro corazón se niega á sentirlas. Vuestra imaginación os pinta bien algún placer físico, os hace pensar en ir con un buen caballo á la caza en los bosques del Devonshire ^[15] pero veis y

sentís vivamente que esto no os daría ningún placer. He aquí el error de óptica que engendra, á veces, el suicidio.

El juego tiene también su cristalización, provocada por el empleo que pensáis hacer de la suma que vais á ganar.

Los juegos de la corte, tan recordados por los nobles bajo el nombre de legitimidad, no eran tan atractivos sino por la cristalización que provocaban. No había cortesano que no soñara en la fortuna rápida de un Luynes ó de un Lauzun, ni mujer amable que no viese en perspectiva el ducado de Madame de Polignac. Ningún Gobierno razonable puede restaurar esta cristalización. Nada tiene tan poca imaginación como el Gobierno de los Estados Unidos de América. Hemos visto que sus vecinos, los salvajes, casi no conocen la cristalización. Los romanos no tenían idea de ella, y no la encontraban sino en el amor físico.

El odio tiene su cristalización; desde que hay esperanza de vengarse, se empieza de nuevo á odiar.

Si toda creencia en que hay algo absurdo ó no demostrado tiende siempre á ponerse á la cabeza del partido de las gentes más extravagantes, éste es también uno de los efectos de la cristalización. Hay cristalización en matemáticas (recordad á los newtonianos en 1740) en los cerebros que no pueden en todo momento tener presentes todas las partes de la demostración de lo que creen.

Ved en prueba de esto el destino de los grandes filósofos alemanes, cuya inmortalidad, tantas veces proclamada, no puede durar más de treinta ó cuarenta años.

Por esto, por no poder darse cuenta del por qué de sus sentimientos, es por lo que el hombre más sensato es fanático en música.

No puede probarse á cada capricho que se tiene razón contra tal contradictor.

[14]-DIANA DE POITIERS, EN *LA PRINCESSE DE CLÉVES*. (N. DEL A.).

[15]-PORQUE SI PODEIS IMAGINAROS EN ESTO UNA FELICIDAD, LA CRISTALIZACIÓN HUBIERA CONFERIDO A VUESTRA AMANTE EL PRIVILEGIO EXCLUSIVO DE DAROS ESA FELICIDAD. (N. DEL A.).

CAPÍTULO VII

DE LAS DIFERENCIAS ENTRE EL NACIMIENTO DEL AMOR EN LOS DOS SEXOS

Las mujeres se sienten atraídas y obligadas por los favores. Como la mayor parte de sus sueños habituales son referentes al amor, después de la intimidad, estos sueños se agrupan alrededor de un solo objeto, y tratan de justificar un paso tan decisivo, tan extraordinario, tan contrario á todos los hábitos del pudor. Este trabajo no existe en los hombres. Además, la imaginación de las mujeres detalla con toda delectación momentos tan deliciosos.

Como el amor hace dudar de las cosas mejor demostradas, esa mujer, que antes de la intimidad estaba tan segura de que su amante era un hombre nada vulgar, tan pronto como cree que no tiene nada que negarle, se asusta de que no haya tratado sino de añadir una mujer más á su lista.

Solamente entonces aparece la segunda cristalización, que es mucho más fuerte porque el temor la acompaña ^[16]

Una mujer se cree reina al hacerse esclava. Este estado del alma y del espíritu está ayudado por la embriaguez nerviosa que hacen nacer los placeres, tanto más sensibles cuanto más raros. En fin, una mujer delante de un bordado, labor insípida y que no ocupa más que sus manos, piensa en su amante, en tanto que éste, galopando

en la llanura con su escuadrón, piensa en el arresto si ordena una maniobra falsa.

Estoy, pues, por decir que la segunda cristalización es mucho más fuerte en las mujeres porque el pudor es más vivo, la vanidad y el honor están comprometidos y las distracciones son más difíciles.

Una mujer no puede guiarse por la costumbre de ser razonable, costumbre que yo, hombre contraigo forzosamente, obligado á permanecer seis horas diarias en mi despacho, trabajando en cosas frías y razonables. Aun fuera del amor tienen inclinación á entregarse á su imaginación y á su exaltación habitual; la desaparición de los defectos del objeto amado debe, pues, ser más rápida.

Las mujeres prefieren las emociones á la razón, y se comprende, pues, en virtud de nuestras insípidas costumbres, ellas no están encargadas de dirigir ningún asunto en la familia ; la razón no les es nunca útil, y no les parece buena para nada.

Por el contrario, siempre les es perjudicial, porque no se les aparece sino para reprobarles el haber sentido placer ayer, y para mandarles no tenerlo mañana.

Dad á arreglar á vuestra mujer los negocios con los colonos de dos de vuestras (incas y os aseguro que los llevará mejor que vosotros, y entonces ¡ triste déspota ! tendréis, al menos, el derecho de quejaros, puesto que no tenéis el talento de haceros amar. Desde que las mujeres emprenden razonamientos generales hacen el amor sin darse cuenta de ello. En las cosas de detalle, ellas se jactan de ser más severas y más exactas que los hombres. La mitad del pequeño comercio está confiado á las mujeres, que lo hacen mejor que sus maridos. Es una máxima muy conocida que si se habla de negocios con ellas, toda seriedad es poca.

Es que ellas están siempre ávidas de emociones; véanse los placeres del entierro en Escocia.

**[16]-DE ESTA SEGUNDA CRISTALIZACIÓN CARECEN
LAS MUJERES FÁCILES, QUE ESTÁN
MUY LEJOS DE TODAS ESAS IDEAS ROMÁNTICAS.
(N. *DEL A.*).**

CAPÍTULO VIII

This was her favoured fairy realm and here she erected her aerial palaces. *Bride of Lammemoor*, 1,70.

Una joven de dieciséis años no dispone de bastante cristalización ; forma deseos demasiado limitados, por la poca experiencia que tiene de las cosas de la vida, para hallarse en estado de amar con tanta pasión como una mujer de veintiocho años.

Aquella noche exponía yo esta doctrina á una mujer de talento, que sostenía lo contrario. «La imaginación de una joven, que no esté helada por ninguna experiencia desagradable y que sienta con toda su fuerza el fuego de la primera juventud, es posible que á propósito de un hombre cualquiera se forje una imagen maravillosa. Siempre que ella se encuentre con su amante, gozará, no de lo que él es en efecto, sino de esa imagen deliciosa que se habrá creado. Más tarde desengañada de este amante y de todos los hombres, la experiencia de la triste realidad ha disminuido en ella el poder de la cristalización, y la desconfianza ha cortado las alas á la fantasía. A propósito de un hombre, quienquiera que sea, aunque fuere un prodigio, no podrá formarse una imagen tan atrayente ; no podrá, por consiguiente, amar con el fuego de la primera juventud, y como en amor no se goza sino de la ilusión que uno se forja, la imagen que pueda crearse á los veintiocho años, nunca tendrá la brillantez y la sublimidad de aquella sobre la cual habrá fundado el primer amor á los dieciséis; y el segundo amor parecerá siempre de una especie degenerada.» ((No, señora, la presencia de la desconfianza que no existía á los dieciséis años es, indudablemente, lo que deba dar un color diferente á este segundo amor. En la primera juventud, el amor es como un río inmenso, que lo arrastra todo en su corriente, y al

cual se comprende que no se podrá resistir. Ahora bien : un alma tierna se conoce á los veintiocho años; sabe que si para ella hay todavía felicidad en la vida, es en el amor donde debe buscarla, y se entabla en este pobre corazón agitado una lucha terrible entre el amor y la desconfianza. La cristalización avanza lentamente ; pero aquella que sale victoriosa de esta prueba terrible, donde el alma ejecuta todos sus movimientos á la vista continua del más horrible peligro, es mil veces más brillante y más sólida que la cristalización de los dieciséis años, en que, por el privilegio de la edad, todo era alegría y felicidad. Debe, pues, el amor ser menos alegre y más apasionado [17] .» .

Esta conversación (Bolonia, 9 Marzo 1820), que contradice un punto que me parecía tan claro, me hace pensar más y más que un hombre no puede decir casi nada sensato sobre lo que pasa en el fondo del corazón de una mujer tierna. Si se trata de una coqueta, ya es diferente : nosotros tenemos también sentidos y vanidad.

La diferencia entre el nacimiento del amor en los dos sexos debe provenir de la naturaleza de la esperanza, que no es la misma. El uno ataca y el otro defiende, el uno pide y el otro rehúsa, el uno es atrevido y el otro muy tímido.

El hombre se dice: «¿Podré agradarle? ¿Querrá amarme?»

La mujer: «¿No será por pasatiempo por lo que él me dice que me ama? ¿Tiene un carácter serio? ¿Puede responder de sí mismo y de la duración de sus sentimientos?» Así es como muchas mujeres consideran y tratan como á un niño á un joven de veintitrés años; si ha hecho seis campañas, todo cambia para él : entonces es un héroe.

En el hombre, la esperanza depende sencillamente de las acciones de la que ama ; nada más fácil de interpretar. En las mujeres, la esperanza debe estar fundada sobre consideraciones morales muy difíciles de apreciar bien. La mayor parte de los hombres solicitan una prueba de amor que ellos consideran definitiva; las mujeres no son bastante felices para poder encontrar tal prueba, y hay esta desgracia en la vida : lo que constituye la seguridad y la felicidad de uno de los amantes, causa el peligro y casi la humillación del otro.

En amor, los hombres corren el peligro del tormento secreto del alma, y las mujeres se exponen á las burlas del público ; ellas son más tímidas y, además, la opinión les preocupa mucho más, porque «es menester ser estimada^[18]» .

Las mujeres no tienen un medio seguro de subyugar la opinión, exponiendo por un instante su vida.

Las mujeres deben, pues, ser mucho más desconfiadas. En virtud de sus costumbres, todos los movimientos intelectuales que forman las épocas del nacimiento del amor son en ellas más tímidos, más dulces, más lentos, menos decididos; tienen, pues, más disposiciones á la constancia; deben desistir menos fácilmente una vez comenzada la cristalización.

Una mujer, viendo á su amante, reflexiona con rapidez ó se entrega á la felicidad de amar, felicidad de cuyo sueño despierta desagradablemente si el hombre inicia el menor ataque, porque es preciso dejar todos los placeres para correr á las armas.

El papel del amante es más sencillo : mira á los ojos de la que ama; una sola sonrisa puede darle el colmo de la felicidad, y sin cesar trata de obtenerla^[19] Un hombre se cree humillado si dura mucho el asedio, y por el contrario, esto constituye la gloria y el orgullo de la mujer.

Una mujer es capaz de amar, y, en un año entero, no dice más que diez ó doce palabras al hombre á quien prefiere. Tiene anotado en el fondo de su corazón el número de veces que le ha visto ; dos veces fue con él al teatro, dos veces se encontró con él á comer, y la ha saludado tres veces en el paseo.

Una tarde, en una diversión campestre, él le ha besado la mano; observase que desde entonces ella no permite ya, bajo ningún pretexto, y aun á riesgo de parecer extravagante, que se le bese la mano. En un hombre esta conducta se llamaría amor femenino, nos decía Leonor.

[17]-EPICURO DECÍA QUE, PARA LA PLENA POSESIÓN DE! PLACER, ES NECESARIO EL DISCERNIMIENTO. (N. DEL A.).

[18]-RECUÉRDESE LA MÁXIMA DE BEAUMARCHAIS : <<LA NATURALEZA DICE A LA MUJER : SE HERMOSA, SI PUEDES ; PRUDENTE, SI QUIERES ; PERO SE CONSIDERADA, ESTO ES LO PRECISO.>> SIN CONSIDERACIÓN, EN FRANCIA, NO HAY NI ADMIRACIÓN NI AMOR. (N. DEL A.).

**[19]-RECUÉRDESE A DANTE EN EL INFERNO:
GUANDO LEGGEMMO IL DISIATO RISO
ESSER BACIATO DI COTANTO AMANTE
CONIUI C/TC' MAI DA ME NON FIA DIÜISO.
LA BOCEA MI BACCIÓ IUTTO TREMANTE.
(N. DEL A.).**

CAPÍTULO IX

Yo hago todos los esfuerzos posibles por ser seco. Quiero imponer silencio á un corazón que cree tener mucho que decir. Tiemblo siempre de no haber escrito más que un suspiro cuando creo haber notado una verdad.

CAPÍTULO X

EJEMPLOS DE LA CRISTALIZACIÓN

Para prueba de la cristalización me contentaré con recordar la anécdota siguiente [\[20\]](#)

Una jovencita oye decir que Eduardo, su pariente, que va á volver del ejército, es un joven muy distinguido; se le asegura que él la quiere sólo por lo que ha oído hablar de ella ; pero querrá, probablemente, verla antes de declararse y pedirla á sus padres. Un día ve á un joven extranjero en la Iglesia; le oye llamar Eduardo; ella no piensa más que en él y le ama. Ocho días después llega el verdadero Eduardo ; no es el de la iglesia ; la joven palidece, y será desgraciada para siempre, si se la obliga á casarse con él.

He aquí lo que los pobres de espíritu llaman sinrazones del amor.

Un hombre generoso colma á una joven desgraciada de los más delicados beneficios : el hombre no puede estar más adornado de virtudes; y el amor iba á nacer, pero lleva un sombrero mal armado y le ve montar á caballo con poca destreza ; y la joven confiesa suspirando que no puede corresponder á los entusiasmos que él le manifiesta.

Un hombre hace la corte á la mujer más honrada del mundo; pero ella sabe que este señor ha tenido desgracias físicas y ridículas, y le llega á ser insoportable. Sin embargo, no había tenido la intención de entregarse jamás á él, y estas desgracias secretas no perjudican

en nada á su talento y á su amabilidad. Es sencillamente que la cristalización se ha hecho imposible.

Para que un sér humano pueda ocuparse con delicia en divinizar un objeto amable, ya sea cazado en los bosques de los Ardennes, ya en el baile de Coulon, es preciso, ante todo, que le parezca perfecto, no en todos los aspectos posibles, sino en todos los aspectos que él ve actualmente, y no le parecerá perfecto en todos, sino después de varios días de la segunda cristalización. Es esto tan sencillo, que basta entonces tener la idea de una perfección para verla en lo que se ama.

Con esto se advierte en qué sentido la belleza es necesaria al nacimiento del amor. Es preciso que la fealdad no cree un obstáculo. El amante llega bien pronto á encontrar bella á su querida, tal como es, sin pensar en la verdadera belleza.

Los rasgos que forman la verdadera belleza le prometerían, si él los viese, y si me atrevo á expresarme así, una cantidad de felicidad, que yo expresaría por el número uno, y los rasgos de su amante, tales como son, le prometen mil unidades de felicidad.

Antes del nacimiento del amor, la belleza es necesaria como bandera. La belleza predispone á esta pasión por las alabanzas que se oye tributar á lo que se amará. Una admiración muy viva hace decisiva la más pequeña esperanza.

En el amor-gusto y acaso en los primeros cinco minutos del amor-pasión, una mujer, al tomar un amante, tiene más en cuenta cómo juzgan las demás mujeres á este hombre que la manera de juzgarlo ella misma.

De aquí los éxitos de los príncipes y de los oficiales [\[21\]](#)

Las mujeres bonitas de la corte del viejo Luis XIV estaban enamoradas de este príncipe.

Es preciso guardarse mucho de presentar facilidades á la esperanza antes de estar seguro que hay admiración. Se hará nacer la insipidez que hace el amor imposible, ó al menos que no pueda curársele más que por el agujón del amor propio.

No se simpatiza con el tonto, ni con el que sonrío al primero que llega ; de aquí que en el mundo se necesite un barniz de truhanería; esta es la nobleza de las maneras. No se recoge ni siquiera la risa sobre una planta demasiado envilecida. En amor, nuestra vanidad

desdeña una victoria demasiado fácil, y en todos los géneros el hombre no está sujeto á exagerarse el precio de lo que se le ofrece.

[20]-EMPOLI, JUNIO 1819. {N. DEL A.).

[21]-*THOSE WHO REMARKED TO THE COUNTENANCE OF THIS YOUNG HERE A DISSOLUTE AUDACITY MINGLED WITH EXTREME HAUGHTINESS AND INDIFFERENCE TO THE INICELINGS OF OTHERS, COULD NOT YET DENY TO HIS COUNTENANCE THAF SORF OF COMELINESS WHICH BELONGS TO AN OPEN SET OF FEATURES, WELL FORMED BY NATURE, MODELLED BY ART TO THE USUAL RULES OF COURTESY, YET SO FAR FRANK, HONEST, THAF THEY SEEMED AS IF THEY DISCLAIMED TO CONCEAL THE NATURAL WORKWVG OF THE SOUL. SUCH AN EXPRESSION IF OFTEN MISTAKEN FOR MANLY FRANKNESS, WHEN M TRUTH IT ARISES FROM THE RECKLESS INDIFFERENCE OF A LIBERTINE DISPOSITION, CONSCIOUS OF SUPERIORITY OF BIRTH OF WEALTH, OR OF SOME OTHER ADOENTITIOUS ADVANTAGE TOTALLY UNCONNECTED WITH PERSONAL MERIT. {IVANHOE, I, 145). {NOTA CEL A.).*

CAPÍTULO XI

Una vez comenzada la cristalización se goza con delicia de cada nueva belleza que se descubre en lo que se ama.

Pero (qué es la belleza? Es una nueva aptitud para proporcionar placer.

Los placeres de cada individuo son diferentes y con frecuencia opuestos; esto explica bastante bien cómo lo que es belleza para un individuo es fealdad para otro. (Ejemplo cluyente de Del Rosso y de Lisio, en 1 de Febrero de 1820.)

Para descubrir la naturaleza de la hermosura conviene investigar cuál es la naturaleza de los placeres de cada individuo : por ejemplo, á Del Rosso le es necesaria una mujer que tolere algunos avances atrevidos y que por sus sonrisas autorice á cosas bastante alegres; una mujer que á cada instante tenga los placeres físicos delante de su imaginación y que excite á la vez el género de amabilidad de Del Rosso y le permita desplegarla.

Del Rosso entiende por amor el amor físico, y Lisio el amor-pasión. Es evidente que no estarán de acuerdo sobre la palabra belleza_ [\[22\]](#)

La belleza que descubris viene á ser, pues, una nueva aptitud para daros placer, y los placeres verían tanto como los individuos.

La cristalización formada en la cabeza de cada hombre debe llevar el color de los placeres de este hombre.

La cristalización de la amante de un hombre ó su belleza no es otra cosa que la REUNIÓN DE TODAS LAS SATISFACCIONES, de todos los deseos que ha podido formar sucesivamente tocante á esto.

[22]-MI BELLEZA, PROMESA DE UN CARÁCTER ÚTIL A MI ALMA, ESTA POR ENCIMA DE LA ATRACCIÓN DE LOS SENTIDOS, Y ESTA ATRACCIÓN NO ES MAS QUE UNA ESPECIE PARTICULAR (1815). (N. DEL A.).

CAPÍTULO XII

CONSECUENCIA DE LA CRISTALIZACIÓN

¿Por qué se goza con delicia de cada nueva belleza que se descubre en lo que se ama?

Es que cada nueva belleza nos da la satisfacción plena y entera de un deseo. La queréis tierna, y es tierna; después la queréis altiva como l'Emile de Corneille, y aunque estas cualidades probablemente sean incompatibles, aparece al instante con un alma romana. He aquí la razón moral por la cual el amor es la más fuerte de las pasiones. En las otras, los deseos deben acomodarse á las frías realidades; aquí son las realidades las que se apresuran á modelarse sobre los deseos; es, pues, una de las pasiones en que los deseos violentos tienen las mayores satisfacciones.

Hay condiciones generales de felicidad que extienden su imperio sobre todas las satisfacciones de deseos particulares:

1) Ella parece vuestra propiedad porque sois vos solo quien puede hacerla feliz.

2) Ella es juez de vuestro mérito.

Esta condición era bastante importante en las cortes galantes y caballerescas de Francisco I y de Enrique II y en la corte elegante de Luis XV. Bajo un Gobierno constitucional y razonable, las mujeres pierden toda esta zona de influencia.

3) Para los corazones novelescos, cuantoj más sublime tenga el alma, más celestes y más libres del fango de las consideraciones

vulgares serán los placeres que gozaréis en sus brazos.

La mayor parte de los jóvenes franceses de dieciocho años son discípulos de Rousseau, por lo cual esta condición de felicidad es importante para ellos.

En medio de operaciones tan engañosas para el deseo de felicidad, se pierde la cabeza.

Desde el momento que ama, el hombre más sabio no ve ningún objeto tal como es. Exagérase al menos sus propias ventajas y los menores favores del objeto amado. Los temores y las esperanzas toman al instante algo de novelesco (de Wayard). No atribuye nada á lo casual; pierde el sentimiento de la probabilidad; una cosa imaginada es algo existente para producir efecto sobre su dicha. ^[23]

Una señal horrorosa de que se pierde la cabeza es que pensando en algún hecho sin importancia y difícil de observar, lo veis blanco y lo interpretáis en favor de vuestro amor; un instante después notáis que, en efecto, era negro y lo encontráis todavía concluyente en favor de vuestro amor.

Entonces es cuando un alma, presa de las incertidumbres mortales, siente la necesidad de un amigo; pero para un amante no hay ya amigo. Todo esto se sabe muy bien en la corte. He aquí el único género de indiscreción que una mujer delicada puede perdonar.

**[23]-HAY UNA CAUSA FÍSICA, UN PRINCIPIO DE
LOCURA, UNA AFLUENCIA DE SANGRE AL CEREBRO,
UN DESORDEN EN LOS NERVIOS Y EN EL CENTRO
CEREBRAL. CONSIDÉRESE EL VALOR EFÍMERO DE
LOS CIERVOS Y EL COLOR DE LOS PENSAMIENTOS DE
UN SOPRANO. EN 1922, LA PSICOLOGÍA NOS DARÁ
LA DESCRIPCIÓN DE LA PARTE FÍSICA DE ESTE
FENÓMENO. YO LO RECOMIENDO A LA ATENCIÓN DE
EDWARDS. (N. DEL A.).**

CAPÍTULO XIII

DEL PRIMER PASO, DEL GRAN MUNDO, DE LAS DESGRACIAS

Lo que hay de más sorprendente en la pasión del amor, es el primer paso, es la extravagancia del cambio que se opera en el cerebro de un hombre.

El gran mundo, con sus fiestas brillantes, sirve al amor para favorecer su primer paso.

Comienza por cambiar la admiración sencilla (número 1) en admiración tierna (número 2). ((¡Qué placer darle besos!», etcétera.

Un vals rápido en un salón alumbrado por mil bujías envuelve á los jóvenes en una embriaguez que disipa la timidez, aumenta la conciencia de las fuerzas y les da, en fin, la audacia de amar. Porque ver un objeto muy amable no basta ; al contrario, la extrema amabilidad desanima á las almas tiernas; es preciso, ya que os aman, verlas al menos despojadas de su majestad [\[24\]](#)

¿Quién se atreve á enamorarse de una reina, á menos que ella no se enamore de antemano [\[25\]](#) ?

Nada es, pues, más favorable al nacimiento del amor que la mezcla de una soledad enojosa y de algunos bailes largo y largo tiempo deseados, y esta es la conducta de las buenas madres de familia que tienen hijas.

El verdadero gran mundo, tal como se daba en 1 acorte de Francia [\[26\]](#) y que según creo no existe desde 1780 [\[27\]](#) era poco favorable al amor, haciendo casi imposible la soledad y el ocio indispensables para el trabajo de las cristalizaciones.

La vida de la corte da la costumbre de ver y de ejecutar un gran número de matices, y el más pequeño matiz puede ser el principio de una admiración y de una pasión [\[28\]](#)

Cuando las desgracias del amor están mezcladas á otras desgracias (desgracias de Vanidad si vuestra amante ofende vuestro justo orgullo, vuestros sentimientos de honor y de dignidad personal; desgracias de fortuna, de salud, de persecución política, etc.), esto no es en apariencia sino que el amor se aumenta con estos contratiempos; como ellos ocupan en otra cosa la imaginación impiden en el amor suspirante las cristalizaciones y en el amor feliz el nacimiento de las pequeñas dudas. La dulzura del amor y su locura retornan cuando estas desgracias han desaparecido.

Notad que las desgracias favorecen el nacimiento del amor en los caracteres ligeros ó insensibles, y que después de su nacimiento, si las desgracias son anteriores, favorecen el amor en el sentido de que la imaginación, hastiada de las otras circunstancias de la vida, que no suministran más que imágenes tristes, se entrega por entero á operar la cristalización.

[24]-DE AHÍ LA POSIBILIDAD DE LAS PASIONES DE ORIGEN FACTICIO, COMO LA DE BENEDICTO Y LA DE BEATRIZ, EN SHAKESPEARE. (N. DEL A.).

[25]-VÉANSE LOS AMORES DE STRUENZÉE EN LAS COSTAS DEL NORTE, DE BRAVORT (TRES VOLÚMENES, 1819). {N. DEL A.),

[26]-VÉANSE LAS LETTRCS DE MADAME DU DEFFANT, Y LAS DE MADEIMOSELLE DE LESPINASSE, LAS MEMOIRES DE BEZENVAL, DE LAUZUN, DE MADAME D'EPINAY, EL DICTIONAIRE DES ÉTIQUETA DE MADAME DE GENLIS, LAS MEMOIRES DE DANGEAU, DE HORACIO WALPOLE, ETC. (N. DEL A.).

[27]-SI NO ES EN LA CORTE DE SAN PETERSBURGO. {N .DEL A.).

[28]-VEANSE SAINT SIMON Y WERTHER. POR TIERNO Y DELICADO QUE SEA UN SOLITARIO, SU ALMA ESTA DISTRAÍDA. UNA PARTE DE SU IMAGINACIÓN ESTA EMPLEADA EN EVITAR LA SOCIEDAD. LA FUERZA DEL CARÁCTER ES UNO DE LOS ENCANTOS QUE SEDUCEN MAS A LOS CORAZONES VERDADERAMENTE FEMENINOS. DE AHI EL ÉXITO DE LOS JOVENES OFICIALES MUY GRAVES. LAS MUJERES SABEN MUY BIEN LA DIFERENCIA

**ENTRE LA VIOLENCIA DE LOS MOVIMIENTOS DE LA
PASIÓN, QUE ELLAS SIENTEN
TAN VIVAMENTE EN SU CORAZÓN, Y LA FUERZA
DEL CARÁCTER ; LAS MUJERES MAS DISTINGUIDAS
SON ALGUNAS VECES ENGAÑADAS Y BURLADAS POR
UN POCO DE CHARLATANISMO DE ESTE GENERO, EL
QUE CABE UTILIZAR SIN TEMOR ALGUNO APENAS HA
COMENTADO LA CRISTALIZRACION. (N. DEL A.).**

CAPÍTULO XIV

He aquí un efecto que me será discutido y que sólo presento á los hombres bastante desgraciados para haber amado con pasión durante muchos años y con un amor contrariado por obstáculos invencibles;

La vista de todo lo que es extremadamente bello en la naturaleza y en las artes atrae el recuerdo de lo que se ama con la rapidez del relámpago. Lo que sucede es que, por el mismo mecanismo de la rama del árbol ornada de diamantes que brota en la mina de Salzburgo, todo lo que es hermoso y sublime en el mundo forma parte de la belleza de lo que se ama, y esta contemplación imprevista de la felicidad al instante llena los ojos de lágrimas. Así es como el amor de lo bello y el dolor en sí se dan mutuamente la vida.

Una de las desgracias de la vida es que esta felicidad de ver lo que se ama y de hablarle no deja recuerdos claros. El alma está aparentemente demasiado turbada por sus emociones para estar atenta á lo que las causa ó á lo que las acompaña. Ella es la sensación misma. Quizá porque estos placeres no pueden ser saboreados suscitándolos á voluntad es por lo que se renuevan con tanta fuerza desde el momento en que algún objeto viene á sacarnos del ensueño consagrado a la mujer que amamos, y recordárnosla más vivamente por algún nuevo aspecto [\[29\]](#)

Un anciano arquitecto la encontraba todas las tardes en los salones de la alta sociedad. Arrastrado por un impulso natural, y sin prestar atención á lo que yo le decía, un día le hice de su adorador un elogio tierno y pomposo y ella se burló de mí. Yo no tuve la fuerza de decirle: (Él os viene á ver todas las noches».

Esta sensación es tan poderosa que se extiende hasta la persona de mi enemigo, que anda continuamente al lado de ella. Cuando la veo, me recuerda tanto á Leonor, que no puedo odiarla en este momento, por muchos esfuerzos que haga para ello.

Se, diría que por una extraña rareza del corazón la mujer amada comunica más encanto del que en sí misma tiene. La imagen de la ciudad lejana donde se la vió un instante [\[30\]](#) produce un delirio más dulce y más profundo que su presencia misma. Este es el efecto de los rigores.

El ensueño del amor no puede notarse. Yo noto que puedo releer una buena novela cada tres años con el mismo placer. Me infunde sentimientos conformes al género de gustos y de tiernas aficiones que me domina en el momento ó me procura variedad en mis ideas si no siento nada. Puedo también escuchar con placer la misma música; pero no es preciso que la memoria tome parte en esta satisfacción. Es la imaginación únicamente la que debe afectarse; si una ópera causa más placer á las veinte representaciones, es porque comprende uno mejor la música ó porque recuerda la sensación del primer día.

En cuanto á las nuevas perspectivas que una novela sugiere para el conocimiento del corazón humano, yo recuerdo bastante bien las antiguas, y hasta me gusta anotarlas al margen. Pero este género de placer aplicase á las novelas porque me hacen penetrar en el conocimiento del hombre, y de ninguna manera á la fantasía, al poder de ensueño que es el verdadero placer de la novela. Esta fantasía es imposible de registrar y anotar. Anotarla es matarla por el momento, porque se cae en el análisis filosófico del placer; y es matarla más decididamente para el porvenir, porque nada paraliza tanto la imaginación como el llamamiento á la memoria. Si yo encuentro al margen una nota que registra mi sensación al leer *Old Mortality* en Florencia, hace tres años, al momento me sumerjo en la historia de mi vida, en la estimación del grado de felicidad en las dos épocas -, en la más alta filosofía, en una palabra, y adiós para largo tiempo al Ruido abandono de las sensaciones tiernas.

Todo gran poeta que tiene una imaginación viva es tímido, es decir, que teme á los hombres por las interrupciones que pueden causar á sus deliciosas fantasías. Tiembla por su atención. Los

hombres, con sus intereses groseros, vienen á sacarle de los jardines de Armida para empujarle hacia un cenagal fétido, y si quieren lograr que les preste atención, le irritan. Por este hábito de nutrir su alma de fantasías conmovedoras y por su horror hacia lo vulgar, es por lo que un gran artista está tan cerca del amor.

Cuanto más gran artista es un hombre, más debe desear los títulos y decoraciones como baluarte contra el vulgo.

[29]-LOS PERFUMES. {*N. DEL A.*}.

[30]-VEASE A DANTE EN EL CANTO V DEL *INFERNO* :
NESSAM MAGIAR DOLARE
CHE RICORDARSI DEL TEMPO FELICE
NELLA MISERIA.

CAPÍTULO XV

Se encuentran en medio de la pasión más violenta y más contrariada momentos en que se cree no amar ya; es como una fuente de agua dulce en medio del mar. Casi no se siente ya placer en pensar en el sér amante, aunque, agobiado por sus rigores, se encuentra uno más desgraciado aún al no tomar interés por nada en la vida. La nada más triste y más desanimada sucede á una manera de ser agitada sin duda, pero que presenta toda la naturaleza desde un aspecto nuevo, apasionado é interesante.

Es que la última visita que habéis hecho á la que amáis os ha puesto en una situación sobre la cual otra vez vuestra imaginación ha recogido todo lo que puede dar de sensaciones : por ejemplo, después de un período de frialdad, os trata menos mal, y os deja concebir exactamente el mismo grado de esperanza y por los mismos signos exteriores, que en otra época todo esto puede suceder sin que de ella se dé cuenta. Como la imaginación ha encontrado en su camino á la memoria y sus tristes avisos, la cristalización [\[31\]](#) cesa en el momento.

[31]-SE ME ACONSEJA PRIMERAMENTE QUITAR ESTA PALABRA, 6, SI NO PUEDO CONSEGUIR ESTO POR FALTA DE TALENTO LITERARIO, RECORDAR A MENUDO QUE ENTIENDO

POR CRISTALIZACIÓN CIERTA FIGURA DE IMAGINACIÓN, LA CUAL HACE QUE NO SE RECONOZCA UN OBJETO CON FRECUENCIA BASTANTE ORDINARIA Y SE CONSTITUYA EN UN SER APARTE. - EN LAS ALMAS QUE NO CONOCEN OTRO CAMINO QUE LA VANIDAD PARA LLEGAR Y LA FELICIDAD ES NECESARIO QUE EL HOMBRE QUE TRATA DE EXCITAR ESTA FIEBRE SE ANUDE BIEN SU CORBATA Y ESTE CONSTANTEMENTE ATENTO A MIL DETALLES QUE NO EXCLUYEN TODO DESALIÑO. LAS MUJERES DE LA BUENA SOCIEDAD CONFIESAN EL EFECTO NEGÁNDOLO 6 NO VIENDO LA CAUSA. (N. DEL A.).

CAPÍTULO XVI

En un pequeño puerto cuyo nombre ignoro, cerca de Perpiñán (25 Febrero 1822 [\[32\]](#)) .

Acabo de comprobar esta noche que la música, cuando es perfecta, pone el corazón exactamente en la misma situación en que se encuentra cuando goza de la presencia de lo que ama, es decir, que da la felicidad aparente más viva que existe sobre la tierra.

Si así fuese para todos los hombres, nada en el mundo predispondría más al amor.

Pero yo he notado ya, en Nápoles, el año pasado, que la música perfecta, como la pantomima perfecta [\[33\]](#) me hace soñar en lo que forma actualmente el objeto de mis fantasías y me sugiere ideas excelentes. En Nápoles, este es el medio de armar á los griegos.

Ahora bien ; esta noche no pude disimularme que tengo la desgracia of being too great an admirer of milady L [\[34\]](#)

Y puede ser que la música perfecta que he tenido la felicidad de volver á escuchar después de dos ó tres meses de privación, aunque haya ido todas las noches á la Opera, no ha producido sencillamente más que su efecto, antaño reconocido, quiero decir, el de hacer soñar vivamente en lo que ocupa la imaginación...

4 de Marzo, ocho días después.

No me atrevo á borrar ni á aprobar la observación anterior. Es seguro que cuando yo la escribía, la leía en mi corazón. Si hoy la pongo en duda, es tal vez porque he perdido el recuerdo de lo que veía entonces.

El hábito de la música y su fantasía predisponen al amor. Un aire tierno y triste, con tal que no sea demasiado dramático y que la

imaginación no se vea forzada á pensar en la acción, excitando puramente el ensueño del amor, es delicioso para las almas tiernas y delicadas: por ejemplo, el compás prolongado de clarinete al comienzo del cuarteto de Bianca é Faliero y el recital de la Camporesi hacia la mitad del cuarteto.

El amante que está bien con la que ama goza con transporte del famoso dúo de Armida é Rinaldo, de Rossini, que pinta tan bien las vacilaciones del amor feliz y los momentos de delicias que siguen á las reconciliaciones. El trozo instrumental que hay á la mitad del dúo, en el momento en que Rinaldo quiere huir, y representa de una manera tan sorprendente el combate de las pasiones, le parece tener una influencia física sobre su corazón y conmoverle realmente. Yo no me atrevo á decir lo que siento al oír esto; pasaría por loco ante las gentes del Norte.

[32]-COPIA DEL DIARIO DE LISO. (N. DEL A.).

**[33]-OTHELO Y LA VESTATE, PANTOMIMA O BALLETS
DE VIGANO, EJECUTADOS POI
PALLERLNI Y MOLLINARI. (N. DEL T.)**

**[34]-DE SER UN ADMIRADOR DEMASIADO RNIENSO
DE LA SEÑORA L. {N. DEL T)**

CAPÍTULO XVII

LA BELLEZA DESTRONADA POR EL AMOR

Alberico encuentra en un palco á una mujer más bella que su amante (suplico que se me permita una evaluación matemática), es decir, cuyos rasgos prometen tres unidades de felicidad en lugar de dos (yo supongo que la belleza perfecta da una cantidad de felicidad expresada por el número cuatro).

¿Es sorprendente que él prefiera los rasgos de su amante, que le prometen cien unidades de felicidad? Hasta los pequeños defectos de su fisonomía, una marca de viruela, por ejemplo, dan enternecimiento al hombre que ama y le arrojan en una fantasía profunda cuando los distingue en otra mujer ; (qué no será en su amante? Es que ha experimentado mil sentimientos en presencia de esta marca de viruela, que estos sentimientos, en su mayor parte deliciosos, son todos del más alto interés y que, sean como sean, se renuevan con una increíble vivacidad á la vista de esta señal en el rostro de otra mujer.

Si se llega así á amar la fealdad, es que en este caso la fealdad es belleza ^[35] Un hombre amaba con pasión á una mujer muy delgada y marcada de viruelas; la muerte se la arrebató. Tres años después en Roma, admitido en la familiaridad de dos mujeres, una más bella que el sol, la otra delgada, marcada de viruelas, y por ello bastante fea, le veo que ama á la fea, al cabo de ocho días que emplea en borrar su fealdad por sus recuerdos, y, por una

coquetería bien perdonable, la menos bonita no dejó de ayudarle fustigándole un poco la sangre, cosa útil á- esta operación_ [36]_ Un hombre encuentra una mujer y se admira de su fealdad muy pronto si ella no tiene pretensiones; su fisonomía le hace olvidar los defectos; la encuentra amable y concibe que se la pueda amar; ocho días después tiene esperanzas ; una semana más tarde se le quitan, y ocho días después está loco...

[35]-La belleza no es mas que *promesa* de la felicidad. La felicidad de un griego era diferente de la felicidad de un frances de 1822. Veanse los ojos de la Venus de Medicis y comparensen a los ojos de la Magdalena de Pordenone (en la galería particular de Soramariva). (IV. *del A.*).

[36]-Si se esta seguro del amor de una mujer, se examina si es mas 6 menos bella ; pero si se duda de su corazon, no se tiene tiempo a pensar en su figura, {*N. del A.*}.

CAPÍTULO XVIII

Se nota en los teatros una cosa parecida con los actores queridos del público : los espectadores no son sensibles á lo que puedan tener de belleza ó de fealdad real. Lekain, á pesar de su fealdad notable, inspiraba pasiones á granel; y Garrich también, por varias razones; pero desde luego porque no se veía la belleza real de sus rasgos ó de sus maneras, sino aquellas que desde largo tiempo la imaginación estaba habituada á prestarle en reconocimiento y en recuerdo de todos los placeres que habían proporcionado, y, por ejemplo, la sola figura de un actor cómico hace reir desde que entra en escena.

Una joven á quien se llevaba al Teatro de los Franceses por primera vez, podía sentir alguna repulsión por Lekain, durante la primera escena ; pero muy pronto la hacía llorar ó estremecerse; y ¿cómo resistir á los papeles de Tancredo ^[37] ó de Orosman? Si para ella la fealdad era todavía un poco visible, los transportes de lodo un público y el efecto nervioso que producen sobre un corazón joven ^[38] conseguirían bien pronto eclipsarla. No quedaba de la fealdad más que el nombre, y ni siquiera el nombre, porque se oía á mujeres entusiastas de Lekain gritar : «¡Qué hermoso es!»

Recordemos que la belleza es la expresión del carácter ó, dicho de otra manera, de los hábitos morales, y que, por consiguiente, está exenta de toda pasión. Ahora bien : la pasión es lo que necesitamos; la belleza no puede suministrarnos más que probabilidades á cuenta de una mujer, y aun probabilidades sobre su sangre fría, y las miradas de vuestra amante marcada de viruela

son una realidad encantadora que destruye todas las probabilidades posibles.

[37]. Véase, a Madame Stael en *Delphine*, según creo : he aquí el artificio de las mujeres poco bonitas. (N. del A.).

[38]. Es a esta simpatía nerviosa a lo que yo atribuía el efecto prodigioso

e incomprensible de la música en moda (en Dresde, a propósito de Rossini,

1821). Desde que no esta de moda, no se toma peor por esto, y, sin embargo,

no produce efecto sobre los corazones sencillos de los jóvenes.

Madame

de Sevigne (carta 203, 6 de Mayo de 1672), dice a su hija : a Lully había hecho

un último esfuerzo con toda la música del rey; aquel hermoso Miserere

fue entonces superado ; hubo allí un Libera en que todos los ojos estaban llenos de lágrimas.>> No se puede dudar de la .verdad de este efecto, como no se puede sentir el talento o la delicadeza de Madame Sevigne. La música de Lully, que la encantaba, haría huir a estas fechas; entonces esta música

estimulaba la cristalización, y hoy la hace imposible. (N. del A.)

CAPÍTULO XIX

CONSECUENCIAS DE LAS EXCEPCIONES DE LA BELLEZA

Las mujeres espirituales y tiernas, pero de sensibilidad tímida y desconfiada, que al día siguiente del en que han sido presentadas en el gran mundo pasan revista mil veces -con una timidez enfermiza á cuanto han podido exteriorizar ó dejar adivinar : estas mujeres, digo, se acostumbran fácilmente á la falta de belleza en los hombres, y esto apenas es un obstáculo para amarles.

Ocurre por el mismo principio de que se es casi indiferente hacia el grado de belleza de una amante adorada y que os colma de rigores. Casi no hay ya cristalización de la belleza, y cuando el amigo que quiere curaros os dice que no es bonita, se muestra uno conforme, y él cree haber dado un gran paso.

Mi amigo, el bravo capitán Trab, me pintaba esta noche lo que él había sentido otrora, viendo á Mirabeau.

Nadie, mirando á este gran hombre, experimentaba un sentimiento desagradable, es decir, nadie le encontraba feo. Arrastrado por sus palabras abrasadoras, no se encontraba placer en estar atento sino á lo que había de hermoso en su figura. Como apenas había en él rasgos bellos (de la belleza de la escultura ó de la pintura), no se estaba atento más que á lo que era bello con otra belleza (1), á la belleza de expresión.

(1) Esta es la ventaja de estar á la moda. Haciendo abstracción de los defectos de la figura ya conocidos y que no perjudican nada á la imaginación, se siente uno arrastrado por una de las tres bellezas siguientes : 1) En el pueblo, por la idea de riqueza ; 2) en el gran mundo, por la idea de elegancia ó material ó moral, 3) en la corte, por la idea á secas y (quiero agradar á las mujeres) casi siempre, por una mezcla de estas tres ideas. La 'elici- dad unida á la idea de riqueza se junta con el placer que sigue á la idea de

Al mismo tiempo que la atención cerraba los ojos á todo lo que era feo, pintorescamente hablando, se sentía ligada, con transporte, á los más pequeños detalles, por ejemplo, á la belleza de su profusa cabellera, y si hubiese llevado cuernos, se les hubiese encontrado bellos (2).

La presencia, todas las noches, de una bonita bailarina da atención forzada á las almas heridas ó privadas de imaginación que adornan los palcos de la Opera. Por sus movimientos graciosos, atrevidos y singulares, despierta el amor físico y le procura tal vez la única cristalización posible. Así es como una fea graciosa, á quien en la calle no se honró con sola una mirada, sobre todo de parte de las gentes vulgares, si Aparece á menudo en la escena, encuentra quien la mantenga

elegancia, y el conjunto provoca el amor. De una manera ó de otra, la imaginación es arrastrada poi la novedad. Llega así una mujer á ocuparse de un hombre muy feo, sin pensar en su fealdad, y á la larga su fealdad se convierte en belleza. En Viena, en 1788, Madame Vigano, bailan na, la mujer en moda, era gruesa, y las señoras llevaban bien pronto modas de vientres postizos á lo Vigano. Por las mismas razones, nada más horrible que una moda atrasada. El mal gusto es confundir la moda que no vive más que de cambios, con la belleza durable, fruto de cal ó cual Gobierno, y regida por determinado clima. Un edificio hoy en moda dentro de diez años será un edificio antiguo. Será menos raro á los doscientos años, cuando se haya olvidado la moda. Los enamorados son muy locos cuando piensan en vestirse bien. Hay otra cosa que hacen viendo á la que se ama que pensar en la toilette ; se mira al amante y no se le examina, d»ce Rousseau. Si existe este examen, estamos en el amor-gusto y no en el amor-pasión. El aire brillante de la

belleza disgusta en la que se ama ; no sólo se la desea bella ; se la quiere tierna y lánguida. El adorno no produce efecto de amor más que en las jóvenes severamente educadas en la casa paterna, á quienes con frecuencia el amor y la pasión les entran por la vista. (Dicho por L., 15 Septiembre 1820. Le Petit Germain, Mémoires de Grammont. {N. del A.}).

(1) Sea por su finura, sea por su grandeza, sea por su forma ó por combinación de sentimientos (recuérdese lo que se dijo más arriba sobre marcas de viruelas), una mujer que ama acostúmbrase á los defectos de su amante. La princesa rusa C. se ha acostumbrado á un hombre que, en definitiva, no tiene nariz. La imagen del valor y de la pistola armada para matarse de desesperación por una desgracia y la piedad por el profundo infortunio, ayudados por la idea del corazón y de que comienza á curar, han operado este milagro. Es preciso que el pobre herido no tenga aspecto que haga pensar en su desgracia. (Berlín, 1807). {N. del A.},

bastante bien. Geoffrey decía que el teatro es un pedestal de las mujeres. Cuanto más célebre y corrida es una bailarina, más vale ; de aquí el proverbio que se usa mucho entre bastidores : «Hay quien no encontraría á quién darse, y encuentra á quién venderse». Estas rameias roban una parte de sus pasiones á sus amantes y son muy susceptibles de amar por amor propio.

(Cómo hacer para enlazar sentimientos generosos y amables á la fisonomía de una actriz cuyos rasgos no tienen nada de deslumbradores, á quien todas las noches se escucha durante dos horas expresando los sentimientos más nobles, y á quien no se conoce bajo otro aspecto? Al fin, cuando se consigue ser admitido en su casa, sus rasgos os recuerdan sentimientos tan agradables que toda la realidad que la rodea, por innoble que sea algunas veces se tiñe al instante con un tinte novelesco y conmovedor.

«En mi primera juventud, entusiasta de esta aburrida tragedia francesa (1), cuando yo tenía la felicidad de cenar con Mademoiselle Olivier, en todos los instantes me sorprendía con el corazón lleno de respeto, creyendo hablar á una reina, y, realmente, yo no he sabido nunca cerca de ella si había estado enamorado de una reina ó de una linda muchacha.»

CAPÍTULO XX

Puede ser que los hombres que no son susceptibles de experimentar el amor-pasión sean aquellos que sienten más vivamente el efecto de la belleza : al menos, esta es la impresión más fuerte que pueden recibir de las mujeres.

El hombre que ha sentido los latidos del corazón, las pal-

(I) Frase inconveniente copiada de las Memorias de mi amigo el difunto barón de Bottmer. Por el mismo artificio es por lo que Feramorz gustaba á Lalla Roock. Véase este encantador poema. {N. del A.).

pitaciones que le causa ver de lejos el sombrero de satén blanco de la que ama, se admira de la frialdad en que le deja la proximidad de la mayor belleza del mundo.

Observando los transportes de los otros puede incluso tener un movimiento de digusto.

Las mujeres extremadamente bellas admiran menos el segundo día. Esto es una gran desgracia, porque intercepta la cristalización. Estando visible á todos su mérito, y siendo tan decorativas, deben contar más tontos en la lista de sus amantes, príncipes y millonarios, etc. (1).

CAPÍTULO XXI

DE LA PRIMERA IMPRESIÓN

Una persona de gran imaginación es tierna y desconfiada, aun el alma más ingenua (2). Puede ser desconfiada, sin duda, ¡ ha sufrido tantos contratiempos en la vida ! Todo, pues, lo que es previsto y oficial en la presentación de un hombre espanta á la imaginación y aleja la posibilidad de cristalización. El amor triunfa, por el contrario, en lo novelesco, á la primera impresión.

Nada más sencillo ; la admiración que hace pensar mucho

(1) Bien se ve que el autor no es ni príncipe ni millonario. He querido robar esta agudeza al lector. {N, del A.}.

(2) La novia de Lamemmoor, Miss Asthon. Un hombre de mundo encuentra en su memoria una multitud de ejemplos de amores y no tiene más que el obstáculo de la elección. Pero si quiere escribir sus impresiones, no sabe de seguro cómo empezar. Las anécdotas de las sociedades particulares, en las que él ha vivido, son ignoradas del público, y necesitaría un número inmenso de páginas para recordarlas con los matices necesarios. Por eso cito novelas generalmente conocidas ; pero no quiero apoyar las ideas que someto al lector sobre ficciones tan vacías y calculadas en su mayor parte más bien para el efecto pintoresco que para la verdad. {N. del A.}.

tiempo en una cosa extraordinaria es ya la mitad del movimiento cerebral necesario para la cristalización.

Citaré el comienzo de los amores de Serafina (Gil Blas, tomo II, página 142). Es Don Fernando quien cuenta su huida cuando era perseguido por los esbirros de la Inquisición. ((Después de haber atravesado algunas calles en una obscuridad profunda, cayendo la lluvia á torrentes, llegué cerca de un salón cuya puerta encontré abierta; entré en él, y cuando hube admirado toda su magnificencia..., vi que había allí, en uno de los lados, una puerta que sólo estaba entornada ; la entreabrí y distinguí una fila de habitaciones, de las cuales solamente la última estaba alumbrada. ¿Qué debo hacer?, me pregunté... No pude resistir á mi curiosidad. Avanzo, atravieso las alcobas, y llego á aquella en que había visto la luz, es decir, una bujía que ardía sobre una mesa de mármol, en una lámpara de plata dorda. Pero bien pronto, echando un vistazo sobre un lecho de pabellón, cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del calor, vi un objeto que atrajo toda mi atención : era una joven que, á pesar del ruido de los truenos que acababa de oirse, dormía, con un sueño profundo... Me aproximé á ella... Me sentí sobrecogido... En tanto que yo me embriagaba con el placer de contemplarla, se despertó...»

((Imaginad cuál fué su sorpresa al ver en su cuarto, y en medio de la noche, un hombre á quien no conocía. Se estremeció al verme y gritó... Yo me esforcé en tranquilizarla, y poniendo rodilla en tierra : Señora (la dije), no temáis nada... Ella llamó á sus sirvientas... Un fioco más animada con la presencia de su doncellita, me preguntó, altivamente, quién era», etc., etc.

He aquí una primera entrevista que no es fácil olvidar. Pcw el contrario, ¡ qué cosa más tonta en nuestras costumbres actuales que la presentación oficial y casi sentimental del /u-

turo á la joven ! Esta prostitución legal llega hasta á ofender el pudor.

«Acabo de ver esta tarde del 17 de Febrero de 1790 (dice Cham/ort, 4, 135 en una ceremonia de familia, como se dice, es decir, de hombres que tiene reputación db honrados, en una sociedad respetable, aplaudir la felicidad de la señorita de Marille, joven bella, espiritual, y virtuosa, que acaba de casarse con M. R., viejo enfermizo, repugnante, grosero, imbécil, pero rico, y á quien ella ha visto hoy por tercera vez al firmar el contrato.»

«Si alguna cosa caracteriza á un siglo infame, es semejante triunfo, es el ridículo de tal alegría, y en perspectiva, la crueldad gazmoña con la cual la misma sociedad verterá el desprecio á manos llenas sobre la menor imprudencia de una pobre joven enamorada.»

Todo lo que es ceremonia, por su cualidad esencial de ser una cosa afectada y prevista de antemano, en la cual se trata de comportarse de una manera conveniente, paraliza la imaginación y no la deja despierta más que para lo que es contrario al fin de la ceremonia y ridículo; de aquí el efecto mágico de la menor chanzoneta. Una pobre joven, agobiada de timidez y pudor, sufriendo durante la presentación oficial de su futuro, no puede pensar más que en el papel que representa ; esta es una manera segura de ahogar la imaginación.

Es mucho más contra el pudor meterse en el lecho con un hombre á quien no se ha visto más que dos veces después de tres palabras latinas dichas en la iglesia, que ceder contra la propia voluntad á un hombre á quien se adora desde hace dos años. Pero ya se que hablo un lenguaje absurdo.

El sacerdote es el origen fecundo de los vicios y de la desgracia que siguen á nuestros matrimonios actuales. Hace imposible la libertad para las jóvenes antes del matrimonio, y el divorcio cuando son engañadas, ó más bien cuando se

les ha engañado en la elección que se les ha impuesto. Ved Alemania ; ese país de las buenas mujeres de su casa ; una amable princesa (la señora duquesa de Sa...) acaba de casarse allí, con toda felicidad, por la cuarta vez, y no ha dejado de invitar á la fiesta á sus tres primeros maridos, con los cuales está en muy buena armonía. Este es el exceso; pero un sólo divorcio que castigue al marido de sus tiranías, 'm- pide millares de malos matrimonios. Lo má:, chistoso es que Roma es uno de los países donde se ven más divorcios (1).

El amor ama á la primera entrevista una fisonomía que indica á la vez en un hombre algo que respetar y que compadecer

CAPÍTULO XXII

DEL ENCAPRICHAMIENTO

Los espíritus muy delicados son muy susceptibles de curiosidad y prevención; esto se nota, sobre todo, en las almas en las cuales se ha extinguido el fuego sagrado, origen de las pasiones, y es uno de los síntomas más funestos. Hay también encaprichamiento en los estudiantes que hacen sus primeros pasos en el mundo. En los dos extremos de la vida, con demasiada ó con ninguna sensibilidad, no se abandona uno con sencillez á sentir el justo efecto de las cosas y á experimentar la verdadera sensación que deben dar. Esas almas demasiado ardientes, ó ardientes por exceso, enamoradas á crédito, si se puede decir así, se arrojan á los objetos en lugar de esperarlos.

Antes que la sensación, que es la consecuencia de la naturaleza de los objetos, llegue hasta ellas, la cubren desde lejos y antes de verlos de ese encanto imaginario, cuyo manantial inagotable encuentran en sí mismas.. Después, aproxi-

(1) Todo esto ha sido escrito en Roma hacia 1820. (N. dül A.).

mandóse, ven estas cosas, no como ellas son, sino como ellas las han creado, y gozan de ellas bajo la apariencia de tal objeto, creyendo gozar de este objeto; pero un buen día se cansa uno de hacer todo el gasto ó se descubre que el objeto adorado no corresponde al juego ; el encaprichamiento se desvanece, y el

choque que experimenta el amor propio nos hace, injustos hacia el objeto demasiado apreciado.

CAPÍTULO XXIII

DE LOS RAYOS FULMINANTES

Sería preciso cambiar esta palabra ridícula; sin embargo,, la cosa existe. Yo he visto á la amable y noble Guillermina, la desesperación de los gomosos de Berlín, despreciar el amor y burlarse de sus locuras. Brillante de juventud, de talento, de belleza y de felicidades de todas clases... con una fortuna sin límites, que le daba ocasión de desarrollar todas sus cualidades, parecía conspirar con la naturaleza para presentar al mundo el ejemplo tan raro de una felicidad perfecta concedida á una persona que es perfectamente digna de ella. Tenía veintitrés años, frecuentaba hacía tiempo la corte y había rechazado la cortesía de los homenajes de los más encr^etados personajes; su virtud modesta, pero constante, era citada como ejemplo, y desde entonces los hombres más amables, desesperando de agradarla, no aspiraban más que á su amistad. Una noche fue al baile del príncipe Fernando y bailó diez minutos con un capitán joven.

«Desde este momento (escribía ella á una amiga) (2), él fué el dueño de mi corazón y de mí, y hasta un punto que me hubiera llenado de terror si la felicidad de ver á Herman

(1) Traducido a<í litieram de la« Memorias de Bottmer. {N. del A.)^ me hubiese dejado tiempo de pensar en el resto de la existencia. Mi solo pensamiento era observar si él me concedía alguna atención.»

((Hoy, el único consuelo que puedo encontrar á mis faltas es acariciar la ilusión de que una fuerza superior me había anebatado la razón. Yo no puedo pintar con palabras, de una manera que se aproxime á la realidad, hasta qué punto sólo con verle, llegaban el desorden y aturdimiento á todo mi ser. Me ruborizo de pensar con qué rapidez y qué violencia era arrastrada hacia él. Si su primera palabra, cuando al fin me habló, hubiera sido: ¿Me adora usted?, en verdad que no hubiera tenido fuerza para no responderle : Sí. Yo estaba lejos de pensar que los efectos de un sufrimiento pudiesen ser á la vez tan súbitos y tan poco previstos. Llegué al punto de creer, por un instante, que estaba envenenada.»

((Desgraciadamente, vos y el mundo, mi querida amiga, sabéis cuánto amé á Herman; pues bien, le amé tanto al cabo de un cuarto de hora, que no he podido llegar á quererlo después más. Veía todos sus defectos, y se los perdonaba con tal que me amase.»

((Poco después que hube bailado con él, el rey se fué. Herman, que era del destacamento de servicio, se vió obligado á seguirle. Con él todo desapareció para mí en la naturaleza. Es inútil que yo tratara de pintaros el exceso del aburrimiento de que me sentí agobiada desde que no le vi más. No era igualado más que por la vivacidad del deseo que tenía de encontrarme sola conmigo misma.»

«Pude partir al fin. Apenas encerrada con doble llave en mi aposento, quise resistir á mi pasión. Creí conseguir esto, j Ah, mi querida amiga, qué caro pagué esta noche y los días siguientes el placer de creerme virtuosa !»

Lo que acabo de leer es la narración exacta de un acontecimiento que constituyó la novedad del día, porque al cabo de un mes ó dos, la pobre Guillermina tuvo la desgracia de que

5
tocio el mundo se diese cuenta de su sentimiento. Tal fué el origen de esta larga serie de desgracias, que la han hecho perecer tan joven y de una manera tan trágica, envenenada por ella misma ó por su amante. Todo lo que pudimos ver los demás en esta joven :s que bailaba bastante bien, tenía buen humor, mucha suficiencia, un gran aire de bondad, y vivía entre ramerás; por lo demás, apenas era noble, bastante pobre y no frecuentaba la corte.

No solamente no es necesaria la desconfianza, sino que es preciso el abandono de la desconfianza, y por decirlo así, la impaciencia del valor contra los azares de la vida. El alma, aburrida de vivir sin amar, convencida, á pesar suyo, por el ejemplo de las otras mujeres, habiendo sobrepujado todos los peligros de la vida, descontenta de la triste felicidad del orgullo, se forma sin darse cuenta un modelo ideal. Encuentra un día un hombre que se asemeja á este modelo, la cristalización reconoce su objeto en la turbación que inspira y consagra para siempre al dueño de su destino lo que soñaba desde largo tiempo (1).

Las mujeres sujetas á esta desgracia tienen demasiada altivez en el alma para amar de otra manera que por pasión. Estarían salvadas si pudiesen reducirse á la galantería.

Como el relampagueo de una pasión viene de un secreto fastidio de lo que el catecismo llama la virtud, y del aburrimiento que da la uniformidad de la perfección, yo creo que debe recaer con más frecuencia sobre lo que se llama el mundo de los libertinos. Dudo bastante que el gesto de Catón haya ocasionado nunca una pasión súbita.

Lo que hace tan raro este fenómeno es que si el corazón que ama así, de antemano se da cuenta en lo más mínimo de su situación, no hay ya relampagueo de pasión.

(1) Varias frases tomadas á Crebillon, tomo III. {N. del !.}.

Una mujer que se ha hecho desconfiada á fuerza de desgracias no es susceptible de esta revolución del alma.

Nada facilita tanto el coup de foudre como las alabanzas prodigadas de antemano y por mujeres á la persona que debe ser objeto de este entusiasmo.

Uno de los orígenes más cómicos de las aventuras de amor son los falsos coups de foudre. Una mujer abunida, pero no sensible, se cree enamorada para toda la vida durante toda una noche. Está orgullosa de haber encontrado al fin uno de esos grandes movimientos del alma tras de los cuales corría su imaginación. A la mañana siguiente no sabe donde ocultarse y, sobre todo, cómo evitar el desgraciado objeto que adoraba la víspera.

Las personas de talento saben ver, es decir, ponen á contribución estos arrebatos.

El amor físico tiene también estos arrebatos. Hemos visto ajer á la mujer más bonita y más fácil de Berlín ruborizarse de repente en su carretela, en la que íbamos con ella. El gallardo teniente Findorff acababa de pasar. Se sumergió en el ensueño profundo, en la inquietud. A la noche me confesó, en el teatro, que tenía locuras, transportes, y que no pensaba más que en Findorff, al que nunca había hablado. Si se hubiese atrevido, me decía, le hubiera enviado á buscar. Aquella bonita figura presentaba todos los síntomas de la pasión violenta. Esto duró todavía la mañana siguiente. Al cabo de tres días, habiéndose Findorff hecho el tonto, no pensó más en él. Un mes después le era odioso.

CAPÍTULO XXIV

VIAJE A UN PAIS DESCONOCIDO

Aconsejo á la mayor parte de las personas nacidas en el Norte que no lean este Capítulo . Trátase de una disertación obscura sobre algunos fenómenos relativos al naranjo, árbol que no crece ó que no llega á toda su altura más que en Italia ó España. Además, para ser inteligible hubiera debido disminuir los hechos.

No hubiese dejado de hacerlo así si hubiese tenido por un sólo instante el intento de escribir un libro generalmente agradable. Pero habiéndome negado el cielo el talento literario, me limité únicamente en escribir, con toda la ramplonería de la ciencia, pero también con toda su exactitud, ciertos hechos de los que por mi permanencia prolongada en la patria de los naranjos he sido involuntario testigo. Federico el Grande, ó cualquier otro hombre distinguido del Norte, que no haya tenido ocasión de ver el naranjo en su tierra nativa, me hubiera negado, sin duda, los hechos siguientes, y me los hubiera negado de buena fe. Yo respeto infinitamente la buena fe y veo su por qué.

Pudiendo parecer orgullo esta declaración sincera, añado la reflexión siguiente :

Escribamos al acaso cada uno lo que nos parece verdad, y cada cual desmiente á su vecino. Yo veo en nuestros libros otros tantos billetes de lotería. Realmente no tienen más valor. La posteridad, reimprimiendo los unos y olvidando los otros, declarará los billetes

premiados. Hasta entonces, cada uno de nosotros, escribiendo lo que le parece mejor y más cierto, no tiene razón para burlarse de su vecino, á menos que la sátira no sea agradable, en cuyo caso tiene razón, sobre todo si escribe como Coumer á Del Furia.

Después de este preámbulo, voy á entrar intrépidamente en el examen de hechos de que estoy convencido que rara vez han sido observados en París. Pero, en fin, en París, ciudad superior á todas las demás, no se ven naranjos brotar de la tierra, como en Sorrento, y es en Sorrento, la patria del Tasso, sobre el golfo de Nápoles, en una magnífica posición á la orilla del mar, más pintoresca aún que la de Nápoles misma, pero donde no se lee Le Miroir, donde Lisio Visconti ha observado y notado los hechos siguientes :

Cuando se ha de ver por la noche á la mujer que se ama, la esperanza de tan gran felicidad hace insoportables todos los momentos que de ella nos separan.

Una fiebre devoradora hace tomar y dejar veinte ocupaciones. Se mira el reloj á cada instante y se queda uno arrobado cuando se ve que han podido pasar diez minutos sin mirarlo ; la hora tan deseada suena, al fin, y cuando se está á su puerta dispuesto á llamar, se desearía no encontrarla ; sólo por reflexión se afligiría uno de ello; en una palabra, la esperanza de verla produce un efecto desagradable.

He aquí cosas que inducen á decir á la gente que el amor hace delirar. Es que la imaginación, apartada violentamente de las fantasías deliciosas, donde cada paso produce la felicidad, se ve forzada á hundirse en la realidad severa.

El alma tierna sabe bien que en el combate que va á comenzar tan pronto como queráis, el menor descuido, la menor falta de atención ó de valor será castigado por una derrota, envenenando por largo tiempo las fantasías de la imaginación, y fuera del interés de la pasión si se tratara de refugiarse en ella, derrota que es humillante para el amor propio. Se dice uno : «Me faltó talento, me faltó valor» ; pero no se tiene valor con lo que se ama sino amándolo menos.

Este sobrante de atención que se arranca con tanta pena á las fantasías de la cristalización hace que en los primeros discursos á la mujer que se ama se escapen una multitud de cosas que no tienen

sentido ó que tienen un sentido contrario á lo que se siente ó, lo que es más doloroso aún, se exageran los propios sentimientos y llega á parecer uno ridículo á sus OJOS. Como se siente vagamente que no se presta bastante atención á lo que se dice, un movimiento maquinal hace cuidar y cargar la declamación. Sin embargo, no puede uno

callarse á causa del embarazo del silencio, durante el cual todavía se podría pensar menos en ella. Se dice, pues, en tono sentido, una multitud de cosas que no se sienten, y que sería bien enojoso repetir; se obstina uno en ocultarse á su presencia para estar más entregado á ella. En los primeros momentos en que yo conocí el amor, esta rareza que sentía en mí me hacía creer que no amaba.

Yo comprendo la cobardía, y cómo los conscritos pierden el temor arrojándose á la desesperada en medio del fuego. El numero de tonterías que tengo dichas durante dos años para no callarme, me pone desesperado, cada vez que pienso en ello.

He aquí lo que debería marcar á los ojos de las mujeres la diferencia del amor pasión y de la galantería, del alma tierna y del alma prosaica (1).

En estos momentos decisivos la una gana tanto como la otra pierde; el alma prosaica recibe precisamente el grado de calor que le falta habitualmente, en tanto que la pobre alma tierna se vuelve loca por exceso de sentimiento y, lo que es más, tiene la pretensión de ocultar su locura. Completamente ocupada en gobernar sus propios transportes, está muy lejos de la sangre fría que se necesita para salir ventajosa, y queda disgustada después de una visita en la que el alma prosaica hubiese dado un gran paso. Desde el momento en que se trata de los intereses demasiado vivos de su pasión, un alma tierna y orgullosa no puede ser elocuente junto á la que ama.

El alma vulgar, por el contrario, calcula bien las probabilidades de éxito, no se detiene á presentir el dolor de la derrota, y orgullosa de lo que la hace vulgar, se burla del alma sensible que con todo el talento posible no tiene nunca la facilidad necesaria para decir las cosas más sencillas y de

(1) Esta era una frase; cié Leonor. {N. del A.).

éxito más seguro. El alma tierna, lejos de poder arrancar nada por fuerza, debe resignarse á no obtener más que la caridad de la que ama. Si la mujer que se ama es verdaderamente sensible, siempre hay tiempo de arrepentirse de haber querido hacerse violencia para hablarle de amor. Se mostraría un aire avergonzado, ó un aire frío, ó un aire mentiroso, si la pasión no se revelase en otros signos evidentes. Expresar lo que se siente tan vivamente y tan en detalle, en todos los instantes de la vida, es una tarea que uno se impone porque se han leído novelas, pues si esto no fuese natural no se comprendería jamás tarea tan penosa. En vez de querer hablar de lo que se sentía hace un cuarto de hora, y de tratar de hacer un cuadro general é interesante, se expresaría con sencillez el detalle de lo que se siente en el momento; pero no se hace una violencia extrema para conseguir bastante menos, y como la evidencia de la sensación actual falta á lo que se dice, y la memoria no está libre, se encuentran oportunas en el momento cosas que son del ridículo más humillante.

En fin, cuando después de una hora de turbación se hace ese esfuerzo, extremadamente penoso, de retirarse de los jardines encantados de la imaginación, para gozar sencillamente de la presencia de la que se ama, se encuentra uno con que es preciso separarse.

Todo esto parece una extravagancia. Yo he visto más todavía ; uno de mis amigos, que amaba con idolatría á una mujer, creyéndose ofendido por no sé qué falta de delicadeza que nunca quiso confiarme, se condenó espontáneamente á no verla más que dos veces al mes. Estas visitas tan raras y tan deseadas constituían casi un acceso de locura y se necesitaba toda la fuerza de carácter de Salviati para que no se trasluciesen al exterior.

En primer lugar, la idea del fin de la visita está demasiado presente para que pueda encontrarse placer. Se habla mucho sin escucharse, con frecuencia se dice lo contrario de lo que se piensa. Se forjan razonamientos que uno se ve luego obligado á suprimir á causa de su ridiculez si llega á despertarse y á escucharse. El esfuerzo que se hace es tan violento que se aparenta un aire frío. El amor se oculta por su exceso.

Lejos de la persona amada, la imaginación se mecía en los más encantadores diálogos, se sentían los transportes más tiernos y más conmovedores. Se forma así, durante diez ó doce días, la audacia de hablarla ; pero la antevíspera de aquel día en que debiera aún ser feliz, la fiebre comienza y redobla á medida que se aproxima el momento terrible.

ELn el instante de entrar en su salón se está reducido para no decir tonterías increíbles á agarrarse á la resolución de guardar silencio para poder, al menos, acordarse de su figura, Apenas se está en su presencia sobreviene una especie de embriaguez en los ojos. Se siente uno arrastrado como un maniático á realizar actos extraños, se tiene el sentimiento de poseer dos almas : una para obrar y otra para reprobado lo que se hace. Se siente confusamente que la atención forzada concedida á la tontería refrescaría la sangre un momento, haciendo perder de vista el fin de la visita y la desgracia de dejarla durante quince días.

Si se encuentra allí algún enojoso que cuenta una historia sencilla, en su inexplicable locura el pobre amante, como si tuviera curiosidad de no perder un solo movimiento, llega á ser todo atención. Esta hora que él se prometía tan deliciosa pasa como un relámpago abrasador y, sin embargo, él siente con una indecible amargura todas las pequeñas circunstancias, que les muestran cuán extraño ha sido á la que ama. Se encuentra en medio de indiferentes que hacen la visita, y se contempla como el único que ignora todos los pequeños detalles de su vida de estos días pasados. En fin, sale, y diciéndose fríamente adiós, tiene el horrible sentimiento de estai quince días sin volverla á ver ; no hay duda que sufriría menos

no viendo más á la que ama. Este es el caso; pero más siniestro es el del duque de Policastro, que cada seis meses recorría cien leguas para ver durante un cuarto de hora á Lecce.' una amante adorada y guardada por un adorador celoso.

Bien se ve aquí la voluntad sin influencia sobre el amor; penetrado de dolor contra su querida y contra sí mismo, ¡ cómo se precipitaría uno en la indiferencia con furor ! El único bien de esta visita es renovar el tesoro de la cristalización.

La vida para Salviati estaba dividida en períodos de quince días, que tomaban el color de la noche en que él se había permitido ver á la señora ** : por ejemplo, quedó arrebatado de felicidad el 21 de Mayo, y el 2 de Junio no entraba en su casa, temiendo ceder á la tentación de levantarse la tapa de los sesos.

He visto esta noche que los novelistas pintan muy mal el momento del suicidio. ((Tengo sed, me decía Salviati con un sencillo, y necesito tomar este vaso de agua.» Yo no combatí su resolución; le dije adiós, y él se echó á llorar.

Después de la turbación que acompaña los discursos de los amantes no conviene sacar consecuencias demasiado precipitadas de un detalle aislado de la conversación. Estos no acusan bien sus sentimientos más que en las palabras imprevistas : entonces viene el grito del corazón. Por lo demás, del aspecto del conjunto de las cosas dichas es de donde se puede sacar inducciones. Es preciso recordar que con harta frecuencia un ser muy emocionado no tiene tiempo á notar la emoción de la persona que causa la suya.

CAPÍTULO XXV

LA PRESENTACION

Ante la delicadeza, ante la seguridad de juicio con que veo á las mujeres apoderarse de ciertos detalles, me lleno de admiración; un instante después las veo poner en el quinto cielo á un tonto cualquiera; dejarse emocionar hasta las lágrimas por una insipidez; meditar gravemente como un rasgo de carácter una simple afectación. No puedo concebir tanta necedad. Es preciso que haya en esto alguna ley general que yo ignoro.

Atentas á un mérito de un hombre y arrastradas por un detalle, las mujeres lo sienten vivamente y no tienen ojos para lo demás. Todo el Huido nervioso se utiliza en gozar de esta cualidad y no queda más para ver otra cosa.

He visto á los hombres más notables ser presentados á mujeres de mucho talento, y era siempre una pizca de prevención lo que decidía del efecto de la primera entrevista.

Si se me permite un detalle familiar, contaré que el amable coronel L. B. iba á ser presentado á la señora Struve de Vroenigsberg, era ésta una mujer de primer orden. Nosotros nos decíamos unos á otros : Fará colpa ? (¿ Hará efecto ?) El se empeñó en una apuesta. Yo me aproximé á la señora Struve y le conté que el coronel llevaba dos días seguidos sus corbatas; el segundo día hacía «la colada del Gascón» (1), y ella podía observar

en su corbata pliegues verticales. Evidentemente nada había más falso que esto.

Al acabar de decir esto, se anunció á aquel hombre encantador. El más insignificante fatuo de París hubiera hecho más

(1) Fraseefamiliarir francesaa quecquieree decirir meter:r algoo enn lejía. (Ñolao del T.).

efecto. Notad que la señora Struve amaba y que era una mujer honrada ; no podía, p<w tanto, hablarse de galantería entre ellos.

Nunca dos caracteres fueron más adecuados el uno para el otro. Se le reprobaba á la señora Struve el ser novelesca, y no había más que la virtud, llevada hasta lo novelesco, que pudiese conmovier á L. B. Ella le hizo fusilar muy joven.

Ha sido concedido á las mujeres el sentir de una manera admirable los matices de afección, las variaciones más insensibles del cuerpo humano, los movimientos más ligeros del amoi propio.

Tienen las mujeres algo que falta á los hombres; vedlas cuidar á un herido.

Pero tal vez no ven lo que es talento, combinación moral. He visto á las mujeres más distinguidas enamorarse de un hombre de talento, que no era yo, y al mismo tiempo y casi con las mismas palabras admirar á los mayores tontos. Yo me en contraba burlado como un perito que ve tomar los más hermosos diamantes por falsos, y preferir los falsos si son mas gruesos.

De aquí deduje yo que es preciso atreverse á todo con las mujeres. Donde el general Lassale ha facasado, un capitán con grandes bigotes y echando juramentos ha tenido éxito. Hay seguramente en el mérito de los hombres un aspecto que se le escapa.

Por lo demás, vuelvo siempre á las leyes físicas. El fluido nervioso en los hombres existe en el cerebro, y en las mujeres en el corazón; por eso ellas son más sensibles. Un gran trabajo forzado y en el oficio que hemos desempeñado toda la vida, consuela, y para ellas nada puede consolarles más que la distracción.

Appiani, que no creía en la virtud más que en último extremo, y con el cual yo iba esta noche á caza de ideas, exponiéndole las de este Capítulo , me respondió:

«La fuerza del alma que Eponina empleaba con una abnegación heroica en hacer vivir á su marido en la caverna bajo tierra é impedirle caer en la desolación, si hubiese vivido tranquilamente en Roma la hubiera empleado en ocultarle un amante : las almas fuertes necesitan un alimento de esta índole.»

CAPÍTULO XXVI

DEL PUDOR

Una mujer de Madagascar deja ver, sin preocuparse por ello, lo que más se oculta aquí; pero moriría de vergüenza antes que enseñar su brazo. Está claro que las tres cuartas partes del pudor son una cosa aprendida. Es acaso la única ley, hija de la civilización, que produce la felicidad.

Se ha observado que los pájaros de presa se ocultan para beber, y es que, obligados a sumergir la cabeza en el agua, están sin defensa en este momento. Después de haber considerado lo que pasa en Otaiti (I), no encuentro otra base natural al pudor.

El amor es el milagro de la civilización. En los pueblos salvajes ó demasiado bárbaros no se encuentra más que el amor físico y de los más groseros.

El pudor presta al amor el auxilio de la imaginación, y esto es darle la vida.

El pudor se enseña desde muy temprano a las niñas por sus madres y con un celo extremo, se diría que por espíritu de cuerpo: es que las mujeres cuidan de antemano de la felicidad del amante que han de tener.

(I) Véanse los viajes de BoagamviHe, de Cook. etc* En algunos nni- males, la hembra parece negarse en el momento en que se da, A la anatomía comparada debemos pedir las más importantes revelaciones sobre nosotros mismos. (AL de/ JJ,

Para una mujer tímida y sensible nada debe haber superior al suplicio de haberse permitido en presencia de un hombre alguna cosa de que ella crea deber ruborizarse; estoy convencido que una mujer un poco orgullosa preferiría mil muertes, Una ligera libertad, tomada por el lado cariñoso por el hombre á quien se ama, da un momento de vivo placer (1); si él parece reprobarla ó solamente no gozar de ella, con transporte debe dejar en el alma una duda horrible. Para una mujer, por encima de lo vulgar hay, pues, ventajas en tener maneras muy reservadas. El juego no es igual; se aventura contra un pequeño placer ó contra la ventaja de parecer un poco más amable el peligro de un remordimiento acerbo y de un sentimiento de vergüenza que debe hacer al amante menos amado. Una noche pasada alegremente en el aturdimiento y sin pensar en nada, se paga después muy cara. La vista de un amante con el cual se teme haber tenido este género de pecados, debe hacerse odiosa durante varios días. (Puede asombrar la fuerza de una costumbre en la que las más ligeras infracciones son castigadas con la vergüenza más atroz?

En cuanto á la utilidad del pudor, diré que es la madre del amor (2): nadie podrá negarlo. Para el mecanismo del sentimiento nada es más sencillo; el alma se ocupa en tener vergüenza en lugar de ocuparse en desear; se prohíben los deseos, y los deseos conducen á las acciones.

Es evidente que toda mujer cariñosa y altiva (y siendo estas dos cosas respectivamente causa y efecto, van difícilmente una sin otra) debe contraer hábitos de frialdad, que las gentes á quien desconciertan llaman gazmoñerías. La acusación es tanto más especiosa cuanto que es más difícil de

(1) Hace ver su amor de una manera nueva. (W. Ai 4.).

(2) Téngase en cuenta que M pudeur en francés es femenino* y por ese 'o hace regir con madre y no padre, (N. del I.).

guardar un justo medio; por poco talento y por poco orgullo que una mujer tenga debe llegar á creer muy pronto que en cuestión de pudor no se podría hacer demasiado. Así es que una inglesa se cree insultada si se pronuncia delante de ella el nombre de ciertas prendas de ropa. Una inglesa se guardaría mucho de dejarse ver por la noche abandonando el salón con su marido, y lo que es más

grave, cree herir el pudor si muestra alguna jovialidad delante de otro que no sea su marido (1). Acaso á causa de una atención tan delicada por lo que los ingleses, personas de talento, dejan entrever tanto aburrimiento en su felicidad doméstica. Si es suya la culpa, ¿por qué tanto orgullo? (2).

En cambio, pasando de repente de Plymouth á Cádiz y Sevilla nótase que en España el calor del clima y de las pasiones hacía olvidar demasiado un recato necesario. Noté caricias tiernas que los amantes se permitían en público y que, lejos de parecerme conmovedoras, inspiraban un sentimiento completamente opuesto. Nada es más penoso.

Hay que considerar incalculable la fuerza de las costumbres inspiradas á las mujeres bajo pretexto de pudor. Una mujer vulgar, exagerando el pudor, cree hacerse igual á una mujer distinguida.

El imperio del pudor es tal, que una mujer delicada llega á revelarse ante su amante más bien por hechos que por palabras.

La mujer más bonita, más rica y más fácil de Bolonia acaba de contarme que ayer por la noche un fatuo francés, que está aquí y que da una desfavorable idea de su nación, tuvo la ocurrencia de ocultarse debajo de su cama. Quería aparente-

(1) Véase la admirable pintura de estas costumbres enojosas al fina) de Corina. Madame Stael ha embellecido el retrato.

(2) La Biblia y la aristocracia se vengan cruelmente en las gentes que creen deberles todo. (V. del A.).

mente no perder un número infinito de declaraciones ridiculas con que la perseguía desde hacía un mes. Pero á este gran hombre le faltó presencia de espíritu ; esperó que madama M... hubiese despedido á su doncella y se hubiese metido en la cama; pero no tuvo paciencia para dar á la gente tiempo de dormirse. Se agarró ella á la campanilla y le hizo echar vergonzosamente, en medio de los gritos y de los golpes de cinco ó seis lacayos. ((¿Y si él hubiese esperado dos horas?)), le dije. «Habría sido muy desgraciada. ¿Quién podrá dudar (me hubiera dicho él) que yo no estoy aquí por vuestra voluntad?»

Al salir de casa de esta hermosa mujer fui á casa de la mujer más digna de ser amada que yo conozco. Su extrema delicadeza está, si esto es posible, por encima de su belleza. La encuentro sola, y le

cuento la historia de la señora M... Razonamos sobre esto, y me dijo : «Escuchadme : si el hombre que se permite tal acción era amable antes á los ojos de esta mujer, se le perdonará y, por consiguiente, se le amará.»

Confieso que quedé confundido con esta luz imprevista, arrojada sobre las profundidades del corazón humano. Le respondí, al cabo de un rato de silencio: ((Pero cuando se ama ¿se tiene el valor de llegar á las últimas violencias?))

Habría bastante menos vaguedad en este Capítulo si lo hubiera escrito una mujer. Todo lo que deriva de la altivez del orgullo femenino, del hábito del pudor y de sus excesos en ciertas delicadezas, como en gran parte dependen únicamente de asociaciones de sensaciones (1) que no pueden existir en

(1) El pudor es uno de los orígenes del gusto y la afición al adorno ; poi tal afeito, una mujer se promete más ó menos. Esto es lo que hace que el cuidado y aliño esté fuera de lugar en la vejez. Una mujer de provincia, Si pretende seguir la moda en París, lo pretende de una menera poco natural y que hace reír. Una provinciana, al llegar á París, debe comenzar por vestirse como si tuviera treinta años. {N. del A.}

los hombres y con frecuencia delicadezas no fundadas en la naturaleza, todas estas cosas no podrían encontrarse aquí, sino en cuanto sea permitido escribir sobre oídas.

Una mujer me decía en un momento de franqueza filosófica algo que se reduce á esto :

((Si yo sacrificara algún día mi libertad, el hombre que llegara á preferir apreciaría más mis sentimientos viendo cuán avara he sido siempre de las preferencias más ligeras.» En favor de ese amante, que acaso no encontrará jamás, amable mujer muestra frialdad al hombre que le habla en este momento. He aquí la primera exageración del pudor, al más respetable; la segunda viene del orgullo de las mujeres; la tercera causa de exageración es el orgullo de los maridos.

Me parece que esta posibilidad de amor se presenta con frecuencia á la fantasía de las mujeres más virtuosas, y tienen razón. No amar cuando se ha recibido del cielo un alma hecha para el amor, es privarse á sí mismo y á otro de una gran felicidad. Es

como un naranjo que no floreciera por miedo de cometer un pecado, y notad que un alma hecha para el amor no puede gustar con transporte ninguna otra felicidad. Encuentra desde la segunda vez en los supuestos placeres del gran mundo un vacío insoportable; á menudo cree amar las bellas artes y los aspectos sublimes de la naturaleza ; pero esto no hace más que exagerarle y prometerle el amor si es posible, y se da cuenta muy pronto de que le hablan de una felicidad de la que ha resuelto privarse.

La única cosa que encuentro reprobable en el pudor es la de contraer el hábito de mentir; esta es la única ventaja que las mujeres fáciles tienen sobre las mujeres cariñosas. Una mujer fácil os dice : ((Mi querido amigo : desde el momento que me gustéis os lo diré y estaré más contenta que vos, porque os estimo mucho.))

Viva satisfacción de Constancia, exclamando, después de la victoria de su amante : ((¡ Qué feliz soy en no haberme entregado á nadie en ocho años que hace que estoy desavenida con mi marido !))

Por ridículo que encuentre el razonamiento, esta alegría me parece llena de candidez.

Es absolutamente preciso que yo cuente aquí de qué naturaleza eran los remordimientos de una dama, de Sevilla, abandonada por su amante. Necesito que se recuerde que en amor todo es signo, y sobre todo que se conceda á mi es tilo un poco de indulgencia (1).

Mis ojos de hombre creen distinguir nueve particularidades en el pudor:

1) Se juega mucho contra poco, de donde viene la extrema reserva ó la excesiva afectación: por ejemplo no se ríen las cosas que más divierten; luego es menester mucho talento para tener el pudor correcto y adecuado (2). Por esto, muchas mujeres no tienen tanto pudor en tertulias íntimas y reducidas, ó, para hablar con más propiedad, no exigen sino que los cuentos que se les cuentan estén sobradamente velados, y no pierden sus velos más que á medido! grado de embriaguez y de locura (3).

(Será por un efecto del pudor y del mortal aburrimiento que debe imponer á varias mujeres por lo que la mayor parte de ellas nada estima tanto en un hombre como la desvergüenza? (O es que ellas toman la desvergüenza por íaer/a de carácter?

2) Segunda ley : un amante me estimará más.

(1) En el manuscrito de esta obra no se encontró el relato anunciado por el autor. {N. del T.}

(2) Véase el tono de la sociedad en Genova, sobre todo en las familias de la aristocracia; utilidad de una corte para corregir por el ridículo la tendencia á la gazmoñería; Duelos, contando cuentos á Madame de Ro-chefort : «En verdad que nos creéis mujeres demasiado honradas». Nada es tan aburrido en sociedad como el pudor insincero. (N. del A.).

(3) ¡ Ah, mi querido Fronsac ! Hay veinte botellas de champaña entre el cuento que tú nos comenzaste y el que decimos en este momento. (Nota del A.).

3) La fuerza de la costumbre le arrastra, aun en 'os instantes más apasionados.

4) El pudor da placeres muy halagadores á los amantes, y hace sentir que algunas leyes se contraviene.i en obsequio suyo.

5) Y á las mujeres, placeres más embriagadores, que, como hacen vencer una costumbre poderosa, causan más turbación en el alma. El conde de Valmont se encuentra, á media noche, en la alcoba de una mujer bonita; esto le sucede todas las semanas, y á ella acaso una vez cada dos años; la rareza y el pudor deben, pues, preparar á las mujeres placeres infinitamente más vivos (1).

6) El inconveniente del pudor es que induce sin cesar á la mentira.

7) El exceso del pudor y su severidad desaniman de amar á las almas tímidas y tiernas (2), precisamente aquéllas que están hechas para dar y sentir las delicias del amor.

8) En las mujeres tiernas, que no han tenido varios amantes, el pudor es un obstáculo á la facilidad de los mo-

(1) Esta es la historia del temperamento melancólico, comparado al temperamento sanguíneo. Véase una mujer virtuosa con la virtud mercantil de ciertos devotos (virtuosa mediante un céntuplo de recompensa en el paraíso) y un libertino de cuarenta años. Aunque el Valmont de las Liaisons dangereuses no esté aún aquí, la presidenta de Tourvel es más feliz que él en todo el libro, y si el autor, que tenía tanto talento, hubiese tenido más, tal hubiera sido la moralidad de su ingenioso libro. (N. del A.).

(2) El temperamento melancólico, que se puede llamar el temperamento del amor. He visto á las mujeres más distinguidas y más destinadas á amor dar la preferencia al prosaico temperamento sanguíneo. Histoire d'Ah fnd. Grande Chartreusef 1810. Yo no conozco idea que me persuada más de conocer lo que se llama el mundo alegre. (Aquí el pobre Visconti se pierde én las nubes.) Todas las mujeres son idénticas en cuanto al fondo de los movimientos del corazón y de las pasiones ; las formas de las pasiones son dileientes. Hay la diferencia que da la mayor fortuna, la mayor cultura de) espíritu, el hábito de más altos pensamientos, y por encima de todo, y desgraciadamente, un orgullo más irritable. Tal palabra, que irrita á una princesa, no choca á una aldeana de los Alpes. Pero, una vez irritadas, la princesa y la pastora tienen los mismos movimientos de pasión. (Nota única del editor francés).

dales, y esto es lo que les expone á dejarse llevar por las amigas que no tienen la misma falta que reprocharse (1). Prestan atención á cada caso particular en lugar de resignarse ciegamente á la costumbre. Su pudor delicado comunica á sus acciones algo de violencia ; á fuerza de naturalidad, ofrecen al apariencia de faltar á la naturalidad; pero esta torpeza tiene una gracia celestial.

Si algunas veces su familiaridad se parece á la ternura, es que estas almas angélicas son coquetas sin saberlo. Por pereza de interrumpir su fantasía, por evitarse el trabajo de hablar y de encontrar alguna cosa de agradable y de cortés, y que no sea más que cortés, para decir á un amigo, se apoyan tiernamente en su brazo.

9) Lo quee hacee quee las s mujeres,5, cuandoO sonn autoras,s, lleguen rara vez á lo sublime y lo que da gracia á sus menores esquelas de amor, es que nunca son francas sino á medias: ser francas sería para ellas como salir sin fichú. Nada más frecuente para un hombre que escribir absolutamente bajo el dictado de su imaginación y sin saber á dónde va.

RESUMEN

El error común es obrar con las mujeres como con una especie de hombres más generosos, más móviles, y con los cuales no hay rivalidad posible. Se olvida con demasiada facilidad que hay dos leyes nuevas y singulares, que tiranizan á estos seres tan móviles

en concurrencia con todas las inclinaciones de la naturaleza humana, conviene á saber :

El orgullo femenino y el pudor y las costumbres, con frecuencia indiscifrables, hijas del pudor.

(I) frase de M... (N. del A.).

CAPÍTULO XXVII

DE LAS MIRADAS

Esta es la gran arma de la coquetería virtuosa. Puede decirse todo con una mirada, y, sin embargo, se puede negar siempre una mirada, porque no puede ser repetida textualmente.

Esto me recuerda al conde G..., el Mirabeau de Roma; el amable y pequeño Gobierno de este país le ha dado una manera original de hacer narraciones por palabras entrecortadas, que dicen todo y nada. Hace oírlo todo, pero resulta imposible á quien quiera que sea repetir textualmente todas sus palabras, é imposible comprometerle. El cardenal Laute le decía que él había robado este talento á las mujeres, y yo añado á las más honradas . Este fraude es una represalia cruel, pero justa, de la tiranía de los hombres.

CAPÍTULO XXVIII

DEL ORGULLO FEMENINO

Las mujeres oyen hablar toda su vida á los hombres de asuntos que se suponen importantes, de grandes ganancias de dinero, de éxitos en la guerra, de personas muertas en duelo, de venganzas atroces ó admirables, etc. Aquellas que tienen el alma altiva sienten que, no pudiendo alcanzar estos objetos, están imposibilitadas de desplegar su orgullo, notable por la importancia de las cosas en que se apoya, Sienten palpar en su seno un corazón que por la fuerza y la altivez de sus movimientos es superior á todo lo que les rodea, y, sin embargo, ven al último de los hombres estimarse mas que ellas. Se dan cuenta de que no podrían mostrar orgullo más que por cosas pequeñas, ó al menos por cosas que no tienen importancia sino por el sentimiento, y de las que un tercero no puede ser juez. Atormentadas por este contraste doloroso entre la bajeza de su fortuna y la altivez de sus almas, intentan hacer su orgullo respetable por la vivacidad de sus transportes ó por la implacable tenacidad con que sostienen sus fallos. Antes de la intimidad, estas mujeres se figuran, viendo á su amante, que ha preparado un sitio contra ellas. Su imaginación está empleada en irritarse de sus maneras de conducirse, que después de todo no pueden menos de revelar el amor, puesto que aman. En vez de gozar de los sentimientos del hombre que prefieren, tienen puntillo de vanidad con él, y, en fin, dotadas del alma más tierna cuando su sensibilidad

no se fija en un solo objeto desde el momento en que aman, como una coqueta vulgar, no tienen más que vanidad.

Una mujer de carácter generoso sacrificaría mil veces su vida por su amante, y reñiría para siempre con él por una querrela de orgullo, á propósito de una puerta abierta ó cebrada. Ese es su puntillo de honor. Napoleón se ha perdido por no ceder una aldea. Yo he visto una querrela de esta especie durar más de un año. Una mujer muy distinguida sacrificó su felicidad antes que poner á su amante en el caso de poder forjar la menor duda sobre la magnanimidad de su orgullo. La reconciliación fué efecto de la casualidad, y en casa de una amiga mía, en un momento de debilidad que la mujer no pudo vencer, al encontrar á su amante, á quien creía á cuarenta leguas de allí, y encontrándolo en lugar en que ciertamente no esperaba verle. No pudo ella ocultar su primer impulso de alegría; el amante se enterneció más que ella, y cayeron casi de rodillas el uno ante otro; jamás he visto derramar tantas lágrimas; era la visión imprevista de la felicidad. Las lágrimas son la extrema sonrisa.

El duque de Argyle dió un hermoso ejemplo de presencia de espíritu no empeñándose en un combate de orgullo femenino en la entrevista que tuvo en Richemond con la reina Carolina (1). Cuanta más elevación hay en el carácter de una mujer, más terribles son estas tempestades.

As the blackest sky Foretells the heaviest tempest (2).

Byron, Don Juan.

¿Será que cuanto con más transporte goza una mujer en la corriente de la vida de las cualidades distinguidas de su amante, en estos instantes crueles en que la simpatía parece derrotada, ella trata de vengarse de la superioridad que habitualmente le ve sobre los otros hombres? Teme ser confundida con ellos.

Hace mucho tiempo que no he leído la enojosa Clarisa; le parece, sin embargo, que es por orgullo femenino por lo que se deja morir y no acepta la mano de Lovelace.

La falta de Lovelace era grande, pero puesto que ella le amaba un poco, hubiera podido encontrar en su corazón el perdón de un crimen del qué el amor era la causa.

Mónima, por el contrario, me parece un conmovedor modelo de delicadeza femenina. ¡ Qué frente no se ruboriza de placer oyendo

decir á una actriz digna de este papel l

et ce fatal amoue, dout f'aoais teiompbé

Dos détoucs l'ont sucphs «t m'en onf conoaincuc. le uous t'ai confesseé, je le dois sontenlc;

én uain oous en poueriea pecdce le souoeníc,- et cet aoeu bonteux, oá oous m'aoee foccée Derneuceca tou/oucs present á ma pensee.

Toufoucs je oous erokals incerfatn de ma fol;

et te tombeau, seigneur, est molns triste pour mol Que le lit d'un epoux qui m'a fait cet outrage, Qui s'est acquis sur mol ce cruel aoantage, et qui, me préparant un éternet ennui, M'a fait rougir d'un feu qui n'était pas pour lui.

(1) The heart of Midlothian (tomo 111). (N. del A.).

(2) Como el cielo más negro presagia la] más tremenda tempestad. [N. del T.).

Yo me imagino que los siglos futuros dirán ; he aquí para lo que era buena la monarquía (1): para producir estas especies de caracteres y su descripción por los grandes artistas.

Sin embargo, también en las repúblicas de la Edad Media encuentro un admirable ejemplo de esta delicadeza que parece destruir mi sistema de la influencia de los gobiernos rece destruir mi sistema de la influencia de los Gobiernos sobre las pasiones, y que narraré, no obstante, con candor.

Se trata de estos versos tan conmovedores del Dante :

Debí quando íu savai tovnato al mondo

Rtcdmfi di me, cb® son ta Pis:

Siena mi féj disfeeemi macemma;

Salsi colui, ebe inannetlata pcia.

Disposando, m'auca con (a sua gemma.

Purgatorio, canto V (2).

La mujer que habla con tanto recato había tenido en secreto la suerte de Desdémona, y podía, con una palabra, hacer conocer el crimen de su marido á los amigos que había dejado en la tierra.

Nello della Pietra obtuvo la mano de Madonna Pía, la única heredera de los Tolomei, la familia más noble y más rica de Siena. Su belleza, que causaba la admiración de Toscana, hizo nacer en el corazón de su esposo una envidia que, envenenada por falsas

relaciones y sospechas siempre incipientes, le arrastró á un horrible proyecto. Es difícil decidir hoy si su mujer era completamente inocente, pero Dante nos la presenta como tal.

Su marido la condujo á la marisma de Volterre, célebre entonces, como hoy, por los efectos del aria cattioa. Jamás quiso decir á su desgraciada mujer la causa de su destierro

(1) La monarquía sin Carta y sin Cámaras. (A/, del A.).

(2) ¡ Ah, cuando hayas vuelto al mundo de los vivos, dignate también concederme un recuerdo ! Soy la Pía. En Siena vi la luz, y en sus marismas encontré la muerte. El que, al esposarme, me dió su anillo, sabe mi historia. (JV. del T.).

en un paraje tan peligroso. Su orgullo no se dignó formular ni queja ni acusación. Vivía sólo con ella en una torre abandonada cuyas ruinas he ido yo á visitar, á orillas del mar; una vez allí, él no rompió jamás su desdeñoso silencio, jamás respondió á las preguntas de su joven esposa, jamás escuchó sus súplicas. Esperaba fríamente cerca de ella que el aire pestilente hubiese producido sus efectos. Las emanaciones de estos pantanos no tardaron en marchitar aquellas facciones, las más hermosas, según dicen, que en aquel siglo habían aparecido sobre la tierra. Murió á los pocos meses. Algunos cronistas de estos tiempos lejanos refieren que Nello empleó el puñal para conseguir su fin ; lo cierto es que murió en los pantanos de una manera horrible, pues la clase de muerte fué un misterio hasta para los contemporáneos. Nello della Pietra sobrevivió para pasar el resto de sus días en un silencio que no rompió nunca.

Nada más noble ni más delicado que la manera con que la joven Pía dirige la palabra al Dante. Desea ser recordada en la memoria de sus amigos que tan joven ha dejado sobre la tierra; sin embargo, nombrando y designando á su marido no quiere permitirse la más pequeña queja de una crueldad inaudita, pero irreparable, y solamente indica que él sabe la historia de su muerte.

Esta constancia en la venganza del orgullo, yo creo que apenas se ve ya más que en los países del Mediodía.

En el Piamonte fui Involuntario testigo de un hecho parecido ; pero entonces yo ignoraba los detalles. Fui enviado con veinticuatro dragones á los bosques que corren á lo largo del ¿esia para impedir

el contrabando. Cuando llegó la noche, en este lugar agreste y desierto, contemplé entre los árboles las ruinas de un viejo castillo; fui allí, y con gran admiración observé que estaba habitado. Encontré en él á un noble del país, de figura siniestra, un hombre que tenía seis pies de alto y cuarenta años; me dió dos habitaciones, gru-

Ben jo. Yo me dedicaba allí á la música con mi mariscal de alojamiento; pasados varios días, descubrimos que nuestro hombre guardaba una mujer, que por broma llamamos Camila : estábamos lejos de sospechar la horrible verdad. Ella murió al cabo de seis semanas. Tuve la triste curiosidad de verla en su féretro ; pagué á un monje que la velaba, y á media noche, con pretexto de echar agua bendita, me introdujo en la capilla. Encontré allí una de esas figuras soberbias que son bellas hasta en el seno de la muerte; tenía una nariz aguileña, cuyo contorno noble y tierno no olvidaré jamás. Abandoné este lugar funesto. Cinco años después, cuando con un destacamento de mi regimiento acompañaba al emperador á su coronación como rey de Italia, me hice contar toda la historia. Supe que el marido celoso, el conde, había encontrado una mañana colgado sobre el lecho de su mujer un reloj inglés, que pertenecía á un joven de la pequeña ciudad que habitaban. En aquel mismo día la condujo al castillo arruinado en medio de los bosques del Sesia. Como Mello della Pietra, él no pronunció nunca una sola palabra. Si ella le hacía alguna súplica, él le presentaba fríamente y en silencio el reloj inglés que tenía siempre sobre sí. Ella murió, al fin, de desesperación, en la flor de la edad. Su marido trató de matar al dueño del reloj; no pudo; pasó á Génova, se embarcó y no se han tenido más noticias de él. Sus bienes fueron repartidos.

Si con las mujeres que tienen mucho orgullo se aceptan las injurias con gracia (lo cual es fácil á causa del hábito de la vida militar), se aburren estas almas altivas, os toman por un cobarde y llegan pronto al ultraje. Estos caracteres altaneros ceden con gusto á los hombres que ven intolerantes con los demás hombres. Este es (creo yo) el único partido que hay que tomar, y con frecuencia hay que tener una querrela con el vecino para evitarla con la querida.

Miss Cornel, célebre actriz de Londres, ve entrar en su

casa de improviso al rico coronel que le era útil. Se encontraba con un amante que no le era más que agradable. «El señor tal, dice ella toda emocionada, ha venido á ver el froney que quiero vender.» «Yo estoy aquí para otra cosa», replicó orgullosamente aquel amante que comenzaba á aburrirla, y á quien, después de esta respuesta ella, volvió á amar con furor (1). Estas mujeres simpatizan con el orgullo de su amante, en vez de ejercer á expensas suyas su predisposición á la altivez.

El carácter dél duque de Lauzun (el de 1660) (2), si el primer día pueden perdonarle la falta de gracia, es seductor para estas mujeres y acaso para todas las mujeres distinguidas ; la más elevada grandeza les pasa inadvertida, y toman por frialdad la calma del ojo que todo lo ve y que no se emociona por un detalle. ¿No he oído yo á mujeres de la corte de Saint-Cloud sostener que Napoleón tenía un carácter seco y prosaico? (3) El grande hombre es como el águila, que

(1) Yo entro siempre en casa de Miss Cornel lleno de admiración y de observaciones profundas sobre las pasiones observadas al desnudo. Su manera tan imperiosa de mandar á sus criados, no es despotismo; es que ella ve con claridad y rapidez lo *que es preciso hacer. Irritada contra mi al principio de la visita, ella no piensa más que en el fin. Me cuenta toda la trayectoria de su pasión por Mortimer : «Quiero más verlo en sociedad que sólo conmigo.» La mujer más genial no lo haría mejor, y es que ella se atreve á ser perfectamente natural, y no se siente abrumada por ninguna teoría. «Soy más feliz como actriz que si fuese mujei de un par.»] Alma grande, que debo conservar como amiga para mi instrucción !... (iV. del A.).

(2) La altivez y el valor en las cosas pequeñas, pero gran atención á ellas, constituyen la vehemencia del temperamento bilioso. Considérese su conducta con Madame de Mónaco (Saint Simón, 303) y su aventura debajo de la cama de Madame de Montes, estando el rey con ella. Sin la atención á las cosas menudas, este carácter es indescifrable para las mujeres. (N. ¿el A.).

(3) When Minna Toil heard a tale of woe or of romance, it was then her blood rushed to her cheeks und shewed plainly how warm it heat not- withstanding the generally serious composed and rrtiring

disposición which her countenance and demeanour seemed to exhibit. {The Pirate, 1, 33). Las gentes vulgares encuentran frías las almas como Minna Toil, que no juzgan las circunstancias ordinarias dignas de su emoción. (A/, del A.).

cuanto más se eleva menos visible es, y es castigado de su grandeza por la soledad del alma.

Del orgullo femenino nace lo que las mujeres llaman las faltas de delicadeza. Yo creo que eso se parece bastante á lo que los reyes llaman lesa majestad : crimen tanto más peligroso, cuanto que se cae en él sin sospecharlo. El amante mas cariñoso puede ser acusado de faltar á la delicadeza, si no tiene bastante talento, y lo que es más triste, si se atreve á entregarse al mayor encanto del amor, á la felicidad de ser perfectamente natural con la que se ama y no escucha lo que se le dice.

He aquí cosas de que un corazón bien nacido no podría tener la sospecha y que es preciso haber experimentado para creer en ellas, porque uno se siente arrastrado por la costumbre de obrar en toda justicia y franqueza con sus amigos.

Es preciso acordarse sin cesar que en este asunto hay seres que, aunque mal, pueden creerse inferiores en vigor de carácter, ó por decir mejor, pueden pensar que se les cree inferiores.

El verdadero orgullo de una mujer ¿no debería cifrarse en la energía del sentimiento que inspira? Se quejaba una dama de honor de la reina esposa de Francisco 1, por la ligereza de su amante, que, según se decía, no le amaba. Poco tiempo después, este amante tuvo una enfermedad, y cuando volvió á presentarse en la corte apareció mudo. Un día, al cabo de dos años, como se admirasen de que ella siguiera amándole, le dijo: «Hablad». Y habló.

CAPÍTULO XXIX

DEL VALOR DE LAS MUJERES

y fe// ihce proud Templar, that nof in thy fiercest batllcs hadst thou displayed more of thy vaunted courage, than has been shewn by woman when called upon to suffer by affection or duty.

(Ivanhoe, tomo III, página 220.)

Recuerdo haber encontrado la frase siguiente en un libro de historia : ¡(Todos los hombres pierden la cabeza, y ese es el momento en que las mujeres adquieren sobre ellos indiscutible superioridad.)»

Su valor presenta una reseña que falta al dé su amante, por cuanto tienen piques de amor propio con ellos, y encuentran tanto placer en poder en el fuego del peligro contender en firmeza con el hombre, que con frecuencia las hiere con la altivez de su protección y de su fuerza, que la energía dé este placer las eleva por encima del temor, que en este momento constituye la debilidad de los hombres. Asimismo, un hombre que recibiese tal auxilio en cual momento, se mostraría superior á todo, porque el miedo no está nunca en el peligro, sino en nosotros mismos.

Esto no significa que yo pretenda despreciar el valor de las mujeres; las he visto en ocasiones ser superiores á los hombres más bravos; solamente se necesita que tengan un hombre á quien amar; como ellas no sienten más que por él, el peligro directo y

personal más atroz llega á ser para ellas como una rosa que cogen en su presencia (1).

También encontré en mujeres que no amaban la intrepidez más fría, la más sorprendente y la más exenta de nervios.

(1) María Estuardo, hablando de Leicester, después de la entrevista con Isabel, en que acaba de perderse. Véase á Schiller. (N. del A.).

Es verdad que yo creo que si son tan bravas es porque ignoran el aburrimiento de la curación de las heridas.

En cuanto al valor moral, tan superior al otro, la firmeza de una mujer que resiste á su amor es la cosa más admirable que puede existir sobre la tierra. Todas las otras señales posibles del amor son bagatelas al lado de una cosa tan fuerte, tan contra naturaleza y tan penosa. Acaso hallen fuerzas en esta costumbre del sacrificio que el pudor hace contraer.

Una desgracia de las mujeres es que las pruebas de este valor permanecen siempre secretas y son casi divulgables.

Una desgracia mayor es que sean siempre empleadas contra su felicidad ; la princesa de Cléves debía no decir nada á su marido y entregarse al caballero de Nemours.

Puede ser que las mujeres estén sostenidas principalmente por el orgullo de hacer una bella defensa y que se imaginen que su amante cifra su vanidad en poseerlas; idea mezquina y miserable; un hombre apasionado que se expone lleno de alegría á tantas situaciones ridículas, ¿ha de tener aún tiempo para pensar en la vanidad ? Es como los monjes que creen cazar al diablo y que se ufanan con orgullo de sus cilicios y sus maceraciones.

Yo opino que si Madame de Cléves hubiese llegado á la vejez, esta época en que se juzga bien la vida y en que las alegrías del orgullo aparecen en toda su miseria : creo, repito, que se hubiera arrepentido. Hubiera querido haber vivido como Madame de La Fayette (1).

Acabo de releer cien páginas de este ensayo; he dado una idea bien pobre del verdadero amor, del amor que llena toda el alma, la inunda de imágenes, así de las más felices como

(1) Es demasiado sabido que esta mujer célebre hizo, probablemente en colaboración con el señor de la Rochefoucauld, la

novela de La princesse de Clèves, y que los dos autores pasaron juntos, en una amistad perfecta, los últimos veinte años de su vida. Esto es, exactamente, el amor á la italiana. (N. del A.).

de las más desesperadas, pero siempre sublimes, y la hace completamente insensible á todo lo demás que existe. No sé cómo expresar lo que tan bien veo; nunca sentí más penosamente la falta de talento. ¿Cómo hacer palpable la sencillez de gestos y de carácter, la profunda seriedad, la mirada tan justa y de tanto candor, el matiz del sentimiento, y, sobre todo, esa inexpresable noncuranza para todo lo que no es la mujer que se adora ? Un no ó un si dicho por un hombre á una mujer tiene una unción que en ningún otro caso se encuentra, y que tampoco se encontraba en el mismo hombre en otros tiempos. Esta mañana (3 de Agosto) pasé á caballo, á eso de las nueve, delante del lindo jardín inglés del marqués Zampieri, situado sobre las últimas ondulaciones de estas colinas, coronadas de grandes árboles, contra las cuales está adosada Bolonia y desde donde se goza de una perspectiva tan bella de esta rica y fértil Lombardia, el más hermoso país del mundo. En un bosque de laureles del jardín Zampieri, que domina el camino que yo seguía, y que conduce á la cascada del Reno, en Casa-Lecchio, vi al conde Delfante; estaba profundamente ensimismado, y aunque hemos pasado la noche juntos hasta después de las dos de la madrugada, apenas me devolvió mi saludo. Fui á la cascada, atravesé el Reno; en fin, tres horas después, volviendo á pasar bajo el bosque del jardín Zampieri, le vi todavía allí; estaba precisamente en la misma posición, apoyado en un gran pino que se eleva por encima del bosque de laureles; temo que se juzgue este detalle demasiado sencillo y que no pruebe nada ; vino con lágrimas en los ojos á rogarme que no contase á nadie su inmovilidad. Yo me sentí conmovido, y le propuse volver á andar el camino é ir á pasar con él el resto del día en el campo. Al cabo de dos horas, me dijo ; «es un alma hermosa» ; pero ¡ qué frías resultan las páginas que acabo de leer al lado de lo que él me decía !

En segundo lugar, se cree no amado; no es ésta mi opinión. Nada se puede leer sobre la bella figura de mármol de la condesa Chigi, con la que hemos pasado las primeras horas de la

noche. Solamente algunas veces un rubor súbito y ligero que no puede reprimir viene á revelar las emociones de esta alma, que el orgullo femenino más exaltado disputa á las emociones más fuertes. Se ve su cuello de alabastro y lo que se distingue de sus hombros, dignos de Canova, enrojecerse también. A ella le parece bien sustraer sus ojos negros y sombríos á la observación de las gentes, cuya penetración teme su delicadeza de mujer; pero yo he visto esta noche, en cierta cosa que decía Delfante y que ella desaprobaba, un súbito rubor que la inundaba por completo. Este alma altanera le encontraba menos digno de ella.

Pero, en fin, aun cuando yo me engañase en mis conjeturas sobre la felicidad de Delfante, le creo más feliz que yo, indiferente, y que, sin embargo, estoy en una posición de felicidad bastante buena en apariencia y en realidad.

Bolonia, 3 Agosto 1818.

CAPÍTULO XXX

ESPECTÁCULO SINGULAR Y TRISTE

Las mujeres, con su orgullo femenino, se vengan de los tontos sobre las personas de talento y de las almas prosaicas y de dinero sobre los corazones generosos. Es preciso convenir en que esto produce un magnífico resultado.

Las pequeñas consideraciones del orgullo y de las conveniencias del mundo han hecho la desgracia de algunas mujeres, y por orgullo, sus padres las han colocado en una posición abominable. El destino les había reservado, para consuelo muy superior á todas sus desgracias, la felicidad de amar y ser amadas con pasión; pero he aquí que un día copian de sus enemigos este mismo orgullo insensato de que ellas fueron

las primeras víctimas y sólo le hacen matar la única felicidad que les queda, para lograr su propia desgracia y la desgracia de quien las ame. Una amiga que ha tenido diez intrigas conocidas, y no siempre unas después de otras, les persuade gravemente que si aman quedarán deshonradas á los ojos del público, y, sin embargo, este buen público que no se eleva nunca más que á ideas bajas, les supone generosamente un amante todos los años, porque, según dice, esta es la regla. Así el alma se entristece ante este espectáculo raro : una mujer tierna y soberanamente delicada, un ángel de pureza, por indicación de una c... sin delicadeza, se sustrae á la única é inmensa felicidad que le resta para aparecer

con un vestido de deslumbradora blancura delante de un zopenco de juez, que se sabe que está ciego hace cien años y que grita : a Viene vestida de negro.»

CAPÍTULO XXXI

EXTRACTO DEL DIARIO DE SALVIATI

Ingemum nobis ipsa paella facit. (Propertio II, 1).

Bolonia, 29 Abril 1818.

Desesperado de la desgracia á que el amor me reduce, maldigo mi existencia. No tengo nada en el corazón. El tiempo es sombrío, llueve, y un frío tardío ha venido á entristecer la naturaleza, que, después de un largo invierno, resurgía en la primavera.

Schiassetti, corone' de la reserva y amigo razonable y frío, vino á pasar conmigo dos horas. «Deberías renunciar á amarla.» ¿Cómo hacerlo? Devolvedme mi pasión por la guerra.» «Es una desgracia para vos haberla conocido.» Casi convengo en ello : tan abatido y sin valor me siento, y tanto imperio tiene hoy sobre mí la melancolía. Indagamos

juntos qué interés ha podido tener su amiga en calumniarme ante ella, y no encontramos más que este viejo proverbio napolitano : «Mujer á quien amor y juventud abandonan, se preocupa de una nadería». Lo que hay de seguro es que esta mujer cruel está rabiosa contra mí; tal es la frase de uno de sus amigos. Yo puedo vengarme de una manera atroz: pero contra su odio no tengo el más insignificante medio de defensa. Schiassetti me deja. Yo salgo. Llueve; no sé qué hacer. Mi habitación, este salón que habité en los primeros tiempos de nuestro conocimiento y cuando yo la veía todas las noches, me ha llegado á ser insoportable. Cada grabado, cada

mueble me reprochan la felicidad que había soñado en su presencia y que he perdido para siempre.

Recorro las calles bajo una lluvia fría; la casualidad, si puedo llamarla casualidad, me hace pasar bajo sus ventanas. Caía la noche, y yo iba con los ojos llenos de lágrimas, fijos en sus ventanas. De repente veo que la cortina se ha entreabierto como para ver la plaza y volver á cerrarse al instante. Sentí un movimiento cerca del corazón. No podía sostenerme ; me refugié bajo el pórtico de la casa vecina. Mil sentimientos inundaban mi alma; la casualidad ha podido producir este movimiento de la cortina ; pero ; si fuera su mano quien la hubiera entreabierto!...

Hay dos desgracias en el mundo : la de la pasión contrariada y la del dead blank- Con el amor siento que existe, á dos pasos de mí, una felicidad inmensa y más allá de todos mis deseos, que no depende más que de una palabra, de una sonrisa. Sin pasión, como Schiassetti, los días tristes no veo en ninguna parte la felicidad y llego á dudar que exista para mí; caigo en el spleen. Sería preciso vivir sin pasiones fuertes y tener solamente un poco de curiosidad ó de vanidad.

Son las dos de la mañana; he 'dsto el pequeño movimiento de la cortina; á las seis hice visitas, fui al teatro, pero en todas partes, silencioso y soñador, pasé la noche en examina: 7

esta cuestión : «Después de tanta y tan poco fundada cólera, ¿porque, al fin, yo quería ofenderla? (¿y cuál es la cosa en el mundo que la intención no excuse?) ¿ha sentido ella un momento de amor?»

El pobre Salviati, que ha escrito lo que precede en un volumen de Petrarca, murió algún tiempo después; era amigo de Schiassetti y mío; nosotros conocíamos todos sus pensamientos, y es de él de quien he sacado toda la parte lúgubre de este ensayo. Era la imprudencia encarnada ; por lo demás, la mujer por quien hacía tantas locuras es el ser más interesante que yo he encontrado. Schiassetti me decía : «¿Pero creéis que esta pasión desgraciada haya sido desventajosa para Salviati? Primeramente experimentó la desgracia de dinero, la mayor que se puede imaginar. Esta desgracia, que le reducía á una fortuna muy mediocre después de una juventud brillante, y que le hubiera llenado de cólera en

cualquier otra circunstancia, no se recordaba de ella ni una vez cada quince días. Además (lo que es muy importante para un cerebro de este calibre), esta pasión es el primero y verdadero curso de lógica que ha hecho en toda su vida. Ello parecerá singular en un hombre que ha estado en la corte, pero se explica por su valor extremado. Por ejemplo, pagó sin pestañear la deuda de ***, que le redujo á la nada ; se admiraba allí, como en la campaña de Rusia, de no sentir nada extraordinario ; es, en realidad, que no temió nada hasta el punto de pensar en ello dos días. En vez de esta indiferencia, después de dos años, trató á cada minuto de tener valor; hasta entonces no había visto el peligro. Cuando á consecuencia de sus imprudencias y de su confianza en las buenas interpretaciones (1), se condenó á no ver á la mujer que amaba más que dos veces al mes, le hemos (I) Sottò Fusbergo o del / sentirsiSpura.

{Dante, Inferno, XXVIII, 117.} {N. del A.}. contemplado ebrio de alegría pasar las noches en hablarle porque le había recibido con este candor noble que él adoraba en ella. Sostenía que Madame *** y él tenían dos almas superiores al nivel vulgar y que debían entenderse con una mirada. No podía comprender que ella concediese la menor atención á las mezquinas interpretaciones burguesas que podían hacerla criminal. El resultado de esta gran confianza en una mujer rodeada de sus enemigos fué hacerse cenar su puerta.»

«Con Madame *** (le decía yo) olvidáis vuestras máximas, y que es preciso no creer en la grandeza de alma más que en el Último extremo.» ¿Creéis (respondía él) que haya en el mundo otro corazón que se entienda mejor con el suyo? Es verdad que yo pago esta manera de ser apasionado, que me hacía ver á Leonor irritada en la línea del horizonte de las rocas de Poligny por la desgracia de todas mis empresas en la vida real, desgracia que proviene de la falta de paciente industria y de imprudencia producida por la fuerza de la impresión del momento.» Se adivina la vena de locura.

Para Salviati la vida estaba dividida en períodos de quince días, que tomaban el color de la última entrevista que ella le había concedido. Pero yo notaba varias veces que la felicidad que él debía á una acogida que le parecía menos fría, era muy inferior en intensidad á la desgracia que le producía una recepción severa (1).

Madame *** no tenía algunas veces la franqueza debida con él : he aquí las dos únicas objeciones que nunca me atreví á hacerle. Además de lo que su dolor tenía de más íntimo, y de que él tuvo la desgracia de no hablar ni á sus amigos más queridos y más exentos de envidia, veía en una recepción severa de Leonor el triunfo de las almas prosaicas é intrigantes sobre las almas francas y generosas. Entonces desesperaba de la virtud, y, sobre todo, de la

(1) Es algo que yo he creído ver en el amor: la disposición .i sacar más descrecía de las cosas desgraciadas que felicidad de las cosas felices. (ÍN. del A.). gloria. No se permitía hablar á sus amigos más que de cosas tristes, á las que le conducía su pasión, pero que, además, podían tener algún interés á los ojos de la filosofía. Curioso era observar esta alma extraña ; ordinariamente, el amor-pasión se encuentra en almas un poco necias, á la alemana (1). Salviati, por el contrario, contábase en el número de los hombres más firmes y más espirituales que he conocido.

He creído observar asimismo que en estas visitas severas no estaba tranquilo más que cuando se había justificado los rigores de Leonor. En tanto de que no encontraba la razón de por qué le maltrataba, era desgraciado ; yo no hubiera creído nunca al amor tan exento de vanidad.

El nos hacía sin cesar el elogio del amor. «Si un poder sobrenatural me dijera . Destrozad el cristal de este reloj, y Leonor será para vos lo que era hace tres años, una amiga indiferente, en verdad, creo que en ningún momento de mi vida tendría el valor de destrozarlo.» Le veía tan loco, al hacer este razonamiento, que yo no hubiera tenido valor para presentarle las objeciones anteriores.

El, añadía : Como la reforma de Lutero, al fin de la Edad Media, conmoviendo la sociedad hasta en sus fundamentos, renovó y constituyó el mundo sobre bases razonables, asimismo un carácter generoso es renovado por el amor. Sólo entonces es cuando se despoja uno de todas las puerilidades de la vida; sin esta resolución, el amor tendría siempre no sé qué de afectado y de teatral. Sólo desde que amo he aprendido á tener grandeza en el carácter: tan ridicula es nuestra educación de escuela militar. Aunque me conducía bien, yo era un niño en la corte de Napoleón y en Moscou ;

cumplí con mi deber, pero ignoraba esta sencillez heroica, fruto de un sacrificio entero y de buena fe. No hace más que un

(1) Don Carlos, Sami-Prcux, el Hipólito y el Bayazeio de Racine. (N. ¿d A.).

año, sin embargo, que mi corazón comprende la sencillez de los romanos de Tito Livio. Antiguamente los encontraba fríos, comparados á nuestros brillantes coroneles. Lo que ellos hacían por su Roma, yo, sondeando mi corazón, veo que soy capaz de hacerlo por Leonor. Si tuviese la felicidad de poder hacer alguna cosa por ella, mi primer deseo sería ocultarla. La conducta de Régulo y de Decio era una cosa convenida de antemano, y que no tenía derecho á sorprenderlo. Yo era pequeño antes de amar, precisamente porque caía en tentación algunas veces de encontrarme grande ; había en esto cierto esfuerzo que sentía y que yo mismo me aplaudía, y por el lado de las afecciones, ¿qué no debo al amor? Después de los azores de la primera juventud, el corazón se cierra á la simpatía. La muerte ó la ausencia aleja á los compañeros de la infancia y se ve uno reducido á pasar la vida con fríos camaradas, siempre calculando ideas de interés ó de vanidad. Poco á poco, toda la parte delicada y generosa del alma llega á ser estéril por falta de cultivo, y antes de treinta años el hombre se encuentra petrificado en todas las sensaciones dulces y tiernas. En medio de este árido desierto, el amor hace brotar un manantial de sentimiento más abundante y más fresco aún que el de la primera juventud. Había entonces una esperanza vaga, loca y sin cesar distraída (1), nunca abnegación para nada, jamás deseos constantes y profundos, el alma siempre tierna tenía deseos de novedad y desdeñaba hoy lo que adoraba ayer. Y nada es más recogido, más misterioso, que la cristalización del amor. Entonces, únicamente las cosas agradables tenían derecho de complacer y complacer un instante ; ahora, todo lo que se relaciona con lo que se ama, y hasta los objetos más indiferentes, conmueven profundamente. Llegando á una ciudad, á cien millas de la que habita Leonor, me encontré tímido y tembloroso; á la

(1) Mordaunt Mertón, volumen I de El Pirata. (N. del A.).

vuelta de cada esquina me estremecía temiendo encontrar á Alviza, la amiga íntima de Madame *** y amiga que yo no conocía.

Todo tomaba para mí un tinte misterioso y sagrado, mi corazón palpitaba hablando á un anciano sabio. No podía oír nombrar, sin ruborizarme, la puerta cerca de la que vivía la amiga de Leonor. Del mismo modo, los rigores de la mujer que se ama tienen gracias infinitas y que no se encuentran en los momentos más halagadores cerca de las otras mujeres. Así es como las grandes sombras de los cuadros del Corregió, lejos de ser, como en los otros pintores, pasajes poco agradables, pero necesarios para hacer valer los claros y dar relieve á las figuras, tienen por sí mismas gracias encantadoras y que sumergen en una dulce fantasía (1). «Sí : la mitad y la más bella mitad de la vida está oculta al hombre que no ha amado con pasión» (2).

Salviati tenía necesidad de toda la fuerza de su dialéctica, para mantenerse en guardia contra el discreto Schiassetti, que le decía siempre : ((Si queréis ser feliz, contentaos con una vida exenta de penas, y cada día con una pequeña cantidad de felicidad. Priváos de la lotería de las grandes pasiones.» «Dadme, pues, vuestra curiosidad», respondió Salviati. Yo creo que había días en que él hubiera querido seguir los consejos de nuestro prudente coronel; luchaba un poco y creía conseguido : pero esta decisión era completamente superior á sus fuerzas, y, sin embargo, ¡ qué energía tenía aquella alma!

Un sombrero de satén blanco, que se pareciera un poco al

(!) Puesto que nombré al Corregió, diré que se encuentra en una cabeza de ángel esbozada, en la tribuna de la Galería de Florencia la mirada del amor feliz y en Parma, en la Madona coronada por Jesús, los ojos inclinados del amor. {N. del A.).

(2) Bien claramente se ve cómo Stendhal habla por su cuenta y a paso-nadamente, aunque lo disimule, con la fácil mixtificación del Diario de Salviati (N. del T.).

de Madame *** y que él viera en la calle, detenía los latidos de su corazón y le obligaba á apoyarse contra la pared. Del mismo modo, en sus más tristes momentos, la felicidad de encontrarla le daba siempre algunas horas de embriaguez por encima de la influencia de todas las desgracias y de todos los razonamientos (1). Por otra parte, es evidente que, á su muerte (2), después de dos años de esta pasión generosa y

(1) Come sohat sorrow can,
It cannot counteract the exchange of joy,
That one ephemeral moment gives me madder sight Romeo and Juliet.
{Nota del A.}

(2) Pocos días antes de morir, hizo una pequeña oda que tiene el mérito de explicar bien los sentimientos de que nos hablaba.
L'ultimo dd Anacreónica. A Elvira.

Vedi su dove il río Lambendo un mirto va. Lá del riposo mío La
pietra surgerà. 11 pasero amoroso, Et il nobile usignuol Entro quel
mirto ombroso Racoglieranno il vol. Vieni, diletta Elvira, A quella
tomba vien, E sulla muta lira, Apoggia il bianco sen. Su quella bruna
pietra, Le tortore verrán, E intorno alia mia cetra, 11 nido intrecieran
E ogni anno, il di che offendere M'osasti tu infidel. Faro la su
discendere La folgore del ciel. Odid'un nom che muore Odi l'estremo
suon, Questo appassito flore Tilascio, Elvira, in don. Quanto
prezioso ei sia Saper tu il devi appiete 11 di die fostí mia, Te rinvolai
dal seat.

Símbolo allor d'affetto, Or pegno di dolor.

sin límites, su carácter había contraído varios hábitos nobles, y al menos, tocante á esto, se juzgaba correctamente, y si él hubiera vivido y las circunstancias le hubieran ayudado, un poco hubiera hecho hablar de sí. Puede ser también que, á fuerza de sencillez, su mérito hubiera pasado invisible sobre esta tierra.

O LASSO

Quanti dolce pensier, quanto desio.

Menó constui al doloroso passo !

Blondo era, e bello, e di gentile aspetto ;

Ma l'un dé cigli un colpo a vea diviso (l).

Dante

CAPÍTULO XXXII

DE LA INTIMIDAD

La mayor felicidad que puede dar el amor es el primer apretón de manos de una mujer que se ama.

La felicidad de la galantería, por el contrario, es mucho más real y mucho más sujeta á la burla.

En el amor-pasión, la intimidad no es tanto la felicidad perfecta como el primer paso para llegar á ella.

Torno á posarti in petto Quest' appassito flor, E avrai nel cuor scolpito. Se crudo il cor non é, Come ti fu repito Come fu reso á te.

S. RADAEL

(I) ¡Pobre desgraciado! ¡Cuántos dulces pensamientos y qué deseo constante Je condujeron á su última hora ! Su figura era bella y dulce, su cabellera blonda ; solamente una cicatriz cortaba una de sus cejas. (Nota

¿el T.).

Pero, ¿cómo pintar la felicidad, si no deja recuerdos?

Mortimer volvía temblando de un largo viaje; adoraba á Jenny; ella no le había respondido á sus cartas. Al llegar á Londres, montó á caballo y fue á buscarla á su casa de campo. Llegó; Jenny se paseaba por el parque; él corrió á ella con el corazón palpitante; la encuentra, le tiende la mano y le recibe turbada, él ve que le ama. Recorriendo con ella las calles del parque, la ropa de Jenny se enganchó en una rama de acacia espinosa. Más tarde Mortimer fué

feliz, pero Jenny fué infiel. Yo le sostengo que Jenny no le amó nunca ; él me cita como prueba de su amor la manera como le recibió á su vuelta del continente; pero nunca pude darme el menor detalle; solamente se estremece visiblemente en cuanto ve una rama de acacia; este es, realmente, el único recuerdo claro que él había conservado del momento más feliz de su vida (1).

Un hombre sensible y franco, un antiguo caballero, me hacía confidencia esta tarde (en el fondo de nuestra barca, batida por un furte temporal en el lago de Garda) (2) de la historia de sus amores, de los que no haré confidencia al público, pero de cuya historia me creo en el derecho de deducir que el momento de la intimidad es como esas bellas jornadas del mes de Mayo, una época delicada para las más bellas flores, un momento que puede ser fatal y marchitar en un instante las más bellas esperanzas.

No se cansa uno de alabar lo natural. Esta es la única (3)

(1) Vida de Haydn. {N. del A'.

(2) 20 de Septiembre 1811. (/V. del A.).

(3) En la primera querella Madame Ivemetta dio la despedida al pobre Bariac. Bariac estaba verdaderamente enamorado, y esta despedida le desesperó, pero su amigo Guillermo Balaón cuya vida escribimos, le fué de gran servicio é hizo tan bien que apaciguó á la severa Ivemetta. La paz se hizo, y la reconciliación fué acompañada de circunstancias tan deliciosas, que Bariac juró á Balaón que el momento de los primeros favores que

coquetería permitida en una cosa tan seria como el amor á lo Werther, en que no se sabe dónde se va, y al mismo tiempo, por una casualidad feliz para la virtud, es la mejor táctica. No hay duda que un hombre verdaderamente conmovido dice cosas encantadoras y habla un idioma que no conoce.

¡ Pobre del hombre que no está afectado ! Aun cuando amase, aun con todo el talento posible, pierde las tres cuartas partes de sus ventajas. Al momento, se deja llevar por el afecto ; un minuto después tiene un instante de sequedad.

Todo el arte de amar se reduce, según creo, á decir exactamente lo que el grado de embriaguez del momento lleva consigo ; en otros términos, á escuchar al alma. No se crea que esto es tan fácil; un

hombre que ama verdaderamente, cuando su amiga le dice cosas que le hacen feliz, no tiene fuerza para hablar.

Pierde así las acciones que hubieran surgido de sus palabras (1), y vale más callarse que decir fuera de tiempo cosas demasiado tiernas; lo que estaba en su lugar hace diez segundos, no lo está del todo y hace mal en este momento. Siempre que yo faltaba á esta regla (2) y decía una cosa que me había ocurrido tres minutos antes, y que á mí me parecía bonita, Leonor no dejaba de contradecirme. Yo me decía después, al salir : «Leonor tiene razón; estas son cosas que deben chocar extremadamente á una mujer delicada ; esto es

había obtenido de su amante no habían sido tan dulces como los de la voluptuosa reconciliación. Este discurso trastornó la cabeza á Balaón y quise probar este placer que su amigo acababa de escribirle, etc., etc.. Vie de quelques troubadours, por Nievernois, tomo 1, página 32. (N. del A.).

(1) Es este el género de timidez que es decisivo y que prueba un amor- pasión en un hombre de talento. (N. del A.).

(2) Recuérdese que si el autor emplea algunas veces la palabra yo, es para tratar de dar alguna variedad en la forma de este ensayo. De ninguna manera tiene la pretensión de entretener á los lectores con sus propios sentimientos. Trata de comunicar, con la menor monotonía posible, lo que ha observado en otros.

una indecencia de sentimiento.» Ellas admitirían mejor, como los retóricos de mal gusto, un grado de debilidad y de frialdad. No teniendo que temer en este mundo más que la falsedad de su amante, la más pequeña insinceridad de detalle, aunque fuese la más inocente del mundo, les priva en el instante de toda felicidad y las sumerge en la desconfianza.

Las mujeres honradas sienten repulsión por la vehemencia y lo imprevisto, que son, sin embargo, los caracteres de la pasión. Además, la vehemencia alarma su pudor y se defienden.

Cuando algún movimiento de envidia ó de disgusto ha dado sangre fría, se puede, en general, iniciar discursos propios para hacer nacer esta embriaguez favorable al amor, y si después de las dos ó tres primeras fases de exposición no se deja de decir exactamente lo que el alma sugiere, se dará vivo placer á la que se

ama. El error de la mayor parte de los hombres es que quieren llegar á decir tal cosa que creen bonita, espiritual, conmovedora; en lugar de librar su alma de la afectación del gran mundo hasta ese grado de intimidad y de naturalidad de expresar ingenuamente lo que siente en el momento. Si se tiene este valor, se recibirá en el instante la recompensa con una especie de reconciliación.

Es esta recompensa, tan rápida como voluntaria, de los placeres que se concede á lo que se ama, lo que pone esta pasión tan por encima de las otras.

Si hay naturalidad perfecta, la felicidad de dos individuos llega á estar confundida (1). A causa de la simpatía y de otras varias leyes de nuestra naturaleza, ésta es, sencillamente, la mayor felicidad que puede existir.

No es menos fácil determinar el sentido de esta palabra : naturalidad, condición necesaria de la felicidad para el amor.

(!) Empleándose ambos exactamente en las mismas acciones. (N. del A.).

Se llama natural lo que no se separa de la manera habitual de obrar. Huelga añadir que nunca se debe mentir á la que se ama, ni menos siquiera embellecer y alterar la pureza de rasgos de la verdad. Porque si se embellece, la atención está ocupada en embellecer y no responde ingenuamente, como la tecla de un piano, al sentimiento que se revela en los ojos. Ella se da cuenta muy pronto, y no sé qué frío experimenta, y á su vez recurre á la coquetería. ¿No será ésta la razón oculta que hace que no se pueda amar á una mujer de espíritu muy inferior? Es porque cerca de ella se puede fingir impunemente, y como fingir es más cómodo á causa de la costumbre, se entrega uno á la absoluta negación de lo natural. Desde ese momento, el amor no es amor y llega á no ser más que un negocio ordinario; la única diferencia es que en lugar de dinero se gana placer ó vanidad ó una mezcla de las dos cosas. Pero es difícil no sentir un momento de desprecio hacia una mujer con quien se puede representar impunemente una comedia, y, por consiguiente, sólo se tarda en dejarla hasta que se encuentra otra mejor, en lo que á esto se refiere.

La costumbre ó los juramentos pueden retener; pero yo hablo de la inclinación del corazón, cuyo impulso natural es volar al mayor

placer.

Volviendo á la palabra natural, natural y habitual son dos cosas distintas. Si se toman estas palabras en el mismo sentido, es evidente que cuanto más sensibilidad se tiene, más difícil es ser natural, porque el hábito tiene un imperio menos poderoso sobre la manera de ser y de obrar, y el hombre se acomoda más á cada circunstancia. Todas las páginas de la vida de un ser frío son las mismas; repasadlas hoy, repasadlas ayer; es siempre la misma mano de madera.

Un hombre sensible, desde que su corazón está emocionado, no encuentra ya en sí huellas de costumbre para guiar sus acciones; ¿y cómo podría seguir un camino cuya dirección desconoce ?

Siente la gravedad inmensa, que va aneja á cada palabra que dice á la que ama, y le parece que una palabra va á decidir de su suerte. ¿Cómo podrá no tratar de hablar bien? O, al menos, ¿cómo no tendrá el sentimiento de que habla bien ? Desde ese momento no hay ya candor. No es, pues, preciso aspirar al candor, esa cualidad de un alma que no provoca ninguna reflexión sobre sí misma. Se es lo que se puede, pero se siente lo que se es.

Creo que hemos llegado al último grado de naturalidad que el corazón más delicado pueda pedir en amor.

Un hombre apasionado no puede sino abrazarse fuertemente, como su único recurso en la tempestad, al juramento de no cambiar nunca en nada la verdad y de leer correctamente en su corazón; si la conversación es viva y entrecortada, puede esperar hermosos momentos de naturalidad. De lo contrario, no será perfectamente natural más que en las horas en que ame con algo menos de locura.

Cerca de la que se ama, apenas queda la naturalidad en los movimientos, cuyos hábitos, sin embargo, están tan profundamente arraigados en los músculos. Cuando yo daba el brazo á Leonor, me parecía estar siempre á punto de caer, y pensaba en andar bien. Todo lo que se puede hacer, es no estar voluntariamente afectado; basta estar persuadido de que la falta de naturalidad es el mayor inconveniente posible y puede, fácilmente, ser el origen de las mayores desgracias. El corazón de la mujer que amáis, no escucha al vuestro, y perdéis este movimiento nervioso é involuntario de la franqueza que responde á la franqueza. Es como perder todos los

medios de conmovérsela, casi diré de seducirla ; esto no es que yo pretenda negar que una mujer digna de amor pueda ver su destino en esta linda divisa de la hiedra, que muere donde se adhiere; esta es una ley de la naturaleza, pero es

siempre un paso decisivo para la felicidad hacer la del hombre que se ama. ¡Vie parece que una mujer razonable no debe conceder todo á su amante sino cuando no puede defenderse y la más ligera sospecha sobre la sinceridad de vuestro corazón le hace en el momento un poco de fuerza, lo bastante, al menos, para retardar un día su derrota (I).

¿ Será preciso añadir que para hacer de todo esto el colmo del ridículo basta aplicarlo al amor gusto?

CAPÍTULO XXXIII

Tener siempre una insignificante duda que calmar: he aquí lo que constituye la sed de todos los instantes; he aquí lo que hace la vida del amor feliz. Como el temor no le abandona nunca, sus placeres no pueden aburrir jamás. El carácter de esta felicidad es la seriedad extrema.

CAPÍTULO XXXIV

DE LAS CONFIDENCIAS

No hay en el mundo insolencia más rápidamente castigada que la que os hace confiar á un amigo íntimo un amor- pasión. El sabe (si lo que le decís es cierto) que tenéis placeres mil veces superiores á los suyos y que os hacen despreciar los suyos.

Es mucho peor entre mujeres, siendo la fortuna de su vida inspirar una pasión, y, de ordinario, también la confidente ha expuesto su amabilidad á los ojos del amante.

(1) Hoec autam ad acerbam reí memorian, amara quadam dulcedine, scribere oisum esi... ut cogitem nihil esse debere quod amplias miki pla- ceai ín hac viia. (Petrarca, edición Marsand). (15 Enero 1819). {N. del A.}.

Por otra parte, para ser abrasado por esta fiebre, no hay en el mundo necesidad moral más imperiosa que la de un amigo, delante de quien se pueda razonar sobre las dudas terribles que se apoderan del alma á cada instante, porque en esta pasión terrible siempre una cosa imaginada es una cosa exis[^] tente en la realidad.

«Un gran defecto del carácter de Salviati, escribía en 1817, en eso muy opuesto al de Napoleón, es que cuando en la discusión de los intereses de una pasión viene á demostrarse algo moralmente, no puede partir de esta base como de un hecho fatalmente establecido, y, á pesar suyo y por su desgracia, lo pone siempre á discusión.» Es fácil tener valor en la ambición. La cristalización que no está

subyugada por el deseo de obtener una cosa, se emplea en fortificar el valor ; en amor está todo al servicio del objeto contra el cual se debe tener valor.

Una mujer puede encontrar una amiga pérfida, y puede también encontrar una amiga aburrida.

Una princesa de treinta y cinco años (1), aburrida y perseguida por la necesidad de intrigar, etc., etc., descontenta de la tibieza de agitarse su amante, y, sin embargo, no pudiendo esperar en hacer brotar otro amor, no sabiendo qué hacer de la actividad que la devora y no teniendo otra distracción que accesos de mal humor, puede encontrar una ocupación, es decir, un placer, un fin en la vida en hacer desgraciada una pasión verdadera ; pasión que se siente la insolencia de sentir por otra que no es ella, mientras que su amante se duerme á su lado.

Este es el único caso en que el odio produce felicidad, porque procura ocupación y trabajo.

En los primeros momentos, el placer de hacer algo desde el momento en que la empresa puede sospecharse en la so-

(I) Venecia, 1819. (A/, del A.).

ciudad, el puntillo de conseguir da encanto á esta ocupación. La envidia hacia la amiga toma la máscara del odio hacia el amante : de lo contrario, ¿ cómo se podría odiar con furor á un hombre á quien jamás se ha visto? No se cuida uno de confesar la envidia, porque se necesitaría saber el mérito, y se tienen aduladores que no se sostienen en la corte más que poniendo en ridículo á la buena amiga.

La confidente pérfida, sin perjuicio de permitirse todas las vilezas, puede muy bien creerse animada únicamente por el deseo de no perder una amistad preciosa. La mujer aburrida se dice que la amistad misma languidece en un corazón devorado por el amor y sus ansiedades mortales; al lado del amor, la amistad no puede sostenerse más que por las confianzas ; ahora bien, ¿ qué más odioso para la envidia que tales confianzas?

Las únicas que son bien recibidas entre mujeres, son aquellas á que acompaña la franqueza de este razonamiento. Mi querida amiga, en la guerra tan absurda como implacable que nos hacen los

prejuicios puestos en boga por nuestros tiranos, servidme hoy, y mañana me tocará mi vez (1).

Antes de esta excepción hay la de la verdadera amistad nacida en la infancia y no corrompida después por ninguna lisonja.

Las confidencias del amor-pasión no son bien recibidas más que entre estudiantes enamorados del amor y entre jovencitas devoradas por la curiosidad, por la ternura, y acaso

(1) Memorias de Madame de Epinay, Geliotte, Praga, Kiagenfurth, toda la Moravia, etc., etc. Las mujeres allí son muy ingeniosas, y los hombres grandes cazadores. La amistad allí es bastante común entre mujeres. El tiempo hermoso del país es el invierno ; se entretienen, sucesivamente en partidas de caza, de quince á veinte días, los grandes señores de la provincia. Uno de los más ingeniosos me decía un día que Carlos V había reinado legítimamente sobre toda la Italia, y que por consiguiente, era en vano que los italianos quisieran rebelarse. La mujer de este hombre leía las cartas de Mademoiselle de Lespinasse (Znaym, 1816). (N. del 1).

arrastradas ya por el instinto (1), que les dice que este es el gran asunto de su vida y que nunca es demasiado pronto para ocuparse de él.

Muchas personas han visto niñas de tres años cumplir bastante bien los deberes de la galantería.

El amor grato se inflama, y el amor-pasión se enfría con las confidencias.

Además de los peligros, hay la dificultad de las confidencias. En amor-pasión, lo que no puede expresarse (porque el idioma es demasiado grosero para percibir estos matices), existe con toda realidad ; solamente, como éstas son cosas muy delicadas, está uno más sujeto á engañarse al observarlas.

Y un observador muy emocionado observa mal; es Injusto con el acaso.

Lo más prudente que acaso hay es hacerse á sí mismo su propio confidente. Escribid esta noche bajo nombres supuestos, pero con todos los detalles característicos, el diálogo que acabáis de tener con vuestra amiga y la dificultad que os perturba. En ocho días, si

sentís el amor-pasión, seréis otro hombre, y entonces, leyendo vuestra consulta, podréis daros un buen consejo.

Entre hombres, desde el momento en que se reúnen más de dos y puede aparecer la envidia, la cortesía obliga á no hablar más que de amor físico; ved el final de las comidas de solteros. Son los sonetos de Baffo (2) los que se recitan y que causan un placer infinito, porque cada uno toma tan al pie

(1) Gran cuestión. Me parece que además de la educación que comienza á los ocho ó diez meses, hay un poco de instinto. (N. del A.).

(2) El dialecto veneciano tiene descripciones del amor físico de una vivacidad que deja á mil leguas á Horacio, Propercio, Lafontaine y todos los poetas. Burati, de Venecia, es en este momento el primer poeta satírico de nuestra triste Europa. Sobresale sobre todo en la descripción del físico grotesco de sus heroes, y por eso, con frecuencia le meten en la cárcel. Véase la Elefanteide, el ¡Jomo, la Strefeide.

de la letra las alabanzas y los transportes de sus vecinos, que con frecuencia no pretende sino aparecer alegre ó fino. Las encantadoras ternuras de Petrarca ó los madrigales franceses estarían fuera de lugar.

CAPÍTULO XXXV

DE LOS CELOS

Cuando se ama, á cada nuevo objeto que hiere la vista ó la memoria, aunque se esté apretado en una tribuna y atento á escuchar una discusión de las cámaras, ó se vaya á galope á relevar una guardia bajo el fuego del enemigo, siempre se añade una nueva perfección á la idea que tiene uno de su amante ó se descubre un nuevo medio que al principio parece excelente para hacerse amar más.

Lad.a progreso de la imaginación se paga con un momento de delicias. No es extraño que esta manera de ser sea atractiva.

En el instante en que nacen los celos, la misma costum- ore del alma queda, pero para producir un efecto contrario. Cada perfección que añadís á la corona del objeto que amáis, y que tal vez ama á otro, lejos de procuraros una alegría celeste os clava un puñal en el corazón. Una voz os grita : «Ese placer tan encantador es tu rival quien lo disfrutará» (1).

Y los objetos que os impresionan sin producir este primer efecto, en vez de mostraros como otras veces un nuevo medio de haceros amar, os hacen ver una nueva ventaja del rival.

(1) He aquí una locura del amor la perfección que vosotros vé*t, no lo es para él {N. del A,).

Encontráis una mujer bonita galopando en el parque (I), y el rival es famoso por sus magníficos caballos, que andan diez millas en

cincuenta minutos.

En este estado, el furor nace fácilmente : no se recuerda ya sino que en amor poseer no es nada, y gozar lo es todo : se exagera la felicidad del rival, se exagera la insolencia que le da esta felicidad y se llega al colmo del tormento, es decir, á la extrema desgracia, envenenada aún con un resto de esperanza.

El único remedio es tal vez observar de cerca la felicidad del rival. Con frecuencia le veréis dormirse apaciblemente en el salón en que se encuentra esta mujer, que, á cada sombrero que se parece al suyo y que veis de lejos en la calle, detiene el latido de vuestro corazón.

¿Queréis despertarle? Basta que manifestéis celos. Tendréis acaso la ventaja de enseñarle el mérito de la mujer que le prefiere á vos, y él os deberá el amor que sienta desde entonces hacia ella.

Respecto al rival, no hay otro recurso : es preciso, ó chancearse de él de la manera más descarada posible, ó inspirarle miedo.

Siendo los celos el mayor de los males, se encontrará que exponer la vida es una diversión agradable. Porque entonces nuestros sueños no están tan envenenados ni tomarán un tinte tan negro (por el mecanismo expuesto más arriba); puede uno figurarse que á veces se mata al rival.

Según el principio de que nunca se deben enviar fuerzas al enemigo, es preciso .ocultar vuestro amor al rival, y bajo un pretexto de vanidad, el más lejano posible del amor, decirle con mucho secreto y con toda la finura posible y con el aire más tranquilo y más sencillo : «Yo no sé por qué el

(1) Montagnola, 13 Abril 1819. {N. del A.}

público se empeña en adjudicarme á Fulana, ó tiene la bondad de creer que estoy enamorado de ella ; si vos la quisierais, yo os la cedería de buena gana, si desgraciadamente no me expusiera á representar un papel ridículo. En el término de seis meses, apoderaos de ella como os plazca; pero hoy el honor que va anejo, no sé por qué, á estas cosas, me obliga á deciros, con gran pesar mío, que si por casualidad no tenéis la justicia de esperar que os haya llegado vuestra vez. es preciso que uno de los dos muera.»

Vuestro rival es probablemente un hombre poco apasionado, y tal vez un hombre muy prudente, que, una vez convencido de vuestra

resolución, se apresurará á cederos la mujer en cuestión, á poco que pueda encontrar cualquier pretexto plausible. Para esto es necesario poner jovialidad en vuestra declaración y cubrir todo esto del más profundo secreto.

Lo que hace tan agudo el dolor de los celos es que la vanidad no puede ayudar á soportarlos, y por el método que os digo vuestra vanidad tiene un cebo. Podéis estimaros como valiente si os veis reducido á despreciaros como amable.

Si se prefiere tomar las cosas por lo trágico, es preciso marchar é irse á cuarenta leguas de allí, y mantener á una bailarina cuyos encantos tengan la apariencia de atraeros.

Por poco vulgar que el rival tenga el alma, os creará consolado.

Con mucha frecuencia el mejor partido es aguardar sin pestañear á que el rival se gaste cerca del objeto amado por efecto de sus propias tonterías. Porque á menos de una gran pasión incubada poco á poco y en la primera juventud, una mujer de talento no ama mucho tiempo á un hombre vulgar (1). En el caso de los celos, después de la intimidad es

(1) La princesse de Tarente, novela óe Scarron.

necesaria también la indiferencia aparente y la Inconstancia real, porque muchas mujeres, ofendidas por un amante á quien aman aún, se unen al hombre de quien él tiene celos, y el juego llega á ser una realidad (1).

He entrado en algunos detalles, porque en los momentos de celos á menudo se pierde la cabeza, y nada valen consejos escritos muy bien desde hace mucho tiempo, y siendo lo esencial fingir calma es muy á propósito tomar el tono en un escrito filosófico.

Como nadie tiene poder sobre otro más que privándoos de algún placer ó haciéndoos esperar cosas de que sólo la pasión hace el gasto, si conseguís haceros el indiferente de súbito les quitáis las armas á vuestros adversarios.

Si no se tiene nada notable que hacer y se puede uno entretener en buscar alivio, se encontrará algún placer en leer á Otelo; él hará dudar de las apariencias más palpables. Se fijará la vista con delicia sobre estas palabras :

Trifles light as air

Seem to the jealous confirmations strong As proofs from holy Writ.

Othello, acto III (2).

Tengo notado que la contemplación del mar es consoladora.

The momig which had arisen calm and bright, gave 11 pleasant effect to the waste mountain view which was seer from the castle ou looking to the landward and the glo- rious Ocean crisped with a thousand rippling Waves of sil- ver, extended on the othher side in awful yet complacent majesty to the verge of the hotizon. With such scenes of

(1) Como en El curioso imperiiente, novela de Cervantes. {N. del A.).

(2) Bagatelas ligeras como el aire parecen á un celoso pruebas tan irrefutables como las que se deducen de las promesas del Santo Evangelio. (N. del T.).

calm sabllmily, the human heart sympathizes even in hit most disturbed moods, au deeds of honour and virtue are ins- pired by their majestic influence.

(The Bride of Lammermoor, I, 193.)

Encuentro escrito por Salviati : «20 Julio 1818. Aplico con frecuencia y sin razón, según creo, á la vida entera el sentimiento que un ambicioso ó un buen ciudadano experimenta durante una batalla, si está ocupado en guardar las municiones de reserva ó en cualquier otro puesto sin peligro y sin acción. Me hubiera afligido llegar á los cuarenta años, tan sólo por haber pasado la edad de amar sin pasión profunda. Hubiera tenido el disgusto amargo y humillante de notar demasiado tarde que había sentido el engaño de dejar pasar la vida sin vivir. Estuve ayer tres horas con la mujer que amo y con un rival que quiere hacerme creer que está muy bien considerado ante ella. Sin duda ha habido momentos de amargura contemplando sus hermosos ojos fijos en él, y al salir de su casa sentí vivos transportes desde la extrema desgracia á la esperanza. Pero ¡ qué de cosas nuevas!, ¡ qué vivos pensamientos !, ¡ qué razonamientos tan rápidos ! y, á pesar de la felicidad aparente del rival, ¡ con qué orgullo y qué delicias se sentía mi amor superior al suyo! Yo me decía: Aquellas mejillas palidecerán con el más vil miedo al menor de los sacrificios que mi amor haría con gozo, ¿qué digo con gozo?, con felicidad; por ejemplo, meter la mano en el sombrero para sacar uno de estos dos billetes : ser amado por ella,

el otro, morir en el instante; y este sentimiento está tan arraigado en mí, que no me impide ser amable en la conversación. Si me hubiese dicho esto hace dos años, me habría burlado.

Leo en el viaje de los capitanes Lewis y Clarke á los manantiales del Missouri en 1806, página 215 :

«Los ricuras son pobres, pero buenos y generosos; nosotros vivimos bastante tiempo en tres de sus aldeas. Sus mujeres son más bellas que las que hemos encontrado en las otras colonias; están, además, muy dispuestas á no dejar languidecer á sus amantes. Encontramos un nuevo ejemplo de esta verdad : que basta correr el mundo para ver que todo es variable. Entre los ricaras constituye un gran motivo de ofensa el que, sin el consentimiento del marido ó del hermano, una mujer conceda á alguien sus favores. Pero, no obstante, los hermanos y los maridos quedan muy contentos al tener ocasión de hacer esta cortesía á sus amigos. Teníamos un negro entre nuestras gentes, é hizo gran sensación en un pueblo donde veían por primera vez un hombre de este color. Bien pronto fué el favorito del bello sexo, y en vez de sentirse celosos, contemplábamos á los mandos encantados de verle llegar á sus casas. Lo que hay de más chusco es que en el interior de estas chozas, tan pequeñas, todo se ve» (1).

(1) Debería establecerse en Filadelfia una academia que se ocupase en recoger materiales para el estudio del hombre en el estado salvaje, y no esperar á que estas hordas sean aniquiladas. Bien sé que tales academias existen, pero, aparentemente, con reglamentos dignos de nuestras academias de Europa {Memoria y discusión sobre el Zodiaco de Denderah en la Academia de Ciencias de París en 1821). Creo que la Academia de Massachusetts encarga prudentemente á un miembro del clero (Jarvis) hacer una información sobre la religión de los salvajes. El sacerdote no deja de refutar con todas sus fuerzas á un francés impío llamado Volney. Según el sacerdote, los salvajes tienen las ideas más exactas y más nobles acerca de la divinidad. Si viviese en Inglaterra, tal relación valdría al digno académico un preferment de trescientos ó cuatrocientos libras y la protección de todos los nobles lords del cantón. Pero ¡en América! Por lo demás, el ridículo de esta academia me recuerda que los libres americanos cifran el mayor

mérito en tener magníficas armas pintadas en las portezuelas de sus carruajes ; lo que les aflige, es, que, por la poca instrucción de sus pintores de carruajes, hay á menudo grandes defectos de heráldica y carencia de blasones. (N. del A.).

CAPÍTULO XXXVI

CONTINUACIÓN DE LOS CELOS

En cuanto á la mujer sospechosa de inconstancia.

Ella os deja, porque habéis destrozado la cristalización y tenéis tal vez en su corazón el apoyo de la costumbre.

Os deja porque está demasiado segura de vos. Habéis matado la vacilación y las pequeñas dudas del amor feliz no pueden nacer; inquietadla y, sobre todo, guardaos del absurdo de las protestas.

En el largo tiempo que habéis vivido cerca de ella, habéis sin duda, descubierto cuál es la mujer de la ciudad ó de la sociedad que envidia y á quien teme más. Haced la corte á esta mujer, pero lejos de ostentarlo, tratad de ocultarlo de buena fe. El profundo alejamiento que sentiréis durante varios meses hacia todas las mujeres (1) debe haceros esto muy fácil. Recordad que en la posición en que estáis se corrompe todo por la apariencia de la pasión; visitad poco á la mujer amada y bebed champaña en buena compañía.

Para juzgar del amor de vuestra amante, recordad :

1) Que cuanto más entra el amor físico en la base de un amor, en lo que anteriormente determinó la intimidad, más sujeto está á la inconstancia y sobre todo á la infidelidad. Esto se aplica especialmente á los amores cuya cristalización ha sido favorecida por el vigor de la juventud, á los diez y seis años.

2) El amor de dos personas que se aman, casi nunca es idéntico (2). El amor-pasión tiene sus fases durante las cua-

(!) Se compara la rama de árbol guarnecida de diamantes á la rama de árbol deshojada, y los contrastes producen los recuerdos más vivos. (N.delA.).

(2) Ejemplo ; el ; amor• de Alfien á aquella gran dama inglesa (Mylady Ligonier), que bacía también el amor con su lacayo y que firmaba ridiculamente Penelope. Vita, 2. (N. del A.).

les, y uno después de otro, uno de los dos ama más. Con frecuencia la simple galantería ó el amor-vanidad responde al amor-pasión, y es más bien la mujer quien ama con transporte. Cualquiera que sea el amor sentido por uno de los dos amantes, desde que se siente celoso exige que el otro llene las condiciones del amor-pasión; la vanidad simula en él todas las necesidades de un corazón sensible.

En fin, nada aburre tanto al amor-gusto como el amor-pasión en su partner (participante). A menudo, un hombre de talento, al enamorar á una mujer, se limita á hacerla pensar en el amor y conmover su alma. Recibe bien á este hombre de talento que le causa este placer, y él alimenta esperanzas. Un día, esta mujer encuentra al hombre que le hace sentir lo que el otro le ha descrito. Yo no sé cuáles son los efectos de los celos de un hombre sobre el corazón de la que ama. De parte de un enamorado que aburre, los celos deben inspirar un soberano desdén que llega hasta el odio, si el envidiado es más amable que el celoso, porque no se quieren los celos más que de aquellos de quienes se podría estar celosa, decía Madame de Coulanges.

Si se ama al celoso y él no tiene derechos sobre ella, los celos pueden chocar con ese orgullo femenino tan difícil de manejar y reconocer. Los celos pueden complacer á las mujeres que tienen altivez, como una manera nueva de mostrarles su poderío y su valer.

Los celos pueden agradar como una manera nueva de probar el amor. Los celos pueden ofender el pudor de una mujer ultradelicada.

Los celos pueden agradar como reveladores de la bravura del amante, ferrum est quad amant. Notad bien que esa es la bravura

que las mujeres aman, y no el valor á lo Turena, que puede aliarse perfectamente con un corazón frío.

Una de las consecuencias del principio de la cristalización es que una mujer no debe nunca decir sí al amante que ha engañado, si quiere utilizar á este hombre.

Tal es el placer de continuar gozando esta imagen perfecta que nos hemos formado del objeto que nos atrae, que hasta este sí fatal puede ser disculpado...

L'on va chercher bien loin, plutôt que de mourir, Quelque pretexte ami pour dore ei pour soujrir.

Chénier.

Es muy conocida en Francia la anécdota de Mademoiselle de Sommary, que, sorprendida por su amante en flagrante delito, le niega el hecho atrevidamente ; y como el pobre amante replica, ella le dice ; «Bien veo que no me amáis, pues creéis más lo que veis que lo que os digo».

Reconciliarse con una amante adorada que os ha hecho una infidelidad, es deshacer á puñaladas una cristalización que sin cesar renace. Es menester que el amor muera, y vuestro corazón sentirá con horribles desgarramientos todos los progresos de su agonía. Esta es una de las combinaciones más desgraciadas de esta pasión y de la vida : sería menester tener la fuerza de voluntad de no reconciliarse con ella más que como amigo.

CAPÍTULO XXXVII

ROXANA

Por lo que se refiere á los celos en las mujeres, diremos que ellas son más desconfiadas; arriesgan infinitamente más que nosotros, pues han sacrificado más al amor, tienen muchos menos medios de distracción y, sobre todo, tienen muchos menos de informarse de los actos de su amante. Una mujer se siente -envilecida por los celos, se cree la irrisión de su amante y

piensa que se burla de sus más tiernos transportes; debe inclinarse á la crueldad y, sin embargo, no puede matar legalmente á su rival.

En las mujeres, los celos deben, pues, ser una enfermedad todavía más abominable que en los hombres. Es todo lo que el corazón humano puede soportar de rabia impotente y de desprecio de sí mismo (1) sin desgarrarse.

No conozco otro remedio á un mal tan cruel que la muerte de quien lo inspira ó de quien lo siente. Pueden estar diá los celos de una francesa en la historia de Madame de la Pommeraiie, de Jacques le Fataliste (2).

La Rochefoucauld dice: ((Da vergüenza confesar que se tienen celos, y se alardea de haber tenido ó de ser capaz de tenerlos» (3). Las pobres mujeres no se atreven á confesar que han sentido este suplicio cruel : tan ridículo les parece. Una llaga tan dolorosa no debe cicatrizar nunca por completo.

Si la fría razón pudiera exponerse al fuego de la imaginación con la sombra de la apariencia del éxito, yo diría á las pobres mujeres desgraciadas por los celos : ((Hay una gran distancia entre la infidelidad de los hombres y la vuestra. En vosotras, esta acción es en parte acción directa y en parte signo. Por efecto de nuestra educación militar, en el hombre no es signo de nada. Por efecto del pudor, es, por el contrario, el más decisivo de todos los signos de abnegación en la mujer. Una mala costumbre se convierte en una necesidad de los hombres. Durante toda la primera juventud, el ejemplo de lo que se llama los mayores en el colegio, hace que pongamos toda nuestra vanidad y toda la

(1) Este desprecio es una de las mayores causas del suicidio; muchos se matan para reparar el honor. (N. del A.).

(2) Novela de Diderot. (N. del T.).

(3) PenséeSf 495. Se habrá reconocido sin que cada vez lo hayan señalado otros varios pensamientos de escritores célebres. Es historia]o que yo trato de escribir, y tales pensamientos son hechos. prueba de nuestro mérito en el número de éxitos de este género. Vuestra educación obra en inverso sentido».

En cuanto al valor de una acción como signo, diré lo siguiente ; En un momento de cólera yo derribo una mesa sobre el pie de mi vecino; esto le causa un dolor terrible, pero puede muy bien arreglarse ó bien hago el gesto de darle un bofetón.

La diferencia de la infidelidad en los dos sexos es tan real, que una mujer puede perdonar una infidelidad, lo cual es imposible á un hombre.

He aquí una experiencia decisiva para establecer la diferencia entre amor-pasión y el amor por vanidad y puntillo de amor propio : en las mujeres, las infidelidades matan el uno y redoblan el otro.

Las mujeres altivas disimulan sus celos por orgullo. Pasan largas noches silenciosas y frías con el hombre que adoran, á quien temen perder, y á los ojos del cual se figuran poco amables. Este debe ser uno de los mayores suplicios posibles; es también uno de los motivos más fecundos de desgracia en amor. Para curar á estas mujeres, tan dignas de todo nuestro respeto, es preciso en el hombre algún proceder extraño y enérgico, y sobre todo no

aparentar darse por enterado; por ejemplo, un gran viaje emprendido con ellas en veinticuatro horas.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL PUNTILLO DE AMOR PROPIO

El puntillo de amor propio es un movimiento de la vanidad : no quiero que mi antagonista lleve ventaja sobre

(1) Yo sé que esta palabra (pique) no es francesa en este sentido ; pero» á semejanza del autor, no hallo cómo reemplazarla. En italiano, pun- ítglio ; en inglés, pique ; en español, puntillo. (N. del T.).

mí, y oímo 4 este mismo antagonista por juez de mi mérito. Quiero hacer efecto sobre su corazón. Por esto voy mucho más allá de lo razonable.

Algunas veces, para justificar la propia extravagancia, se llega al punto de decirse que este competidor tiene la pretensión de hacernos víctima suya.

Siendo el puntillo una enfermedad del honor, es mucho más frecuente en las monarquías y no debe mostrarse sino muy rara vez en los países donde reina la costumbre de apreciar las acciones por su grado de utilidad, en los Estados Unidos de América, por ejemplo.

Todo hombre, y un francés más que cualquiera otro, aborrece ser engañado, ser víctima; sin embargo, la ligereza del antiguo carácter monárquico francés (1) impedía que el puntillo hiciese grandes estragos, á no ser en la galantería ó el amor-gusto. El puntillo no

produce maldades notables, sino en las monarquías en que, por el clima, es más sombrío el carácter (Portugal y el Piamonte).

Los provincianos en Francia se forjan un modelo ridículo de lo que debe ser en el gran mundo la consideración de un hombre galante, y después se ponen al acecho y están toda su vida observando si nadie salta el foso. Así no son naturales; siempre sienten más el puntillo de amor propio, y esta manía hace ridículo hasta su amor. Esto es, después de la envidia, lo que hace más insoportable la permanencia en las pequeñas ciudades, y esto es lo que hay que recordar cuando se admira la situación pintoresca de alguna de ellas. Las emociones más generosas y más nobles se paralizan al contacto del más villano que hay en los productos de la civilización. Para acabar de hacerse abominables.

(I) Las tres cuartas partes de los grandes señores franceses, hacia 1778, hubieran estado en el caso de ser r. de j. en un país en que las leyes hubieran sido cumplidas sin consideración á las personas. (N. del A.).

estos burgueses no hablan de otra cosa que de la corrupción de las grandes ciudades (1).

El puntillo de amor propio no puede existir en el amor- pasión, porque es un orgullo femenino. «Si yo me dejo maltratar por mi amante, me despreciará y no podrá amarme», ó son los celos con todos sus furores.

La celosa quiere la muerte del objeto que teme. El hombre que siente este puntillo está muy lejos de eso y quiere que su enemigo viva, y sobre todo que sea testigo de su triunfo.

El hombre con puntillo de amor propio verá con pena á su rival renunciar á la competencia, porque este hombre puede tener la insolencia de decirse en el fondo de su corazón : «Sí yo hubiese continuado ocupándome de este asunto, hubiera triunfado de él.»

En el puntillo de amor propio, no se ocupa uno del fin aparente, y no se trata más que de la victoria. Esto es lo que se ve en los amores de las bailarinas de la Opera : si alejáis á la rival, la fingida pasión, que llegaba hasta arrojarse por la ventana, sucumbe al instante.

El amor por puntillo de amor propio pasa en un momento, al contrario de lo que sucede en el amor-pasión. Basta que, por un mal

paso que sea incorregible, el antagonista confiese renunciar á la lucha. Titubeo, sin embargo, al enunciar esta máxima, porque no he visto más que un ejemplo y me deja ciertas dudas. He aquí el hecho; el lector juzgará Doña Diana es una joven de veintitrés años, hija de uno de los más ricos y más orgullosos ciudadanos de Sevilla. Es bella, sin duda, pero de una belleza señalada, y se le concede mucho talento y todavía más orgullo. Amaba apasionadamente, al menos en apariencia, á un joven oficial á

(I) Como hacen de policías unos con otros, por envidia, hay menos amor en provincia y más libertinaje. Italia es más feliz. (N. del T.).

quien su familia no quería. El oficial partió para América, con Morillo, pero se escribían continuamente. Un día, en casa de la madre de doña Diana, en medio de mucha gente, un necio anunció la muerte de aquel amable joven. Todos los ojos se volvieron hacia ella, pero ella no dijo más que estas palabras : ¡ Es lástima, tan joven! Habíamos leído, precisamente ese día, una piececita del viejo Massinger, que termina de una manera trágica, pero en la cual la heroína se entera con esta tranquilidad aparente de la muerte de su amante. Yo veía á la madre estremecerse, á pesar de su orgullo y su odio; el padre salió para ocultar su alegría. En medio de todo esto y de los espectadores aturdidos, que escuchaban al tonto narrador, doña Diana, la única tranquila, continuó la conversación como si nada hubiera pasado. Su madre, asustada, la hizo observar por su doncella, pero no apareció nada cambiada en su manera de ser.

Dos años después, un joven muy apuesto y gallardo le hacía el amor. Todavía esta vez, y siempre por la misma razón, porque el pretendiente no era noble, los padres de doña Diana se opusieron violentamente á este matrimonio; pero ella declaró que se celebraría. Se entabló una lucha de amor propio entre la joven y su padre. Se prohibió al joven la entrada en la casa. No se llevó más á doña Diana al campo, y casi ni á la iglesia ; se le quitaron con rebuscada solicitud todos los medios posibles de volver á encontrar á su amante. Ella se obstinó más y más y rehusó los partidos más brillantes, hasta un título y una posición en la corte de Fernando VII. Toda la ciudad habló de la desgracia de estos dos amantes y de su constancia heroica. En fin, como la mayor edad de doña Diana se

aproximaba, hizo entender á su padre que iba á gozar del derecho de disponer de sí misma. La familia, atrincherada en sus últimos reductos, comenzó las negociaciones del matrimonio; cuando estaba medio concluido, en una reunión oficial de las dos familias, después de seis años de constancia, el joven rechazó á doña Diana (1).

Pasado un cuarto de hora después, no se le volvió á ver más por allí. Ella quedó consolada. ¿Amaba por amor propio ó era un alma grande que desdeñaba dar con su dolor un espectáculo al mundo?

Con frecuencia, el amor-pasión no puede llegar á la felicidad más que haciendo nacer un puntillo de amor propio ; entonces se obtiene en apariencia todo lo que se desea; sus quejas serían, pues, ridículas y parecerían insensatas; no puede hacer confidencia de sus desgracias, y, sin embargo, esta desgracia él la siente y la comprueba sin cesar: sus pruebas están enlazadas, si me es permitido hablar así, con las circunstancias más halagadoras y más á propósito para hacer sentir ilusiones fantásticas. Esta desgracia asoma su cabeza horrible en los momentos más tiernos, como para alentar al amante y hacerle sentir á la vez toda la felicidad de ser amado por el sér encantador é insensible que oprime entre sus brazos, y hacerle ver que esta felicidad no será nunca suya. Después de los celos, es esta, tal vez la desgracia más grande.

Se recuerda todavía en una gran ciudad (2) á un hombre dulce y tierno, arrastrado por una rabia de esta especie á dar muerte á su amante, que no le amaba más que por querrela de amor propio contra su hermana. El la comprometió una tarde á ir á pasear por el mar, solos los dos, en una bonita canoa que había preparado él mismo; llegados á alta mar, tocó un resorte, la canoa se abrió y desapareció para siempre.

(1) Hay cada año vaticos ejemplos de mujeres abandonadas, San villanamente, que yo perdono la desconfianza & las mujeres honradas. (Mirabeau, Letlrzi á Sophic). La opinión no tiene fuerza en los países despóticos, y no hay nada real más que la amistad del pachá. (N. del A.).

(2) Livorna, 1819. (N. del A.).

Yo he visto á un hombre de sesenta años meterse á sostener á la actriz más loca, más amable y más sorprendente del teatro de

Londres, Miss Cornel. «¿Y pretendéis que ella os sea fiel?», le decían. ((Nada de eso : solamente que me amara, y acaso con locura.»

Y le amó un año entero, y estuvo tres meses seguidos sin darle motivo de queja. El había entablado una querrela de amor propio, chocante bajo muchos aspectos, entre su querida y su hija.

El puntillo de amor propio triunfa en el amor-gusto. Es esta la experiencia por la que se distingue mejor el amor-gusto del amor-pasión. Hay una antigua máxima de guerra que se recita á los jóvenes cuando llegan al regimiento. que si se tiene una boleta de alojamiento para una casa donde hay dos hermanas y se quiere ser amado de una de ellas, basta hacer la corte á la otra. Con la mayoría de las españolas, jóvenes dedicadas á la vida galante, si queréis ser amado, basta afirmar de buena fe que no sentís nada por la dueña de la casa. Esta máxima útil se la he oído al amable general Lassale. Es la manera más peligrosa de atacar el amor-pasión.

El puntillo de amor propio crea el lazo de los matrimonios más felices, después de aquellos que el amor ha formado. Muchos maridos aseguran para muchos años el amor de su mujer tomando una amante dos meses después del matrimonio (1). Se hace nacer la costumbre de no pensar más que en un solo hombre y los lazos de familia llegan á hacerla invencible.

Si en el siglo y en la corte de Luis XV se ha visto á una gran dama (Madame de Choiseul) adorar á su marido (2), es

(1) Véanse Las confesiones de un hombre extraño (cuento de Mistiess Opio). {N. del A.)

(2) Cartas de Madame Defiant, Memorias de Lauzun. (N. del A.)

9

porque él parecía tener un vivo interés por su hermana la duquesa de Grammont.

La amante más desdeñada, desde que nos hace ver que prefiere á otro hombre, nos quita el reposo y pone en nuestro corazón todas las apariencias de la pasión.

El valor del italiano es un arrebató de cólera, el valor del alemán un momento de embriaguez, el valor del español un rasgo de orgullo. Si hubiera una nación en que el amor fuese á menudo un

puntillo de amor propio, entre los soldados de cada compañía, entre los regimientos de cada división, en las derrotas, como no había ya punto de apoyo, no se sabría cómo detener los ejércitos de esta nación. Prever el peligro y tratar de buscar remedio á él sería el primero de los ridículos entre estos cobardes vanidosos.

«No se necesita más que haber abierto una relación cualquiera de un viaje entre los salvajes de la América del Norte, dice uno de los más amables filósofos franceses (1), para saber que la suerte ordinaria de los prisioneros de guerra es, no solamente ser quemados vivos y comidos, sino ser antes atados á un poste cerca de una hoguera encendida para ser allí, durante varias horas, atormentados con todo lo que la rabia puede imaginar de más feroz y más refinado. Es preciso leer lo que cuentan de estas horribles escenas los viajeros testigos de la alegría caníbal de los asistentes, y sobre todo del furor de las mujeres y de los niños y de su placer atroz de rivalizar en crueldad. Es preciso ver lo que ellos añaden acerca de la firmeza heroica, de la sangre fría inalterable del prisionero, que no solamente no da ninguna señal signo de dolor, sino que desafía á sus verdugos, con todo lo que el orgullo tiene de más altanero, la ironía de más amargo, el sarcasmo de más insultante, cantando sus

(1) Volney, Tableau des Etats Unís de Amériqae (páginas 491 á 496). {N. del A.)

propias hazañas, enumerando los parientes y los amigos de los espectadores que él ha matado, detallando los suplicios que les ha hecho sufrir y acusando á todos aquellos que le rodean de cobardía, de pusilanimidad, de ignorancia en saber atormentar, hasta que, hecho pedazos y devorado vivo ante sus propios ojos por sus enemigos, embriagados de furor, el último suspiro de su voz y su última injuria se exhalan con su vida (1). Todo esto sería increíble en las naciones civilizadas, parecería una fábula á nuestros capitanes de granaderos más intrépidos, y llegará un día en que sera puesto en duda por la posteridad.»

Este fenómeno fisiológico procede de un estado particular del alma del prisionero que entabla entre él, de un lado, y sus verdugos, de otro, una lucha de amor propio, una apuesta de vanidad á la cual no cederá.

Nuestros valientes cirujanos militares han observado con frecuencia que algunos heridos que en un estado normal de espíritu hubieran lanzado terribles gritos durante ciertas operaciones, no muestran, por el contrario, más que tranquilidad y grandeza de alma, si se les prepara de cierta manera. Se trata de aguijonearlos con el puntillo de honor, es preciso convencerlos primero con miramientos, después con contradicción irritante, que no se hallen en estado de soportar la operación sin lanzar gritos.

(1) Un ser acostumbrado á tal espectáculo y que se siente expuesto á ser el héroe, puede no estar atento más que á la grandeza de alma, y entonces este espectáculo es el más íntimo y el primero de los placeres no activos. (N. del A.)

CAPÍTULO XXXIX

DEL AMOR EN LAS QUERELLAS

Hay dos especies :

- 1) Aquel en que el querellante ama.
- 2) Aquel en que no ama

Si uno de los dos amantes es demasiado superior en las ventajas que estiman los dos, forzosamente el amor del otro muere, porque el temor del desprecio vendrá, tarde ó temprano, á ser un obstáculo á la cristalización.

Nada es tan odioso á las personas mediocres como la superioridad del espíritu; este es en el mundo de nuestros días el origen del odio, y si no debemos á este principio casos de odios atroces, es únicamente porque las gentes á quienes separa no están obligadas á vivir juntas. (Qué será en el amor, donde siendo todo natural, especialmente de parte del ser superior, la superioridad no está disfrazada por ninguna conveniencia social?)

Para que la pasión pueda vivir, es preciso que el inferior maltrate á su copartícipe ; de lo contrario, éste no podrá cerrar una ventana sin que el otro se crea ofendido.

En cuanto al sér superior, se forja ilusiones, y el amor que siente, no solamente no corre ningún peligro, sino que casi todas las debilidades en lo que amamos nos lo hacen más querido.

Inmediatamente después del amor-pasión, y correspondido en reciprocidad entre gentes del mismo linaje, hay que estudiar por su

duración el amor fecundo en riñas en que el querellante no ama. Se encontrarán ejemplos en las anécdotas relativas á la duquesa de Berri (Mémoires de Duels).

Participando de la naturaleza de las costumbres frías, basadas en el aspecto prosaico y egoísta de la vida y compañeras inseparables del hombre hasta la tumba, este amor puede durar más tiempo que el mismo amor-pasión. Pero esto no es amor, es el hábito ocasionado por el amor, y hay quien no tiene de esta pasión más que los recuerdos y el placer físico. Este hábito supone necesariamente almas menos nobles. Cada día se forja un pequeño drama. «¿Me reñirá?», se pregunta, y preocupa su imaginación como en el amor-pasión; cada día hay necesidad de alguna nueva prueba de ternura. Véanse las anécdotas sobre Madame de Hondelot y Saint-Lambert (1).

Es posible que el orgullo rehuya habituarse á este género de interés; entonces, después de algunos meses de tempestades, el orgullo mata al amor. Pero suele esta noble pasión resistir largo tiempo antes de expirar. Las pequeñas riñas del amor satisfecho dan ilusión durante mucho tiempo á un corazón que ama todavía y que se ve maltratado. Algunas reconciliaciones tiernas pueden hacer la transición más soportable. Bajo el pretexto de algún disgusto secreto o de alguna desgracia de fortuna se excusa al hombre á quien se amó mucho, habituándose, al fin, á las riñas. ¿Dónde encontrar, en efecto, fuera del amor-pasión, fuera del fuego, fuera de la posesión del poder (2), algún otro origen de interés de todos los días comparable á éste por la vivacidad? Si el amante que reñía llega á morir, se ve que la víctima que sobrevive no se consuela nunca. Este principio crea el lazo de muchos matrimonios burgueses ; el enfadado oye hablar todo el día de lo que más quiere...

Hay una falsa especie de amor quisquilloso.

He transcrito de una carta de una mujer de enorme talento en el Capítulo XXXIII:

(1) Mémoires de Madame d'Epinau 6 de Marmontel.

(2) Digan lo que quieran algunos ministros hipócritas, el poder es el primero de los placeres. Paréceme que el amor únicamente

puede ser mayor, y el amor es una enfermedad feliz que no puede solicitarse como un ministerio. [N. del A.]

«Siempre una ligera duda que calmar : he aquí lo que constituye la sed de todos los instantes en el amor-pasión... Como el temor no te abandona nunca, sus placeres no pueden aburrir jamás.»

En las personas caprichosas ó mal educadas ó de un natural extremadamente violento, esta ligera duda que calmar, este ligero temor, se manifiesta por una riña.

Si la persona amada no es de una extrema susceptibilidad, fruto de una educación cuidadosa, puede encontrar más vivacidad y, por consiguiente, más placer en un amor de esta especie, y también con toda la delicadeza posible si se ve que el furioso es la primera víctima de sus transportes, es muy difícil no amarle más. Lo que Lord Mortimer acaso recuerda más de su querida son los candeleros que le tiraba á la cabeza. En efecto: si el orgullo perdona y admite tales sensaciones, es preciso convenir en que hacen una guerra cruel al aburrimiento, ese gran enemigo de las personas felices.

Saint-Simon, el único historiador que ha tenido Francia, dice (tomo V, página 45):

«Después de muchos rodeos, la duquesa de Berri se había enamorado de Riom, segundón de la casa de Aydie, hijo de una hermana de Madame de Biron. No tenía ni buena figura ni talento; era un muchacho grueso, chiquito, mope- tudo y pálido, con muchos orzuelos que le asemejaban bastante á un absceso; sólo tenía hermosos dientes, y no se había imaginado inspirar una pasión que, en menos de nada, llegó á ser desenfrenada y que duró toda la vida, sin impedir, no obstante, las travesuras y los contratiempos; él no valía nada y sólo tenía muchos hermanos y hermanas que no valían más. Monsieur y Madame de Pons, damas de honor de la duquesa de Beni, eran parientes suyos y de la misma provincia ; hicieron venir al joven, que era lugarteniente de dragones, para tratar hacer algo por él. Apenas llegó se

declaró el capricho por él y fué el amo del Luxemburgo. Monsieur de Lauzun, de quien era sobrino segundo, se reía mucho so capa de este incidente ; estaba entusiasmado, se veía renacer en su sobrino, evocando en Luxemburgo en tiempos de Mademoiselle; le daba instrucciones, y Riom, que era dócil y naturalmente fino y

respetuoso, bueno y honrado, las escuchaba, pero muy pronto notó el poder de sus encantos, que no podían cautivar más que el incomprensible capricho de esta princesa. Sin abusar de sus gracias con otra persona, se hizo amar de todo el mundo, pero trató á su duquesa como Lauzun había tratado á Mademoiselle. Se le adornó en seguida con los más ricos encajes, en vestidos variados, y se le proveyó de dinero y de joyas; él se hacía desear y se complacía en dar celos á la princesa y en fingirse celoso; con mucha frecuencia, la hacía llorar; poco á poco la acostumbró á no hacer nada sin su permiso, ni siquiera las cosas más indiferentes; si estaba dispuesta para ir á la Opera, le hacía quedarse; otras veces le hacía ir á disgusto ; la obligaba á hacer beneficios á damas á quienes ella no quería ó de quienes estaba celosa, y daño á gentes que le agradaban y de las que él aparentaba estar celoso. Hasta en sus adornos no tenía libertad, se divertía en hacerla despeinarse ó en hacerla cambiar de trajes cuando ya estaba arreglada, y esto tan á menudo, y algunas veces tan públicamente, que la había acostumbrado á tomar sus órdenes por la noche para el adorno y para la distribución de la mañana. v á la mañana lo cambiaba todo y la princesa lloraba á todo llorar; en fin, había llegado á enviarle mensajes por lacayos íntimos y los mensajes se reiteraban varias veces durante su toilette para saber qué cintas se pondría, y lo mismo del traje y de los otros adornos, y casi siempre la obligaba á hacer lo que ella no quería. Si alguna vez se atrevía á hacer la menor cosa sin su permiso, la trataba como á una criada y los llantos duraban varios días. Esta princesa, tan soberbia, y que tanto se complacía en demostrar y ejercer el más desmesurado orgullo, se humilló á dar banquetes de incógnito con él y con gentes equívocas, ella, con quien nadie podía comer si no era príncipe de la sangre. El jesuíta Rigglet, á quien él había conocido de niño, y que le había educado, era admitido á estas comidas particulares sin que le diese vergüenza, ni la princesa se sintiese molestada. Madame de Mouchy era la confidenta de todas estas extrañas rarezas ; ella y Riom escogían los convidados y repartían los días de banquete. Esta señora reconciliaba á los amantes, y esta vida íntima era pública en el Luxemburgo, donde todo se dirigía á Riom, quien por su parte tenía cuidado de vivir bien con todos, y con un aire de

respeto que negaba en público solamente á su princesa. Delante de todos le daba respuestas bruscas que hacían bajar los ojos á los presentes y ruborizar á la duquesa, que no disimulaba sus entusiasmos apasionados hacia él.»

Riom era para la duquesa un remedio soberano contra el aburrimiento.

Una mujer célebre dice de repente al general Bonaparte, entonces joven héroe cubierto de gloria y aun no responsable de crímenes contra la libertad : «General: una mujer no puede mas que ser vuestra esposa ó vuestra hermana.» El héroe no comprendió el elogio, y ella se vengó después con terribles injurias. Estas mujeres gustan de ser despreciadas por sus amantes, y no le aman si no es cruel.

CAPÍTULO XL

REMEDIOS PARA EL AMOR

El salto de Leucada era una bella imagen en la antigüedad. En efecto: el remedio al amor es casi imposible. Es menester, no solamente el peligro que atrae fuertemente la atención del hombre al cuidado de su propia conservación (1), sino que es preciso, lo que es más difícil, la continuidad de un peligro picante y que pueda evitarse hábilmente, á fin de que la costumbre de pensar en la propia conservación tenga tiempo á surgir. Apenas veo mas que una tempestad de dieciséis días como la de Don Juan (2), ó el naufragio de Monsieur Cochelet, entre los moros; de lo contrario, arraiga muy pronto el hábito del peligro y hasta se pone uno á pensar en lo que se ama, con mas encanto aún cuando se está de centinela á veinte pasos del enemigo.

Lo hemos repetido sin cesar : el amor de un hombre que ama bien, goza ó se estremece con todo lo que se imagina, y no hay nada en la naturaleza que no le hable de la que ama. Ahora bien : gozar y estremecerse constituyen una ocupación bastante interesante, al lado de ella palidecen todas las demás.

Un amigo que quiere procurar la curación del enfermo» debe, desde un principio, ser del partido de la mujer amada, y todos los amigos que tienen más celo que talento no dejan de hacer lo contrario.

Esto es atacar con fuerzas demasiado desiguales ese conjunto de ilusiones encantadoras que hemos llamado otras veces cristalización (3).

El amigo que trata de curarnos del amor debe tener en cuenta que si se presenta un absurdo en el cual hay que creer, como es preciso para el amante, ó trazarlo ó renunciar á todo lo que le ata á la vida, lo tragará, y con todo el talento posible negará en su amante los vicios más evidentes

(1) El peligro de Enrique Morton en la Clydie. Old Moialitji, (temo IV, página 224). (N. del A.)

(2) Del demasiado ensalzado Lord Byron. (N. del A.)

(3) Solamente para abreviar y pidiendo perdón por el neologismo. (W del A.)

y las infidelidades más atroces. Así es que en el amor-pasión, con un poco de tiempo, todo se perdona.

En los caracteres razonables y fríos será preciso, para que el amante devore los vicios, no sentirlos, sino después de vanos meses de pasión (1).

Muy lejos de tratar grosera y francamente de distraer al amante, el amigo que trata de curarle debe hablar hasta la saciedad del amor y de su querida, y al mismo tiempo hacei nacer á su paso una multitud de pequeños acontecimientos. Cuando el viaje aísla no constituye remedio (2), y aun puede decirse que nada recuerda más tiernamente lo que se ama que los contrastes. En medio de los brillantes salones de París y cerca de las mujeres ensalzadas como las más amables, es donde yo he amado más á mi pobre querida solitaria y triste en su pequeño aposento en el fondo de la Romana (3).

Yo espiaba en el reloj magnífico del brillante salón donde estaba desterrado la hora en que ella salía á pie, bajo la lluvia, para ir á ver á su amiga. Tratando de olvidarla es como he visto que los contrastes son el origen de recuerdos menos VIVOS, pero más celestiales que aquellos que se van á buscar en los lugares en que antes se encontraban.

Para que la ausencia sea útil, es preciso que el amigo que trata de- curarnos esté siempre allí para hacer al amante todas las reflexiones posibles acerca de su amor y de sus incidentes y que

trate de hacer sus reflexiones enojosas por su duración ó poca oportunidad, lo cual hace el efecto de que son lugares comunes; por ejemplo, el caso de sentirse tierno y sentimental después de un almuerzo amenizado con buenos vinos.

(1) Madame Domal y Serigny. Confesiones del conde... de Duelos. (Véase la nota relativa á la muerte del general Abdhakah en Bolonia.) (N. del A.)

(2) He llorado casi todos los días. (Preciosas palabras del 10 de Junio.) (JV. del A.)

(3) Stendhal atribuye esta confesión al ficticio Salviati. (N. del T.) Si es tan difícil olvidar una mujer cerca de la cual se ha encontrado la felicidad, es que hay ciertos momentos en que la imaginación no puede dejar de representársela y embellecerla.

No digo nada del orgullo, remedio cruel y soberano, pero que no está en uso entre las almas tiernas.

Las primeras escenas del Romeo y Julieta, de Shakespeare, forman un cuadro admirable ; hay un abismo entre el hombre, que se dice tristemente: She hath fofsworn to love, y el hombre que grita en el colmo de la felicidad : (Come u)hat sorrow can !

CAPÍTULO XLI

Her paíson mili dic titee a lamp jor watt of what the fíame shonld feed ufron.

Bride of Lammermooro, II, 116

El amor que cura de otro amor debe guardarse de malas razones: por ejemplo, de hablar de ingratitud. Ello equivale á resucitar la cristalización, preparándole una victoria y un nuevo placer.

No puede haber ingratitud en amor: el placer actual paga siempre con creces los sacrificios más grandes en apariencia. Yo no veo otros males posibles sino la falta de franqueza, y siempre hay que acusar al estado de ánimo.

Por poco que el amigo que quiere curar ataque el amor de frente, el amante responde : «Estar enamorado, aun contando con la cólera de la que se ama, es exactamente igual para rebajarme á vuestro estilo de comerciante, que tener un billete en una lotería cuya felicidad está á mil leguas por encima de todo lo que vos podéis ofrecerme en vuestro mundo de indiferencia y de interés personal. Es preciso tener mucha vanidad y de la más ínfima para ser feliz, por-

que os reciben bien en un salón. Yo no repruebo que los hombres obren así en el gran mundo. Pero cerca de Leonor, yo, encontraba un mundo donde todo era celeste, tierno, generoso. La más sublime y casi increíble virtud de vuestro mundo, en nuestras conversaciones, no resulta mas que una virtud ordinaria y de todos los días. Dejadme al menos soñar en la felicidad de pasar mi vida cerca de esa persona. Aunque veo bien que la calumnia me ha perdido y no tengo esperanza alguna, al menos le haré el sacrificio de mi venganza.»

Apenas se puede detener el amor mas que en los comienzos. Además de la rápida retirada y las distracciones obligadas del gran mundo, como en el caso de la condesa Ka- leMBER, hay varias mentirijillas que el amigo enfermero puede poner en práctica. Por ejemplo, os hará ver, cómo por casualidad, que la mujer que amáis no tiene para vos los miramientos de cortesía y estimación que concedía á otro rival. Las cosas más pequeñas bastan, porque todo es signo en amor; por ejemplo: no os da el brazo para entrar en su palco; esta tontería, tomada por el lado trágico, por un corazón apasionado, que lee una humillación en cada juicio que forma la cristalización, envenena la fuente del amor y puede destruirlo.

Cabe acusar á la mujer que se conduce mal con nuestro amigo, de un defecto físico y ridículo, imposible de comprobar ; si el amante pudiese comprobar la calumnia, aun cuando la encontrase fundada se formaría desfavorable para la imaginación y pronto desaparecería. Tan sólo la imaginación- que pueda resistirse á sí misma. Enrique III lo sabía cuando hablaba mal de la célebre duquesa de Mont- pensier.

Es, pues, la imaginación lo que es necesario cuidar en una joven á quien se quiera preservar del amor. Y cuanto menos vulgar sea su espíritu, más noble y generosa será su alma, más digna será de nuestros respetos y mayor será el peligro que corra.

Es siempre peligroso para una joven tolerar que sus recuerdos vayan unidos de una manera reiterada y con demasiada complacencia al mismo individuo. Si el reconocimiento, la admiración ó la curiosidad vienen á redoblar los lazos del recuerdo, seguramente está al borde del precipicio. Cuanto mayor es el aburrimiento de la vida habitual, más activos son los venenos llamados gratitud, admiración, curiosidad. Es preciso, entonces, una rápida, pronta y enérgica distracción.

Así es como un poco de rudeza y de non-cmanza en el primer momento, si la droga se administra con naturalidad, es casi un medio seguro de hacerse respetar de una mujer de talento.

LIBRO II

CAPÍTULO XLII

Todos los amores, todas las imaginaciones, toman en los individuos el calor de seis temperamentos :

El sanguíneo, ó el francés, ó de Francueil {Mémoires de Madame de Epinay).

El melancólico, ó el alemán, ó el Don Carlos de Schiller.

El bilioso, ó el español, ó Lauzun (Peguilhen en las Mémoires de Saint-Simón).

El flemático, ó el holandés.

El nervioso, ó Voltaire.

El atlético, ó Milón de Crotona (I).

Si la influencia de los temperamentos se hace sentir en la ambición, la avaricia ó la amistad, etc., etc., ¿qué será en el amor, que tiene una mezcla obligada de elemento físico?

Supongamos que todos los amores puedan referirse á las cuatro variedades que tenemos anotadas:

Amor-pasión ó Julia de Etanges.

Amor-gusto ó galantería.

Amor físico.

Amor de vanidad (una duquesa nunca tiene más de treinta años para un burgués).

Es necesario hacer pasar estos cuatro amores por las seis variedades dependientes de los hábitos que los seis temperamentos dan á la imaginación. Tiberio no tenía la imaginación loca de Enrique VIII.

Hagamos pasar en seguida todas las combinaciones que hayamos obtenido por las diferencias de hábitos dependientes de los Gobiernos ó caracteres nacionales :

- 1) El despotismo asiático, tal como se ve en Constantinopla.
- 2) La monarquía absoluta á lo Luis XIV.
- 3) La aristocracia disfrazada ó el Gobierno de una nación en provecho de los ricos, como Inglaterra, siguiendo las reglas de la moral sedicente bíblica.
- 4) La república federativa ó el Gobierno en provecho de todos, como los Estados Unidos de América.
- 5) La monarquía constitucional ó... (2).
- 6) Un Estado en revolución, como España, Portugal, Francia. Esta situación de un país, dando una pasión viva á todo el mundo, engendra naturalidad en las costumbres, des-

(1) Véase & Calianis en sus *Rapports du physique et dn morale de l'homme*. (N. del A.)

(2) Aquí nay unos discretos puntos suspensivos puestos por la cense- rs. (N. del T.)

truye las ñoñerías, las virtudes de convención, las conveniencias estúpidas (1), inculca seriedad en la juventud y le hace despreciar el amor de vanidad y desdeñar la galantería.

Este Estado, puede durar mucho tiempo y formar los hábitos de una generación. En Francia, comenzó en 1788; interrumpióse en 1802 y volvió á comenzar en 1815, para acabar Dios sabe cuándo (2).

Después de todas estas maneras generales de considerar el amor, han de tenerse en cuenta las diferencias de edad, y se llega al fin á las particularidades individuales.

Por ejemplo, se podrá decir :

Yo he encontrado en Dresde, en casa del conde Wollstein, el amor de vanidad, el temperamento melancólico, las costumbres monárquicas, la edad de treinta años, y... las peirtl- cularidades individuales (3).

Esta manera de ver las cosas, abrevia y comunica frialdad al cerebro de aquel que juzga el amor cosa esencial y di- ficil. *

Ahora bien : como en fisiología el hombre no sabe casi nada sobre sí mismo mas que por la anatomía comparada; del mismo modo en las pasiones la vanidad y otras varias causas de ilusión hace que no podamos ser iluminados sobre lo que pasa en

nosotros, si no es por la debilidad que hemos observado en los otros.

Si, por acaso, este ensayo tiene un efecto útil, será el

(1) Los zapatos sin cordones del ministro Roland : «Ah, señor, todo está perdido», responde Doumourier. En la sesión real el presidente de la asamblea cruza las piernas. (V. del A.)

(2) Por ahora, no comentaremos nosotros. (N. del T.)

(3) Adviertan los lectores que Stendhal, usando ese procedimiento mix- tiñador de la supuesta tercera persona, cuando dice yo, quiere decir Sal- otaii; pero los que sabemos que el gran psicólogo se recataba para no daí su corazón en espectáculo y hasta acudía á esos procedimientos ficticios por no confesarse, sabemos también que donde dice Saloiaii, debe decii Stendhal, y es que el autor evoca episodios de su propia vida. (N. del T.)

de conducir el espíritu á hacer estas analogías. Para obligarme á hacerlas, voy á tratar de bosquejar algunos rasgos generales del carácter del amor en las diversas naciones.

Ruego que se me perdone si hablo con frecuencia de Italia; en el estado actual de las costumbres de Europa, es el único país donde crece con libertad la planta que he descrito. En Francia, brota la vanidad; en Alemania, una presuntuosa y loca filosofía, que causa risa; en Inglaterra, un orgullo tímido, sufrido, rencoroso, atormentado, enervante ó que toma una dirección estrafalaria (1).

CAPÍTULO XLIII

DE LAS NACIONES EN RELACIÓN CON EL AMOR DE FRANCIA

Yo trato de despojarme de mis afecciones y de no ser 'mas que un frío filósofo.

Educadas por los amables franceses, que no tienen otra cosa que vanidad y deseos físicos, las mujeres francesas son menos activas, menos enérgicas, y, sobre todo, menos amadas y menos imperiosas que las mujeres españolas é italianas.

Una mujer no es influyente mas que por el grado de des-

(1) Se verá que este tratado está hecho de trozos escritos á medida que Lisio Visconti veía las anécdotas pasar ante su vista en sus viajes. Se encuentran estas anécdotas, contadas detalladamente, en el diario de su vida ; tal vez yo hubiera debido insertarlo, pero me pareció poco decoroso. Las notas más antiguas llevan la fecha de Berlín (1807), y las últimas son de algunos días antes de su muerte (Junio, 1819). Algunas fechas han sido alteradas expresamente para no ser indiscreto ; pero á esto se limitan todos mis cambios ; no me creo autorizado á refundir su estilo. Este libro ha sido escrito en cien sitios diversos y puede leerse del mismo modo. {N. del A.)

gracia con que puede castigar á su amante ; ahora bien, cuando no tiene más que vanidad, toda mujer es útil; ninguna es necesaria; el éxito halagador es conquistar, no conservar. Cuando sólo se

tienen deseos físicos, se encuentran ramera, y por esto las de Francia son encantadoras, y las de España, no (1). En Francia, las prostitutas pueden dar á muchos hombres tanta felicidad como las mujeres honradas, es decir, felicidad sin amor, y hay siempre una cosa que un francés respeta más que á su querida, su vanidad.

Un joven de París, ve en una amante una especie de esclava destinada, sobre todo, á darle placeres de vanidad. Si ella resiste á las órdenes de esta pasión dominante, la deja y sólo está contento de sí mismo, diciendo á sus amigos con qué superioridad de maneras la ha dejado.

Un francés, que conocía bien su país (Meilhan), dice : «En Francia, las grandes pasiones son tan raras como los grandes hombres.» *

El idioma carece de vocablos para decir cuán imposible es para un francés el papel de amante desdeñado, y su desesperación si es cosa sabida de toda una ciudad. Nada más común en Venecia ó en Bolonia.

Para hallar el amor en París, es preciso descender hasta aquellas clases en las cuales la falta de educación y de vanidad y la lucha con las verdaderas necesidades han dejado más energía.

Hacer ver un gran deseo, no satisfecho, es dejarse ver como inferior; cosa imposible en Francia, si no es para las gentes de la clase baja, es presentar el flanco á todas las malas chanzas posibles; de aquí las alabanzas exageradas de las ramera en boca de los jóvenes que temen á su corazón La aprensión extremosa y grosera de dejarse ver como inferior, constituye motivo de conversación de las gentes de pro

(1) Magnífica observación de cate psicólogo. (M dd 7.)

vincia. Se ha visto á alguien, últimamente, que oyendo hablar del asesinato del señor duque de Berry, respondió : «Ya lo sabía» (1).

En la Edad Media, la presencia del peligro templaba los corazones, y esta es, si no me engaño, la segunda causa de la sorprendente superioridad, de los hombres del siglo XVI. La originalidad, que en nosotros es tan rara ridícula, peligrosa, y con frecuencia afectada, era entonces común y natural. Los países donde el peligro muestra todavía su mano de hierro, como Córcega (2), España é Italia, pueden todavía dar grandes hombres. En estos

climas donde un calor ardiente exalta la bilis durante tres meses del año, sólo falta la dirección del resorte; en París, temo que falte hasta el resorte (3).

Muchos de nuestros jóvenes, tan bravos por lo demás en Montmirail ó en el bosque de Bolonia, temen amar, y es

!!) Histórico. Algunos, aunque bastante curiosos, se ofenden de oii noticias; temen parecer inferiores á aquel que se las cuenta. Nadie h« conocido á los franceses mejor que este francés sincero y franco que lot diseca y analiza. {N. del T.)

(2) Mémoires de Monsieur Realier Dumas. Córcega, que por su población (ciento ochenta mil almas) no formaría la mitad de cualquiera de lot departamentos franceses, ha dado, en estos últimos tiempos, SaUiceti, Pozzo-di-Borgo, el general Sebastiani, Cervroni, Abbatucci, Luciano y Napoleón Bonaparte, Arena, etc. El departamento del Norte, que tiene novecientos mil habitantes, dista mucho de tener una lista así. Es que en Córcega, al salir de su casa puede cada cual recibir un tiro, y el corso, en vez de someterse como verdadero cristiano, trata de defenderse, y sobre todo de vengarse. He aquí como se fabrican las almas á lo Napoleón. Hay mucha distancia de esto á un palacio alhajado de meninas y chambelanes, y á Fenelon obligado á razonar su respeto á monseñor, hablando al mismo monseñor de doce años de edad. Véanse las obras de este gran escritor. {N .del A.)

(3) En París, para ser sociable, es preciso prestar atención á un millón de cosas menudas. No obstante, he aquí una objeción muy fuerte. En París se matan muchas más mujeres por amor que en todas las ciudades de Italia reunidas. Este hecho me ataruga mucho; no sé qué responder á ello por el momento, pero no cambia mi opinión. Puede ser que la muerte parezca poca cosa en este momento á los franceses, tan aburrida es la vida ultracivilizada, ó más bien, se levantan la tapa de los sesos penetrados de una desgracia de vanidad. {N. del A.)

realmente, por pusilanimidad por lo que se les ve á los veinte años huir de la presencia de una jovencita que les ha parecido hermosa. Cuando recuerdan lo que han leído en las novelas que es decoroso que un amante hag,a, se sienten helados. Estas almas frías no conciben que la tempestad de las pasiones, formando las

ondas del mar, hinche las velas del buque y les dé fuerza para sobrepujarlas.

El amor es una flor deliciosa, pero es necesario tener el valor de ir á cogerla á los bordes de un precipicio horrible Exagerado el ridículo, el amor ve siempre á su lado la desesperación de ser abandonado por la que se ama, y no queda más que un dead blank para toda la vida.

La perfección de la civilización consistiría en combinar todos los placeres delicados del siglo XIX con la presencia más frecuente del peligro (I). -Sería preciso que los goces de la vida privada pudiesen ser aumentados hasta lo infinito, exponiéndose con frecuencia al peligro. No es solamente del peligro militar del que hablo. Yo querría el peligro de todos los momentos, bajo todas las formas y para todos los intereses de la existencia, que formaban la esencia de la vida en la Edad Media. El peligro, tal como lo ha arreglado y adornado nuestra civilización, se concilia muy bien con la más fastidiosa debilidad de carácter.

Leo en la obra de O'Meara A voice from Saint-Helena (tomo 11, página 94), estas palabras de un gran hombre :

((Apenas se decía á Murat; Id y destruid estos siete ú ocho regimientos enemigos, que están allí lejos en la llanura, cerca

(I) Yo admiró las costumbres del tiempo de Luisi XIV/; see pasaba sin n interrupción en tres días de los salones de Marly á los campos de batalla de Senef y de Ramillies. Las esposas, las madres, las amantes, estaban en nerviosidad continua. Véanse las Leitres de Madame dv Sevigné. La presencia del peligro Había conservado en el idioma una energía y una franqueza que no nos atreveríamos á usar hoy ; pero asimismo Monsieur de Lameth mataba al amante de su mujer. Si alther Scott nos hiciese una novela, quedaríamos bien sorprendidos. {N. del A.)

de ese campanario, al instante partía como un relámpago, y por poca caballería que le hubiese seguido, bien pronto los regimientos enemigos eran arrollados, deshechos, aniquilados. Abandonad á este hombre á sí mismo y no tendréis más que un imbécil sin juicio. No puedo concebir cómo un hombre tan valiente era tan flojo. No era valiente más que delante del enemigo; pero allí era probablemente el soldado más brillante y más atrevido de toda

Europa. Era un héroe, un Saladino. un Ricardo Corazón de León en el campo de batalla ; hacedle rey y colocadle en una sala de consejo, y no tendréis más que un poltrón, sin decisión ni criterio. Murat y Ney son los hombres más valientes que he conocido.»

CAPÍTULO XLIV

CONTINUACIÓN DE FRANCIA

Pido permiso para murmurar otro poco de Francia, El lector no debe temer que mi sátira quede impune, si este ensayo tiene lectores; mis injurias me serán devueltas centuplicadas ; el honor nacional vigila.

Francia es muy importante en el plan de este libro, porque París, gracias á la superioridad de su conversación y de su literatura, es y será siempre el salón de Europa.

Las tres cuartas partes de los billetes amorosos que por la mañana se envían, tanto en Viena como en Londres, están escritos en francés, ó llenos de alusiones ó de citas también en francés (1), y sólo Dios sabe en qué francés.

(1) En Inglaterra, los escritores más senos creen darse un aire de caballeros citando palabras francesas, que en su mayor parte nunca han sido francesas, más que en las gramáticas inglesas. Véanse los redactores de la Edimburg-ReObuJ y las Memorias de la condesa de Lichtuan, amante del penúltimo Rey de Prusia. (N. del A.)

Desde el punto de vista de las grandes pasiones, Francia, a lo que me parece, está privada de originalidad por dos causas:

1) El verdadero honor ó el deseo de asemejarse á Bayardo, para ser honrado en el gran mundo y ver nuestra vanidad satisfecha.

2) El honor tonto ó el deseo de parecerse á las gentes de buen tono, del gran mundo de París. El arte de entrar en un salón, de

mostrar desdén hacia un rival, de enfadarse con su amante, etc.

El honor necio, en primer lugar, por sí mismo, como capaz de ser comprendido por los tontos, y después, al aplicarse á acciones de todos los días y de todas las horas, es mucho más útil que el verdadero honor para los placeres de nuestra vanidad. Se ven personas muy bien recibidas en sociedad con honor tonto, sin honor verdadero, y lo contrario es imposible.

El tono del gran mundo es:

1) Tratar con ironía todos los grandes intereses. Nada más natural; antiguamente, las personas verdaderamente pertenecientes al gran mundo, no podían ser afectadas profundamente por nada, no tenían tiempo para ello. La permanencia en el campo cambia todo esto; además, es una posición contra natura para un francés dejarse ver admirando, es decir, inferior, no sólo á lo que él admira, sino también á su vecino, si este vecino trata de burlarse de lo que él admira.

En Alemania, en Italia, en España, la admiración está por el contrario, llena de buena fe y de felicidad ; allí el admirado tiene orgullo de sus transportes y compadece al sarcástico, y no digo al burlón, porque es un papel imposible en países donde el único ridículo es equivocarse el camino de felicidad, y no la imitación de cierta manera de ser. En el Mediodía, la desconfianza y el horror de ser molestado en placeres vivamente sentidos provoca una admiración innata hacia el lujo y el boato. Véanse los paseos de Madrid ó Ná-

poles; véase una función en Cádiz; eso llega hasta el delirio (1).

2) Un francés se cree el hombre más desgraciado > casi el más ridículo, si se ve obligado á pasar el tiempo solo. Ahora bien, ¿qué es el amor sin soledad?

3) Un hombre apasionado no piensa más que en sí; un hombre que quiere consideración, no piensa más que en otro; hay más : antes de 1789, la seguridad individual no se encontraba en Francia más que formando parte de un cuerpo, la curia, por ejemplo (2), y estando protegido por los miembros

(1) La admiración de moda como Hume, hacia 1775, ó Franklin, en 1784, no es una objeción. {N. del A.,}

Voyage en Espagne, de Monsieur Semple : pinta con gran verdad y se encontrará una descripción de la batalla de Trafalgar (oída á lo lejos), que deja un profundo recuerdo.

(2) Correspondance de Grinun, III, II, 102. Febrero, 1783. «El conde de N., capitán superviviente de las guardias de monseñor, molestado de no hallar sitio en el balcón el día de la apertura de la nueva sala, tuvo la mala ocurrencia de disputarle el suyo á un honorable procurador; éste, maese Perriot, no quiso dejarle. Vos ocupáis mi sitio. Yo me quedo en el mío. ¿Quién sois vos? Yo soy el señor seis francos., (este era el precio de estos sitios.) Y después de palabras más vivas, de injurias, de codazos, el conde de N. llevó la indiscreción al punto de tratar al pobre golilla de ladrón y ordenó al sargento de servicio se encantase de su persona y le condujera al cuerpo de guardia. El procurador Pernot se presentó allí con mucha dignidad y no salió más que para ir á deponer su querrela ante un comisario. El formidable cuerpo del cual él tiene el honor de ser miembro no ha querido consentir que desistiese de la querrela. El asunto acaba de ser juzgado en el Parlamento. El conde acaba de ser condenado á todos los gastos á dar una reparación al procurador, á pagarle dos mil escudos, danos y perjuicios aplicados con su consentimiento á los pobres prisioneros de la conserjería, y además se ordenó muy expresamente al conde no pretextar más órdenes del rey para turbar espectáculos, etc. Esta aventura hizo mucho ruido y se han mezclado á ella muchos intereses. Toda la gente de toga ha creído ser insultada por el ultraje hecho á un hombre de su uniforme, etc. El conde, para hacer olvidar su aventura, fué á alcanzar laureles en la batalla de Saint-Roch. No podía hacer nada mejor, porque no se puede dudar de su talento para conseguir un triunfo en las grandes batallas.» Suponed un filósofo obscuro en vez del procurador Pernot. Utilidad del duelo. Véase más adelante una carta bastante razonable de Beaumarchais, que niega un palco enrejado, que uno de sus amigos le pedía para Figaro. Mientras que se creyó que esta respuesta se dirigía á un duque, la excitación fué terrible y se hablaba de graves castigos, pero se rieron mucho cuando Beaumarchais declaró que su carta estaba dirí-

tros de este cuerpo. El pensamiento de vuestro vecino era pues, parte integrante y necesaria de vuestra felicidad. Esto todavía era más exacto en la corte que en París. Es fácil comprender cómo estos hábitos (que, á decir verdad, pierden cada día su fuerza, pero que todavía á los franceses les durarán un siglo) favorecen las grandes pasiones.

A mí me parece ver un hombre que se arroja por la ventana y trata, sin embargo, de tener una posición graciosa al llegar á la calle.

El hombre apasionado, es como él mismo y no como otro ; origen de todos los ridículos en Francia, y, además, ofende á los demás, lo cual da alas al ridículo.

CAPÍTULO XLV

DE ITALIA

La felicidad de Italia es la de entregarse á la inspiración del momento, felicidad de que participa hasta cierto punto Alemania é Inglaterra.

Además, Italia es un país donde lo útil, que fué la virtud de las repúblicas de la Edad Media (I), no ha sido destronado por el honor ó la virtud, arreglada al uso de los re-

gída al presidente Duparly. Hay distancia de 1785 á 1822. Nosotros no comprendemos estos sentimientos. ¡ Y quieren que la misma tragedia que conmovía á estas gentes sea buena para nosotros I (N. dtl A.)

(1) Pechio, nelle sue vivacissima, lettere ad una bella giovane inglese, sopra la Spagna libera, laquaele é un medioevo, non redidivo, ma sem- pravivo, dice, página 60 : Lo scopo degli spagnuoli non era la gloria, ma la i'.idependenza. Se gli spagnuoli non si fossero battuti che per Tonore, la guerra era finita colla bataglia di Tudela. L'onore é di una natura bizzarra, mac- chiato una voita, perde tutta la forza per agire... L'esercito di línea spagnuolo intbevuto anch' egli, dei pregiudizj d'ell'onore (vale á dire fatto europeo moderno) vinto che fosse si sbandava coli pensiero die tutto coll' onere era perdu- to, etc. [N. ¿el A.)

yes (I), y el honor verdadero abre el camino al honor necio, pues acostumbra á preguntarse : ¿ Qué idea tiene el vecino de mi

felicidad? Y la felicidad del sentimiento no puede ser objeto de vanidad, porque es invisible (2), Como prueba de todo esto, Francia es el país del mundo donde hay menos matrimonios por amor (3).

Otras ventajas de Italia es el ocio profundo bajo un cielo admirable, y que llega á hacer sensible la belleza bajo todas sus formas.

Es una desconfianza extrema, y, sin embargo, razonable que aumenta el aislamiento y redobla el encanto de la intimidad; es la falta de lectura de novelas y de casi toda lectura que deja todavía más á la inspiración del momento; es la pasión de la música, que excita en el alma un movimiento tan parecido al del amor.

En Francia, hacia 1770, no había desconfianza; al contrario, estaba en uso vivir y morir en público, y como la duquesa de Luxemburgo tenía intimidad con cien amigos, no había tampoco amistad ó intimidad propiamente dicha.

En Italia, como tener una pasión no es una ventaja muy rara, no es un ridículo (4), se oyen citar en voz alta en los salones las máximas generales del amor. El público conoce

(1) En 1620, un hombre se honraba diciendo sin cesar y lo más servilmente posible : El rey mi señor (véanse las Mémoires de Noailles. Torey y de todos los embajadores de Luis XIV); la cosa es muy sencilla ; por este rodeo de frase proclama el rango que él ocupa. Este rango que procede del rey reemplaza en la atención y en la estimación de estos hombres, el rango que procedía en la Roma antigua de la opinión de sus conciudadanos que le habían visto combatir en Trasimeno y hablar en el Foro, Debaten su brecha la monarquía absoluta, arruinando la Vanidad y sus fortificaciones avanzadas, que llaman las contrentencias. La disputa entre Shakespeare y Racine no es más que una de las formas de la disputa entre Luis XIV y la Carta, (W, dt/ j4.)

(2) No puede evaluársela más que sobre las acciones no reflexivas.

(N de/ /l,)

(3) Miss O'Neit, Miss Coutts y la mayor parte de las grandes actrices inglesas, dejan el teatro para casarse con hombres ricos. (N. del A.)

(4) óe tolera la galantería á las mujeres, pero el amor las pone en ridículo», escribía el juicioso abate Girard. en París, en 1740. (N. del A.)

los síntomas y los períodos de esta enfermedad, y se ocupa mucho de ella. Se dice á un hombre abandonado : «Estaréis desesperado durante seis meses, pero pronto os curaréis, como Fulano», etc.

En Italia, los juicios del público son los humildes servidores de las pasiones. El placer real ejerce el poder, está en manos de la sociedad, y ello es muy sencillo : no proporcionando la sociedad placeres á un pueblo que no tiene tiempo de sentir vanidad y que quiere hacerse olvidar del pachá, no tiene bastante autoridad. Los aburridos censuran á los apasionados y se burlan de ellos. Al Mediodía de los Alpes, la sociedad es un déspota á quien faltan calabozos.

En París, como el honor manda defender con la espada en la mano ó con frases de ingenio, si se puede, todas las avenidas de todo gran interés confesado, es más cómodo refugiarse en la ironía. Varios jóvenes han tomado otro partido, y es hacerse discípulos de Rousseau y de Madame de Stael. Puesto que la ironía ha llegado á ser una manera vulgar, es necesario tener sentimiento. Un De Pezai, contemporáneo nuestro, escribía como Darlincourt; además, desde 1789, los acontecimientos combaten en favor de lo útil ó de la sensación individual contra el honor ó el imperio de la opinión; el espectáculo de las antecámaras enseña á discutirlo todo, hasta la burla. Si la nación llega á ser seria, la galantería pierde terreno.

Debo decir, como francés, que no es un número reducido de fortunas colosales lo que constituye la riqueza de un país, sino la multiplicidad de las fortunas medianas. En todos los países, las pasiones son raras, y la galantería tiene más gracia y más finura, y, por consiguiente, más felicidad en Francia Esta gran nación, la primera del universo (1), es para el

(1) No quiero para prueba más que la envidia. Véase la Edimburgh-Review de 1821 y los diarios literarios alemanes é italianos, especialmente el Scimialigre de Alfreti. (N. del A.)

amor lo que es para las facultades del espíritu. En 1822, no tenemos, seguramente, ni Moore, ni Walter Scott, ni Crabbe, ni

Byron, ni Monti, ni Pellico; pero hay entre nosotros más personas de talento esclarecido, agradable, y al nivel de las lumbreras del siglo, que en Inglaterra é Italia. Por eso las discusiones de nuestra Cámara de los Diputados, en 1822, son tan superiores á las del Parlamento de Inglaterra, y cuando un liberal de Inglaterra viene á Francia, nos sorprendemos de ver que tiene muchas opiniones góticas. Un rutista romano escribía desde París : «Yo me aburro infinitamente aquí; creo que esto es porque no tengo facilidades de amar á mi gusto. Aquí la sensibilidad se gasta gota á gota, á medida que se forma, y de manera tal, que, al menos para mí, agota el manantial. En Roma, por el poco interés de los acontecimientos de cada día, por el sueño de la vida exterior, la sensibilidad se multiplica en provecho de las pasiones.»

CAPÍTULO XLVI

ROMA

Tan sólo en Roma (1) ocurre que una mujer honrada, y con coche, venga á decir con efusión á otra mujer, conocida suya : «Ah, mi querida amiga, no sigas el amor con Fabio Witteleschi; valdría más para ti enamorarte de un asesino. Con su aire suave y mesurado, es capaz de atravesarte el corazón de una puñalada y decirte con amable sonrisa: (Te hago daño, niña?» Y esto ocurría al lado de una bonita joven de quince años, hija de la dama que recibía el aviso, y muchacha muy lista.

Si el hombre del Norte tiene la desgracia de no ofenderse

(i) 30 Septiembre 1819. [N. del A,)

al principio por lo natural de esta amabilidad del Mediodía, que no es más que el desenvolvimiento sencillo de una naturaleza grandiosa, favorecido por la doble ausencia del buen tono y de toda novedad interesante en un año de permanencia, las mujeres de los demás países le parecerán insoportables.

Ve á las francesas con todas sus insignificantes gracias (1), tan amables y seductoras los tres primeros días, pero aburridas al cuarto, día fatal, en que se descubre que todas estas gracias, estudiadas de antemano y aprendidas de memoria, son eternamente las mismas, y las mismas para todos.

Ve, por el contrario, á las alemanas tan naturales, y entregándose con tanto ardor á su imaginación, no tener á menudo que mostrar,

con toda su naturalidad, más que un fondo de esterilidad, de insipidez y de ternura de la Biblioteca Azul. La frase del conde Almaviva, parece hecha para Alemania : ((Y se queda admirado una tarde de encontrar la sociedad donde iba á buscar la felicidad.»

En Roma, el extranjero no debe olvidar que, si nada es enojoso en los países donde todo es natural, lo malo es peor en ellos que en los demás. Para no hablar más que de los hombres (2), se ven aparecer aquí en la sociedad una especie de monstruos que en otras partes se ocultan. Son gentes igualmente apasionadas, clarividentes y cobardes. Una mala suerte les ha puesto al lado de una mujer con un título cualquiera ; enamorados, locos, sin embargo, beben hasta las heces la desgracia de verla preferir á un rival. Ellos están allí para contrarrestar á este amante afortunado. Nada se les

(1) Además de que el autor tenía la desgracia de no haber nacido en París, había vivido allí muy poco tiempo. [Nota del editor.]

(2) Heu 1 male nunc artes miseras haec secula tractant;
Jam tener assuevit muñera velle puer.

(Título I, IV.) (N. del A.)

escapa, y todo el mundo ve que nada se les escapa, pero no por eso dejan, á despecho de todo sentimiento de honor, de atormentar á la mujer, á su amante y á sí mismos, y nadie les reprueba, porque hacen lo que les causa placer. Una noche, el amante, irritado, les da unos puntapiés; á la mañana siguiente, le presentan sus excusas y vuelven de nuevo á asediar á la mujer, constante é imperturbablemente, al amante y á sí mismos. Se estremece uno cuando piensa en la cantidad de desgracia que estas almas viles tienen que devorar cada día, y no les falta más que una miajita de cobardía menos para ser en venadores.

Sólo en Italia se ven jóvenes elegantes y millonarios mantener espléndidamente bailarinas del gran teatro, á ciencia y paciencia de todo el mundo, mediante tres pesetas por día (1). Los hermanos... gallardos, jóvenes, que andaban siempre de caza, siempre á caballo, están celosos de un extranjero. En vez de ir á él y contarle sus agravios, divulgan sordamente entre el público rumores desfavorables á este pobre extranjero.

En Francia, la opinión obligaría á estas gentes á demostrar lo que dicen ó á dar la razón al extranjero. Aquí la opinión pública y el desprecio no significan nada. La riqueza está siempre segura de ser bien recibida en todas partes. Un millonario deshonorado y arrojado de París, puede ir con toda seguridad á Roma, y allí será considerado en proporción de sus escudos.

(1) Véanse en las costumbres del siglo de Luis XV, al honor y la aristocracia colmando de profusiones á las señoritas Duthé, Guerre y á otras. Ochenta ó cien mil francos por año no tenían nada de extraordinario ; un hombre del gran mundo, se hubiese rebajado con gastos menores. (N. dd A.)

CAPÍTULO XLVII

DE INGLATERRA

He vivido mucho estos últimos tiempos entre las bailarinas del teatro Del Sol, en Valencia. Se me asegura que algunas son bastante castas, y esto consiste en que su oficio es demasiado fatigoso. Viganó les hace repetir su baile de la Judía de Toledo todos los días, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y desde media noche á las tres de la madrugada. Además de esto, tienen que bailar cada noche en los dos bailes.

Esto me recuerda á Rousseau, que prescribía á Emilio andar mucho. Yo pensaba esta noche, á las doce, paseándome al fresco á la orilla del mar con las bailarinas, que desde luego, esta voluptuosidad sobrehumana de la brisa del mar, bajo el cielo de Valencia, en presencia de estas estrellas resplandecientes, que parecen tan cerca de nosotros, es desconocida en nuestros tristes países brumosos. Esto sólo vale las cuatrocientas leguas que hay que andar, y esto también impide penscU á fuerza de sensaciones. Yo me decía que la castidad de mis pequeñas bailarinas explica bastante bien la marcha que el orgullo de los hombres sigue en Inglaterra para renovar dulcemente las costumbres del serrallo en medio de una nación civilizada. Se observa cómo algunas de estas jóvenes de Inglaterra, por lo demás tan bellas y de una fisonomía tan conmovedora, dejan un poco que desear en cuanto á las ideas. A pesar de la libertad que acaba de ser expulsada de la isla y la

originalidad admirable del carácter nacional, no tienen ideas interesantes ni originalidad. A menudo, no tienen de notable más que la extravagancia de sus delicadezas. Nada más sencillo; el pudor de las mujeres en Inglaterra, constituye el orgullo de los maridos. Pero por sumisa que sea una es-

clava, su sociedad se hace pronto pesada. De aquí, para los hombres, la necesidad de embriagarse tristemente todas las noches (1), en vez de pasar, como en Italia, las veladas con sus amantes. En Inglaterra, las gentes ricas, aburridas de su casa, y so pretexto de un ejercicio necesario, andan cuatro ó cinco leguas todos los días, como si el hombre fuese creado y puesto en el mundo para caminar. Así es que gastan el fluido nervioso por las piernas, no por el corazón. Después de lo cual, se atreven á hablar de delicadezas femeninas y á despreñar á España é Italia.

Nada más desocupado, por el contrario, que los jóvenes italianos; el movimiento, que les quitaría la sensibilidad, les es importuno. Dan, de tiempo en tiempo, un paseo de media legua como remedio penoso para la salud; en cuanto á las mujeres, una romana no hace en todo el año las caminatas de una joven miss en una semana.

Me parece que el orgullo de un marido inglés exalta muy hábilmente la vanidad de su pobre mujer. El la persuade, sobre todo, de que es preciso no ser vulgar, y las madres que preparan á sus hijos para encontrar maridos, hacen bien enseñándoles esta idea. De aquí la moda, bastante más absurda y más despótica en la razonable Inglaterra que en el seno de la ligera Francia; es en New-Bond-street donde ha sido inventada la carejully careless. En Inglaterra, la moda es un deber; en París, la moda es un placer. La moda levanta en Londres, entre New-Bond-street y Fenchurch-street, un muro de bronce mucho mayor que en París entre la Chaussée d'Autin y la calle Saint-Martin. Los maridos permiten de buen grado esta locura aristocrática á sus mujeres, como indemnizaciót} de la cantidad enorme de tristeza que les imponen. Yo encuentro la imagen de la sociedad de las mu-

(1) Esta costumbre empieza á caer un poco entre la buena sociedad, que se va afrancesando, como en todas partes; pero yo hablo de la gran masa. {N. del A.)

eres en Inglaterra, tal como la ha hecho el taciturno orgullo de los hombres, en las novelas antes célebres de Miss Burney Como pedir un vaso de agua cuando se tiene sed es vulgar, las heroínas de Miss Burney se dejan morir de sed. Para huir de la vulgaridad, se llega á la afectación más abominable.

Comparo la prudencia de un joven inglés de veintidós años y rico, con la profunda desconfianza del joven italiano de la misma edad. El italiano se ve obligado á ello para su seguridad, y depone esta desconfianza, ó al menos la olvida, desde que está en la intimidad, mientras que precisamente en el seno de la sociedad más tierna en apariencia, es cuando se ve redoblar la prudencia y la altanería del joven inglés. Yo he oído decir: ((Desde hace siete meses no le hablo del viaje á Brighton)). Se trataba de una economía obligada de ochenta lises, y era un amante de veintidós años, hablando de una querida, mujer casada, á quien adoraba, pero en los transportes de su pasión la prudencia no le había abandonado y menos aún había tenido el abandono de decir á esta amante ; ((No iré á Brighton, porque eso me molestaría.))

Notad que la suerte de Gianone de Pellico y de otros muchos obliga al italiano á la desconfianza, en tanto que el joven inglés no está obligado á la prudencia más que por el exceso y la sensibilidad enfermiza de su vanidad. El francés, siendo amable con sus ideas de todos los momentos, dice todo lo que quiere. Esto es una costumbre; sin eso le faltaría comodidad, y sabe que sin ella no hay gracia

Con pena y con lágrimas en los ojos me atrevo á escribir lo que precede; pero, supuesto que yo no adularía ni á un rey, ¿por qué decir de un país otra cosa que la que me parece y que of course puede ser muy absurdo, únicamente porque este país haya visto nacer á la mujer más amable que he conocido?

Esto sería, en otra forma, bajeza monárquica. Yo me contentaré con añadir, que, en medio de todo este conjunto de costumbres entre las inglesas víctimas del orgullo de los hombres, como existe una originalidad perfecta, basta que haya una familia educada lejos de las tristes restricciones destinadas á reproducir las costumbres del serrallo, para que se formen caracteres encantadores. Y esta palabra encantador es bien insignificante, á pesar de su etimología,

para decir lo que yo quisiera expresar. La dulce Imógena y la tierna Ofelia encontrarían modelos vivos en Inglaterra; pero estos modelos están lejos de gozar de la alta veneración, unánimemente concedida á la verdadera inglesa, completa, destinada á satisfacer plenamente á todas las conveniencias y á dar á un marido todos los goces del orgullo aristocrático más enfermizo, y una felicidad suficiente para morir de aburrimiento (I).

En los grandes pasillos de quince ó veinte habitaciones extremadamente frescas y bastante sombrías, donde las mujeres italianas pasan su vida blandamente tendidas sobre divanes bajos, oyen hablar de amor ó de música, seis horas al día. Por la noche, en el teatro, ocultas en su palco durante cuatro horas, oyen hablar de música ó de amor.

Así, pues, además del clima, la constitución de la vida es tan favorable á la música y al amor en España y en Italia, como contraría lo es en Inglaterra. No censuro, ni apruebo: observo.

(I) Véase á Richardson, Las costumbres de la familia Harbwe, traducidas en modales modernos, son (recuentes en Inglaterra : sus criado* valen más que ellos. (N. ¿el ¿4.)

CAPÍTULO XLVIII

SIGUE LO DE INGLATERRA

Amo demasiado á Inglaterra y la he visitado demasiado poco para hablar de ella. Me sirvo de las observaciones de un amigo.

El estado actual de Irlanda (1822) realiza allí, por la vigésima vez después de dos siglos (1), este estado singular de la sociedad tan fecundo en resoluciones audaces y tan contrario al aburrimiento, estado en que personas que almuerzan alegremente juntas pueden encontrarse dos horas después en un campo de batalla. Nada hace un llamamiento más enérgico) más directo á la disposición del alma más favorable á las pasiones tiernas; la naturalidad. Nada aleja más de los dos grandes vicios ingleses: el cant y la bashfulness, hipocresía de moralidad y timidez enfermiza, orgullosa. Si Eustace (2) pinta bastante mal el país, en compensación da una idea bastante común de su propio carácter ; y este carácter, así como el de Beattie, el poeta (3), es desgraciadamente bastante común en Inglaterra. Para conocer al sacerdote honrado, á pesar de su puesto, véanse las cartas del obispo de Lgndaff (4).

Se creería á Irlanda sumamente desgraciada, ensangrentada como está desde hace dos siglos por la tiranía perezosa y cruel de Inglaterra; pero aquí hace su aparición en el estado moral de Irlanda, un personaje terrible ; el sacerdote...

Desde hace dos siglos. Irlanda está casi tan mal gober-

(1) El hijo de Spencer quemado vivo en Irlanda. (N. del A.)

(2) Véase su viaje á Italia. (N. del A.)

(3) Véase su vida escrita por un amigo íntimo. (TV. del A.)

(4) Refutar de otra manera que por injurias el retrato de cierta clase de ingleses presentados en esas tres obras, me parece cosa imposible. Satar.ich school. (TV. del A.)

'1

nada como Sicilia. Un paralelo profundo de estas dos islas en un volumen de 500 páginas molestaría á muchas personas y haría caer en el ridículo teorías muy respetadas. Lo que es evidente es que el más feliz de estos dos países, igualmente gobernados por locos en provecho sólo de un escaso número de proceres, es Sicilia. Sus gobernantes, al menos, le han dejado el amor y la voluptuosidad ; si pudiesen, se lo arrebatarían también como todo lo demás ; pero, gracias al cielo, hay poco en Sicilia de este mal moral llamado ley y gobernación (1).

Son las personas senas y los sacerdotes quienes dictan y hacen ejecutar las leyes, y esto cuadra bien con la especie de envidia cómica con que se persigue la voluptuosidad en las Islas Británicas. El pueblo podría decir, como Diógenes á Alejandro : ((Contentaos con vuestros senadores y dejadme al menos, mi sol» (2).

A fuerza de legislaciones, de reglamentos, de contrarreglamentos y de suplicios, el Gobierno ha creado en Irlanda la patata, y la población de Irlanda sobrepaja en mucho á Sicilia, es decir, se han traído al mundo algunos millones de aldeanos envilecidos y destrozados por la miseria y por el trabajo, que arrastran durante cuarenta ó cincuenta años una vida desgraciada en los pantanos de la antigua Erín, pero

(1) Llamo mal moral, en 1822, á todo Gobierno que no tiene las dos Cámaras ; no hay excepción más que cuando el jefe del Gobierno es gran de por la probidad ; milagro que se comprende en Sajonia y en Nápeles. (IV. del T.)

(2) , Véase, en el proceso de la difunta reina de Inglaterra, una lista curiosa de los pares, con las sumas que ellos y sus familias reciben del Estado. Por ejemplo : lord Laurdelade y su familia 36.000 luises. El medio jarro de cerveza necesario á la mezquina subsistencia del inglés más pobre, paga un sueldo de impuesto en provecho del noble par. Y lo que hace esto más significativo para

nuestro objeto, es que lo saben los dos. Dada esta situación, es natural que ni el lord ni el aldeano tengan descanso para pensar en el amor; afilan sus armas, el uno en público y con orgullo, y el otro en secreto y con rabia. (La Icomaury y los Whiteboys.). (N. del A.)

que pagan bien el diezmo. ¡ He aquí un buen milagro !... Con la religión pagana, estos pobres diablos hubieran, al menos, gozado de una felicidad ; pero no : hay que adorar á San Patricio.

En Irlanda, apenas se ve otra cosa que aldeanos, más desgraciados que los salvajes. Solamente que en lugar de set cien mil, como serían en el estado primitivo, son ocho millones (1) y hacen vivir ricamente á quinientos absentees en Londres y en París.

La sociedad está infinitamente más adelantada en Escocia donde bajo varias relaciones el Gobierno es bueno (pocos crímenes, lectura, nada de obispos, etc.) Las pasiones tiernas tienen, pues, allí mucho más cultivo, y podemos abandonar las ideas tristes y llegar á las ridículas.

Es imposible no observar un fondo de melancolía en las mujeres escocesas. Esta melancolía es seductora, sobre todo en el baile, donde dan un singular picante al ardor sensual y al extremo frenesí con que saltan en sus danzas nacionales. Edimburgo tiene otra ventaja, y es estar sustraída á la vil omnipotencia del oro. Esta ciudad forma en esto, así como por la singular y salvaje belleza del paisaje, un contraste completo con Londres. Como Roma, la bella Edimburgo parece más bien la morada de la vida contemplativa. El torbellino sin descanso y los intereses inquietos de la vida activa con sus ventajas é inconvenientes, están en Londres. Edimburgo me parece pagar su tributo á la malignidad, por una cierta inclinación á la pedantería. El tiempo en que María Estuardo habitaba el viejo Holgrood y en que se asesinaba á Riccio en sus brazos, valían más para el amor (y todas las mujeres convendrán en esto) que el tiempo en que se discute tan ampliamente y en su presencia acerca de la preferencia del sistema neptuniano sobre el vulcaniano de...

(1) Plunlcell Craig, Life of Curran. {N. del A.)

A mí me gusta más la discusión sobre el nuevo uniforme otorgado por el rey á sus guardias, ó sobre la dignidad de par de su Bloomfield, que traía preocupado á Londres cuando yo me encontraba allí, que la discusión para saber quién ha explorado

mejor la naturaleza de las rocas Werner ó... Nada diré del terrible domingo escocés, al lado del cual el de Londres parece una partida de placer. Este día, destinado á honrar al cielo, es la mejor imagen del infierno que he visto jamás sobre la tierra. No marchemos tan aprisa, decía un escocés á un francés su amigo, al volver de la iglesia, porque parece que nos paseamos (1). Aquel de los tres países donde hay menos hipocresía {Cant, véase el Neiü- Monthly-Magazine de Febrero de 1822, tronando contra Mozart, y las Nozze di Figaro, escritas en un país donde se toca la cítara ; pero son los aristócratas los únicos que en todo el país compran y juzgan un periódico literario y la literatura, y desde hace cuatro años, los de Inglaterra han hecho alianza con los obispos); aquel de los tres países donde á mi parecer hay menos hipocresía, es el de Irlanda; se observa aquí, por el contrario, una vivacidad atolondrada y bastante amable. En Escocia hay la estricta observancia del domingo; pero el lunes se baila con una alegría y un abandono desconocidos en Londres. Hay mucho amor entre la clase campesina de Escocia. El poder de la imaginación ha afrancesado este país en el siglo XVI.

El terrible defecto de la sociedad inglesa, el que en un día dado crea mayor cantidad de tristeza que la deuda y sus consecuencias, y también que la guerra á muerte de los ricos contra los pobres. Frase es ésta que alguien me decía este otoño en Croydon, en presencia de la bella estatua del obispo : «En el mundo, ningún hombre quiere adelantarse por miedo de ser engañado en su esperanza».

(1) Lo mismo ocurre en América. En Escocia, hay gran exhibición de los títulos. (N. del A.)

¡ Juzgúese qué leyes, bajo el nombre de pudor, deben imponer tales hombres á sus mujeres y á sus amantes !

CAPÍTULO XLIX

ESPAÑA

Andalucía es una de las más agradables mansiones que la voluptuosidad ha escogido sobre la tierra. Conozco tres o cuatro anécdotas que prueban de qué manera mis ideas sobre los cuatro actos de locura diferente, cuyo conjunto forma el amor, son verdaderas en España; pero me aconsejan sacrificarlas á la delicadeza francesa. He tenido que protestar que escribía en lengua francesa, pero no en literatura francesa. ¡ Dios me ¡ibre de tener nada de común con los literatos estimados ho) !

Los moros, al abandonar á Andalucía, han dejado en ella su arquitectura y casi sus costumbres. Puesto que me es imposible hablar de las últimas en el idioma de Madame de Sevigné, hablaré al menos de la arquitectura morisca, y diré que su principal rasgo consiste en hacer que cada casa sea un pequeño jardín, rodeado de un pórtico elegante y esbelto. Allí, en los calores insoportables del verano, cuando durante semanas enteras el termómetro de Reaumur no desciende y se sostiene á treinta grados, rema bajo los porches una obscuridad deliciosa. En medio del pequeño jardín hay siempre un surtidor de agua, cuyo ruido uniforme y voluptuoso es el único que turba este retiro encantador. La taza de marmol está rodeada de una docena de naranjos y de laureles rosa. Una tela espesa, en forma de tienda de campaña, cubre todo el jardín, y

protegiéndole contra los rayos del sol y de la luz no deja penetrar más que las brisas que hacia el mediodía vienen de las montañas.

Allí viven y reciben las encantadoras andaluzas un andar tan vivo y tan liegro ; un sencillo traje de seda negra, guarnecido de franjas del mismo color, y que deja asomar el comienzo de un encantador piececito; un color pálido y unos ojos donde se reflejan todos los matices fugitivos de las pasiones más tiernas y ardientes : tales son los seres celestiales que me está prohibido hacer entrar en escena.

Yo considero el pueblo español como el representante vivo de la Edad Media.

El ignora una multitud de pequeñas verdades (que constituyen la vanidad pueril de sus vecinos), pero sabe perfectamente las grandes y tiene bastante carácter y talento para seguir sus consecuencias hasta en sus efectos más lejanos. El carácter español hace un magnífico contraste con el espíritu francés : duro, brusco, poco elegante, lleno de un orgullo salvaje, jamás se ocupa de los demás, y es exactamente el contraste del siglo XV con el XVIII.

España me es muy útil para una comparación oportuna. El único pueblo que ha sabido resistir á Napoleón me parece completamente puro de honor necio y de lo que hay de necio en el honor.

En vez de hacer bellas ordenanzas militares, cambiar de uniforme cada seis meses y llevar grandes espadas, tiene el general Noimporta (1).

CAPÍTULO L

DEL AMOR ALEMÁN

Si el italiano siempre agitado entre el odio y el amor, vive de pasiones, y el francés de vanidad, de imaginación es de lo

(1) Véanse las encantadoras Cartas de Pecchio. Italia está llena de gentes de este vigor moral» pero en vez de producirse se mantienen tranquilos : Paese dvlla viriu sconosciuia. {N. del A.)

Ljue viven los buenos y sencillos descendientes de los germanos. Apenas han adquirido los intereses sociales más directos y más necesarios á su subsistencia, se les ve lanzarse á lo que ellos llaman su filosofía, esto es, una especie de locura dulce, amable y sobre todo sin hiel. Voy á citar, no de memoria, sino sobre notas rápidas, una obra que, aunque hecha en un sentido de oposición, muestra á las claras, hasta por las admiraciones del autor, el espíritu militar en todo su frenesí : es el viaje á Austria por Cadet-Gassicourt en 1809. ¿Qué hubiera dicho el noble y generoso Desaix, si hubiera visto el egoísmo puro del 95, conducir á este egoísmo execrable?

Dos amigos se encontraban juntos en una batería, en la batalla de Tala vera, uno como capitán comandante, y el otro como teniente. Llegó una bala que derribó al capitán. «Bueno, dijo el teniente todo gozoso, Francisco se ha muerto, ahora me toca á mí ser capitán.» «Todavía no está todo hecho, gritó Francisco volviendo á levantarse». No había muerto, sólo había quedado aturdido por el golpe. El teniente, como su capitán, eran los mejores muchachos del

mundo, fiero un poco bestias; entusiastas del emperador; el ardor de la batalla y el egoísmo furioso que este hombre había sabido despertar, decorándolo con el nombre de gloria, les hacían olvidar la humanidad.

En medio del espectáculo severo dado por tales hombres, al disputarse, en las paradas de la Schoenbrun, una mirada del señor y un título de barón, he aquí cómo el boticario del emperador describe el amor alemán y página 188); «Nada hay más complaciente ni más dulce que una austríaca. En ella el amor es un culto, y cuando toma afecto á un francés, le adora en toda la extensión de la palabra. Hay mujeres ligeras y caprichosas en todas partes, pero en general las vienesas son fieles y no son coquetas; cuando ■digo que son fieles, debe entenderse respecto al amante es-

cogido por ellas, porque los maridos son en Viena como en todas partes.»

7 Junio 1809.

La mujer más bella de Viena ha admitido el homenaje de un amigo mío, el señor M..., capitán agregado al cuartel general del emperador. Es un joven agradable, muy ingenioso, pero ni su tipo, ni su figura, ofrecen nada de notable.

Desde hace algunos días, su joven amiga causa la más viva sensación entre nuestros brillantes oficiales de Estado Mayor que pasan su vida huroneando todos los rincones de Viena.

Porfían á quién será el más atrevido; todas las astucias de guerra han sido empleadas, y la casa de la dama ha sido puesta en estado de sitio por los más gallardos y los más ricos. Los pajes, los brillantes coroneles, los generales de la guardia, los príncipes mismos, iban á perder tiempo bajo las ventanas de la dama y á dejar dinero á sus criados.

Todos han sido despedidos. Estos príncipes no estaban acostumbrados á encontrar mujeres crueles ni en París, ni en Milán. Como yo me riera de su fracaso con esta encantadora joven, me decía ella : Pero Dios mío, es que no saben que amo á M. M... ?

He aquí una conversación extraordinaria y muy indecente :

Página 290 : «Cuando estábamos en Schoenbrunn, noté que dos jóvenes afectos al emperador no recibían á nadie en su aposento en

Viena. Nosotros nos chanceábamos bastante por esta discreción. Uno de ellos me dijo un día : «No tendré secretos para usted ; una joven de la ciudad, se ha entregado á mí, bajo la condición de que no abandonará jamás mi aposento, y que yo no recibiré á nadie sin su permiso.» Tuve curiosidad, dice el viajero, por conocer á esta reclusa voluntaria y mi cualidad de médico me dió, como en Oriente, un pretexto honrado; acepté un almuerzo que me ofreció mi amigo. Encontré una mujer muy enamorada, que tenía un

gran cuidado de la casa, no deseando salir aunque la estación invitaba á ello, y además convencida de que su amante la llevaría á Francia.

El otro joven, que tampoco se encontraba jamás en su casa en la ciudad, pronto me hizo una confidencia parecida. Vi también á su dama; como la primera, era rubia, bastante bonita y muy bien formada.

«Una de ellas, de edad de dieciocho años, era hija de un tapicero bien acomodado; la otra, que tenía cerca de veinticuatro años, era la esposa de un oficial austríaco que hacía la campaña en el ejército del archiduque Juan. Esta última llevó el amor hasta lo que á nosotros nos parecería heroísmo en este país de vanidad. No solamente su amigo le fué infiel, sino que se encontró en el caso de hacerle las confesiones más escabrosas. Ella le cuidó con una abnegación perfecta y afectándose por la gravedad de la enfermedad de su amante, que estuvo en peligro ; acaso le quiso más desde entonces.»

«Se comprende que siendo extranjero y vencedor, y habiéndose retirado á nuestra aproximación toda la alta sociedad de Viena á sus tierras de Hungría, no he podido observar el amor en las clases elevadas, pero he visto bastante para convencerme que no es el amor como en París.

Este sentimiento es considerado por los alemanes como una virtud, como una emanación de la divinidad, como una cosa mística. Este amor no es vivo, celoso, impetuoso y tiránico como el de la italiana; es profundo y se parece al iluminismo; hay mil leguas de éste al cant de Inglaterra.»

((Hace algunos años un sastre de Leipzig, en un acceso de celos, esperó á su rival en el jardín público y le dió de pm fialadas. Se le

condenó á muerte. Los moralistas, fieles á la bondad y á la facilidad de emoción de los alemanes, discutieron el veredicto, lo juzgaron severo, y, estableciendo una comparación entre el sastre y Orosmano, se apiadaron

■de su suerte. No se pudo, sin embargo, reformar el fallo. Pero el día de la ejecución, todas las jóvenes de Leipzig, vestidas de blanco, se reunieron y acompañaron al sastre al cadalso, arrojando flores á su paso.»

«Nadie juzgó extraña esta ceremonia; sin embargo, en un país que cree ser razonador, podía decirse que honraban una especie de homicidio. Pero era una ceremonia, y todo lo que es ceremonia, está seguro de no ser ridículo en Alemania. Ved las ceremonias de las cortes de los pequeños príncipes, que nos hacían morir de risa y que resultan imponentes en Meimungen ó en Koethen. Ellos ven en los seis guardabosques que desfilan delante de su pequeño príncipe, á los soldados de Hermann marchando al encuentro de las legiones de Varo el romano (1).

iiDiferencia de los alemanes con todos los demás pueblos r ellos se exaltan por la meditación en vez de calmarse, y mueren de deseo de tener carácter.»

«La residencia de las cortes, ordinariamente tan razonables al desarrollo del amor, lo embrutece en Alemania. No tenéis ideas de las minuciosidades incomprensibles y de las pequeñeces que forman lo que se llama una corte de Alemania (2) hasta las de los mejores príncipes (Munich 1020).»

«Cuando llegábamos con el Estado Mayor á una ciudad de Alemania, al cabo de la primera quincena, las damas habían hecho su elección. Pero esta elección era constante, y he oído decir que los franceses eran el escollo de muchas virtudes irreprochables hasta entonces.»

Los jóvenes alemanes que encontré en Gottinga, Dresde, Koenisberg, etc., están educados en sistemas llamados filosóficos, que no ^n más que una poesía oscura y mal escrita.

(1)

Hermauninfuéléelticélebreferogermánico,3.en:nlatíninArminius,^a»quei* venció al caudillo Varo en la batalla de Teofoburg. {N. del T.)

(!) Véanse las Memorias de la más grave de Bayteniti y Veinte años de estancia en Berlín, por Thiébaud. (N. del A.)

pero con un aspecto moral de la más alta y santa sublimidad. Me figuro que han heredado de su Edad Media, no el republicanismo y la desconfianza como los italianos, sino una gran inclinación al entusiasmo y á la buena fe. Por eso tienen cada diez años un nuevo grande hombre que debe obscurecer á todos los otros: Kant, Steding (1), Fichte, etc. (¿).

Lutero hizo un llamamiento poderoso al sentido moral, y los alemanes se batieron treinta años seguidos por obedecer á su conciencia. Bella palabra y bien respetable, por absurda que sea la creencia ; digo, respetable hasta para el artista. Piénsese en los combates que se libraron en el alma de S... entre el tercer mandamiento de la ley de Dios : No matarás, y lo que él creía el interés de la patria. Se observa un entusiasmo místico por las mujeres y por el amor hasta en Tácito, si este escritor no ha hecho únicamente una sátira de Roma (3)

Apenas se recorren quinientas leguas en Alemania, se distingue en este pueblo, desunido y destrozado, un fondo de entusiasmo, dulce y tierno, más bien que ardiente é impetuoso. Si no se viese claramente esta disposición, podrían leerse tres ó cuatro de las novelas de Lafontaine, á quien la hermosa Luisa, reina de Prusia, hizo canónigo de Magdeburgo en recompensa de haber pintado tan bien la oída tranquila (4).

Veo una nueva prueba de esta disposición común de los

(1) Nos figuramos que este Steding es el filósofo Schelling mal ortografiado. {N. del T.)

(2) Véase en 1821 su entusiasmo por la tragedia del Triunfo de U cruz (a) que hace olvidar á Guillermo Tell. (N. del A.)

(a) De nuestro Calderón de la Barca. (N. del T.)

(3) He tenido la felicidad de encontrar un hombre del talento más vivo y al mismo tiempo que sabe tanto como diez sabios alemanes y exponen lo que ha descubierto en términos claros y precisos. Si M. J. imprime su obra, veremos á la Edad Media salir radiante de luz y la amaremos. {N. del A.)

(4) Título de una de las fábulas de Lafontaine. La vie paisible ; otro gran rasgo de costumbres alemanas es el ambiente del italiano,

esto es la crítica fisiológica del drosi ruso 6 del horseback inglés.
{N. dci A.)

alemanes en el Código austríaco, que exige la confesión del culpable para el castigo de casi todos los crímenes. Este Código, calculado para un pueblo donde los crímenes son raros y más bien un acceso de locura en un ser débil, que la consecuencia de un interés impetuoso, razonado y en guerra constante con la sociedad, es precisamente lo contrario de lo que necesita Italia, donde se trata de implantarlo ; pero esto es un error de personas honradas.

He visto á los jueces alemanes en Italia desesperarse de la sentencia de muerte ó su equivalente, la cadena perpetua, que estaban obligados á pronunciar sin la confesión de los culpables.

CAPÍTULO LI

UNA JORNADA EN FLORENCIA

Florenxia, 12 Febrero 1819.

Esta tarde encontré en un palco á un hombre que tenía algo que solicitar á un magistrado de cincuenta años. Su primera pregunta ha sido ésta : ((¿Quién es su querida?») ¿C/í- aüvicina adesso} Aquí, todos estos asuntos son del dominio ducirse que está basada en la justicia, sin casi nada de conducirse que está basada en la justicia, sin casi nada de convencional, ó de otra manera se es un porco (puerco). «¿Qué hay por aquí de nuevo?», preguntaba ayer uno de mis ami gos al llegar de Volterre. Después de una palabra de lamentación enérgica sobre Napoleón y los ingleses, añade con eJ tono del más vivo interés : «La Vitteleschi ha cambiado de amante; ese pobre Gherardesca se desespera.» «¿A quién ha elegido cihora?» «A Montegalli, ese guapo oficial de bigotes que tenía la princesa Colonna; vedle allá abajo.

en el parterre, clavado bajo su palco; está allí toda la noche, porque el marido no quiere verle en su casa, y veréis cerca de la puerta al pobre Gherardesca paseándose tristemente y contando de lejos las miradas que la infiel lanza á su sucesor. Está muy cambiado y completamente desesperado, y es en vano que sus amigos quieran enviarlo á París y á Londres. Se siente morir, dice él, á la sola idea de dejar á Florenxia.»

Cada año hay veinte desesperados semejantes en la alta sociedad ; yo les he visto durar tres ó cuatro años. Estos pobres diablos no tienen ninguna vergüenza, y toman por confidente á toda la tierra. Por lo demás, hay poca sociedad aquí, y aun cuando se ama no se va más lejos. No se crea que las grandes pasiones y las almas grandes sean comunes en ninguna parte; solamente corazones más ardientes y menos debilitados por los mil pequeños cuidados de la vanidad, encuentran en esto placeres deliciosos, aun en las especies subalternas del amor. He visto el amor-capricho, por ejemplo, causar transportes y momentos de embriaguez que la pasión más grande jamás ha llevado bajo el meridiana de París (1).

Yo notaba esta tarde que hay nombres propios en italiano para mil circunstancias particulares del amor, que en francés exigirían perifrases que no acabarían nunca : por ejemplo, la acción de volverse bruscamente cuando desde el parterre se mira en el palco á la mujer que se desea, ó cuando el marido ó la sirvienta se aproximan á la baranda del palco.

He aquí los rasgos principales del carácter de este pueblo ;

1) La atención, acostumbrada á estar al servicio de las personas profundas, no puede moverse rápidamente, y ésta es la diferencia más notable entre el francés y el italiano. Es

(1) De ' este París que ha dado al mundo > Voltaire, Moliere y tanto*1 hombres distinguidos por el talento ; pero no puede tenerse todo y habría poco talento en tomarlo de broma.

preciso ver á un italiano embarcarse en una diligencia ó hacer un pago; ahí se muestra la furia francesa; por eso es por lo que un francés de los más vulgares, con tal que no sea un fatuo ingenioso á lo Démasure, parece siempre un ser superior á una italiana. (El amante de la Princesa D... en Roma.)

2) Todo el mundo hace el amor, y no en secreto como en Francia; el marido es el mejor amigo del amante.

3) Nadie lee.

4) No hay sociedad. Un hombre no cuenta, para ocupar y llenar su vida, con la felicidad que siente cada día durante dos horas de conversación y el juego de vanidad en tal ó cual casa. La palabra causerie no se traduce en italiano. Se habla cuando se tiene algo

que decir para el servicio de una pasión, pero rara vez se habla para hablar bien y de cualquier asunto.

5) El ridículo no existe en Italia.

En Francia tratamos de imitar todos el mismo modelo, y yo soy juez competente del modo cómo otro lo copia (1). En Italia, yo no sé si esta acción singular que veo hacer no causa placer á aquel que la hace, y que acaso no me la causaría á mí tampoco.

Lo que es afectado en el lenguaje ó en las maneras en Roma, es de buen tono ó ininteligible en Florencia, que está á cincuenta leguas. Se habla francés en Lyon como en Nantes. El veneciano, el napolitano, el genovés y el piemontés, son lenguas casi enteramente diferentes, y solamente hablada por gentes que han convenido en no imprimir jamás más que un idioma común, el que se habla en Roma. Nada es tan absurdo como una comedia cuya escena está en Milán y cuyos personajes hablan romano. La lengua italiana, mucho más perfecta para ser cantada y hablada, no se sosten

(1) Esta costumbre de los franceses, que cada vez disminuye más, alejará de nosotros los héroes de Molière. (N. del A.)

drá contra la claridad francesa que la invade, más que por la música.

En Italia, el temor del pacha y de sus espías hace estimar lo útil-, no hay honor necio (1), y éste está reemplazado por una especie de odio á la sociedad llamado petegolismo.

En fin, hacer el ridículo es crearse un enemigo mortal, cosa bastante peligrosa en un país donde la fuerza y el oficio de los gobernantes se limita á arrancar el impuesto y á castigar todo lo que sobresale.

6. El patriotismo de antecámara.

Este orgullo que nos lleva á buscar la estimación de nuestros conciudadanos y á formar gremio con ellos, expulsado de toda noble empresa hacia el año 1550, por el despotismo»# envidioso de los pequeños príncipes de Italia, ha dado nacimiento á un producto bárbaro, á una especie de Caliban, á un monstruo lleno de furor y de necedad ; el patriotismo de antecámara, como decía Turgot á propósito del sitio de Calais {el soldat laboureur de aquel tiempo). He visto á este monstruo embrutecer á las gentes de más talento.

Por ejemplo, un extranjero será malquisto hasta de las mujeres bonitas si á éste se le ocurre encontrar defectos en el pintor ó poeta de la ciudad, y se le dice con bastante seriedad que no hay por qué venir á un país para burlarse de él, y se cita con este motivo una frase de Luis XIV sobre Versalles.

En Florencia se dice : il nostro Benvenuti, como en Brescia il nostro Arrici ; ellos ponen sobre la palabra nostro cierto énfasis contenido y, sin embargo, bien cómico, casi como el Miroir hablando con unción de la música nacional y de Monsigny, el músico de Europa.

Para no reírse en las narices de estos bravos patriotas, es preciso recordar que por consecuencia de las discusiones de

(!) Todas las infracciones á este honor son ridiculas en las sociedades burguesas en Francia. (Véase La Petite Ville, de Picard). (TV. del A.)

la Edad Media, envenenadas por la política atroz de los Papas (1), cada ciudad odia mortalmente á la ciudad vecina, y el nombre de los habitantes de ésta pasa siempre, en la primera, por sinónimo de algún grosero defecto. Los Papas han sabido hacer de este hermoso país la patria del odio.

Este patriotismo de antecámara es la gran llaga moral de Italia, tifus deletéreo que tendrá aún efectos funestos mucho tiempo después de haber sacudido el yugo de sus pequeños p... (2) ridículos (3). Una de las formas de este patriotismo es el odio inexorable hacia todo lo que es extranjero. Por esta razón les parecen los alemanes brutos, y se ponen furiosos cuando se les dice : (¿Qué ha producido Italia en el siglo XVIII que se iguale á Catalina II ó á Federico el Cran de' } t Dónde tenéis un jardín inglés comparable al menor jardín alemán, vosotros que, por vuestro clima, tenéis una verdadera necesidad de sombra?»

7) Al contrario de los ingleses y de los franceses, los italianos no tienen ningún prejuicio político; se sabe allí de memoria el verso de Lafontaine :

8) Pondré, por último rasgo de carácter, la intolerancia en la discusión y la cólera desde el momento en que no se

«Nuestro amigo es nuestro M.» (4)

La aristocracia, apoyándose en el clero y en las sociedades bíblicas, es para ellos un viejo juego de manos que les hace reír. En desquite, un italiano tiene necesidad de tres meses de estancia en Francia para saber cómo un comerciante de tejidos puede ser ultramontano.

(1) Véase la excelente y curiosa Histoire du christianisme, de Potter. (N. del A.)

(2) Príncipes se enriende que ha querido decir aquí Stendhal; pero en su calidad de diplomático no se atreve. (N. del T.)

(3) 1822. [N. del A.]

(4) Madre quiere decir aquí, ó sea señor 6 amo. (N. del 7.)

8) Pondré, por último rasgo de carácter, la intolerancia en la discusión y la cólera desde el momento en que no se encuentra á mano un argumento que lanzar contra el del adversario. Entonces se les ve palidecer. Esta es una de las formas de la extrema sensibilidad, pero no es una de sus formas amables; por consiguiente, es una de aquéllas que yo admito más gustosamente como prueba de su existencia.

He querido ver el amor eterno, y después ¿Te muchas dificultades obtuve ser presentado al caballero C... y á su amante, al lado de la cual vive desde hace cincuenta y cuatro años. Salí enternecido de casa de estos amables viejos ; he aquí el arte de ser feliz, arte ignorado de tantos jóvenes.

Hace dos meses que he visto á Monseñor R..., del cual he sido bien recibido porque le llevaba las Minervas. Estaba en su casa de campo con Madame D..., que es su awici- na, como allí se dice, desde hace treinta y cuatro años. Toj davía es bella; pero hay un fondo de melancolía en esta hogar que se atribuye á la pérdida de un hijo, envenenada hace tiempo por el marido.

Aquí, hacer el amor no es como en París; ver á su amante un cuarto de hora cada semana, y el resto del tiempo cruzar una mirada ó un apretón de manos; el amante, el feliz amante pasa cuatro ó cinco horas cada día con la mujer que ama. El le habla de sus proyectos, de su jardín inglés, de sus partidas de caza, etc., etc. Es ésta la intimidad más completa y más tierna; él la tutea en presencia del marido y en todas partes.

Un joven de este país, y bastante ambicioso, según él creía, llamado á ocupar un gran puesto en Viena (nada menos que de embajador), no ha podido habituarse á la ausencia. Dejó el puesto al cabo de seis meses, y ha vuelto á ser feliz en el alojamiento de su amiga. Este trato de todos los instantes sería molesto en Francia, donde es nece-

sario ostentar en el gran mundo cierta afectación, y donde vuestra amante os dice : «Señor tal; estáis callado esta tarde ; no decís nada.n En Italia no se trata más que de decir á la mujer que se ama todo lo que pasa por la cabeza; hay que pensar en alta voz, literalmente. Hay un cierto efecto nervioso de la intimidad y de la franqueza, que provoca la franqueza que no se puede alcanzar más que de este modo. Pero existe un gran inconveniente : se advierte que hacer el amor de esta manera paraliza todos los gustos y hace insípidas todas las demás ocupaciones de la vida.

Nuestras gentes de París, que aún no acaban de concebir que se pueda ser persa, no sabiendo qué decir, gritarán que estas costumbres son indecentes. Desde luego, yo no soy más que historiador, y además, me reservo demostrar un día, por medio de pesados razonamientos, lo que hay en cuestión de costumbres y en el fondo de las cosas, París no debe nada á Bolonia. Sin duda, estas pobres gentes no hacen más que repetir todavía su catecismo de quince céntimos.

12 Julio 1912.

En Bolonia no hay odios en la sociedad. En París, el papel de marido engañado es execrable ; aquí (en Bolonia) no hay nada de eso ; no hay maridos engañados. Las costumbres son, sin embargo, las mismas; no tienen más que el odio de menos, el caüalieri servente de la mujer es siempre amigo del marido; y esta amistad, cimentada por servicios recíprocos, sobrevive á menudo á otros intereses. La mayor parte de estos amores duran cinco ó seis años; algu nos, siempre. Se deja, en fin, cuando no se halla dulzura en decirse todo, y pasado el primer mes de la ruptura, no hay acritud entre los antiguos amantes.

La antigua moda de los caballeros servidores (cavalieri servente), importada en Italia por Felipe II, con el orgullo y las costumbres españolas, está completamente en desuso

en las grandes ciudades. Yo no conozco más excepción que los calabreses, donde el hermano mayor se hace sacerdote, se casa el segundo y se establece en cavalieri serüenle de su cuñada y al mismo tiempo en amante.

Febrero 1822.

Napoleón ha suprimido el libertinaje en la alta Italia, y asimismo en este país (Ñapóles) (1).

Las costumbres de la generación actual de mujeres bonitas causa vergüenza á sus madres; son las de ahora más favorables al amor-pasión. El amor físico ha perdido mucho (2).

CAPÍTULO LI (BIS)

EL AMOR EN LOS ESTADOS UNIDOS

Un Gobierno libre es un Gobierno que no hace daño á los ciudadanos, sino que, por el contrario, les da la seguridad y la tranquilidad. Pero hay mucha distancia de esto á la felicidad, la cual es preciso que la cree el hombre mismo, pues sería un alma bien grosera aquella que se sintiera perfectamente feliz porque gozara de la seguridad y de la tranquilidad. Nosotros confundimos estas cosas en Europa, sobre todo en Italia; acostumbrados como estamos á Gobiernos que nos oprimen, nos parece que ser libres sería la

(1) A pesar de las diatribas de algunos detractores del monstruo.
(N. del T.)

(2) Hacia 1780, la máxima era :

Molti avente, . Un goderne, E cambiar spesso.

(Tener muchas, gozar lina y cambiar con frecuencia.) (N .del A. y del T.)

suprema felicidad, semejantes en esto á enfermos molestados por males crónicos y dolorosos. El ejemplo de América prueba perfectamente lo contrario. Allí el Gobierno se paga bastante de su oficio, y no hace daño á nadie. Pero como si el destino quisiera desconcertar y desmentir toda nuestra filosofía, ó más bien, acusarla de no conocer todos los elementos del hombre, alejados como estamos desde hace tantos siglos por el desgraciado estado de Europa de toda verdadera experiencia, vemos que aún cuando la

desgracia precedente de los Gobiernos falta á los americanos, parecen sentir su vacío en sí mismos. Se diría que la fuente de la sensibilidad se agota en estas gentes.

Son justos, son razonables, pero no son felices.

L. B. (1), es decir, las ridículas consecuencias y reglas de conducta que espíritus extravagantes deducen de esta colección de poemas y canciones, ¿basta por sí misma para causar esta desgracia? El efecto me parece bien considerable para la causa.

Volney contaba que, encontrándose á la mesa, en el campo, en casa de un bravo americano, hombre acomodado y rodeado de hijos ya mayores, entró un joven en la sala. «Buenos días, William, dijo el padre de familia, sentóos.» El viajero preguntó quién era este joven: «Es el segundo de mis hijos.» «¿Y de dónde viene?» «De Cantón.» ((La llegada de un hijo del otro extremo del mundo no hacía más sensación.

Toda la atención parecía empleada en los cuidados razonables de la vida y en prevenir todos los inconvenientes; llegados, al fin, al momento de recoger el fruto de tantos cuidados y de un tan perseverante espíritu de orden, no queda vida para gozar.

(1) La Biblia, quiso decir Stendhal y acaso no le dejó la censura (N. del T.i

Se diría que los hijos de Penn no han leído jamás este verso que parece su historia :

El propter vitam, vivendi perdere causas (1).

Los jóvenes de ambos sexos, cuando llega el invierno, que, como en Rusia, es la estación alegre del país, corren juntos en trineos sobre la nieve, por el día y por la noche; hacen carreras de quince ó veinte leguas, bastante alegremente y sin nadie que les vigile, y no resulta jamás ningún desaguizado.

Hay la alegría física de la juventud, que pasa bien pronto con el calor de la sangre y que se acaba á los veinticinco años; pero no veo las pasiones que hacen gozar. Hay tanto hábito de razón en los Estados Unidos, que la cristalización se hace imposible.

Admiro esta felicidad y no la deseo, es como la felicidad de seres de especie diferente é inferior. Auguro mucho mejor de las Floridas y de la América meridional (2).

Lo que fortifica mi conjetura sobre la del Norte es la falta absoluta de artistas y de escritores. Los Estados Unidos no nos han dado todavía una escena de tragedia, un cuadro ó una biografía de Washington.

(1) (¡Y por la vida perder las causas de vivir» (estrofa de Propertio). (N. del T.)

(2) Considérense las costumbres de las Islas Azores : el amor de Dios y el humano ocupan todos los instantes de la vida. La religión cristiana, interpretada por los jesuítas, es mucho menos enemiga del hombre, en tal sentido, que el protestantismo inglés, porque, á lo menos, permite bailar el domingo, y un día de placer entre siete vale y significa mucho para el labrador, que trabaja los otros ses. (N. del A.)

CAPÍTULO LI (BIS 2)

DEL AMOR EN PROVENZA HASTA LA CONQUISTA DE TOLOSA EN (1328) POR LOS BÁRBAROS DEL NORTE

El amor tuvo una singular forma en Provenza desde el año 1100 hasta el 1328. Había una legislación establecida para las relaciones de los dos sexos en amor, legislación tan severa y tan exactamente cumplida como pueden serlo hoy las leyes del puntillo de honra. Las leyes del amor hacían obstrucción completa á los derechos sagrados de los maridos. No suponían ninguna hipocresía. Estas leyes, considerando la naturaleza tal como es, llegaban á producir mucha felicidad.

Había el modo oficial de declararse enamorado de una mujer y de ser aceptado por ella en calidad de amante. Después de hacerle varios meses la corte, se obtenía besarle la mano. La sociedad, joven aún, se complacía en las formalidades y ceremonias que entonces mostraba la civilización, y que hoy haría morir de fastidio. El mismo carácter se encuentra en el idioma de los provenzales; en la dificultad y enlazamiento de sus rimas; en sus palabras masculinas y femeninas para expresar el mismo objeto; en fin, en el número infinito de sus poetas. Todo lo que es forma en la sociedad, que hoy es tan insípida, tenía entonces la frescura y el sabor de la novedad.

Después de haber besado la mano de una mujer se adelantaba grado por grado á fuerza de mérito y sin malos pasos. Es preciso

notar que si los maridos estaban siempre fuera de la cuestión, por otro lado el progreso oficial de los amantes deteníase en lo que nosotros llamaríamos las dulzuras de la amistad más tierna entre personas de diferente sexo. Pero después de varios meses ó de varios años de prueba, una mu-

jer, estando perfectamente segura del carácter y de la discrección de un hombre, y este hombre, teniendo con ella todas las apariencias y todas las facilidades que da una amistad tierna, esta amistad debía causar á la virtud grandes alarmas,

Hablé de malos pasos, esto es, que una mujer podía tener varios amantes, pero uno sólo en los grados superiores de amor. Parece que los otros no podían estar adelantados mucho más allá del grado de amistad, que consistía en besarla la mano y verla todos los días. Todo lo que nos queda de esta singular civilización está en versos, y en versos rimados de la manera más barroca y más difícil : por eso no hay que asombrarse si las nociones que sacamos de la baladas de los trovadores son vagas y poco precisas. Se ha encontrado hasta un contrato de matrimonio en verso. Después de la conquista, en 1328, por causa de herejía, los papas prescribieron quemar todo lo que estaba escrito en lengua vulgar. La astucia italiana proclamaba el latín, la única lengua digna de gentes tan ingeniosas. Sería esto una medida muy ventajosa si se la pudiera renovar en 1822.

Tanta publicidad oficial en el amor parece á primera vista no estar de acuerdo con la verdadera pasión. Si la dama decía á su caballero : (dd, por amor mío, á visitar la tumba de Nuestro Señor en Jerusalem ; pasaréis allí tres años y volveréis en seguida» ; el amante partía al momento; titubear un instante le hubiera cubierto de la misma ignominia que hoy le cubriría una debilidad sobre un puntillo de honra. El lenguaje de estas gentes tiene una delicadeza extrema para reproducir los matices más fugitivos del sentimiento. Otra prueba de que estas costumbres estaban bastante adelantadas en el camino de la verdadera civilización, es que, apenas salidos de los horrores de la Edad Media y del feudalismo, donde la fuerza lo era todo, vemos al sexo débil menos tiranizado que lo está hoy legalmente ; vemos á las pobres y débiles criaturas que tienen más que perder en amor y cuyo,'

placeres desaparecen más pronto, dueñas del destino de los hombres que las acercan. Un destierro de tres años en Palestina, el paso de una civilización llena de alegría al fanatismo y al aburrimiento de un campamento de cruzados, le garran á ser para cualquiera que no fuese un cristiano exaltado un cambio bastante penoso. ¿Qué puede hacer á su amante una mujer cobardemente abandonada por él en París?

No veo aquí más que una respuesta : ninguna mujer de París que se respete tiene amante. Se ve que la prudencia tiene derecho á aconsejar á las mujeres de hoy que no se entreguen al amor-pasión. Pero otra prudencia que, segura-, mente, estoy lejos de aprobar, ¿no les aconseja vengarse con el amor-físico? Hemos ganado en nuestra hipocresía y en nuestro ascetismo (1), no como homenaje hecho á la virtud pues nunca se contraría impunemente á la naturaleza, sino que hay menos felicidad sobre la tierra é infinitamente menos inspiraciones generosas.

Un amante que, después de diez años de intimidad, abandonaba á su pobre querida porque se daba cuenta de que tenía treinta y dos años, quedaba sin honor en la amable Provenza, y no le quedaba otro recurso que retirarse á la soledad de un claustro. Un hombre, no generoso, sino simplemente prudente, tenía, pues, interés en no representar entonces más pasión que la que sentía.

Hemos adivinado todo esto porque nos quedan pocos monumentos que den nociones exactas...

Hay que juzgar el conjunto de las costumbres por algunos hechos particulares. Conocéis la anécdota de aquel poeta que había ofendido á su dama ; después de dos años de desesperación, ella se dignó, al fin, responder á sus numerosos» mensajes, y le mandó á decir que si se hacía arrancar una uña y le hacía presentar esta uña por cincuenta caballeros

(i) Principio ascético de Bentham. {N. del A.)

enamorado y fieles, podría acaso perdonarle. El poeta se precipitó á someterse á la dolorosa operación. Cincuenta caballeros, enamorados de sus damas, fueron á presentar esta uña á la bella ofendida con toda la pompa posible. Esta hizo una ceremonia tan imponente como la entrada de un príncipe de sangre real en una de las aldeas de su reino. El amante, cubierto de las libras del

arrepentimiento, seguía de lejos á su uña. La dama, después de haber visto realizarse toda la ceremonia, que fué bastante larga, se dignó perdonarle ; le reintegró en todas las dulzuras de su primera felicidad. La historia dice que pasaron juntos muchos y felices años. Seguro, los dos años de desgracia prueban una pasión verdadera, y la hubieran hecho nacer, aun cuando no hubiese existido anteriormente con esta fuerza.

Veinte anécdotas que podría citar demuestran siempre una galantería amable, espiritual, y guiada entre los dos sexos por los principios de la justicia; digo galantería porque en todo tiempo el amor-pasión es una excepción más curiosa que frecuente y no se le podrían imponer leyes. En Provenza, lo que puede haber de calculado y de sometido al imperio de la razón, estaba fundado sobre la justicia y sobre la igualdad de derechos entre los dos sexos, y he aquí lo que admiro, sobre todo, porque aleja la desgracia en lo posible. Por el contrario, la monarquía absoluta, bajo el reinado de Luis XV había conseguido poner de moda la perfidia en estas mismas relaciones (1).

Aunque esta bonita lengua provenzal, tan llena de delicadezas y tan atormentada por la rima (2), no fuese probablemente la del pueblo, las costumbres de la aristocracia habían pasado á las clases inferiores, muy poco groseras en

(1) Hay que haber oído hablar al amable general Lacroix* (Nápoles, 1602). Sí no se ha tenido esta felicidad,, puede abrirse la Fida primada det Mariscal de Richelieu (nueve volúmenes muy graciosamente redactados', (N. del >1.)

(2) Nacido en Narbona, mezcla de latín y de árabe, (N. del A.) aquel tiempo en Provenza, porque tenía mucho bienestar. Estaban en las primeras alegrías de un comercio bastante rico y próspero. Los habitantes de las orillas del Mediterráneo acababan de darse cuenta (en el siglo ix) que hacer el comercio aventuradamente con algunos barcos en este mar era menos penoso y casi tan entretenido como saquear á los caminantes en el camino real vecino, en el séquito de algún pequeño señor feudal. Poco después, los provenzales del siglo X vieron, por medio de los árabes, que había placeres más dulces que robar, violar y batirse.

Hay que considerar el Mediterráneo como la cuna de la civilización europea. Las costas felices de este mar grandioso, tan favorecido por el clima, lo eran también por el estado próspero de sus habitantes y por la ausencia de toda religión ó legislación triste. El genio eminentemente alegre de los provenzales de entonces, había atravesado la religión cristiana sin alterarse.

Vemos una viva imagen, de un efecto semejante de la misma causa, en las ciudades de Italia, cuya historia nos ha llegado de una manera más clara, y que, además, han sido bastante felices para legarnos el Dante, Petrarca y la pintura.

Los provenzales no nos han legado un gran poema como La divina comedia, en la cual vienen á reflejarse todas las particularidades de las costumbres de la época. Tenían, á mi parecer, menos pasión y mucha más alegría que los italianos. Habían heredado de sus vecinos, los moros de España, esta agradable manera de tomar la vida. El amor reinaba con la alegría, las fiestas y los placeres en los castillos de la feliz Provenza.

¿Habéis visto en la Opera el final de una ópera cómica de Rossini? Todo es alegría, belleza, magnificencia, ideal sobre la escena. Nos sentimos transportados á mil leguas de las vilezas de la naturaleza humana. La ópera acaba, el te-

lón cae, los espectadores se van y las luces se apagan. El olor de las lámparas mal apagadas llena la sala; el telón vuelve á levantarse á medias; se ven tunantuelos sucios y mal vestidos moverse sobre el escenario; se agitan allí de una manera horrible y ocupan los sitios de las jóvenes que lo llenaban con sus gracias hace un momento.

Tal fué para el reino de Provenza el efecto de la conquista de Tolosa por el ejército de los cruzados. En lugar de amor, de gracias y de alegría, han tenido á los bárbaros del Norte y á Santo Domingo. No envileceré las páginas de esta narración haciendo erizar los cabellos con los horrores de la Inquisición en todo el fervor de su juventud. En cuanto á los bárbaros, eran nuestros padres; mataban y lo saqueaban todo; destruían por el placer de destruir lo que no podían llevar; una rabia salvaje les animaba contra todo lo que llevaba alguna huella de civilización; sobre todo, no entendían una palabra de aquel bello idioma del Mediodía y su furor se redoblaba.

Bastante supersticiosos y guiados por el horrible Santo Domingo, creían ganar el cielo matando pro- venzales. Todo acabó para éstos; no más amor, no más alegría, no más poesía; menos de veinte años después de la conquista (1335), eran casi tan bárbaros y groseros como los franceses, como nuestros padres (1).

(De dónde había caído en este rincón del mundo esta encantadora forma de civilización, que durante dos siglos hizo la felicidad de las altas clases sociales? De los moros de España, al parecer.

(1) Véase el Estado del poder militar de Rmia, verídica obra del general sir Robert Wilson.

CAPÍTULO LII

LA PROVENZA EN EL SIGLO XII

Voy á traducir una anécdota de los manuscritos provenza- les ; el hecho que voy á contar tuvo lugar hacia el año 1180, y la historia fué escrita hacia el 1250 (1); la anécdota, seguramente, es bastante conocida : todo el colorido de las costumbres está en el estilo. Suplico que se me permita traducir literalmente y sin buscar de modo alguno la elegancia del lenguaje actual.

«Monseñor Raimundo de Rosellón fué un barón valiente, como sabéis, y tuvo por mujer á Madona Margarita, la más bella que han conocido en este tiempo, y la más dotada de todas las buenas cualidades, de todo valor y de toda cortesía. Sucedió, pues, que Guillermo de Cabstaing, que fué hijo de un pobre caballero del castillo de Cabstaing, vino á la corte de Raimundo de Rosellón, se presentó á él y le pidió que le diera un puesto en su corte. Monseñor Raimundo, que le vió hermoso, le dijo que fuese bienvenido y que permaneciera en su casa. Guillermo permaneció con él, y supo conducirse tan bien, que pequeños y grandes le amaban, y supo distinguirse tanto, que Monseñor quiso que fuese doncel de Margarita, su mujer, y así se hizo. Entonces se esforzó Guillermo en valer más en dichos y hechos. Pero así como suele suceder en Amor, se encontró con que Amor quiso apoderarse de Margarita y encender su pensamiento. Tanto le agradaba el modo de ser de Guillermo, sus palabras y su semblante, que no dudó en decirle un

día : «Vamos, dime, Guillermo, si una mujer te hiciese demostraciones de amor, ¿te atreverías á amarla?» Guillermo, que estaba preparado,

(!) El manuscrito está en la Biblioteca Laurentiana. Rayrrouard la refiere en el tomo V de sus Troubadours, página 189. Hay varias faltas en el texto; alaba demasiado y desconoce á los trovadores. {N. del A.)

le respondió francamente : «Sí, y haría bien, señora, con tal que las demostraciones dijese verdad.»

«¡Por San Juan!, respondió la dama, habéis contestado como un hombre de valor; pero ahora yo te quiero probar si podrás saber y conocer en cuestión de demostraciones cuáles son de verdad y cuáles no.»

Cuando Guillermo hubo oído estas palabras, respondió : «Señora, sea como deseáis.»

«Comenzó á estar pensativo, y Amor, bien pronto le buscó guerra, y los pensamientos que Amor envía á los suyos le penetraron en lo profundo del corazón, y de allí en adelante fué de los sirvientes de Amor, y empezó á hacer copliilas alegres y canciones para baile y cantables (1), por lo cual le quedaban muy agradecidos y más la que le amaba. Ahora bien, Amor, que concede á sus servidores su recompensa cuando le place, quiso dar á Guillermo el premio del suyo, y he aquí que empezaron á apoderarse de la dama tan fuereis pensamientos y reflexiones de Amor, que ni de día nide noche podía descansar, pensando en el valor y las proezas que tan en abundancia poseía Guillermo.»

«Un día sucedió que ¡a dama encontró á Guillermo y le dijo : «Guillermo, díme, ¿ya te has dado cuenta de si mi rostro manifiesta verdades ó mentiras ?» Guillermo respondió : «Señora, así Dios sea en mi ayuda, si desde el momento en que he sido vuestro servidor no me ha podido entrar en el corazón ningún pensamiento de que no seáis la mejor que ha nacido y la más verdadera en palabras y en obras. Eso creo y creeré toda mi vida.» Y la dama respondió:

«Guillermo, os digo que, si Dios me ayuda, no seréis por mí engañado, y que vuestros pensamientos no serán vanos ni perdidos.» Y extendió los brazos y lo abrazó dulcemente en la cámara donde estaban, y comenzaron á hacerse el amor;

(I) Componía la música y las palabras. (N. del A.)

y en seguida los maldicientes, á quien Dios castigue, pusiéronse á hablar de su amor, á propósito de las canciones que Guillermo hacía, diciendo que había puesto su amor en Madona Margarita, y tanto y tan mal hablaron, que la cosa llegó á oídos de Monseñor Raimundo.

Entonces él se sintió muy apenado y profundamente triste, primeramente porque había de perder á su compañero y escudero, á quien tanto quería, y más todavía por la vergüenza de su mujer.

Un día sucedió que Guillermo se había ido á la caza con un escudero solamente, y Monseñor Raimundo hizo preguntar dónde estaba, y un lacayo le respondió que había ido de caza, y tal como lo sabía, añadió que estaba en tal lugar. En el momento, Raimundo tomó sus armas ocultamente, y se hizo llevar su caballo, y emprendió solo el camino hacia el lugar donde Guillermo había ido ; tanto anduvo, que lo encontró. Cuando Guillermo le vió venir se asombró mucho, y en seguida se le ocurrieron pensamientos siniestros, y se adelantó á su encuentro, y le dijo : ((Sed bien venido, señor. (Cómo habéis venido solo?)) Monseñor Raimundo respondió : ((Es que vengo buscándoos para divertirme con vos. (No habéis cazado nada ?))

—Apenas he cogido nada, porque apenas encontré caza, señor, y quien poco encuentra, poco puede cazar, como dice el proverbio.

—Dejemos á un lado esta conversación—dijo Monseñor Raimundo—, y por la fe que vos me debéis, decid toda la verdad sobre los asuntos que yo os pregunte.

—Por Dios, señor—dijo Guillermo—; si son cosas que se pueden decir, con mucho gusto os las diré.

—Yo no quiero ahora ninguna sutileza, sino que me digáis completamente lo que yo os pregunte.

—Señor, de todo lo que queráis preguntarme os diré la verdad.

Y Monseñor Raimundo preguntó á Guillermo :

—Si Dios y la santa íe os vale, ¿tenéis una amante por quien cantáis ó por la cual Amor os aprisiona?

Guillermo respondió :

—Señor, y ¿cómo haría yo para cantar si no estuviera enamorado? Sabed la verdad. Monseñor, que Amor me tiene por

entero en su poder.

Raimundo respondió :

—Quiero creerlo, que de otra manera no podríais cantar tan bien; pero yo quiero saber, si os place, quién es vuestra dama.

—Ah, señor—dijo Guillermo—, en nombre de Dios ved lo que me preguntáis. Vos sabéis demasiado bien que no se debe nombrar la dama propia, y que Bernardo de Ventadous ha dicho :

En una cosa mi razón me sirve, que jamás nadie me ha preguntado sobre mi dicha que yo no le haya mentido gustosamente...

Porque eso no me parece buena doctrina, sino locura y acto de niño, que quien es bien tratado en amor quiera abrir su corazón á otro hombre, á menos que no sea para servirle y ayudarle (1).

Monseñor Raimundo responde :

—Yo os doy mi palabra de que os serviré según mi poder. Tanto dijo Raimundo, que Guillermo le respondió ;

—Señor, es preciso que sepáis que amo á la hermana de Madona Margarita, vuestra mujer, y que deseo me corresponda. Ahora que ya sabéis todo, os ruego vengáis en mi ayuda.

(1) Stendhal traduce aquí literalmente estas estrofas del provenzal al francés moderno, y, por lo tanto, como ya al salir de su idioma ingenuo y fragante del siglo XII (la época en que los trovadores pululaban por los campos áticos de Provenza, bajo las ventanas de los castillos), yo los traduzco al castellano sin rima ni metro, tal como se pueden traducir literalmente, perdiendo, claro está, toda su fragancia y encanto. (N. del T.)

—Tomad mi mano y mi palabra—dijo Raimundo—, porque yo os juro que emplearé todo mi poder para con vos.

Raimundo le dijo ;

—Quiero que vayamos á su castillo porque está cerca de aquí.

—Y yo os lo ruego por Dios Santo—dijo Guillermo.

Y así tomaron su camino hacia el castillo de Liet. Y cuando llegaron al castillo, fueron muy bien recibidos por un (1) Roberto de Tarascón, que era marido de Inés, hermana de Margarita, y por Inés misma.

Y Monseñor Raimundo tomó á Madona Inés de la mano y la llevó á su habitación, y se sentaron sobre el lecho.

Monseñor Raimundo dijo :

—Ahora decidme, por la fe que me debéis, ¿estáis enamorada ?

Y ella respondió:

—Sí, señor.

—¿Y á quién amáis)

—Eso no os lo diré—respondió ella—; y, ¿por qué me preguntáis eso?

((Al fin, tanto le rogó, que ella dijo que amaba á Guillermo de Cabstaing, y dijo eso porque veía á Guillermo triste y pensativo, y sabía bien que él amaba á su hermana, y por esta razón, temía que Raimundo tuviese malos pensamientos con respecto á Guillermo. Tal respuesta causó una gran alegría á Raimundo. Inés le contó todo á su marido y el marido le respondió que había hecho bien, y le dió palabra que la dejaba en libertad de decir ó hacer todo lo que pudiera salvar á Guillermo. Inés no dejó de hacerlo. Llamó á Guillermo á su aposento, y tanto estuvo con él que Raimundo creyó que había gozado de ella, y todo esto le agradaba, y comenzó á pensar que lo que se le había dicho de él no

(!) En, manera de hablar entre los provenzales, que traducimos por sire. (jV. del A.)

era verdad. Inés y Guillermo salieron de la habitación, se sirvió la cena y se cenó con gran alegría. Y después de cenar, Inés puso el lecho de los dos próximo á la puerta de su alcoba, y tan bien fingieron la dama y Guillermo, que Raimundo creyó que éste se había acostado con ella.»

((A la mañana siguiente almorzaron en el castillo, con gran alegría, y después del almuerzo partieron con todos los honores debidos á un noble huésped y volvieron á Rosellón. Y tan pronto como Raimundo pudo, se separó de Guillermo, y corrió á su mujer, y le contó todo lo que había visto de Guillermo y de su hermana, de lo que tuvo su mujer una gran tristeza toda la noche. A la mañana siguiente, la señora mandó á llamar á Guillermo, y le recibió mal, y le llamó falso amigo y traidor. Y Guillermo le pidió perdón, como hombre, de que no había cometido falta alguna de que acusarse, y le contó todo lo que había pasado, palabra por palabra. Y la mujer preguntó á su hermana, y por ella supo que Guillermo no había obrado mal. Y por eso ella le dijo y mandó que compusiera una

canción por la cual mostrase que no amaba á ninguna mujer excepto á ella ; y entonces hizo la canción, que dice así :

El dulce pensamiento, que con frecuencia Amor trae...

Y cuando Raimundo de Rosellón oyó la canción que Guillermo había hecho para su mujer le llevó, para hablarle, bastante lejos del castillo y le cortó la cabeza, que puso en un plato, y le sacó el corazón del cuerpo y lo puso junto con la cabeza. Volvió al castillo é hizo asar el corazón y que se lo sirviesen en la mesa á su mujer, y se lo hizo comer sin que ella lo supiera.

Cuando lo hubo comido, Raimundo se levantó y dijo á su mujer que lo que acababa de comer era el corazón del señor Guillermo de Cabstaing, y le mostró la cabeza y le preguntó

si el corazón le había sabido bien. Y ella entendió lo que él decía, y vió y conoció la cabeza de Guillermo. Y respondióle que el corazón había estado tan bueno y tan sabroso, que ninguna otra comida ó bebida le quitaría de la boca el gusto que el corazón de Guillermo le había dejado en ella. Y Raimundo corrió á ella con una espada, y ella, al tratar de huir, se arrojó por un balcón abajo y se rompió la cabeza.»

«Esto fué sabido en toda Cataluña y en todas las tierras del reino de Aragón. El rey Alfonso y todos los barones de estas comarcas tuvieron gran dolor y gran tristeza de la muerte del señor Guillermo y de la mujer, á quien Raimundo había tan cobardemente hecho matarse, y le hicieron la guerra á sangre y fuego. El rey Alfonso de Aragón, habiendo tomado el castillo de Raimundo, hizo colocar á Guillermo y á su dama en un monumento, delante de la puerta de la iglesia de un pueblo llamado Perpiñán. Todos los perfectos amantes rogaron á Dios por sus almas. El rey de Aragón se apoderó de Raimundo, le hizo morir en una prisión, y dió todos sus bienes á los parientes de Guillermo y á los parientes de la mujer que murió por él.»

CAPÍTULO LII

LA ARABIA

Bajo la tienda ennegrecida del árabe beduino es donde nsj que buscar el modelo de la patria del verdadero amor. Allí, la soledad y su espléndido clima hacen nacer la más noble de las pasiones del corazón humano, aquella que para encontrar la felicidad tiene necesidad de inspirarla en el mismo grado que la siente.

Era menester, para que el amor fuese lo que debe ser en el corazón del hombre, que la igualdad entre la mujer y su amante fuese establecida en lo posible. No existe igualdad en nuestro triste Occidente; una mujer abandonada, es desgraciada ó deshonrada. Bajo la tienda del árabe, la fe jurada no puede violarse. El desprecio y la muerte sigue inmediatamente á este crimen.

La generosidad es tan sagrada en este pueblo, que está permitido robar para dar. Además, hay allí peligros cotidianos, y la vida se desliza, por decirlo así, en una soledad apasionada. Aunque estén reunidos, los árabes hablan poco.

Nada cambia en el habitante del desierto; todo es allí eterno é inmóvil. Las costumbres singulares, de que yo no puedo, por ignorancia, dar más que un débil bosquejo, existen, probablemente, desde el tiempo de Homero (I). Han sido descritas por la primera vez hacia el año 600 de nuestra era, dos siglos antes de Carlomagno.

Se advierte por esto mismo que fuimos nosotros los bárbaros, con respecto al Oriente, cuando íbamos á turbarlo por nuestros cruzados (2).. Asimismo debemos lo que hay de noble en nuestras costumbres á estas cruzadas y á los moros de España.

Si nos comparamos á los árabes, el orgullo del hombre prosaico sonreirá de piedad. Nuestras artes son extremadamente superiores á las suyas; nuestras legislaciones son en apariencia todavía más superiores; pero yo dudo que los superemos en el arte de la felicidad doméstica; nos ha faltado siempre buena fe y sencillez en las relaciones de familia, y el engañador es el primer desgraciado. No hay seguridad para él; siempre injusto, tiene miedo continuamente.

En el origen de los más antiguos monumentos históricos, vemos á los árabes divididos desde la más remota antigüedad en un gran número de tribus independientes, errantes por el desierto. Según que estas tribus podían con más ó me-

(1) Novecientos años antes de Jesucristo. (N. del A.)

(2) 1095. (N. del A.)

nos facilidad proveer á las primeras necesidades del hombre, así tenían costumbres más ó menos elegantes. La generosidad era la misma en todas partes; pero, según el grado de opulencia de la tribu, se mostraba por el don de un cuarto de carne, necesario á la vida física, ó por el de cien camellos, don ofrecido por alguna relación de familia ó de hospitalidad.

El siglo heroico de los árabes, aquél en que esas almas generosas brillaron puras de toda afectación ó de sentimiento refinado, fué el que precedió á Mohammed, y que corresponde al siglo V de nuestra era, á la fundación de Venecia y al reinado de Clodoveo. Ruego á nuestro orgullo que compare los cánticos de amor que nos quedan de los árabes y las nobles costumbres retratadas en las Mil y una noches, á los horrores que ensangrentaron cada página de Gregorio de Tours, el historiador de Clodoveo, ó de Egcardo, el historiador de Carlomagno.

Mohammed fué un puritano ; quiso proscribir los placeres que no perjudican á nr die ; mató el amor en los países que admitieron el islaísmo (1), y por eso su religión ha sido menos practicada en la Arabia, su cuna, que en todos los otros pri- ses civilizados.

Los franceses han traído de Egipto cuatro volúmenes in-folio, intitolados; El Libro de las Canciones. Estos volúmenes contienen :

1) Las biografías de los poetas que han hecho las canciones. '

2) Las canciones mismas. El poeta canta en ellos todo lo que le interesa y alaba lo mismo á su fogoso corcel que á su amante. Estas canciones fueron á menudo las cartas de amor de sus autores, y daban en ellas al objeto amado un leaato fiel de todas las afecciones de su alma. Hablan algunas veces de noches frías, durante las cuales se han visto

(1) Costumbres de Constantinopla. La única manera de matar el amor pasión es impedir toda cristalización por la facilidad. (N. del A.)

obligados á quemar su arco y sus flechas. Los árabes constituyen una nación sin casas.

3) Las biografías de los músicos que han compuesto las músicas de estas canciones.

4) La indicación de las formas musicales.- Estas fórmulas son jeroglíficos para nosotros, y esta música seguirá siendo desconocida y no nos gustaría si la descifrásemos.

Hay otra colección intitolada : Historia de los árabes que han muerto de amor.

Estos libros tan curiosos son muy poco conocidos; el reducido número de sabios que podrían leerlos han tenido el corazón seco por el estudio y por las costumbres académicas.

Para reconocemos en medio de monumentos tan interesantes por su antigüedad y por la belleza singular de las costumbres que en ellos se adivinan, es preciso pedir algunos datos á la historia.

En todo tiempo, y sobre todo, antes de Mohammed, los árabes visitaban la Meca para dar la vuelta á la Caaba ó casa de Abraham.

He visto en Londres una reproducción bastante exacta de la Ciudad Santa. Esta se compone de setecientas ú ochocientas casas con terraza, plantadas en medio de un desierto de arena devorado por el sol. En una de las extremidades de la ciudad se descubre un edificio inmenso, de forma casi cuadrada ; este edificio rodea la Caaba; se compone de una larga sene de pórticos, necesarios bajo el sol de Arabia para efectuar el paseo sagrado. Este pórtico es muy importante en la historia de las costumbres y de la poesía árabes; este lugar fue, en apariencia, durante dos siglos, el único lugar

donde se encontraban reunidos los hombres y las mujeres. Confundidos, á pasos lentos y recitando á coro cánticos sagrados, se daba la vuelta á la Caaba ; era un paseo de tres cuartos de hora; estas vueltas se repetían varias veces en el mismo día ; ese era el rito sagrado para el cual hombres y

mujeres acudían de todas las partes del desierto. Bajo el pórtico de la Caaba fué donde se refinaron las costumbres árabes. Bien pronto se estableció una lucha entre los padres y los amantes; allí fué donde, con odas amorosas, el amante declaró su pasión á la joven severamente vigilada por sus hermanos ó su padre, al lado del cual hacía el paseo sagrado. Los hábitos generosos y sentimentales de este pueblo existían ya en el campo; pero me parece que la galantería árabe nació alrededor de la Caaba, que es así, pues, la patria de su literatura. En un principio se expresó la pasión con sencillez y vehemencia, tal como la sentía el poeta ; más tarde, el poeta, en vez de pensar en conmover á su amante, pensó en escribirle cosas bellas; entonces nació la afectación que los moros trajeron de España y que echa á perder todavía los, libros de este pueblo (1) (a).

Veo una prueba palpable del respeto de los árabes por el sexo débil en la forma de su divorcio. La mujer, en ausencia del marido, del cual quería separarse, desmontaba la tienda y la levantaba de nuevo, teniendo cuidado de colocar la entrada del lado opuesto al que ocupaba antes. Esta sencilla ceremonia separaba para siempre á los dos esposos.

FRAGMENTOS

extcaídos y tcaducídos de una colección titulada El diván del amor
RECOPIADO POR EBU-ABI-HADGLAT

(Manuscritos de la biblioteca del rey, números 1461 y 1462.)

Mohammed, hijo de Djaáfar Elahuázadi, cuenta que, estando Djamil enfermo de la enfermedad de que murió,

(1) Hay un gran número de manuscritos árabes en París. Los de los tiempos posteriores revelan afectación, pero ninguna imitación de los griegos ó romanos, y esto hace que sean despreciados por los sabios. (N. del A.)

(u) Al hablar de este pueblo Stendhal aquí, se refiere á España y tiene razón. El énfasis y la afectación nos viene de la poesía

morisca, que durante ocho siglos influenció la nuestra. (N. del T.)

Elábas, hijo de Sohail, le visitó y lo encontró dispuesto á entregar su alma, «j Oh, hijo de Sohail !—le dijo Djamil; ¿qué piensas tú de un hombre que jamás ha bebido vino, que jamás ha hecho ganancia ilícita, que jamás ha dado muerte injustamente á ninguna criatura que Dios haya prohibido matar, y que da testimonio de que no hay otro dios Dios, y que Mohammed es su profeta?

—Pienso—respondió Ben Sohail—que ese hombre será salvo y obtendrá el paraíso; pero, ¿quién es ese hombre que tú dices ?

—Yo—replicó Djamil.

—Yo no creía que tú profesases el islamismo—dijo entonces Sohail—; y, además, hace veinte años que haces el amor á Bothaina y que la celebras en tus versos.

—Heme aquí—respondió Djamil—, en el primer día del otro mundo y en últimos de éste, y quiero que la clemencia de nuestro maestro Mohammed no se extienda sobre mí en el día del juicio si jamás he puesto la mano sobre Bothaina para cosa reprehensible.

((Este Djamil y Bothaina, su amante, pertenecían los dos á los Benu-Azra, que son una tribu célebre en amor entre todas las tribus de los árabes. Asimismo, su manera de amar es proverbial, y Dios no ha hecho criaturas tan tiernas como ellos.))

Sahid, hijo de Agba, preguntó un día á un árabe :

—¿ De qué pueblo eres ?

—Yo soy del pueblo donde se muere cuando se ama —respondió el árabe.

—¿Eres, pues, de la tribu de Azra?—Añadió Sahid.

—Sí, por el dueño de la Caaba—replicó el árabe.

—¿A qué obedece que améis de esa suerte?

—Nuestras mujeres son bellas y nuestros jóvenes castos—respondió el árabe.

Alguien preguntó un día á Arua-Ben-Hezam (1) :

—¿Es cierto lo que se dice de vosotros, que de todos los hombres sois los que tenéis el corazón más tierno para el amor ?

—Sí, por Dios, respondió Arua ; es cierto y yo he conocido en mi tribu treinta jóvenes á quienes arrebató la muerte y que no tenían otra enfermedad que el amor.

Un árabe de Benu-Fazárat dijo un día á otro árabe de Benu-Azra ;

—Vosotros los de Benu-Azra creéis que morir de amor es una doblez dulce muerte, pero es una debilidad manifiesta y una estupidez, y aquellos que tomáis por hombres de gran corazón no son mas que insensatos y tiernas criaturas.

—No hablaríais así—le respondió el árabe de la tribu de Azra—si hubieras visto los grandes ojos negros de nuestras mujeres velados por sus largas pestañas, si las hubieras visto sonreír brillando sus dientes entre sus labios encarnados.

Abu-el-Hassen, Alí, hijo de Abdalla, Elzaguní, cuenta lo que sigue :

Un musulmán amaba á una joven cristiana hasta el punto de perder la razón. Se vió obligado á hacer un viaje á un país extranjero con un amigo que era un el confidente de su amor. Habiéndose prolongado sus negocios en este país, fué atacado allí de una enfermedad mortal y dijo entonces á su amigo : «He aquí que mi fin se aproxima ; ya no volveré á encontrar en este mundo á la que amo, y temo si muero musulmán no encontrarla tampoco en la otra vida.» Se hizo cristiano y murió. Su amigo volvió al lado de la joven cristiana, á quien encontró enferma. Ella le dijo : «Ya no veré más á mi amigo en este mundo, pero yo quiero volver á encontrarme con él en el otro; así, pues, doy testimonio que no hay otro dios que

(J) Este Arua-Ben-Hezam, era de la tierra de Azra que acabo de mencionar. Es célebre como poeta y más célebre todavía como uno de los

numerosos mártires del amor que los árabes cuentan (N. del A.) Dios y que Mahoma es el profeta de Dios.» Al decir esto murió, y que la misericordia de Dios sea con ella.

Eltemimi cuenta que había en la tribu de los árabes de Tagleb una joven cristiana bastante rica que amaba á un joven musulmán. Ella le ofreció su fortuna y todo lo que tenía de precioso sin poder conseguir hacerse amar de él. Cuando hubo perdido toda esperanza, dió cien dineros á un artista para que le hiciera un retrato del joven que amaba. El artista hizo este retrato, y cuando la joven lo tuvo lo colocó en un sitio donde iba todos los días. Allí comenzaba por besar este retrato y después se sentaba á su lado y pasaba el resto del día llorando. Cuando llegaba la noche saludaba al retrato y

se retiraba. Hizo esto durante mucho tiempo. El joven llegó á morir; ella quiso verle y abrazarle muerto, y después que volvió al lado de su retrato le saludó, le besó como de ordinario y se acostó á su lado. A la mañana siguiente se la encontró allí muerta, y con la mano extendida hacia unas líneas de escritura que había trazado antes de morir.

Ueddah, del país de Yamen, era renombrado por su belleza entre los árabes. El y Om-el-Bonain, hija de Abd-el- Aziz, hijo de Meruam, siendo niños, se amaban ya de tal manera, que no podían sufrir estar separados un momento uno de otro. Cuando Om-el-Bonain llegó á ser mujer de Ualid-Ben-Abd-el-Malek, Ueddah perdió la razón. Después de haber estado mucho tiempo sufriendo, volvió á Siria y comenzó á rondar todos los días la casa de Ualid, hijo de Malek, sin encontrar al principio medio de conseguir lo que deseaba. Al fin, encontró una joven de quien consiguió que se aficionara á él á fuerza de cuidados y perseverancia. Cuando le pareció que podía fiarse de ella, le preguntó si conocía á Om-el-Bonain.

—Sin duda, puesto que es mi ama—respondió la joven.

—Bien—respondió Ueddah—, tu ama es prima mía, y si quieres llevarle noticias mías, con seguridad le causarán placer.

—Con mucho gusto—respondió la joven—. Y en seguida corrió hacia Om-el-Bonain para darle noticias de Ueddah.

—Piensa bien lo que dices—le contestó su ama—. ¡ Cómo ! ! Ueddah está vivo ?

—Seguramente—dijo la joven.

—Ve á decirle—prosiguió entonces Om-el-Bonain—que no se aleje hasta que le mande un mensajero de mi parte.

En seguida tomó sus medidas para introducir á Ueddah en su casa, y lo ocultó en un cofre. Ella le hacía salir para estar con él cuando se creía segura, y cuando sucedía que alguno pudiera verle, le hacía volver á entrar en el cofre. Sucedió un día que le llevó Ualid una perla, y dijo á uno de sus servidores :

—Toma esta perla y llévala á Om-el-Bonain.

El criado tomó la perla y la llevó á Om-el-Bonain. No habiéndose hecho anunciar, entró en un momento en que estaba con Ueddah, de suerte que pudo lanzar una ojeada en el aposento de Om-el-Bonain, y sin que ella tuviera tiempo para ponerse en guardia. El

servidor de Ualid desempeñó su comisión y pidió alguna cosa á Om-el-Bonain por la joya que le había llevado. Ella se lo negó severamente y le dió una reprimenda. El criado salió enojado contra ella, y yendo á decir á Ualid lo que había visto, le describió el cofre donde había visto entrar á Ueddah.

—Mientes, esclavo sin madre, mientes.

Y corrió bruscamente á casa de Om-el-Bonain. Había en el aposento varios cofres ; se sentó en aquel donde estaba encerrado Ueddah y que le había descrito el esclavo, y dijo á Om-el-Bonain :

—Dame uno de estos cofres.

—Todos son tuyos, así como yo misma—respondió Om-el-Bonain.

—Pues bien—prosiguió Ualid—, deseo éste en que es toy sentado.

—Hay en él cosas necesarias á una mujer—dijo Om-el-Bonain. <

—No son esas cosas las que yo deseo, sino el cofre— continuó Ualid.

—Tuyo es—respondió ella.

Ualid hizo llevar el cofre, y mandó llamar dos esclavos, á los que dió orden de cavar una fosa en la tierra hasta una profundidad en que se encontrara agua. Aproximando en seguida su boca al cofre, gritó :

—Se me ha dicho algo de ti. Si se me ha dicho verdad, que toda huella tuya sea borrada, que toda noticia tuya se» sepultada. Si lo que se me ha dicho es falso, no hago ningún mal enterrando un cofre : no es mas que madera sepultada

Hizo empujar el cofre á la fosa y la hizo llenar de las piedras y tierra que se habían sacado. Desde entonces, Om-el-Bonain no cesó de frecuentar este lugar y de llorar allí hasta que se la encontró un día sin vida, con el rostro contra la tierra (I).

CAPÍTULO LIV

DE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

Por la educación actual de las jóvenes, que es fruto de) acaso y del más necio orgullo, dejamos ociosas en ellas las

(1) Estos fragmentos están extractados de diversos Capítulos de la colección citada. Las tres notas señaladas con un asterisco están sacadas del último Capítulo , que es la biografía de un gran número de árabes, mártires del amor. (N. del A.).

facultades más brillantes y las más ricas en felicidad para ellas mismas y para nosotros. Pero, ¿cuál es el hombre que no ha dicho una vez al menos en su vida ? :

Une femme en sait toujours assez,

Quand la capacité de son esprit se hausse

A connaitre un pourpoint d'avec un haut-de-chausse (i).

Moliere : Les femmes savantes, acto II, escena VII

En París, la mejor alabanza para una joven casadera es esta frase : «Tiene un carácter muy dulce.» Nada hace más efecto sobre los necios pretendientes. Vedlos dos años después almorzando frente á su esposa, con el gorro en la cabeza y rodeados de tres lacayos.

Se ha visto promulgar en los Estados Unidos, en 1818, una ley que condena á treinta y cuatro azotes al hombre que enseñe á leer á un negro de Virginia (2). Nada más consecuente y razonable que esta ley.

Los Estados Unidos de América, ¿han sido más útiles á la madre patria cuando eran sus esclavos ó desde que son sus iguales?

Si el trabajo de un hombre libre vale dos ó tres veces más que el del hombre reducido á la esclavitud, ¿por qué no ha de ocurrir lo propio con el pensamiento de ese hombre ?

Si nos atreviésemos, daríamos á las jóvenes una educación de esclavas, y la prueba es que no saben nada útil más que lo que queremos enseñarles.

Pero esta poca educación que logran, por desgracia, la vuelven contra nosotros, dirán ciertos maridos. Sin duda, y Napoleón también tenía razón al no dar armas á la guardia nacional, y los ultramontanos tambien tienen razón al proscribir la enseñanza mutua.

Armad á un hombre y seguid oprimiéndolo, y veréis que

(1) «Una mujer sabe lo suficiente, cuando la capacidad de su espíritu se eleva á disminuir un respunte de un festonado.» (N. del T.)

(2) Lamento no encontrar en el manuscrito italiano la cita de la fuente oficial de este hecho, que celebraría se pudiera desmentir. (N. del A.)

será bastante perverso para volver sus armas contra nosotros, si puede.

. Aun cuando nos fuese lícito educar á las jóvenes para idiotas con avemarias y canciones lúbricas, como en los conventos de 1770, surgirían aún algunas pequeñas objeciones

1) En caso de muerte del mando están llamadas á gobernar la familia.

2) Como madres dan á los hijos varones, á los futuros tiranos la primera educación; la que forma el carácter, la que doblega el alma á buscar la felicidad por un camino mejor que por otro, lo que es siempre un negocio hecho en cuatro ó cinco años.

3) A pesar de nuestro orgullo en nuestros asuntos internos, aquellos de los cuales sobre todo depende nuestra felicidad, porque en ausencia de las pasiones la felicidad está fundada en la ausencia de pequeñas molestias dienas, los consejos de la compañera necesaria de nuestra vida tienen gran influencia, no porque queramos concederla menor influencia, sino porque ella refute las

mismas cosas veinte años seguidos, y (dónde está el alma que tenga el valor humano de resistir la misma idea repetida durante toda la vida ? El mundo está lleno de maridos que se dejan guiar, pero es por debilidad y no por sentimiento de justicia é igualdad. Como se concede por fuerza se está siempre tentado á abusar y algunas veces es necesario abusar para conservar.

4) Por último, en amor, en esa época que en los países del Mediodía comprende á menudo de los doce á los quince años y los más bellos de la vida, nuestra felicidad está p>or completo entre las manos de la mujer que amamos. Un momento de orgullo importuno puede hacernos desgraciados para siempre y (cómo un esclavo elevado al trono podrá resistir la tentación de abusar del poder? De aquí las falsas delicadezas y el orgullo femenino. Nada más inútil que estas representaciones ; los hombres son déspotas y ved qué caso hacen los

otros déspK>tas de los consejos más sensatos; el hombre que todo lo puede no gusta mas que de un solo género de consejo, el que le enseñe á aumentar su poder. ¿ Dónde las pobres jóvenes encontrarán un Quiroga y un Riego para dar á los déspotas que las oprimen y las degradan para mejor oprimirlas esos con sejos saludables que se recompensan por gracias y condecoraciones en vez de la potencia de Polier? (1)

Si tal revolución ha de abarcar vanos siglos, es que por una casualidad bien funesta todas las primeras experiencias deben necesariamente contradecir la verdad. Ilustrad el espíritu de una joven, formad su carácter, dadle en fin una buena educación en el verdadero sentido de la palabra; al darse cuenta tarde ó temprano de su superioridad sobre las otras mujeres se convierte en pedante; es decir, en el ser más d. gradado que existe en el mundo. No hay ninguno de nosotros que no prefiera pasar la vida con una sirvienta á pasarla con una sabi- honda.

Plantad un árbol nuevo en medio de un tupido bosque privado de aire y de sol por sus vecinos; sus hojas esténán mustias, y tomarán una forma ridicula, que no será la natural. Es necesario plantar al mismo tiempo todo el bosque, ¿uuá' es. . la mujer que se enorgullecerá de saber leer ?

Los pedantes nos repiten hace dos mil años que las mujeres tienen el talento más vivo y los hombres más sólido . que las mujeres tienen más delicadeza en las ideas y los hombres más fuerza de atención. Un tonto de Péirís que se paseaba antiguamente en los jardines de Versalles, deducía de lo que veía, que los árboles nacían cortados.

Yo confesaré que las jovencitas tienen menos fuerza física que los muchachos, y esto es concluyente para el talento, porque se sabe que Voltaire y Alembert eran los primeros hombres de su siglo para dar un puñetazo. Estamos conformes en

(!) Reparen los lectores en lo que bien conocía Stendhal los asuntos políticos de España en esa época. {N. del A.)

que una niña de diez años tiene veinte veces más delicadeza que un niño de la misma edad. ¿Por qué á los veinte años ella es una idiota, torpe, tímida, que tiene miedo de una araña, y el niño un hombre de talento ?

Las mujeres no saben sino lo que queremos enseñarlas y o que ellas leen en la experiencia de la vida. De ahí la extrema desventaja para ellas de nacer en una familia muy rica; en lugar de estar en contacto con seres naturales, se encuentran rodeadas de doncellas ó de señoras de compañía ya corrompidas por la riqueza (1). Nada más necio que un príncipe.

Nada más necio que un príncipe.

Las jóvenes sintiéndose esclavas tienen los ojos abiertos desde pequeñas ; lo ven todo, pero son demasiado ignorantes para verlo bien. En Francia una mujer de treinta años tiene adquiridos menos conocimientos que un muchacho de quince ; una mujer de cincuenta tiene el raciocinio de un hombre de veinticinco. Ved á Madame de Sevigné admirando las acciones más absurdas de Luis XIV. Ved la puerilidad y los razonamientos de Madame d'Epínay.

Las mujeres deben criar y educar á sus hijos. Niego el primer término, y concedo el segundo. Deben además arreglar las cuentas de su cocinera. Luego no tienen tiempo á igualar al joven de quince años en conocimientos adquiridos; los hombres deben ser jueces, banqueros, abogados, negociantes, médicos, sacerdotes, etc., y sin embargo, encuentran tiempo para leer los discursos de Fox y /ls Lusíadas de Camoéns.

En Pekín (1), el magistrado que corre temprano al palacio para encarcelar y arruinar, haciéndole perder la hacienda y el honor á un pobre periodista que ha disgustado al subsecretario de Estado en cuya casa ha tenido el honor de comer la

(1) Memorias de Madame de Staal, de Collé, de Duelos de la Margrave de Bayrentti. (N. id A.)

(I) Se advierte que es un nombre arbitrario de ciudad para no correr los rigores de la censura. (N. Je! T.)

víspera, está seguramente tan ocupado como su mujer, que arregla las cuentas de su cocinera, obliga á hacer calceta á su hijita, la ve tomar sus lecciones de baile y piano, recibe una visita del vicario de la parroquia que le lleva la Quotidienne, y va en seguida á escoger un sombrero á la calle de Richelieu y dar una vuelta por las Tullerías.

En medio de sus nobles ocupaciones, este magistrado halla tiempo todavía para pensar en el paseo que su mujer da á las Tullerías y si estuviera tan á bien con el poder que rige el Universo como con el que reina en el Estado, pediría al cielo concediera á las mujeres para su bien, ocho ó diez horas más de sueño. En la situación actual de la sociedad, el ocio que para el hombre es el origen de toda felicidad y de toda riqueza, no sólo es una desventura para las mujeres, sino que es una de las funestas libertades de que el digno magistrado quisiera ayudar á librarnos.

CAPÍTULO LV

OBJECIONES CONTRA LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

Pero las mujeres están encargadas de los menudos trabajos domésticos. Mi coronel, M. S., tiene cuatro hijas educadas en los mejores principios, es decir, que trabajan todo el día ; cuando yo llego, cantan algo de Rossini que yo les he traído de Nápoles; por lo demás, leen la Biblia de Royaumont, aprenden la historia, es decir, las tablas cronológicas y los versos de Ragois; saben mucha geografía; hacen bordados admirables, y yo estimo que cada una de estas bonitas niñas puede ganar por su trabajo cuarenta céntimos diarios. En trescientos días, esto suma cuatrocientos ochenta francos al año, que es menos de lo que dan á uno de sus maestros. Por cuatrocientos

ochenta francos al año pierden para siempre el tiempo durante el cual puede la máquina humana adquirir ideas.

«Si las mujeres leyesen con gusto los diez ó doce buenos volúmenes que aparecen cada año en Europa, abandonarían bien pronto el cuidado de sus hijos». Esto es como si tuviésemos miedo, por plantar árboles en la orilla del Océano, de detener el movimiento de sus olas. No es en este sentido como resulta omnipotente la educación. Por lo demás, desde hace cuatrocientos años se presenta la misma objeción contra toda especie de educación. No solamente una mujer de París tiene más virtudes en 1820 que en

1720, en el tiempo del sistema de Law y del regente, sino que también la hija del colono general más rico de entonces no tenía tan buena educación como la hija del abogado más insignificante de hoy. (Los deberes se cumplen peor? No por cierto. ¿Y por qué? Es que la miseria, la enfermedad, la vergüenza y el instinto obligan á adquirirlos. Es como si se dijera de un oficial que se ha hecho demasiado amable, que perderá el arte de montar á caballo; se olvida que se romperá el brazo la primera vez que se tome esta libertad.

La adquisición de las ideas produce los mismos efectos buenos y malos en los dos sexos. La vanidad no nos faltará nunca hasta en la ausencia más completa de todas las razones de tenerla; ved los burgueses de una pequeña ciudad; obligúese por lo menos á la vanidad á apoyarse en un verdadero mérito, en un mérito útil ó agradable á la sociedad.

Los medio tontos, arrastrados por la revolución que todo lo cambia en Francia, comienzan á confesar después de veinte años, que las mujeres pueden hacer algo, pero deben entregarse á las ocupaciones de su sexo; á cuidar flores, formar herbarios; se llama á esto placeres inocentes.

1) Estos inocentes placeres valen más que la ociosidad, Dejamos esto á las tontas, como dejamos á los tontos la gloria de hacer coplillas para la fiesta del ama de la casa. Pero,

¿sería lícito proponer á Madame Roland ó á Mistress Hutchinson (1) que pasasen el tiempo cuidando un pequeño rosal de Bengala?... Todo este razonamiento se reduce á esto: se quiere poder decir de su esclavo : «es demasiado bestia para ser malo».

Pero por medio de cierta ley, llamada simpatía, ley de naturaleza, que, á la verdad, los otros vulgares no observan jamás, los defectos de la compañera de vuestra vida no perjudican á vuestra felicidad en razón del mal directo que pueden ocasionaros. A mí casi me gustaría más que mi mujer, en un momento de mal humor, tratase de darme una puñalada una vez al año, que recibirme con mal humor todas las noches.

En fin, entre personas que viven juntas, la felicidad es contagiosa.

Que vuestra amiga haya pasado la mañana, mientras vosotros estáis en el campo de Marte ó en la Cámara de los Comunes, en

dar colorido á una rosa ó en leer un volumen de Shakespeare, sus placeres habrán sido igualmente inocentes ; solamente que con las ideas que ha tomado en su rosa os aburrirá á vuestro regreso, y, además, tendrá gana de ir por la noche al gran mundo á buscar sensaciones un poco más vivas.

Si, por el contrario, ha leído bien á Shakespeare, está tan fatigada como vosotros y ha tenido tanto placer y se alegrará más de un paseo solitario en el bosque de Vincennes, dándoos el brazo, que de aparecer en la soirée más elegante. Los placeres del gran mundo no son para las mujeres felices.

Los ignorantes son los enemigos natos de la educación de las mujeres. Hoy pasan su tiempo con ellas, les hacen el amor y son bien tratados. ¿ Qué sucedería si las mujeres llegaran á

(1) Véanse las Memorias de estas mujeres admirables. Podría citar otros nombres, pero son desconocidos del público y además no se puede indicar el mérito aun en vida. (A/, del A.)

cansarse de bailar el boston ? Cuando volvemos de América ó de las Indias con un color atezado y un tono que es un poco grosero durante seis meses, ¿ cómo podrían responder á nuestros relatos si no tuviesen esta frase ? : «En cuanto á nosotros, las mujeres están de nuestra parte. Mientras que estabais en Nueva York, el color de los tálburis ha cambiado; es la cabeza de negro la que está de moda hoy.» Y nosotros escuchamos con atención, porque es útil saber esto. Tal mujer bonita no nos miraría si nuestra cabeza fuera de mal gusto.

Estos mismos tontos, creyéndose obligados en virtud de la preeminencia de su sexo á saber más que las mujeres, quedarían aniquilados si las mujeres supiesen alguna cosa. Un necio, de treinta años, se dice, viendo en el castillo de uno de sus amigos muchachas de doce años: «Al lado de ellas es como yo pasaré aquí mi vida dentro de diez años.» Júzguese de sus exclamaciones y de su espanto si las viese estudiar alguna cosa útil.

En lugar de la sociedad y la conversación de los hombres-mujeres, una mujer instruida, si ha adquirido ideas sin perder las gracias de su sexo, está segura de encontrar entre los hombres más distinguidos de su siglo una consideración que llega casi al entusiasmo.

Las mujeres llegarían á ser las rivales y no las compañeras de los hombres. Sí, del mismo modo que si por un delito suprimiérais el amor. Aguardando esta hermosa ley, el amor redoblaría sus encantos y transportes : eso sería todo. La base sobre la cual se establece ¡acrisialización, llegaría á ser más amplia; el hombre podría gozar de todas sus ideas cerca de la mujer que ama; la naturaleza entera adquiriría á sus ojos nuevos encantos, y como las ideas reflejan siempre algunos matices de los caracteres, se convencerían mejor y harían menos imprudencias; el amor sería menos ciego y produciría menos desgracias.

El deseo de agradar pone el pudor, la delicadeza y todas las gracias femeninas fuera del alcance de toda educación. Es como si se temiese enseñar á los ruseñores á no cantar en primavera.

Las gracias de las mujeres no dependen de ignorancia : ved las dignas esposas de los burgueses de nuestros pueblos ; ved en Inglaterra las mujeres de los comerciantes. La afectación, que es una pedantería (porque yo llamo pedantería la afectación de hablarme fuera de tiempo de un vestido de Leroy ó de una novela de Romagnesi, así como la afectación de citar á Fra Paolo y al Concilio de Trento á propósito de una discusión sobre nuestros buenos misioneros), la pedantería del vestido y del buen tono, la necesidad de decir sobre Rossini precisamente la palabra conveniente, mata las gracias de las mujeres de París; mas á pesar de los terribles efectos de esta enfermedad contagiosa, ¿no son las mujeres de París las más amables de Francia? ¿No será que la casualidad ha puesto en sus cerebros las ideas más justas é interesantes ? Pues bien : son estas ideas lo que yo pido á los libros. Yo no les propondría leer á Grocio ó Puffendorf, ahora que tenemos el comentario de Tracy sobre Montes- quieu.

La delicadeza en las mujeres proviene de esa atrevida posición en que ellas se encuentran colocadas desde tan pequeñas, y de esa necesidad de pasar la vida en medio de enemigos crueles y encantadores.

Hay, tal vez, en Francia cincuenta mil mujeres que, por su fortuna, están dispensadas de todo trabajo; pero sin trabajo no hay felicidad. (Las pasiones obligan á trabajos, y á trabajos bastante rudos, que emplean toda la actividad del alma.)

Una mujer que tiene cuatro hijos y diez mil libras de renta, trabaja haciendo media ó un vestido para su hija. Pero es imposible conceder que una mujer que tiene coche, trabaje haciendo un bordado ó un mueble de tapicería. Aparte una pequeña fascinación de vanidad, es imposible que ponga en ello ningún interés, y, por tanto, no trabaja.

Su felicidad, pues, está gravemente comprometida.

Y, lo que es más, la felicidad del déspota, porque una mujer, cuyo corazón no está animado desde hace dos meses por ningún otro interés que el del bordado de tapicería, tendrá acaso la insolencia de sentir que el amor-gusto ó el amor de vanidad, ó el mismo amor físico, es una felicidad comparado con su estado habitual.

Una mujer no debe hacer hablar de sí. A lo que yo respondo de nuevo : ¿Cuál es la mujer citada porque sabe leer?

¿Y quién impide á las mujeres, esperando la revolución en su destino, ocultar el estudio que habitualmente constituye su ocupación y que le provee cada día de una honrada ración de felicidad? Les revelaré un secreto al paso. Cuando uno se ha propuesto un fin, por ejemplo, formarse una idea clara de la conjuración de Fiesco en Génova, en 1547, el libro más insípido toma interés; es como en amor, el encuentro de un indiferente que acaba de ver al que se ama, y este interés se redobla todos los meses hasta que se haya abandonado la conjuración de Fiesco.

El Verdadero teatro de las virtudes de una mujer es la habitación de un enfermo. Pero, ¿queréis obtener de la bondad divina que redoble la frecuencia de las enfermedades para dar ocupación á nuestras mujeres ? Esto es razonar sobre la excepción.

Además, yo digo que una mujer debe ocupar cada día tres ó cuatro horas de ocio, como los hombres de sentido común ocupan sus horas de ocio.

Una madre joven, cuyo hijo tiene sarampión, no podría, aunque quisiera, hallar placer en leer el viaje de Volney á Siria; del mismo modo que su marido, rico banquero, no

podría en el momento de una quiebra tener placer en meditar á Mal thus.

He aquí la única manera para las mujeres ricas de distinguirse del vulgo de las demás : la superioridad moral. Se tienen así,

naturalmente, otros sentimientos (1).

¿Queréis hacer de una mujer una autora} Exactamente como vos anunciáis el proyecto de hacer cantar á vuestra hija en la Opera dándola un maestro de canto. Yo diría que una mujer no debe escribir nunca sino como Madame de Staal (de Launay) obras postumas, á publicar después de su muerte. Imprimir, para una mujer de menos de cincuenta años, es poner su felicidad en la más terrible de las loterías; si goza la felicidad de tener un amante, comenzará por perderlo.

No veo más que una excepción ; la de una mujer que escribe libros pena alimentar ó educar á su familia. Entonces debe atrincherarse en el interés del dinero hablando de sus obras, y decir, por ejemplo, á un jefe de escuadrón : «Vuestro Estado os da cuatro mil francos por año, y yo con mis dos traducciones del inglés he podido el año último consagrar tres mil quinientos más á la educación de mis dos hijos.»

Fuera de esto, una mujer debe imprimir, como el barón de Holbach ó Madame de la Fayette ; sus mejores amigos lo ignoraban. Publicar un libro no puede dejar de tener inconvenientes más que para una ramera; el vulgo, pudiendo despreciarla á su gusto á causa de su estado, la elevará á las nubes á causa de su talento, y hasta se encaprichará de este talento.

Muchos hombres en Francia, entre aquellos que tienen seis mil libras de renta, gozan su felicidad habitual en la literatura, sin pensar en imprimir nada; leer un buen libro es

(1) Ver á Mistress Hutchinson rehusando ser útil á su familia y á su marido á quien adoraba traicionando á algunos regicidas cerca de los ministros del perjurio Carlos II (tomo II, página 284). {N. del A.)

para ellos uno de los mayores placeres. Al cabo de diez años se encuentran con que han doblado su talento, y nadie negará que, en general, cuanto más talento se tiene, hay menos pasiones incompatibles con la felicidad de los demás (1). Yo no creo que se niegue tampoco que los hijos de una mujer que lee á Gibbon y Schiller tengan más genio que los hijos de la que reza el rosario y lee á Madame de Genlis.

Un joven abogado, un comerciante, un médico, un ingeniero pueden ser lanzados á la vida sin ninguna educación, porque se la

dan diariamente practicando su profesión. Pero, ¿qué recursos tienen sus mujeres para adquirir cualidades estimables y necesarias? Ocultas en la soledad de su casa, el gran libro de la vida y de la necesidad queda cerrado para ellas. Gastan siempre de la misma manera, discutiendo una cuenta con su cocinera ó los tres luises que su marido les da todos los lunes.

Yo diría, en interés de los déspotas : el último de los hombres, si tiene veinte años y mejillas rosadas, es peligroso para una mujer que no sabe nada, porque es toda instinto; en cambio, á los ojos de una mujer de talento, le hará el mismo efecto que un hermoso lacayo.

Lo gracioso de la educación actual es que no enseña nada á las jóvenes que no deban olvidar muy pronto desde que se casan. Se necesitan cuatro horas diarias durante seis años para tocar el arpa ; para pintar bien la miniatura ó la acuarela se necesita la mitad de ese tiempo. La mayor parte de las jóvenes no alcanzan más que una medianía soportable; de aquí el proverbio tan verdadero : (¡Quien dice aficionado, dice ignorante» (1).

(1) Esto es lo que me hace esperar mucho de la generación naciente de los privilegiados. Espero también que los maridos que lean este Capítulo serán menos déspotas durante tres días. (N. del A.)

(I) Lo contrario de este proverbio es exacto, en Italia, donde las mejores voces se encuentran entre los aficionados ajenos al teatro. (N. del A.)

Y suponiendo una joven con algún talento, tres años después de casada, no coge su arpa y sus pinceles una vez al mes; estos instrumentos que cuesta tanto trabajo dominar, se le hacen enojosos, á menos que el acaso no le haya dado el alma de un artista, cosa siempre bastante rara y que le hace poco idónea para los cuidados domésticos.

Así es que, bajo un vano pretexto de decencia, no se enseña nada á las jóvenes que pueda guiarlas en las circunstancias que encontrarán en la vida ; se hace más : se les oculta, se les niega estas circunstancias, á fin de añadir á su fuerza ; primero, el efecto de la sorpresa; segundo, el efecto de la desconfianza derramada sobre toda la educación como mentirosa (1). Sostengo que se debe

hablar del amor á las jóvenes bien educadas; (quién se atreverá á decir de buena fe que en nuestras costumbres actuales las jóvenes de dieciséis años ignoran el amor? ¿Por quién reciben esta idea tan difícil y tan importante para darla bien? Ved á Julia de Etanger quejarse de los conocimientos que debe á Chaillot, una doncella de la casa. Es preciso agradecer á Rousseau el haber osado ser pintor fiel en un siglo de falsa decencia.

La educación actual de las mujeres es, tal vez, el más agradable absurdo de la Europa moderna; cuanto menos educación propiamente dicha tienen, más valen (1). Quizá por esto, en Italia y en España, las mujeres son tan superiores á los hombres, y diré asimismo tan superiores á las mujeres de los otros países.

(1) Educación dada á Madame de Epinay (Memoires, tomo I). (Ai. del A.)

(1) Exceptúo la educación de los modales; se entra mejor en un salón de la calle Verde que de la de San Martín. (N. del A.)

CAPÍTULO LVI

CONTINUACION

Todas nuestras ideas sobre las mujeres nos vienen en Francia del catecismo de quince céntimos, y lo que hay de más gracioso es que muchas personas que no admitirían la autoridad de este libro para arreglar un negocio de cincuenta francos, lo siguen á la letra y estúpidamente para el objeto que en el estado de vanidad de los hábitos del siglo XIX es acaso lo que más importa á su felicidad.

No es necesario el divorcio, porque el matrimonio es un misterio; ¿y qué misterio? El emblema de la unión de Jesucristo con su Iglesia. ¿Y en qué se convertiría este misterio si la Iglesia hubiese encontrado un nombre del género masculino? (1) Pero dejemos prejuicios que desaparecen (2) y observemos solamente este espectáculo singular : la raíz del árbol ha sido podada por el hacha del ridículo, pero las ramas continúan floreciendo. Volvamos á la observación de los hechos y de sus consecuencias.

(1) Tu es Petrus, et super hanc petram cœdificabo Ecclesiam meam. (Véase á Potter, Histoire de l'Eglise.) {N. del A.)

(1) La religión es un negocio entre cada hombre y la Divinidad. ¿Con qué derecho venís á colocaros entre mi Dios y yo? Yo no tomo procurador fundado por el contrato social sino para las cosas que no puedo hacer: por mí mismo. ¿Por qué un francés no pagaría á su cura como paga á su panadero? Si tenemos buen pan en París, es que el Estado no ha tenido todavía la idea de declarar gratuito el

suministro del pan y de poner todos los panaderos á cargo del Tesoro. En los Estados Unidos cada uno paga su sacerdote ; estos señores están obligados á tener mérito y mi vecino no tiene 1a idea de poner su felicidad en imponerme su sacerdote. {Carta de Birkheck'} ¿ Qué sucederá si tengo la convicción, como nuestros sacerdotes, de que mi cura es el aliado íntimo de mi esposa ? A menos, pues, de un Lulero no habrá catolicismo en Francia en 1850. Esta religión no podría ser salvada en 1820 má que por Gregoire ; véae cómo se le trata. {N. del A.)

En los dos sexos, de la manera cómo se ha empleado la juventud, depende la suerte de la extrema vejez: esto es todavía más cierto en las mujeres. ¿Cómo es recibida en sociedad una mujer de cuarenta y cinco años? De una manera severa, ó más bien inferior á su mérito; se la adula á los veinte años; á los cuarenta, se la abandona.

Una mujer de cuarenta y cinco años no tiene importancia mas que para sus hijos ó su amante.

Una madre que descuella en las bellas artes no puede comunicar su talento á su hijo, sino en el caso extremadamente raro de que este hijo haya recibido de la naturaleza el alma de este talento. Una madre que tiene el espíritu cultivado dará á su hijo una idea, no solamente de todos los talentos puramente agradables, sino también de todos los talentos útiles al hombre en sociedad, y el hijo podrá escoger. La barbarie de los turcos depende en gran parte del estado de embrutecimiento moral de las bellas georgianas. Los jóvenes nacidos en París deben á sus madres la incontestable superioridad que tienen á los dieciséis años sobre los jóvenes provincianos de su edad. De los dieciséis años á los veinticinco es cuando el juego cambia.

Todos los días, las gentes que han inventado el pararrayos, la imprenta, el arte de hacer el paño, contribuyen á nuestra felicidad, y lo mismo puede decirse de los Montes- quieu, los Racin y los Lafontaine. Ahora bien : el número de genios que produce una nación es proporcional al número de hombres que reciben una cultura suficiente (1), y nada me prueba que mi zapatero no tenga el talento que se necesita para escribir como Cornelio; pero le falta la

educación necesaria para desarrollar sus sentimientos y aprender á comunicarlos al público.

Según el sistema actual de la educación de las jóvenes.

(1) Véase los generales en 1795. (N. del A.)

todos los genios que nacen mujeres están perdidos para la felicidad del público; desde que la casualidad les da los medios de manifestarse, vedlas alcanzar á los talentos más difíciles; ved en nuestros días una Catalina 11, que no tuvo otra educación que el peligro y el cura; una Madame Roland ; una Alejandra Mari, que en Arezzo levantó un regimiento y lo lanzó contra los franceses; una Carolina, reina de Nápoles, que sabe detener el contagio del liberalismo mejor que nuestros Castlereagh y nuestros P... En cuanto á lo que pone obstáculos á la superioridad de las mujeres en las obras del espíritu, puede verse el Capítulo del pudor, artículo noveno. ¿ Dónde no hubiera llegado Miss Edgeworth si la consideración necesaria á una joven miss inglesa no le hubiese inspirado la necesidad de transportar la cátedra á la novela? (1).

(I) Bajo el aspecto de las artes, ese es el gran defecto de un

¿Cuál es el hombre, en el amor ó en el matrimonio, que tiene la felicidad de poder comunicar sus pensamientos tal como se le presentan á la mujer con quien pasa su vida? Encuentra un buen corazón que comparta sus penas; pero siempre se ve obligado á cambiar sus pensamientos en moneda menuda si quiere ser entendido, y sería ridículo esperar consejos razonables de un espíritu que tiene necesidad de tal régimen para comprender las cosas. La mujer más perfecta, según las ideas de la educación actual, deja á su mando aislado en los peligros de la vida, y bien pronto corre el riesgo de aburrirle.

¡ Qué buen consejero encontraría un hombre en su mujer, si ella supiese pensar! Un consejero cuyos intereses, des-

(I) En el respecto de las artes, ese es el gran defecto de un Gobierno razonable, y también el único elogio razonable de la monarquía á lo Luis XIV. Considerad la esterilidad literaria de América, donde no hay ni una sola novela como las de Bums 6 de los españoles del siglo XIII. Añadid las novelas de los daneses del mismo siglo, las admirables de los griegos modernos, y mejor aún las poesías árabes del siglo VII. {N. del A.)

pues de todo, fuera de un solo objeto, y que no dura mas que la mañana de la vida, son idénticos á los suyos...

Una de las más bellas prerrogativas del talento es la que da consideración á la vejez. Considerad la llegada de Voltaire á París, que hace palidecer la majestad real. Pero en cuanto á las pobres mujeres, desde que no tiene el brillo de la juventud, su única y triste felicidad es hacerse ilusiones sobre el papel que representan en el mundo.

Los residuos de los talentos de la juventud no son mas que un ridículo, y sería una felicidad para nuestras mujeres actuales morir á los cincuenta años. En cuanto á la verdadera moral, cuanto más talento se tiene, más claramente se ve que la justicia es el único camino de la felicidad. El genio es una potencia; pero es todavía más una luz para descubrir el gran arte de ser feliz.

La mayor parte de los hombres tienen un momento en su vida en que pueden hacer grandes cosas : es aquel en que nada les parece imposible. La ignorancia de las mujeres hace perder al género humano esta fortuna magnífica. El amor sirve hoy, á lo sumo, para aprender á montar bien á caballo ó escoger bien el sastre.

No tengo tiempo de guardar las avenidas contra la crítica; si yo pudiese establecer usos diarios á las jóvenes, en tanto que fuese posible exactamente la misma educación que á los muchachos. Como no tengo intención de hacer un libro á propósito de esto, no se me exigirá que diga por qué es absurda la educación actual de los hombres. No se les enseñan las dos primeras ciencias : la lógica y la moral. Tornándola tal como es, digo que vale más darla á las jóvenes que enseñarlas únicamente á tocar música, pintar acuarelas y hacer bordados.

Enseñar, pues, á las jóvenes á leer, escribir y la aritmética, por la enseñanza mutua en las escuelas centrales ó conventos donde la presencia de cualquier hombre, excepto los profe-

sores, sería severamente castigada. La gran ventaja de reunir á los niños es que por limitado que sea el número de profesores los niños aprenden, á pesar suyo, de los pequeños camaradas el arte de vivir en el mundo y de manejar sus intereses. Un profesor sensato debería explicar á los niños sus pequeñas querellas y sus

amistades y comenzar así su curso de moral mejor que por la historia del Buey de oro (1).

Sin duda, de aquí á algunos años, la enseñanza mutua será aplicada á todo lo que se aprende ; pero tomando las cosas en su estado actual, yo querría que las jóvenes estudiaran el latín como los niños; el latín es bueno porque enseña á aburrirse ; con el latín, la historia, las matemáticas, el conocimiento de las plantas útiles como alimento ó como remedio; después, la lógica y las ciencias morales, etc. El baile, la música y el dibujo deben comenzar á los cinco años.

A los dieciséis años una joven debe pensar en encontrar un marido y recibir de su madre ideas exactas sobre el amor, el matrimonio y la poca probidad de los hombres (1).

(1) Mi querido discípulo, vuestro señor padre tiene gran afecto hacia vos : esto es lo que hace que me dé cuarenta francos al mes para que os enseñe las matemáticas, el dibujo y, en una palabra, el modo de ganar la vida. Si tenéis frío y os falta una capa, vuestro padre os la comprara Pero cuando tengáis dieciocho años será preciso que ganéis vos el dinero necesario para comprar esta capa. Vuestro señor padre tiene, según dicen, \emt 'XiC mil libras de renta, pero sois cuatro hijos; será preciso que no os acostumbréis al carruaje de que gozáis en casa de vuestro señor padre, etc., etc. (Ai. del A.)

{}) Ayer tarde he visto dos encantadoras niñas de cuatro años cantar canciones de amor, en un columpio que yo hacía balancear. Las doncella; les enseñan estas canciones y su madre les dice que amor y amante son palabras vacías de sentido. (A/, del A.)

CAPÍTULO LVI (BIS)

DEL MATRIMONIO

La fidelidad de las mujeres en el matrimonio cuando no hay amor es, probablemente, una cosa contra naturaleza (1).

Se ha tratado de obtener este sentimiento contra naturaleza por el miedo del infierno y los sentimientos religiosos; el ejemplo de España y de Italia muestra hasta qué punto se ha conseguido.

En Francia se ha querido obtener esto por la opinión; este era el único dique capaz de resistir, pero se ha construido mal. Es absurdo decir á una joven : «Seréis fiel al esposo elegido por vos misma», y en seguida obligarla á casarse con un viejo fastidioso (1).

(1) Anzi certamente. Coll amore uno non trova gusto á bevcre acqua altra che quella di questo fonie prediletto. Resta naiurale allora la fedeltá. Coll matrimonio senza amore, in men due di anni Vacqua di questo fonte diventa amara. Esiste sempre pero in natura il bisogno d'acqua. I costumi fanno superare la natura ma solamente quando si puo vincerla in un instante : la moglie indiana che si abbrucia (21 Ottobre 1821), dopo la morte del Uecchio mariio chie odiava, la ragazza europea che trucida bárbaramente il tencro bambino al quale testé diede vita. Senza Valtissimo muro dell monistero le monacho anderebbero via (N. del A.)

(1) Hasta en las mismas pequeneces todo entre nosotros es cómico en jo concerniente á la educac'oii de las mujeres. For ejemplo, en 1820, bajo el reinado de esos mismos nobles que han

proscrito el divorcio, el ministro envió á la ciudad de Laon un busto y una estatua de Gabriela d'Estre^zs (a). La estatua fué colocada en la plaza pública, sin duda para propagar entre las jóvenes el amor á los Borbones y comprometerlas en caso de necesidad á no ser crueles con los reyes amables y á dar vastagos é esta ilustre familia. Pero en cambio el mismo ministro negó á la ciudad de Laon el busto del mariscal Serrurier, hombre valiente que no era galante y que además había comenzado su carrera por el oficio de simple soldado. (Discours da général Froy en el Courier del 17 Junio de 1820. Dulaure en su curiosa Mistoire de Paris, artículo Amours de Henri IV.)

(N. del A.)

a) (Gabriela d'Estr«és la célebre amante de Enrique IV.) (iV. del T.)

Pero las jóvenes se casan con gusto. Esto consiste que en el sistema de la educación actual la esclavitud que sufren en casa de su madre es de un aburrimiento irifolerable; además, carecen de luces, y en una palabra, es el voto de la naturaleza. No hay más que un medio obtener de las mujeres más fidelidad en el matrimonio, y es dar la libertad á las jóvenes y el divorcio á las casadas.

Una mujer pierde siempre en un primer matrimonio los más hermosos días de la juventud, y por el divorcio da á los tontos algo que decir contra ella.

Las mujeres jóvenes que tienen muchos amantes no necesitan pensar en el divorcio. Las mujeres de cierta edad que han tenido muchos amantes, creen reparar su reputación, y en Francia lo consiguen siempre, mostrándose extremadamente severas con los errores que les han quitado. Será alguna pobre joven virtuosa y perdidamente enamoída, quien pedirá el divorcio y quien será deshonorada por mujeres que han tenido cincuenta amantes.

CAPÍTULO LVII

DE LO QUE SE LLAMA VIRTUD

Yo honro con el nombre de virtud el hábito de realizar acciones penosas y útiles á los demás. San Simeón Estilita, que estuvo viviendo veintidós años en lo alto de una columna dándose disciplinazos, á mis ojos apenas tiene virtud alguna.

No aprecio mucho más á un cartujo que no come otra cosa que pescado y que no se permite hablar mas que el jueves. Confieso que prefiero al general Carnot, que, en una

edad avanzada, soportó los rigores del destierro en una pequeña ciudad del Norte antes que cometer una bajeza.

Tengo la esperanza de que esta declaración, en extremo vulgar, hará que no me lean el resto del Capítulo .

Esta mañana, día de fiesta en Pesaro (7 Mayo 1819), viéndome obligado á asistir á la misa, hice que me dieran un misal y leí al acaso sobre estas palabras :

Joanna, Alphonsi quinti Lusilaniae regís filia, tanta dioini amoris flatnma praeoenta fuit, ut ah ipsa pueritiá rerum caducarum pertaesa solo coeclestis patriae desiderio flagraret.

La virtud tan conmovedora predicada por las frases tan bellas del Génie du christianisme se reduce, pues, á no comer trufas por miedo á los calambres dé estómago. Este es un cálculo bastante razonable si se cree en el infierno; pero cálculo del interés más personal y más prosaico. La virtud filosófica que explica tan bien la

vuelta de Régulo á Car- tago y que ha producido rasgos semejantes en nuestra revolución (1), prueba, por el contrario, generosidad de alma.

Únicamente por no ser quemada en el otro mundo en una gran caldera de aceite hirviendo resiste Madame de Tour- vel á Valmond (2). No concibo cómo la idea de ser el rival de una caldera de aceite hirviendo no aleja á Valmont con desprecio.

¡ Cuánto más conmueve Julia d'Etanges respetando sus juramentos y la felicidad de Wolmar!

Lo que digo de Madame Tourvel lo hallo aplicable á la alta virtud de Mistress Hutchinson. ¡ Qué alma arrebató al amor el puritanismo!

(1) Mémoires de Madame Roland, Grangeneuve, que va á pasearse á las ocho á cierta calle, para hacerse matar por el cpauchino Chabot. Se creía que era una muerte útil á la causa de la libertad. {N. del A.)

(2) En la novela Las amistades peligrosas, de Laclos. (N. del T.)

Uno de los detalles más divertidos en el gran mundo es que los hombres creen siempre saber lo que evidentemente les es necesario saber. Vedles hablar de política, esa ciencia tan complicada ; vedles hablar de matrimonio y de costumbres.

CAPÍTULO LVIII

SITUACIÓN DE EUROPA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL MATRIMONIO

Hasta ahora no hemos tratado la cuestión del matrimonio mas que por la razón (1); vamos á tratarla por los hechos.

¿Cuál es el país del mundo donde hay más matrimonios felices? Incontestablemente, la Alemania protestante.

Extracto el trozo siguiente del Diario del capitán Salviati sin cambiar en él una sola palabra :

Halberstadt, 25 Junio 1807... Bulow, sin embargo, está franca y buenamente enamorado de la señorita de Feltheim; la sigue por todas partes y la habla sin cesar, y muy á menudo la retiene á diez pasos de nosotros. Esta preferencia ofende á la sociedad, y en las orillas del Sena pasaría por el colmo de la indecencia. Los alemanes piensan menos que nosotros en lo que choca á la sociedad, y la indecencia apenas es mas que un pecado de convención. Hace cinco años que Bulow hace la corte así á Mina y no han podido casarse á causa de la guerra. Todas las señoritas de la sociedad tienen su amante conocido de todo el mundo ; pero tam-

(1) El autor había leído un artículo intitulado DeWAmore en la traducción italiana de la Idéologie de Tracy. El lector encontrará en este Capítulo ideas de otro alcance filosófico que todo lo que puede encontrar aquí. (N. del A.)

bién entre los alemanes conocidos de mi amigo Mermann, no hay uno solo que no esté casado por amor, á saber :

«Mermann, su hermano Jorge, Voigt, Laging, etc. Acaba de nombrarme una docena.

)>La manera franca y apasionada con que todos los amantes hacen aquí la corte á sus novias sería el colmo de la indecencia, del ridículo y de la descortesía en Francia.

»Mermann me decía esta tarde, volviendo del Cazador Verde, que de todas las mujeres de su familia, por cierto muy numerosa, no creía que hubiese una sola que hubiese engañado á su marido. Supongamos que se engañe en la mitad, y es todavía un país singular.

))Su proposición escabrosa á su cuñada Madame de Muni-chow, cuya familia va á extinguirse por falta de herederos varones, haciendo que sus bienes, muy considerables, vuelven al príncipe, fue recibida con frialdad y con un «no volváis á hablarme jamás de eso.

))Ha dicho alguna cosa en términos muy encubiertos á la celeste Filipina (que acaba de obtener el divorcio contra su marido, que quería simplemente venderla al soberano): ésta sintió indignación no ficticia, disminuida en los términos en vez de ser exagerada. «¿No tenéis, pues, más estimación hacia nuestro sexo? Yo creo, por vuestro honor, que os burláis.»

»En un viaje al Brocken con esta mujer verdaderamente bella, ella se apoyaba en su hombro, durmiendo ó fingiendo dormir; un vaivén la echó un poco sobre él; él la apretó el talle y ella se lanzó por el otro lado del carruaje ; él no cree que sea inseducible, pero cree que se mataría al día siguiente de su falta. Lo que hay de cierto es que la amaba apasionadamente y que era amado del mismo modo; que se ven sin cesar y que ella nada tiene que reprocharse ; pero el sol es muy pálido en Halberstadt, el Gobierno muy minucioso y

estos dos personajes muy fríos. En sus conversaciones más apasionadas, Kant y Klopstock entraban en juego.

¡Mermann me contaba que un hombre casado, convencido de adulterio, puede ser condenado por los Tribunales á diez años de prisión; la ley ha caído en desuso, pero hace al menos que no se permitan bromas en esta clase de negocios; la cualidad de hombre

de aventuras galantes está muy lejos de ser como en Francia una ventaja que casi no se puede negar frente á un marido sin insultarle.

))Si alguno dijera á mi coronel ó á Ch... que no han tenido relaciones con mujeres desde su matrimonio, serían mal recibidos.

))Hace algunos años que una mujer de este país, en un cambio de religión, dijo á su marido, hombre de la corte de Brunswick, que le había engañado seis años consecutivos. Este marido, tan tonto como su mujer, fué á contarlo al duque ; el galán se vió obligado á presentar la dimisión de todos sus empleos y á dejar el país dentro del término de veinticuatro horas, bajo la amenaza del duque de hacer cumplir las leyes.»

«Halberstadt, 7 Julio 1807.

«Aquí los maridos no son engañados, es cierto, pero ¡ qué mujeres. Dios mío ! Estatuas, masas apenas organizadas. \n- tes del matrimonio son bastante agradables, ágiles como gacelas y con una mirada viva y tierna que comprende siempre las alusiones del amor. Es que entonces están á caza de un marido. Una vez casadas, son verdaderas lluecas, consagradas á sacar hijos y á vivir en adoración perpetua ante el procreador. Es indudable que en una familia de cuatro ó cinco hijos debe haber siempre uno enfermo, puesto qui la mitad de los niños mueren antes de los siete años, y en este país, desde que uno de los niños está enfermo, la madre no sale ya. Las veo encontrar un placer indecible en ser acari-

ciadas por sus hijos. Poco á poco pierden todas sus ideas. Ocurre como en Filadelfia. Jóvenes de alegría loca é inocente se convierten en un año en las mujeres más aburridas. Para terminar sobre los matrimonios de la Alemania protestante, la dote de la mujer es casi nula, á causa de los feudos. La se ñorita de Diexdorff, hija de un hombre que tiene cuarenta mil libras de renta, tendrá acaso dos mil escudos de dote (siete mil quinientos francos).

«Mermann ha recibido cuatro mil escudos de su mujer.

«El suplemento de la dote es pagadero en vanidad en la corte. «Se encontrarían en la burguesía, me decía Mer- mann, partidos de ciento ó ciento cincuenta mil escudos (seiscientos mil francos en lugar de quince). Pero, si se aceptan, no puede ya uno ser presentado en la corte, y queda aislado de toda sociedad donde se

encuentre un príncipe ó una princesa : esto es horrible.)) Tales fueron sus frases, y lo decía con todo su corazón.

«Una mujer alemana que tuviera el alma de Fi... con su talento, su figura noble y sensible, el fuego que debía tener á los dieciocho años (tiene veintisiete), siendo honrada y llena de naturalidad por las costumbres del país, no teniendo por la misma causa mas que la pequeña dosis útil de religión, haría sin duda á su marido bastante feliz. Pero ¿cómo halagarse de ser constante cerca de madres de familia tan insípidas?»

«Pero estaba casado, me ha respondido esa mujer esta mañana cuando yo reprobaba los cuatro años de silencio del amante de Corina, lord Osvald. Veló hasta la madrugada para leer Corina : esta novela le ha causado una profunda emoción y me ha respondido con su conmovedor candor ; Pero estaba casado)).

«Fi... tiene tanta naturalidad y una sensibilidad tan ingenua, que en este mismo país de la naturalidad parece hipócrita á los espíritus mezquinos. Sus burlas le hacen daño y no lo oculta.

«Cuando está en buena compañía ríe como una loca de las chanzas más alegres. Es ella quien me ha contado la historia de aquella joven princesa de dieciséis años, después tan célebre, que á menudo hacía subir á su aposento al oficial de guardia que estaba en su puerta.))

LA SUIZA

Conozco pocas familias más felices que las de la Ober-land, parte de la Suiza situada cerca de Berna, y es de notoriedad pública (1816) que las jóvenes pasan con sus amantes las noches del sábado al domingo.

Los tontos que creen conocer el mundo por hacer el viaje de Saint Iloud á París, van á asustarse; felizmente, encuentro en un escritor suizo la confirmación de lo que he visto por mí mismo (1) durante cuatro meses.

«Un buen aldeano se quejaba de algunos daños hechos en su jardín ; le pregunté por qué no tenía perro. «Mis hijas, dijo, no se casarían nunca». No comprendí su respuesta ; me contó que había tenido un perro tan malo, que no había jóvenes que se atreviesen á escalar sus ventanas.

)Otro aldeano, alcalde de su aldea, para hacerme el elogio de su mujer, me decía que en el tiempo en que era soltera no había habido otra que hubiese tenido más ^i7íer ó veladores (que hubiese tenido más jóvenes que fuesen á pasar la noche con ella).

)Un coronel, generalmente estimado, se vió obligado en una excursión á través de las montañas á pasar la noche en el fondo de uno de los valles más pintorescos del país. Se alojó en casa del primer magistrado del valle, hombre rico y acreditado. El extranjero observó al entrar á una joven de dieciséis años, modelo de gracia, de frescura y de sencillez :

(I) Principios filosóficos del coronel M^eís, «éptima edición, tomo 11, página 245. {N. del A.)

era la hija de j amo de la casa. Había aquella tarde baile campestre, y el extranjero hizo la corte á la joven, que era realmente de una belleza sorprendente. En fin, armándose de valor, le preguntó si no podría Celar con ella. ((No (respondió la joven); me acuesto con mi prima ; pero iré misma yo á vuestro cuarto.» Juzgúese de la turbación que le causó esta respuesta. Se cenó, el extranjero se levantó de la mesa, la joven cogió la luz y le siguió á su cuarto ; él creyó llegada la felicidad. ((No (dijo ella con candor), es preciso que pida permiso á mamá». Un rayo le hubiera aterrado menos. Salió la muchacha, él recobró valor y se deslizó hacia el salón de recibir de buenas gentes, y oyó á la hija que, en tono acariciador, rogaba á su madre la concediera el permiso que deseaba. Al fin lo consiguió. ((¿Verdad (dijo la madre á su marido, que ya estaba en la cama) que consientes en que Trineli pase la noche con el coronel ?» ((Con todo mi corazón (respondió el padre); yo creo que á un hombre así le prestaría hasta mi mujer». ((Pues bien, ve (dijo la madre á Trineli), pero sé valiente y no te quites la basquina...» Al despuntar el día, Trineli, respetada por el extranjero, se levantó virgen ; arregló las almohadas del lecho, preparó el café y la crema para su velador, y después que, sentada sobre el lecho, se desayunó con el coronel, cortó un pedacito de sübromtpletz (pieza de terciopelo que cubre el pecho), y le dijo : ((Toma; conserva este recuerdo de una noche feliz; yo no la olvidaré jamás. ¿Por qué eres coronel?» Y él, dándole un último beso, huyó, y no volvió á verla

más (-).» He aquí un exceso de candor opuesto á nuestras costumbres francesas y que estoy lejos de aprobar.

(1) Me place decir con las palabras de otros hechos extraordinarios que yo he tenido ocasión de observar. Ciertamente, sin Weis no hubiese referido ese rasgo de costumbres. He omitido otros también característicos de Valencia y de Viena. (N. del A.)

Yo querría, si fuera legislador, que se adoptase en Francia, como en Alemania, el uso de la soirees danzantes. Tres veces por semana las jóvenes irían con sus madres á un baile que comenzase á las siete y acabase á media noche y que exigiese por todo gasto un violín y unos vasos de agua. En una habitación vecina las madres, tal vez un poco envidiosas de la feliz educación de sus hijas, jugarían á los naipes ; en otra, los padres encontrarían los periódicos y hablarían de política. Entre media noche y la una, todas las familias se reunirían y volverían al hogar paterno. Las jóvenes aprenderían á conocer á los jóvenes ; la fatuidad y la indiscreción bien pronto se harían odiosas; en fin, escogerían un marido. Algunas jóvenes tendrían amores desgraciados; pero el número de los maridos engañados disminuiría en una inmensa proporción. Entonces sería menos absurdo tratar de castigar la infidelidad por la vergüenza, y la ley diría á las mujeres ; «Vos habéis escogido á vuestro marido ; sedle fiel». Entonces yo admitiría la persecución y el castigo por los tribunales de lo que los ingleses llaman criminal conversation. Los tribunales podrían imponer, en beneficio de las cárceles y de los hospitales, una multa igual á los dos tercios de la fortuna del seductor y una prisión de algunos años.

Lina mujer podría ser perseguida por adúltera delante de un Jurado. El Jurado debería ante todo declarar que la conducta del marido había sido irreprochable.

La mujer, convicta y confesa, podría ser condenada á prisión perpetua. Si el marido hubiese estado ausente más de dos años, la mujer no podría ser condenada más que á algunos de prisión. Las costumbres públicas se modelarían bien pronto sobre estas leyes y las perfeccionarían (1).

(1) El Examiner, periódico inglés, al dar cuenta del proceso de la reina (número 662, del 3 de Septiembre de 1820), añade : We have a system of sexual morality, under which thousands of women

become mercenary prostitutes whom virtuous women are taught to scorn, white virtuous men

Lfilonces los nobles y los sacerdotes, aun Jan.entando amargamente los siglos decentes de la Montespán ó de la Dubarry. se verían obligados á permitir el divorcio ! i K

Habría en una aldea cerca de París un Elíseo para las mujeres desgraciadas; una casa de refugio donde, bajo pena de galeras, no entraría otro hombre que el médico y el capellán. Una mujer que quisiera obtener el divorcio, ante todo se constituiría prisionera en este Elíseo; pasaría en él dos años sin salir una sola vez. Podría escribir, pero sin recibir respuesta.

Un Consejo, compuesto de pares de Francia y de magistrados respetables, dirigiría, en nombre de la mujer, las de mandas de divorcio, y reglamentaría la pensión que el marido tenía que pagar al establecimiento. La mujer que fracasara en su demanda delante de los tribunales sería admitida á pasar el resto de su vida en el Elíseo. El Gobierno entregaría á la Administración del Elíseo dos mil francos por cada mujer refugiada. Para ser recibida en el Elíseo sería preciso retain the privilege of frequenting those very women, without it*s being regarded as any thing more than si venial offence-» (a). Hay una noble intrepidez en el país del Cant en atreverse á expresar sobre este asunto una vrdad, por trivial y palpable que sea ; eso es todavía más meritorio en un pobre periódico que no puede lograr éxito más que siendo comprado por gentes ricas, las cuales miran al obispo y á la Biblia como la única salvaguardia de sus magníficas libreas. (N. del A.)

(a) «Tenemos un sistema de moralidad sexual bajo el cual miles de mujeres se convierten en prostitutas mercenarias, á quienes se enseña á las mujeres virtuosas á despreciar, mientras que los hombres virtuosos conservan el privilegio de frecuentar á estas mismas mujeres sin que su acción se considere como algo más que una ofensa venial.» (V. del T.)

(I) Madame de Sevigné escribía á su hija el 23 de Diciembre de 1871 : «No sé si habrás sabido que Villarceaux, hablando al rey de un cargo para su hijo, aprovechó hábilmente la ocasión de decirle que había gentes que se atrevían á decir á su sobrina (la señorita de Rouxel) que Su Majestad tenía alguna inclinación hacia ella ; que si

era cierto le suplicaba se sirviera de él; que el asunto estaría mejor entre sus manos que en las de otro ; que él se dedicará á ello con éxito. El rey se echó á reír, y dijo : V illarccaux, vos y yo somos demasiado viejos para dedicarnos á señoritas de quince años. Y como un hombre galante, se burló de él y contó su discurso á las damas. (Tomo II, página 340.) Memorias de Lauzun, de Bezenval, de Madame de Epinay, etc. Suplico que no se me condene sin volver á leer estas memorias. (N. del A.)

haber tenido una dote de más de veinte mil francos. La severidad del régimen moral sería extremada.

Después de dos años de una total separación del marido, una mujer divorciada podría volverse á casar.

Una vez llegadas á este punto, las Cámaras podrían examinar Si para establecer la emulación del mérito entre las jóvenes convendría atribuir á los muchachos una parte doble que á las hermanas en la herencia paterna. Las jóvenes que no encontraran con quien casarse tendrían una parte igual á la de los varones. Se observará que este sistema destruiría poco á poco el hábito de los matrimonios de conveniencia, demasiado inconvenientes. La fusibilidad del divorcio haría muelles los excesos de baja.

Sería preciso establecer en diversos puntos de Francia y en aldeas pobres treinta abadías para las solteras viejas. El Gobierno trataría de rodear de consideración estos establecimientos, para consolar un poco la tristeza de las pobres solteras, que acabarían allí su vida.

Pero dejemos estas quimeras.

CAPÍTULO LIX

WERTHER Y DON JUAN I

Entre los jóvenes, cuando se han burlado bastante de un pobre enamorado que ha abandonado el salón, ordinariamente la conversación acaba por tratar la cuestión de si vale más tomar á las mujeres como el don Juan de Mozart ó como Werther. El contraste sería más exacto si se hubiese citado á Saint-Preux, pero éste es un personaje tan llano que haría daño á las almas sensibles tomándolo por representante.

El carácter de don Juan requiere mayor número de esas virtudes útiles y estimadas en el mundo; la intrepidez admirable, el talento de la astucia, la vivacidad, la sangre fría, el ingenio gracioso, etc.

Los don Juan tienen momentos de sequedad y una vejez bastante triste ; pero la mayor parte de los hombres no llegan á la vejez.

Los enamorados representan un triste papel por la noche en el salón, porque no se tiene talento y fuerza entre las mujeres sino en cuanto que uno pone en tenerlos exactamente el mismo interés que en una partida de billar. Como la sociedad conoce en los enamorados un gran interés en la vida, aunque tengan un poco de talento prestan un gran blanco á la burla ; pero luego á la mañana, al despertarse, están de mal humor, hasta que algo picante y maligno viene á reanimarlos ; entretanto piensan en la que aman y hacen, en el aire, castillos, habitados por la felicidad.

El amor á lo Werther abre el alma á todas las artes, a todas las impresiones dulces y románticas, á la luz de la luna, á la belleza de los bosques, á la de la pintura, en una palabra, al sentimiento y al goce de lo bello bajo cualquier forma que se presente, aunque sea bajo un sayal. Hace encontrar la felicidad hasta en las riquezas (I). Estas almas, en vez de estar sujetas á cansarse, como Mielhan, Bezenval, etc., se vuelven locas por exceso de sensibilidad, como Rousseau. Las mujeres dotadas de cierta elevación de alma que después de la primera juventud saben ver el amor tal como es,

(I) Primer volumen de La Nouëlle Héloïse, y todos los volúmenes, sj Saint-Preux hubiese tenido la sombra de un carácter; pero era un verdadero poeta, un charlatán sin resolución, que no tenía corazón sino después de haber perorado. Estas gentes poseen la inmensa ventaja de no ofender el orgullo femenino y de no hacerse admirar de su amiga. Pésese esta palabra, que acaso está en ella el secreto del éxito de algunos hombres cerca de las mujeres distinguidas. Sin embargo, el amor no es una pasión que haga olvidar el amor propio. No sienten, pues, completamente el amor las mujeres que, como L..., le piden los placeres del orgullo. No hay duda que están á la misma altura que el hombre prosaico, objeto de su desprecio, que busca en el amor el amor y la vanidad. Ellas quieren el amor y el orgullo ; pero el amor se retira con el rubor en la frente, pues es el más orgulloso de los déspotas : ó es todo ó no es nada. (N. del A.)

se libran por lo general de esos don Juan, que tienen á su favor más bien el número que la calidad de las conquistas. Notad, en desventaja dq la consideración de las almas sensibles, que la publicidad es necesaria al triunfo de los don Juan, como el secreto á los Werther. La mayor parte de las personas que se ocupan de mujeres han nacido en el seno de un gran bienestar, es decir, son por el hecho de su educación y por la imitación de lo que les rodea en su juventud, secos y egoístas (1).

Los verdaderos don Juan acaban aún por mirar á las mujeres como la parte enemiga y por alegrarse de sus desgracias.

Por el contrario, el amable duque de Pignatelle nos muestra en Munich la verdadera manera de ser feliz por la voluptuosidad, aun sin el amor-pasión. Conozco que una mujer me gusta (me decía una

tarde), cuando encontrándome á su lado no sé qué decirle.» Muy lejos de ruborizarse su amor propio y vengarse de este momento de timidez, lo cultivaba preciosamente como el origen de la felicidad. En este amable joven el amor-gusto estaba totalmente exento de la vanidad que corroe; era un matiz debilitado, pero puro y sin mezcla, del amor verdadero, y él respetaba á todas las mujeres como á seres encantadores, con las que somos muy injustos (20 Febrero 1820).

Como no se escoge un temperamento, es decir, un alma, no se otorga uno un papel superior. Rousseau y el duque de Riechelieu, por mucho que hubieran hecho, á pesar de todo su*talento, no hubieran podido cambiar de procedimiento con las mujeres. Yo creería de buena fe que el duque no ha tenido nunca momentos como aquellos que Rousseau

(I) Véase una página de Chenier, CEuvres, página 370, ó bien, ábranse los ojos en el mundo, lo cual es más difícil. «En general, aquellos que llamamos patricios están más lejos que los otros hombres de amar», dice el Imperador Marco Aurelio.

(Pensamientos, página, 50). (N. del A.)

gozó en el parque de la chevette al lado de Madame d'Hou-detot; en Venecia, oyendo la música de las Scuole ; y en un uíñ á los pies de Madame Bazile. Pero en cambio no ha tenido que ruborizarse nunca del ridículo de que Rousseau se cubre al lado de Madame de Lamage y cuyos remordimientos le persiguieron el resto de su vida.

El papel de los Saint-Preux es más dulce, pero hay que convenir en que el de los don Juan es más brillante. Si Saint- Preux cambia de gusto en medio de su vida solitaria y retirada, con costumbres pensativas, se encuentra en la escena del mundo en el último lugar, en tanto que don Juan se crea una reputación soberbia entre los hombres, y podía tal vez agradar todavía á una mujer tierna haciéndole el sacrificio sincero de sus gustos libertinos.

Por todas las razones presentadas hasta ahora, me parece que la cuestión se equilibra. Lo que me hace creer á los Werther más felices, es que don Juan reduce el amor á no ser más que un asunto ordinario. En vez de tener, como Wer- ther, realidades que se modelan sobre sus deseos, tiene deseos imperfectamente

satisfechos por la fría realidad, como en la avaricia, la ambición y las otras pasiones. En vez de perderse en los sueños encantadores de la cristalización, piensa como un general en el éxito de sus maniobras (1), y, en una palabra, mata el amor en lugar de gozar más que otro, como cree el vulgo.

Lo que precede me parece que no tiene réplica. Otra razón que por lo menos vale tanto á mis ojos, pero que gracias á la torpeza de la Providencia es preciso perdonar á los hombres el no reconocer, es que el hábito de la justicia me parece, salvo accidentes, el camino más seguro para llegar á la felicidad, y los Werther no son malvados (2).

(1) Compárese á Lovelace con Torn Jones. {N. del A.)

(2) Véase la *Vie privée du due de Richelieu*, nueve volúmenes en octavo. ¿Por qué en el momento en que un asesino mata á un hombre no cae muerto á los pies de su víctima? ¿Por qué las enfermedades? Y si

Para ser feliz en el crimen sería preciso no tener remordimientos. Yo no sé si tal ser puede existir (1); yo no lo encontré nunca, y yo diría que la aventura de Madame Michelin turbaba las noches del duque de Richelieu.

Se necesitaría, lo que es imposible, no tener simpatía ó poder condenar á muerte al género humano (2).

Las gentes que no conocen el amor mas que por las novelas experimentarán una repugnancia instintiva leyendo estas frases en favor de la virtud en amor. Es que por las leyes de la novela, la descripción del amor virtuoso es esencialmente aburrido y poco interesante. El sentimiento de la virtud parece, así de lejos, neutralizar el del amor, y las palabras amor virtuoso parecen sinónimos de amor débil. Pero todo esto es una enfermedad del arte de escribir, que nada tiene que ver con la pasión tal como en la naturaleza (l).

Pido permiso para hacer el retrato del más íntimo de mis amigos.

Don Juan abjura todos los deberes que le atan al resto de los hombres. En el gran comercio de la vida es un comerciante de mala fe que compra siempre y no paga jamás. La idea de la igualdad le inspira la rabia que el agua da al hidrófobo ; por esto el orgullo de nacimiento sienta tan bien al carácter de don Juan. Con la idea de la

igualdad de los hay enfermedades, (por qué un Traistaillón no muere de cólico? (Por qué Enrique IV reina veintiún años y Luis XV cincuenta y nueve? (Por qué la duración de la vida no está en proporción exacta con el grado de virtud de cada hombre ? Y otras preguntas infames, dirán los filósofos inglese» que no hay, seguramente, ningún interés en formular, pero á las cuales habría algún mérito en responder de otra manera que por injurias y por el cant hipocresía). {N. del A.)

(1) Véase á Nerón después del homicidio de su madre (según Suetonio); y, sin embargo, (de cuántas adulaciones no estaba arrodado? (N. ¿el A.)

(2) La crueldad no es más que una simpatía sufriente. El poder no es la primera de las felicidades después del amor, sino porque uno cree hallarse en estado de obligar á la simpatía. {N. del A.)

(1) Si se pinta á los ojos del espectador el sentimiento de la virtud al lado del sentimiento del amor, se halla haber representado un corazón dividido entre dos sentimientos. La virtud en la novela no es buena más que para sacrificarse : Julia d'Etanges. (N. del A.)

derechos desaparece la de la justicia, ó mejor aún, si don Juan ha salido de una sangre ilustre, estas ideas vulgares no las ha aprovechado jamás, y yo creo que un hombre que lleva un nombre histórico está más dispuesto que otro á poner fuego á una ciudad para hacerse cocer un huevo (1). Es preciso excusarle, pues está de tal modo poseído del amor de sí mismo, que llega al punto de perder la idea del mal que causa y de no ver en el universo más que á sí mismo que pueda gozar ó sufrir. En el fuego de la juventud, cuando todas las pasiones hacen sentir la vida en nuestro propio corazón y alejan la desconfianza del de los demás, don Juan, lleno de sensaciones y de felicidad aparente, se aplaude de no pensar mas que en sí, mientras que ve á los otros hombres sacrificarse al deber ; él cree haber encontrado el gran arte de vivir. Pero en medio de su triunfo, apenas llega á los treinta años nota con extrañeza que le falta la vida y siente un disgusto creciente por lo que constituía todos sus placeres. Don Juan me decía, en Thorn, en un acceso de mal humor ; ((No hay mas que veinte variedades de mujeres, y una vez que se han poseído dos ó tres de cada variedad, la saciedad comienza.» Yo le respondí : ((Sólo la imaginación es la que se salva

de la saciedad. Cada mujer inspira un interés diferente, y más aún la misma mujer si la casualidad os la presenta dos ó tres años más temprano ó más tarde en el curso de la vida, y si la casualidad quiere que la améis, es amada de una manera diferente. Pero una mujer sensible, amándoos del mismo modo, no producirá sobre vos, por sus pretensio-

(I) Véase en Saint-Simón el aborto de la señora duquesa de Bourgogne y á Madame de Motteville, passim. Esta princesa se admiraba de que las demás mujeres tuviesen cinco dedos en la mano como ella, y el duque de Orleans, Gastón, hermano de Luis XIII, encontraba muy senc-illo que sus favoritos fuesen al cadalso para darle gusto. Ved, en 1820, á ciertos señores votar una ley de elección que puede volver á traer á los Robespierre á Francia. Véase Ñapóles en 1799. (Dejo esta nota /sscrita en 1820. Lista de los grandes señores de 1778, con notas sobre su moralidad dadas por el general Lacios, vista en Ñapóles en casa del marqués Berio, manuscrito de más de trescientas páginas, muy escandaloso. {N. del A.})

nes á la igualdad, mas que la irritación del orgullo. Vuestro modo de amar á las mujeres mata todas las demás alegrías de la vida ; el de Werther las centuplica.»

Este triste drama llega al desenlace. Se ve al don Juan, envejecido adherirse á lo que le inspira saciedad y jamás á sí mismo. Se le ve, atormentado del veneno que le devora, agitarse en todos sentidos y cambiar continuamente de objeto. Pero cualquiera que sea el brillo de las apariencias, todo se une para él en cambiar de pena, de aburrimiento pacífico ó de aburrimiento agitado : he aquí la única elección que le queda.

Al fin, descubre y se confiesa á sí mismo la fatal verdad ; desde entonces está reducido por toda alegría á hacer sentir su poder y á hacer abiertamente el mal por el mal. Esto es también el último grado de la desgracia habitual; ningún poeta se ha atrevido á presentar su imagen fiel, pareciéndole horroroso el cuadro.

Pero se puede esperar que un hombre superior vuelva sobre sus pasos en este camino fatal, porque hay una contradicción en el fondo del carácter de don Juan. Yo le supongo mucho talento, y

mucho talento conduce al descubrimiento de la virtud por el camino del templo de la gloria (I).

La Rochefoncauld, que, sin embargo, entendía de amor propio, y que en la vida real no era más que un pobre hombre de letras, dice (i) : «El placer del amor es amar, y se es más feliz por la pasión que se siente que por la que se inspira.»

La felicidad de don Juan no es mas que vanidad, basada, es cierto, en circunstancias provocadas con mucho talento y actividad ; pero debe sentir que el más insignificante general que gana una batalla, el menor prefecto que gobierna un

(1) El carácter del joven privilegiado en 1822 está bastante bien representado por el bravo Bothwell, en *Old Mortality*. (N. del A.)

(1) Véanse las *Memoires de Retz* y el mal momento que hizo pasar al coadjutor entre dos puertas, en el Parlamento. (N. del A.)

departamento, tiene mayor alegría que él, mientras que la felicidad del duque de Nemours, cuando madama de Cleves le dice que le ama, está, á mi parecer, por encima de la felicidad de Napoleón en Marengo.

El amor á lo don Juan es un sentimiento del mismo género que la afición á la caza. Es una necesidad de actividad que debe suscitarse por objetos diversos y poniendo sin caer en duda vuestro talento.

El amor á lo Werther es como el sentimiento de un colegial que hace una tragedia, y mil veces mejor ; es un fin nuevo en la vida, con el cual todo se relaciona y que cambia la faz de todo. El amor-pasión pone ante los ojos de un hombre toda la naturaleza con sus aspectos sublimes, como una novedad inventada ayer. Se admira uno de no haber visto nunca el espectáculo singular que se descubre á su alma. Todo es nuevo, todo es vivo, todo respira el interés más apasionado. Un amante ve á la mujer que ama en la línea del horizonte de todos los paisajes que encuentra, y andando cien leguas para ir á verla un instante, cada árbol, cada roca, le habla de ella de una manera diferente, y aprende algo nuevo. En vez del fracaso de este espectáculo mágico, don Juan tiene necesidad de que los objetos exteriores que no tienen precio para él más que por su grado de utilidad, se le hagan picantes por alguna intriga nueva.

El amor á lo Werther tiene singulares placeres; después de uno ó dos años, cuando el amante no compone, por decirlo así, más que un alma y (cosa extraña) aun independientemente del éxito en amor ; aun con los rigores de su amada, en todo lo que él haga ó vea, se pregunta : «¿Qué diría ella si estuviese conmigo? ¿Qué le diría yo de este paisaje de Casa-Lecchio?» La habla, escucha sus respuestas y ríe de las burlas que ella le hace. A cien leguas de ella, y bajo el peso de su cólera, se sorprende de hacerse esta reflexión ; ((Leonora estaba bastante alegre esta tarde.» Se despierta ;

«Pero, ¡ Dios mío (dice suspirando), hay locos en Bedlam que lo son menos que yo !...»

«Me impacientáis (dice uno de mis amigos á quien leo esta observación): vos oponéis siempre el hombre apasionado al don Juan, y esto no es la cuestión. Tendrías razón si se pudiese sentir una pasión á capricho. Pero en la indiferencia, ¿qué hacer?» El amor-gusto sin molestias. Las molestias vienen siempre de un alma pequeña que tiene necesidad de asegurarse sobre su propio mérito.

Continuemos. A los don Juan debe serles penoso convenir en la verdad de este estado del alma de que hablaba hace poco. Aparte que ellos no pueden verlo sin sentirlo, ofende demasiado á su vanidad. El error de su vida es creer conquistar en quince días lo que otro obtiene apenas en seis meses. Ellos se fundan en experiencias hechas á expensas de esos pobres diablos que no tienen ni el alma necesaria para agradar, revelando sus movimientos ingenuos, á una mujer sensible, ni el talento necesario para el papel de don Juan. No quieren comprender que lo que ellos obtienen, aunque sea concedido por la misma mujer, no es la misma cosa.

L*homme prudent sans cesse se meiiie ; c*est pour cela que des amants trompeurs Le nombre est grand. Les dames que l on prie Font soupirer longtemps des serviteurs Qui n'ont jamais eté faux de leur vié. Mais du tresór qu'elles donnent enfin Le prix n'est su que du cceur qui le goûte; Plus on l'achéte et plus il est divin : La lot d'amour ne vaut pas ce qu'il coüte.

NivernaiS : Le troubadour Guillaume de la Tour, III, 342.

El amor-pasión, respecto á los don Juan, puede compararse á un camino difícil, escarpado, incómodo, que comienza entre bosques encantadores, pero en seguida se pierde entre rocas cortadas á

pico, cuyo aspecto no tiene nada de halagador para los ojos vulgares. Poco á poco el camino se hunde en las altas montañas, en medio de un bosque sombrío,

cuyos árboles inmensos, interceptando el sol por sus copas frondosas y elevadas hasta el cielo, arrojan una especie de horror en las almas no templadas por el peligro.

Después de haber errado penosamente como en un laberinto infinito, cuyos rodeos multiplicados impacientan el amor propio, de repente se da una vuelta y se encuentra en un mundo nuevo, en el delicioso valle de Cachemira, de Lalla-Roo\.

¿Cómo los don Juan, que no penetran jamás en este camino, ó que no dan en él más que algunos pasos, podrían juzgar de los aspectos que presenta el término del viaje?...

«Veis que la inconstancia es buena» :

Il me faut du nouveau, nen fút-il plus au monde.

Bien : os burláis de los juramentos y de la justicia. ¿Qué se busca por la inconstancia? El placer aparente.

Pero el placer que se halla al lado de una mujer bonita, deseada quince días y conservada tres meses, es diferente del placer que se halla en una amante deseada tres años y conservada diez.

Si yo no digo siempre, es porque se afirma que la vejez, cabiando nuestros órganos, nos hace incapaces de amar : por mi parte, no creo nada de eso. Vuestra querida, convertida en vuestra amiga íntima, os da otros placeres, los placeres de la vejez. Es una flor que después de haber sido rosa á la mañana, en la estación de las flores, se cambia en un fruto delicioso á la tarde, cuando las rosas no están en sazón (1).

Una amante deseada tres años es realmente querida en toda la fuerza de la palabra : no se aproxima uno á ella sino temblando, y yo diría á los don Juan que el hombre que tiembla no se aburre. Los placeres del amor están siempre en proporción del temor.

(1) Víanse las Memorias de Collé, au mujer. (N. del A.)

La desgracia de la inconstancia es el aburrimiento ; la desgracia del amor-pasión es la desesperación y la muerte. Nótese que las desesperaciones de amor constituyen anécdota. Nadie hace caso de los viejos libertinos, aburridos, que revientan de aburrimiento, y de los cuales está lleno París.

((El amor lleva al suicidio á más gentes que el aburrimiento.)) Yo lo creo así, porque el aburrimiento quita todo, hasta el valor de matarse.

Hay algunos caracteres que hacen por no encontrar el placer sino en la variedad. Pero un hombre que eleva á las nubes el vino Champagne, á expensas del Burdeos- no hace sino decir con más ó menos elocuencia : ((Yo prefiero el Champagne.))

Cada uno de estos vinos cuenta con sus partidarios, y todos tienen razón, si se conocen bien á sí mismo, y si hablan según el género de felicidad adaptado á sus órganos (1) y á sus hábitos. Lo que halaga el partido de la inconstancia es que todos los tontos se ponen de este lado por falta de valor.

Pero, en fin, cada hombre, si quiere tomarse el trabajo de estudiarse á sí mismo, tiene su bello ideal, y me parece que hay siempre algo de ridículo en querer convertir al vecino.

CAPÍTULO LX

DEL FIASCO (INÉDITO.)

((Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas», dice Madame de Sévigné, contando la desgracia de su hijo con la célebre Champmeslé.

(1) Los fisiólogos, que conocen los órganos, os dicen que ala injusticia, en las relaciones de la vida social, produce sequedad, desconfianza y malestar» {N. del A.)

Montaigne sale bastante bien de un asunto tan escabroso :

«Yo estoy todavía en la duda de si estos divertidos accidentes amorosos de que nuestra sociedad se ve tan poblada, que no se habla de otra cosa, son voluntarias impresiones de aprensión y de temor, porque sé por experiencia que alguien de quien yo puedo responder como de mí mismo, en quien no podía sospecharse la menor debilidad, y muy poco de encantamiento, habiendo oído el cuento á un compañero suyo de un desfallecimiento extraordinario en que había caído en el momento en que tenía menos necesidad de ello, encontrándose en parecida ocasión el horror de aquel cuento, vino repentinamente á herirle tan rudamente la imaginación, que corrió una suerte igual. Y de ahí en adelante estuvo sujeto á este feo recuerdo de su inconveniencia, tiranizándole. Encontró algún remedio á este ensueño por otro ensueño. Confesando él mismo esta sujeción, alivió la contención de su alma, por lo que, soportando ese mal como esperado, su obligación se aminoró y le

envenenó menos... Quien ha sido capaz una vez, no es incapaz sino por justa debilidad. Esta desgracia no es de temer sino en las empresas en que nuestra alma se encuentra con exceso nervioso de deseo y de respeto... El alma del asaltante, turbada por varias alarmas, se pierde fácilmente. La nuera de Pitágoras decía que la mujer que se acuesta con un hombre debe dejar á un lado la vergüenza y recobrarla después.

Esta mujer tenía razón por lo que respecta á la galantería ; pero ninguna en lo que atañe al amor.

El primer triunfo, poniendo aparte toda vanidad, no es directamente agradable para ningún hombre ;

1) A menos que no haya tenido tiempo de desear á esta mujer y de entregarla á su imaginación, es decir, á menos que no la tenga en los primeros momentos en que la deseó. Este es el caso del mayor placer físico posible, porque toda

el alma se aplica á contemplar las bellezas sin pensar en los obstáculos.

2) O á menos que no se trate de una mujer absolutamente sin consecuencias, una bonita camarera, por ejemplo, una de esas mujeres que nadie se acuerda de desear sino cuando se las ve. Si entra un grano de pasión en el corazón, entra un grano de fiasco posible.

3) O á menos que el amante haya conseguido á su querida de una manera tan imprevista que no le deje tiempo para la menor reflexión.

4) O á menos de un amor abnegado y excesivo por parte de la mujer, y no sentido en el mismo grado por su amante.

Cuanto más perdidamente enamorado está un hombre, mayor es la violencia que se ve obligado á hacerse para atreverse á tocar tan familiarmente, y arriesgarse á enfadar á un ser que para él se asemeja á la Divinidad y le inspira el extremo amor y el respeto extremo.

Este temor, seguido de una pasión bastante tierna, y en el amor-gusto la vergüenza que proviene de un deseo inmenso de agrandar y de la falta de valor, forman un sentimiento extremadamente penoso que se siente en sí insuperable y del que uno se ruboriza. Ahora bien ; si el alma está ocupada en tener vergüenza y en

sobreponerse á sí propia, no puede uno estar empleado en tener placer, porque antes de pensar en el placer, que es un lujo, es preciso que la seguridad, que es lo necesario, no corra ningún riesgo.

Hay personas que, como Rousseau, experimentan vergüenza aun entre las rameras, y no van á los prostíbulos porque no poseen á aquéllas más que una vez, y esta primera vez les resulta desagradable.

Para ver que, aparte la vanidad, el primer triunfo es con frecuencia penoso, hay que distinguir entre el placer de la ventura y la felicidad del momento que la sigue; se está siempre contento:

1) De encontrarse al fin en esta situación que tanto se deseó; de estar en posesión de una felicidad perfecta para el porvenir y de haber pasado el tiempo de esos rigores tan crueles que hacían dudar del amor de la que amáis.

2) De haber salido bien y haber escapado á un peligro ; esta circunstancia hace que no se tenga alegría pura en el amor-pasión ; no se sabe lo que se hace y no se está seguro de lo que se ama; pero en el amor-gusto, que no pierde nunca la cabeza, este momento es como la vuelta de un viaje ; se examina, y si el amor procede en parte de la vanidad, se disfraza el examen.

3) La parte vulgar del alma goza por haber conseguido una victoria.

Por poca pasión que sintáis por una mujer, vuestra imaginación no está agotada, si ella tiene la torpeza de deciros una tarde con aire tierno ; Venid mañana á medio día, no recibiré á nadie». Por agitación nerviosa no dormiréis en toda la noche; imaginaréis de mil maneras la felicidad que os aguarda ; la mañana es un suplicio ; al fin llega la hora y parece que cada campanada resuena en el diafragma. Os encamináis hacia su calle con una palpitación nerviosa; no tenéis fuerza para dar un paso. Veis detrás de su celosía á la mujer que amáis; subís armándoos de valor... y hacéis el fiasco de imaginación.

Monsieur Rapture, hombre excesivamente nervioso, artista y mala cabeza, me 'contaba en Mesina que, no solamente todas las primeras veces, sino también en todas las citas, había tenido siempre un accidente desgraciado... Sin embargo, creeré que ha

sido tan hombre como cualquier otro; al menos, le he conocido dos amantes encantadoras.

En cuanto al sanguíneo perfecto (al verdadero francés que toma todo por el lado bueno- al coronel Mathis), una cita para el día siguiente, en vez de atormentarle por exceso de sentimiento, se lo pinta todo de color de rosa hasta el

momento afortunado. Si no hubiere tenido cita, el sanguíneo estaría un poco aburrido.

Ved el análisis del amor por Helvecio; yo apostaría que sentía así eso que escribía para la mayoría de los hombres. Las otras gentes apenas son susceptibles del amor-pasión, porque perturbaría su tranquilidad, y creo que tomarían sus transportes por desgracias, ó, al menos, se sentirían humillados ante su timidez.

El sanguíneo puede conocer, á lo sumo, una especie de fiasco moral; sólo cuando recibe una cita de Mesalina y en el momento de entrar en su lecho, viene á penar delante de qué terrible juez va á presentarse.

El tímido temperamento melancólico consigue algunas veces parecerse al sanguíneo (como dice Montaigne) por la embriaguez del vino de Champagne, con tal que no se embriague expresamente. Su consuelo debe ser que esas gentes tan brillantes, que él envidia y á quienes jamás sabría asemejarse, no tienen ni sus placeres divinos, ni sus accidentes, y que las bellas artes que se alimentan de las timideces del amor, son para ellos letra muerta. El hombre que no desee sino una felicidad vulgar, como Duelos, la encuentra á menudo, y no es nunca desgraciado, ni, por ende, sensible á las bellas artes.

El temperamento atlético no sufre este accidente desgraciado mas que por agotamiento ó debilidad corporal; al contrario de los temperamentos nerviosos y melancólicos que parecen creados expresamente para ello.

Con frecuencia, fatigándose cerca de otra mujer, esos pobres melancólicos consiguen apagar un poco su imaginación, y, por consiguiente, representar un papel menos triste al lado de la mujer, objeto de su pasión.

¿Qué deducir de todo esto? Que una mujer prudente no se entrega jamás la primera vez en una cita. Esto debe sei una

felicidad imprevista.

Hablábamos esta noche de fiasco, en el Estado Mayor del general Michaud, cinco gallardos jóvenes de veinticinco á treinta años y yo. Se vió que, á excepción de un fatuo, que probablemente no dijo verdad, todos habíamos hecho fiasco la primera vez con nuestras queridas más célebres. Es verdad que tal vez ninguno de nosotros ha conocido lo que Delfante llama el amor-pasión.

La idea de que este accidente desgraciado es extremadamente común, debe disminuir el peligro.

He conocido un gallardo teniente de húsares, de veintitrés años, que, á mi parecer por exceso de amor, las tres primeras noches que logró pasai^con una amante que adoraba desde hacía seis meses, y que llorando á otro amante muerto en la guerra, le había tratado duramente, no pudo más que besarla y llorar de alegría. Ni él ni ella estaban preparados.

El ordenador de pagos Mondor, conocido de todo el ejército, ha hecho fiasco tres días seguidos con la joven y seductora condesa Koller.

Pero el rey del fiasco es el razonable y gallardo coronel Horse, que ha hecho fiasco solamente tres meses seguidos con la traviesa y picante N. V., y al fin se ha visto reducido á dejarla sin haberla poseído nunca.

FRAGMENTOS DIVERSOS

He reunido bajo este título, que hubiera querido hacer todavía más modesto, una selección hecha sin excesiva severidad entre trescientos ó cuatrocientos naipes, sobre los cuales encontré líneas trazadas con lápiz; con frecuencia, lo que es preciso llamar el manuscrito original, á falta de otro nombre más sencillo, está formado por pedazos de papel de todos tamaños, escrito á lápiz, y que Lisio pegaba con cera para no tener que copiarlo. Me dijo una vez que nada de lo que anotaba le parecía, una hora después, valer la pena de

ser copiado. Entro en este detalle con la esperanza de que me servirá de excusa para las repeticiones.

I

Puede adquirirse todo en la soledad, excepto el carácter.

II

En 1821, el odio, el amor y la avaricia, las tres pasiones más frecuentes, y, con el juego- casi las únicas en Roma.

Los romanos parecen malos al principio; sólo son en extremo desconfiados y con una imaginación que se inflama á la primera apariencia.

Si alguien comete maldades gratuitas, es un hombre acosado por el miedo y que trata de reconfortarse probando su fusil.

III

Si yo dijera, como lo creo, que la bondad es el rasgo distintivo del carácter de los habitantes de París, temería mucho ofenderles.

((Y no quiero ser bueno.))

IV

Una señal del amor acaba de nacer, y es que todos los placeres y todas las penas que pueden dar las demás pasiones y todas las demás necesidades del hombre cesan en el instante de afectarle.

V

La gazmoñería es una especie de avaricia, la peor de todas.

VI

Tener el carácter firme es tener una larga y sólida experiencia de los desengaños y desgracias de la vida. Entonces se desea constantemente, y no se desea del todo.

VII

El amor, tal como existe en la alta sociedad, es el amor á los combates, es el amor al juego.

VIII

Nada mata tanto el amor-gusto como las bocanadas del amor-pasión en el copartícipe.

Contessina L. Forli, 1819.

IX

El mayor defecto de las mujeres, el más ofensivo de todos para un hombre un poco digno de este nombre, es su preocupación de la opinión pública. El público, en cuestión de sentimientos, apenas se eleva fuera de las ideas bajas, y ellas hacen al público juez supremo de su vida ; digo' lo mismo de las más distinguidas, y á menudo, sin dudar de ello, y hasta creyéndolo y diciendo lo contrario.

Brescia, 1819.

X

Prosaico es una palabra nueva, que antes me parecía ridícula, porque nada más frío que nuestras poesías, y si hay algún calor en Francia desde hace cincuenta años, es, seguramente, en la prosa.

Pero, en fin, la condesita L... se servía de la palabra prosaico, y me gusta escribirla.

La definición está en Don Quijote y en el contraste perfecto del amo y del escudero: el amo alto y pálido, el escudero grueso y colorado; el primero, todo heroísmo y cortesía ; el segundo, todo egoísmo y servilismo; el primero, siempre lleno de fantasías novelescas y conmovedoras; el segundo, un modelo de espíritu de conducta, una colección de proverbios prudentes; el primero, siempre alimentando su alma con alguna contemplación heroica y atrevida; el otro, rumiando algún plan en el cual no deja de admitir cuidadosamente la influencia de todos los pequeños movimientos vergonzosos y egoístas del corazón humano.

En el momento en que el primero debía estar desengañado por el fracaso de sus fantasías de ayer, está preocupado ya de sus castillos en el aire de hoy.

Es preciso tener un marido prosaico y tomar un amante romántico.

Malborough, con el alma prosaica; Enrique IV, enamorado á los cincuenta y cinco años de una joven princesa que no olvidaba su edad, es un corazón romántico (1).

Hay menos almas prosaicas en la nobleza que en el tercer estado.

Este es el defecto del comercio : que hace á uno prosaico.

XI

Nada tan interesante como la pasión, y es que en ella todo es imprevisto, y el agente es la víctima. Nada tan prosaico como el amor-gusto, en que todo es cálculo, como en todos los negocios prosaicos de la vida.

XII

Al final de la visita, acaba uno siempre por tratar á su amante mejor de lo que hubiera querido.

L., 2 Noviembre 1818.

(1) Uulaure, Hisfoire de París. Escena muda en el aposento de la reina, la noche en que se fugó la princesa de Condé ; los ministros, arrimados á los muros y silenciosos; el rey, paseándose á grandes pasos. (N. del A.)

XLLL

La influencia del rango se hace siempre sentir á través del carácter de un advenedizo. Ved á Rousseau enamorándose de todas las damas que veía, y llorando de emoción porque el duque L...- uno de los más distinguidos cortesanos de la época, se dignó pasear á la derecha más bien que á la izquierda, para acompañar á un tal Coindet, amigo de Rousseau.

L., 3 de Mayo de 1820.

XIV

Ravena, 23 Febrero 1820.

Las mujeres aquí no tienen sino la educación de las cosas. Una madre apenas disimula el estar desesperada ó en el colmo de la alegría, por amor, delante de sus hijas de doce á quince años. Recordad que en estos climas felices muchas mujeres se conservan muy bien hasta los cuarenta y cinco años, y la mayor parte están casadas á los dieciocho.

La Valchiusa decía ayer de Lampugnani: «j Ah ! Este estaba hecho para mí, sabe amar, etc., etc.» ; y prosiguió largo rato éste discurso con una amiga, delante de su hija, joven muy despierta, de catorce á quince años, y que la acompañaba también á los paseos sentimentales con este amante.

Algunas veces las jóvenes se apropian máximas de conducta excelentes: por ejemplo, Madame Guamacci, dirigiendo á sus dos hijas y á dos hombres que en toda su vida no le habían hecho más que esta visita, máximas profundas durante media hora y apoyadas con ejemplos de sus amistades (el de la Cercena en Hungría), sobre la época precisa en que conviene castigar por la infidelidad á los amantes que se portan mal.

XV

El sanguíneo, el francés verdadero (el coronel Mathis), en vez de atormentarse por exceso de sentimiento como Rousseau, Si tiene una cita para el día siguiente, lo pinta todo de color de rosa hasta el momento afortunado. Estas personas apenas son susceptibles del amor-pasión, porque turbaría su bella tranquilidad. Casi me atrevo á decir que tal vez tomarían sus transportes por desgracia, ó por lo menos, sen- tiríanse humillados de su timidez.

XVI

La mayor parte de los hombres de mundo, por vanidad, por desconfianza, por temor de contrariedades, no se reciben á amar á una mujer sino después de la intimidad.

XVII

Las almas sensibles necesitan de la facilidad en una mujer para animar la cristalización.

XVIII

Una mujer cree oír la voz del público en el primer tonto o en la primera amiga pérfida que se declara cerca de ella la intérprete fiel del público.

XIX

Hay un placer delicioso en estrechar en vuestros brazos á una mujer que os ha hecho mucho daño, que ha sido vuestra cruel enemiga durante mucho tiempo y que está dispuesta á serlo todavía.
Felicidad de los oficiales franceses en España (1882).

XX

Es precisa la soledad para gozar del propio corazón y para amar, pero hay que estar entretenido y disperso en el gran mundo para tener éxito.

XXI

Todas las observaciones de los franceses sobre el amor están bien escritas y revelan maravillosa exactitud, pero no contienen más que afectaciones ligeras, decía el amable cardenal Lante.

XXII

Todos los movimientos de pasión de la comedia de los Innamorati, de Goldoni son excelentes, pero el estilo y los pensamientos sublevan por su bajeza desagradable : es lo contrario de una comedia francesa.

XXIII

Juventud de 1822. Quien dice inclinación seria, disposición activa, dice sacrificio del presente al porvenir : nada eleva tanto el alma

como la facultad y el hábito de tales sacrificios. Veo más probabilidad para las grandes pasiones en 1832 que en 1772.

XXIV

El temperamento bilioso, cuando no tiene formas demasiado repulsivas, es acaso el único entre todos que es más á propósito para impresionar y exaltar la Imaginación de las mujeres. Si el temperamento bilioso no está colocado en buenas circunstancias como el Lauzun de Saint-Simón {Memo- ires, V, 380), lo difícil es acostumbrarse á él. Pero una vez aceptado este carácter por una mujer, debe sentirse arrastrado

hacia ella. Sí: aunque se trate del salvaje y fanático Balfour {Old Mortality). Esto para ellas es lo contrario de lo prosaico.

XXV

En amor se duda á menudo de aquello en que más se cree. En cualquier otra pasión no se duda sino de lo que se ha probado.

XXVI

Los versos fueron inventados para ayudar á la memoria. Más tarde se les conservó para aumentar el placer por la perspectiva de la dificultad vencida. Conservarlos hoy en el arte dramático es un resto de barbarie. Ejemplo : la Ordenanza de la Caballería, puesta en verso por Bonnay.

XXVII

Mientras qué este sirviente celoso se empapa de aburrimiento, de avaricia, de odio y de pasiones frías y venenosas, yo paso una noche feliz soñando en ella, en ella, que me ha tratado mal por desconfianza.

XXVLLI

No hay más que un alma grande que se atreva á tener un estilo sencillo ; por eso Rousseau ha puesto tanta retórica en la Nouvelle Héloïse; lo que la hace ilegible á los treinta anos.

XXIX

((El mayor reproche que podamos haernos es, seguramente, dejar desvanecerse, como esos fantasmas ligeros que produce el sueño, las ideas de honor y de justicia que de cuando en cuando brotan en nuestro, corazón.»

Carta de Jena, Marzo, 1819.

XXX

Una mujer honrada está en el campo; pasa una hora en el invernadero con su jardjnero; gentes, que ella ha contrariado, la acusan de haber hallado un amante en este jardinero.

¿Qué responder? Absolutamente hablando, la cosa es posible. Podría decir : ((Mi carácter habla por mí; ved las costumbres de toda mi vida» ; pero estas cosas son igualmente invisibles á los malos, que no quieren ver nada, y á los tontos, que nada pueden ver.

Salviati, Roma, 23 Julio 1819.

XXXI

He visto á un hombre descubrir que su rival era amado, y éste no verlo, á causa de su pasión.

XXXII

Cuando más perdidamente enamorado está un hombre, mayor es la violencia que se ve obligado á hacerse para atreverse, con nesgo de enfadar á la mujer que ama, á cogerle la mano.

XXXIII

Retórica ridicula, pero, á diferencia de la de Rousseau, inspirada por la verdadera pasión. Memorias de M. de Man^{***}, carta de S^{***}.

XXXIV

Naturalidad.

He visto ó he creído ver esta tarde el triunfo de la naturalidad en una joven que, en verdad, me parece tener un gran carácter. Adora á uno de sus primos : esto es evidente, y ella debe haberse confesado á sí misma el estado de su corazón. Este primo la ama, pero como ella está muy seria con él, cree ;*o agradarla) se deja arrastrar por las señales de preferencia que le da Clara, una joven viuda amiga de Melania. Yo creo que va á casarse con ésta. Melania lo ve y sufre todo lo que un corazón altivo é impregnado, á pesar suyo, de una pasión violenta puede sufrir. No tendría más que cambiar un poco sus modales; pero considera una bajeza que tendría consecuencias durante toda su vida separarse un instante de la naturalidad.

XXXV

Safo no vió en el amor otra cosa que el delirio de los sentidos ó el placer físico sublimado por la cristalización. Ana- creonte buscó en él un placer para los sentidos y para el espíritu. Había poca seguridad en la antigüedad para que se tuviera tiempo de pensar en un amor-pasión.

XXXVI

No se necesita sino el hecho anteriormente enunciado para reirse un poco de las personas que consideran á Homero superior al Tasso. El amor-pasión existía en tiempos de Homero y no lejos de Grecia.

XXXVII

Mujer sensible, que tratas de saber si el hombre que adoras te ama con amor-pasión, estudia la primera juventud de tu amante. Todo hombre distinguido fué, al principio, en sus primeros pasos en la vida, un entusiasta ridículo ó un infortunado. El hombre de humor alegre y dulce y de felicidad fácil no puede amar con la pasión que necesita tu corazón.

Yo no llamo pasión sino á aquella que ha sido experimentada en largas desgracias, y en esas desgracias que las novelas se guardan bien de describir, y que, además, no pueden describir.

XXXVIII

Una resolución enérgica cambia en el momento la más extrema desgracia en un estado soportable. La noche siguiente á una batalla perdida, un hombre huye á todo correr en un caballo fatigado, oye distintamente el galope del grupo de jinetes que le persiguen; de repente se detiene, baja del caballo, renueva la pólvora de su carabina y de sus pistolas, y toma la resolución de defenderse. En este instante, en vez de ver la muerte, ve la cruz de la Legión de Honor.

XXXIX

El fondo de las costumbres inglesas. Hacia 1730, cuando ya teníamos á Voltaire y Fontenelle, se inventó en Inglaterra una máquina para separar el grano de los pequeños fragmentos de paja ; esto se operaba por medio de un enrodado que daba al aire el movimiento necesario para arrebatarse los fragmentos de paja ; pero en este país bíblico, los aldeanos opusieron que era impío ir contra la voluntad de la Divina Providencia y producir así un viento ficticio, en vez de pedir al cielo, por una ardiente oración, el viento necesario para aventar el trigo y esperar el tiempo señalado por el Dios de Israel. Comparad esto con los aldeanos franceses (I).

XL

Nadie duda que no sea una locura para un hombre exponerse al amor-pasión. Algunas veces, sin embargo, el reme-

(1) Respecto al estado actual de las costumbres inglesas, véase la *Life of Beattie*, escrita por un amigo íntimo. Edificado queda uno al ver la humildad profunda de Beattie al recibir diez guineas de una anciana marquesa, para calumniar á Hume. La aristocracia, temerosa, hubo de apoyarse en los obispos sobre 200.000 libras de renta, y pagó en dinero ó en consideración á los supuestos escritores liberales, para lanzar injurias contra Chenier {Edin- burg- Review, 1821). Por doquiera se infiltra el cant más repugnante. Ahógase en embrión todo lo que no sea pintura de sentimientos salvajes y enérgicos, siendo imposible escribir una página alegre en idioma británico. {Nota del Autor.)

dio opera con demasiada energía. Las jóvenes americanas de los Estados Unidos están de tal manera penetradas y foí tificadas de ideas razonables, que el amor, esta flor de la vida, ha desertado allí de la juventud. Se puede dejar en toda seguridad, en Boston, á una joven sola con un hermoso extranjero y creer que no piensa más que en la dote del futuro.

XLI

En Francia, los hombres que han perdido á su mujer están tristes; las viudas, por el contrario, se sienten alegres y felices. Hay un proverbio entre las mujeres sobre la felicidad de este estado. No hay, pues, igualdad en el contrato de unión.

XLII

Las gentes felices en amor tienen el aire profundamente reflexivo; lo que para un francés quiere decir profundamente triste.

Dresde, 1818.

XLIII

Cuanto más se agrada, generalmente menos profundamente se agrada.

XLIV

La imitación de los primeros días de nuestra vida hace que contraigamos las pasiones de nuestros padres, aun cuando estas envenenen nuestra vida. (Orgullo de L.)

XLV

El origen más respetable del orgullo femenino es el temor de degradarse á los ojos de su amante por alguna acción que pueda parecerle poco femenina.

XLVI

El verdadero amor hace el pensamiento de la muerte frecuente, fácil, sin terrores, un simple objeto de comparación : el premio que se daría por muchas cosas.

XLVII

i Cuántas veces he gritado en medio de mi valor : «Si alguno me pegase un tiro en la cabeza, le daría las gracias antes de expirar si tenía tiempo !» No se puede tener valor hacia lo que se ama sino amándolo menos.

S., Febrero 1820.

XLVIII

«Yo no podría amar, me decía una mujer; Mirabeau y las cartas de Sofía me han alejado de las almas grandes. Estas cartas fatales me han hecho la impresión de una experiencia personal.» Buscad lo que no se ve nunca en las novelas, que dos años de constancia antes de llegar á la intimidad os aseguren el corazón de vuestra amante.

XLVIII

El ridículo espanta al amor. El ridículo es imposible en Italia; lo que es de buen tono en Venecia, es chocante en Nápoles; luego nada es chocante. Nada, de lo que causa placer es censurado. He aquí lo que mata el amor necio y una mitad de la comedia.

L

Los niños ordenan entre las lágrimas, y cuando no se les escucha, se hacen daño adrede. Las mujeres sienten el puntillo de amor propio.

LI

Es una reflexión vulgar; pero que con este pretexto se nos olvida creer que cada día se hacen más raras las almas que sienten y los espíritus cultivados más comunes.

LII

Orgullo femenino.

Bolonia, 18 de Abril, á las dos de la mañana.

Acabo de ver un ejemplo sorprendente, pero hecho el cálculo, se necesitarían quince páginas para dar una idea exacta; prefiero, si

tengo valor para ello, anotar las consecuencias de lo que he visto. He aquí, pues, una convicción que es preciso renunciar á comunicar (l). En lo que puedo recordar, la única obra donde lo he visto bosquejado es la parte de las Memorias de Madame Roland, donde cuenta los razonamientos que se hacía estando soltera.

LIII

En Francia, la mayor parte de las mujeres no hacen ningún caso de un joven hasta que le han convertido en un latuo, siendo entonces cuando puede halagar su vanidad.

Duelos.

LIV

Módena, 1820.

Zilietti me decía á media noche, en casa de la amable marquesa R... : No iré á comer á San Miguel (es una hospedería) ; ayer he dicho frases de ingenio y he estado gracioso hablando á C .., y eso podría singularizarme.

No creáis que Zilietti sea un tonto ó sea tímido. Es un hombre prudente y bastante rico, de este feliz país.

LV

Lo que es necesario admirar en América es el Gobierno y no la sociedad. Además, el Gobierno es el que hace daño.

(1) Hay muchas circunstancias menudas. Este orgullo es lo contrario de la vanidad francesa. {N. del A.)

Ellos han cambiado de papel en Boston, y el Gobierno hace el hipócrita para no ofender á la sociedad.

LVI

Las jóvenes de Italia, cuando aman, están entregadas enteramente á las inspiraciones de la naturaleza. No pueden ayudarse sino de un pequeño número de máximas muy exactas que han aprendido escuchando á las puertas.

Como si la casualidad hubiese decidido que todo aquí concurriese á preservar la naturalidad, no leen novelas por la razón de que no las tiene. En Ginebra y en Francia, por el contrario, se hace el amor á los dieciséis años para hacer una novela, y se pregunta uno á cada paso y casi á cada lágrima : ¿No soy como Julia d'Etanges?

LVII

El marido de una joven que es adorada por su amante, á quien maltrata y al que apenas permite besarle la mano, no tiene más que el placer físico más grosero, donde el amante encontraría las delicias y transportes de la felicidad más viva que existe sobre esta tierra.

LVIII

Las leyes de la imaginación son todavía tan poco conocidas, que admito el bosquejo siguiente, que acaso no sea más que un error.

Creo distinguir dos especies de imaginaciones :

1) La imaginación ardiente, impetuosa, de primera impresión, conduciendo en el momento á la acción y languideciendo si se retrasa solamente veinticuatro horas, como la de Fabio. La impaciencia es su primer carácter, y se pone colérico contra lo que no puede obtener. Ve todos los objetos

exteriores, pero no hacen más que inflamarla; los asimila á su propia substancia y los convierte instantáneamente en provecho de la pasión.

2) La imaginación que no se inflama sino poco á poco, lentamente, pero que con el tiempo no ve ya los objetos exteriores y consigue no ocuparse ni alimentarse mas que de su pasión. Esta última especie de imaginación se acomoda bastante bien con la

lentitud y también con la rareza de las ideas, siendo favorable á la constancia.

Es la de la mayoría de las pobres jóvenes alemanas que mueren de amor y de tisis. Este triste espectáculo, tan frecuente más allá del Rhin, nunca se observa en Italia.

LIX

Hábitos de la imaginación. Un francés se cree realmente sorprendido con ocho cambios de decoración por acto de tragedia. El placer de ver á Macbeíh es imposible para este hombre que se consuela condenando á Shakespeare,

LX

En Francia, la provincia, para todo lo que atañe á las mujeres- está cuarenta años retrasada respecto á París. En C., una mujer casada me decía que no se ha permitido leer sino ciertos trozos de las Memorias de Lauzun. Esta tontería me hiela, no encuentro más palabras que decirle ; es, en efecto, un libro que se cae de las manos...

Falta de naturalidad, grandes defectos de las mujeres de provincia. Sus gestos son múltiples y graciosos. Las que representan el primer papel en su ciudad son peores que las demás.

LXI

Goethe ó cualquier otro hombre de genio alemán estima el dinero en lo que vale. No hay que pensar siquiera en la fortuna en tanto que no se tienen seis mil francos de renta, y después no pensar más en ello. El tonto, por su parte, no comprende la ventaja que hay en sentir y pensar como Goethe ; durante toda su vida no siente más que por el dinero y no piensa más que por el dinero. Por el mecanismo de este doble voto es por lo que en el mundo los prosaicos parecen llevar ventaja sobre los corazones nobles.

LXII

En Europa, el deseo está inflamado por la violencia; en América, se embota por la libertad.

LXIII

Cierta manía de discutir se ha apoderado de la juventud y la arrebatada al amor. Examinando si ha sido útil á Francia, se deja escapar la edad de amar. Lo mismo ocurre en aquellos que quieren ser jóvenes; la afectación de la corbata, de las espuelas, del aire marcial, la preocupación de sí mismo les hace olvidarse de mirar á esa joven que pasa con un aire tan sencillo y á la que su poca fortuna no permite salir mas que cada ocho días.

LXIV

He suprimido el Capítulo Gazmoñería y algunos otros.

Me siento feliz al encontrar el pasaje siguiente en las Memorias de Horacio Walpole :

The Two Elisabeths -. Let us compare the daughters of two ferocious men, and see which was sovereign of a civilized nation, which of a barbarous one. Both were Elisabeths. The daughter of Peter (of Russia) was absolute yet spared a competitor and a rival; and thought the person of an empress had sufficient allurements for as many of her subjects as she chose to honour with the communication. Elisabeth of England could neither forgive the claim of Mary Stuart nor her charms, but ungenerously imprisoned her (as George, did IV Napoleón), when imploring protection, and without the sanction of either despotism she sacrificed many to her great and little jealousy. Yet this Elisabeth piqued herself on

chastity; and while she practised coery ridiculous art of co- quetery to be admired at au unseemly age kept off lovers rwhom she encuragend, and neither gratified her won desires nor their ambition. Who canhelp prefering the honest open- heartad barbarian empress? (LoRD OXFORDIS MEMOIRS.)

LXV

La excesiva familiaridad puede destruir la cristalización. Una encantadora muchacha de dieciséis años llegó á enamorarse de un joven de su misma edad, que no dejaba todos los días, á la caída de la tarde (i), de ir á pasear bajo sus ventanas. La madre le invitó á pasar ocho días en el campo. El remedio era atrevido, convengo en ello, pero la joven tenía un alma romántica, el muchacho era vulgar; ella le despreció al cabo de tres días.

LXVI

Bolonia, 17 de Abril de 1817.

Ave María (tiüilighi), en Italia, hora de la ternura y de
(I) Al Angeiui.

los placeres del alma y de la melancolía; sensación aumentada por el sonido de aquellas bellas campanas.

Horas de placeres que no dependen de los sentidos mas que por los recuerdos.

LXVII

El primer amor de un joven que entra en el mundo es un amor ambicioso. Rara vez se declara por una joven dulce, amable, inocente. ¿Cómo temblar, adorar, sentirse en presencia de una divinidad? Un adolescente tiene necesidad de amar á un ser cuyas cualidades le eleven á sus propios ojos Al declinar la vida es cuando se vuelve tristemente á amar lo sencillo y lo inocente, desesperando de lo sublime. Entre las dos edades sitúase el amor verdadero, que no piensa sino en sí mismo.

LXVIII

Las grandes almas no son sospechadas, pues se ocultan ; ordinariamente no aparece sino un poco de originalidad. Hay más almas grandes de lo que creemos.

LXIX

¡ Qué momento el del primer apretón de manos á la mujer á quien se ama ! La única felicidad comparable con ésta es la soñadora felicidad del Poder; la que los ministros y reyes simulan despreciar. Esta felicidad tiene también cristalización, que pide una imaginación más fría y más razonable. Considerad á un hombre que acaba de ser nombrado ministro hace un cuarto de hora por Napoleón.

LXX

La Naturaleza ha dado la fuerza al Norte y el ingenio al Mediodía, me decía el célebre Juan de Müller, en Cassel, en 1808.

LXXI

Nada más falso que la máxima ; «Ninguno es héroe para su ayuda de cámara», ó más bien, nada es más cierto en el sentido

monárquico para el héroe afectado como el Hipólito de Fedra. Desaix, por ejemplo, hubiera sido un héroe hasta para su ayuda de cámara (yo no sé si tenía uno), y más héroe para su ayuda de cámara que para cualquier otro. Sin el buen tono y el grado de concordia indispensable, Turena y Fene-lón hubiesen sido Desaix.

LXXII

He aquí, una blasfemia : Yo, holandés, me atrevo á decir; los franceses no tienen ni el verdadero placer de la conversación ni el verdadero placer del teatro; en vez de un descanso y de una distracción, es un esfuerzo. En el número de las fatigas que han precipitado la muerte de Madame de Stael oí contar el trabajo de la conversación durante su último invierno (1).

LXXIII

El grado de tensión de los nervios del oído para escuchar cada nota explica bastante bien la parte física del placer de la música.

LXXIV

Lo que envilece á las mujeres galantes es la idea que tienen y que se tiene de que cometen una gran falta.

(i) Memorias de Marmontel, conversación de Montesquieu. (A/, del A.)

LXXV

En el ejército, en una retirada, advertid de un peligro inútil de desafiar á un soldado italiano y casi os da las gracias y lo evita cuidadosamente, indicad por humanidad el mismo peligro á un soldado francés, y cree que le desafiáis, se siente picado de amor propio y corre en seguida á exponerse á él. Si se atreviera, trataría de burlarse de vosotros.

Gyal, 1812.

LXXVI

Toda idea extremadamente útil, si no puede ser expuesta mas que en términos sencillos, será necesariamente despreciada en Francia. Jamás la enseñanza muiva hubiese prendido si fuese idea de un francés. En Italia pasa todo lo contrario.

LXXVII (1)

LXXVIII

En amor, cuando se diüisa dinero, se aumenta el amor; cuando se da, se mata el amor.

Se aleja la desgracia actual, y para el porvenir lo odioso del temor de faltar, ó bien se hace nacer la política y el sentimiento de ser dos y se destruye la simpatía.

LXXIX

Las ceremonias de la corte, con los senos descotados de las mujeres, que lucen allí como los oficiales lucen sus uniformes y sin que tantos encantos hagan sensación, recuerda involuntariamente al espíritu las escenas del Aretino.

Se ve lo que todo' el mundo hace por interés de dinero

(1) Se ha suprimido aquí un pasaje que se encuentra en el Capítulo LX. (V. del A.)

para agradar á un hombre ; se véa todo un público obrar á la vez sin moral, y sobre todo, sin pasión. Esto, unido á la presencia de mujeres muy descotadas, con la fisonomía de la perversidad y la risa sardónica para todo lo que no es interés personal pagado en buenos goces, da la idea de las escenas del Bagno y desecha lejos toda dificultad fundada sobre la virtud ó sobre la satisfacción interior de un alma contenta de sí misma.

He visto en medio de todo esto el sentimiento del aislamiento preparar á los corazones tiernos al amor.

LXXX

Si el alma está empleada en sentir timidez y en sobreponerse á ella, no puede tener placer; el placer es un lujo; para gozar de él es preciso que la seguridad, que es lo que no cesarlo, no corra ningún riesgo.

LXXXI

Prueba de amor que no saben fingir las mujeres interesadas. ¿Hay verdadera alegría en la reconciliación ó se piensa en las ventajas que se han de sacar de ella ?

LXXXII

Los pobres diablos que pueblan la Trapa son desgraciados que no tienen ni han tenido el valor suficiente para matarse. Exceptúo siempre á los jefes que tienen el placer de ser jefes.

LXXXIII

Es una desgracia haber conocido la belleza italiana ; acaba uno por ser insensible. Fuera de Italia agrada más la conversación de los hombres.

LXXXIV

La prudencia italiana tiende á conservar la vida, lo cual admite el juego de la imaginación. (Véase una versión de la muerte del famoso actor cómico Pertica, el 24 de Diciembre

de 1821.) La prudencia inglesa relativa á acumular ó conservar bastante dinero para cubrir los gastos reclama, por el contrario, una exactitud minuciosa y diaria ; hábito que paraliza la imaginación. Notad que da al mismo tiempo mayor fuerza á la idea del deber.

LXXXV

El inmenso respeto hacia el dinero, grande y primer defecto del inglés y del italiano, es menos sensible en Francia y está reducido á sus justos límites en Alemania.

LXXXVI

Las mujeres francesas, no habiendo visto nunca la felicidad de las pasiones Verdaderas, son poco difíciles para la felicidad interior de su hogar y para la felicidad de todos los días de la vida.

Compiègne.

LXXXVII

((Me habláis de ambición como el mejor enemigo del aburrimiento, decía Kamensky; siempre que yo recorría cada tarde dos leguas al galope para ver á la princesa en Kolich. estaba yo en sociedad íntima con un déspota á quien respetaba, que tenía mi felicidad en su poder y la satisfacción de todos mis deseos posibles.))»

Wilna, 1812.

LXXXVIII

La perfección de los cuidados menudos de saber vivir y de la toilette, una gran bondad, ningún genio, la atención á un centenar de cosas insignificantes, la capacidad de ocuparse más de tres días de un mismo asunto; he aquí un lindo contraste con la severidad puritana, la crueldad bíblica, la probidad estricta, el amor propio tímido y enfermizo, el cant (hipocresía) universal, y sin embargo, he aquí los dos primeros pueblos del mundo.

LXXXIX

Puesto que entre las princesas ha habido una Catalina II, emperatriz, ¿por qué entre las burguesas no podría haber una Samuel Bernard ó una Lagrange ?

XC

Alviza considera como falta de delicadeza imperdonable el atreverse á escribir cartas de amor á una mujer á quien adoráis, y que, mirándoos tiernamente, os jura que no os amará nunca.

XCL

Le ha faltado al mayor filósofo que han tenido los franceses vivir en alguna soledad de los Alpes, en alguna casa aislada, y desde allí lanzar su libro á París sin ir él allí jamás. Viendo á Helvecio tan sencillo y tan honrado, nunca personas afectas y disfrazadas como Suard, Marmonteh Dide-rot, pudieron pensar que era un gran filósofo. Ellos despreciaron de buena fe su razón profunda; primeramente, era sencillo, pecado irremisible en Francia; en segundo lugar, el hombre, no el libro, estaba rebajado por uní debilidad; concedía una importancia exagerada á tener lo que en

Francia se llama gloria, á estar de moda entre l.'s contemporáneos como Balzac, Voiture y Fontenelle.

Rousseau tenía demasiada sensibilidad y muy poca sensatez ; Buffon tenía demasiada hipocresía en su jardín botánico, y Voltaire demasiadas niñerías en la cabeza para poder juzgar el principio de Helvecio.

Este filósofo cometió la torpeza de llamar á este principio el interés, en vez de darle el bonito nombre de placer (1);

(I) Torvaaleoena lupumnsequiturirlupisisipseecapellam ; ;

Florentem cytiscum sequitur lasciva capella.

...Trahit sua quemque voluptas.

Virgilio, Egloga II.

pero ¿qué pensar del buen sentido de toda una literatura que se deja extraviar por una falta tan pequeña?

Un hombre de talento ordinario, el príncipe Eugenio de Saboya, por ejemplo, en el lugar de Régulo, se quedaría tranquilamente en Roma, donde también se burlaría de la tontería del Senado de Cártago; Régulo vuelve á él. El príncipe Eugenio hubiese seguido su interés del mismo modo que Régulo sigue el suyo.

En casi todos los acontecimientos de la vida, un alma generosa ve la posibilidad de una acción de la que el alma vulgar no tiene idea. En el instante mismo en que la posibilidad de esa acción llega á ser visible al alma generosa es de su interés realizarla.

Si no ejecutase esta acción que acaba de aparecérsele, se despreciaría á sí misma y se creería despreciada. Se tienen deberes, según el alcance del propio talento. El principio de Helvecio es cierto, lo mismo en las exaltaciones locas del amor que en el suicidio. Está contra su naturaleza ; es imposible que el hombre no haga siempre y en cualquier instante que queráis tomarlo, lo que en el momento es posible y le causa más placer.

Tener firmeza en el carácter es haber sentido el influjo de los demás sobre sí mismo; luego son necesarios los demás.

XCIII

EL AMOR ANTICUO

No se han impreso cartas de amor póstumas de las damas romanas. Petronio ha escrito un libro encantador; pero no pinta más que el libertinaje.

Para el amor en Roma, después de Dido (1), y la segunda égloga de Virgilio, no tenemos nada más exacto que los escritos de los tres grandes poetas : Ovidio, Tibulo y Propertio.

Ahora bien; las elegías de Parry, ó la carta de Eloísa á Abelardo, de Colardeau, son descripciones muy imperfectas y muy vagas, si se las compara con algunas cartas de La Nouvelle Héloïse, con las de una religiosa portuguesa, con las de Mademoiselle de Lespinasse, con las de Sofía de Mirabeau, con las de Werther, etc., etc.

La poesía, con sus comparaciones obligadas, su mitología en que no cree el poeta, su dignidad de estilo á lo Luis XIV, y todo el aparato de sus ornamentos llamados poéticos, está por debajo de la prosa desde el momento en que se trata de dar una idea clara y precisa de los movimientos del corazón.

Tibulo, Ovidio y Propertio fueron de mejor gusto que nuestros poetas; han pintado el amor tal como pudo existir en los orgullosos ciudadanos de Roma; todavía vivieron bajo el reinado de Augusto, que después de haber cerrado el templo de Jano, trataba de rebajar á los ciudadanos al estado de súbditos leales de una monarquía.

Las amantes de estos tres grandes poetas fueron mujeres coquetas, infieles y venales; ellos no buscaban á su lado más que

placeres físicos, y yo creería que no tuvieron jamás la idea de los sentimientos sublimes (2), que trece siglos más tarde hicieron palpitar el pecho de la tierna Eloísa.

Pido prestado el pasaje siguiente á un literato distinguido y que conoce mucho mejor que yo á los poetas latinos (3);

(1) Véase la mirada de Dido en el soberbio bosquejo de Guerin en el Luxemburgo. {N. del A.)

(2) Todo lo que hay de bello en el mundo llega á formar, parte de la que amáis y os encontraréis dispuesto á hacer todo lo que hay de bello en el mundo. IN. del A.)

(3) Guinguené : Hisioire littéraire de j'talle, 11, 490. (N. del A.)

((El brillante genio de Ovidio, la imaginación de Propercio, el alma sensible de Tibulo, les inspiraron, sin duda, versos de matices diferentes; pero amaron de la misma manera á mujeres de la misma especie. Deseaban triunfar, tenían rivales felices, eran celosos, tenían querellas y se reconciliaban ; eran infieles á su vez, se les perdonaba y volvían á encontrar una felicidad que pronto era turbada por las mismas cosas.

«Corina está casada. La primera lección que le da Ovidio es para enseñarle con qué habilidad debe engañar á su marido, qué señas deben hacerse delante de él y delante del mundo para entenderse y no ser entendidos de nadie. El goce sigue de cerca; muy pronto surgen querellas, y lo que no se esperaba de un hombre tan galante como Ovidio : injurias y golpes; después excusas, lágrimas y el perdón. El se dirige algunas veces á los subalternos, á las criadas, al portero de su amiga para que le abran por la noche ; á una maldita vieja que la corrompe y la enseña á entregarse á peso de oro á un eunuco; á una joven esclava para que le entregue notitas donde le pide una cita. La cita se le niega y él maldice sus esquelitas, que tan mal éxito han tenido. Obtiene un favor más encantador... Se dirige á la Aurora para que no venga á turbar su felicidad.

))Pronto se acusa de sus numerosas infidelidades, de su afición á todas las mujeres. Un instante después, Corina es también infiel; él no puede soportar la idea de que él le haya dado lecciones de que ella se aprovecha con otro. Corina, á su vez, está celosa, tiene más cólera que ternura, y le acusa de amar á una joven esclava. El

la jura que no hay nada, y escribe á esta esclava, y todo lo que había enfadado á Ccáina era cierto. ¿Cómo pudo ella saberlo? ¿Qué indicios les han traicionado? Pide á la joven esclava una nueva cita, y si se la niega, amenaza con confesárselo todo á Corina. Poco después de esto, es Corina sola quien le preocupa. Corina es todo para él. Después de algunos incidentes, que por más de una razón hay que dejar en olvido, y de otros que sería largo recordar, se encuentra con que el marido de Corina se ha hecho demasiado fácil. No está celoso; esto disgusta al amante, que le amenaza con dejar á su mujer si no recobra sus celos. El marido le obedece demasiado, hace vigilar tan bien á Corina, que Ovidio no puede acercársele. Se queja de esta vigilancia que ha provocado, pero sabrá burlarla; por desgracia, no es el único en conseguirlo. Las infidelidades de Corina vuelven á comenzar y se multiplican; sus intrigas llegan á ser tan públicas, que la única gracia que Ovidio la pide es que se tome algún trabajo para engañarle» y que no se ponga tan en evidencia. Tales fueron las costumbres de Ovidio y de su amante, y tal es el carácter de sus amores.»

((Cinthia es el primer amor de Propercio, y será el último. Desde que es feliz, está celoso. A Cinthia le gustan demasiado los adornos; él le pide que huya del lujo y ame la sencillez. El mismo está entregado á más de un género de desorden. Cinthia le aguarda, no vuelve á su lado hasta la mañana, levantándose de la mesa ebrio. La encuentra dormida ; está largo tiempo, sin que todo el ruido que hace, sin que sus mismas caricias le despierten ; ella, al fin, abre los ojos y le hace los reproches que merece. bJn amigo quiere separarlo de Cinthia; él hace á este amigo el elogio de sus bellezas, de sus talentos. Está amenazado de perderla ; ella parte con un militar, quiere seguirle á los campos de batalla, y se expone á todo por seguir á su soldado. Propercio no se encoleriza, sino que llora y hace votos por que sea feliz.

»No saldrá de la casa que ella ha dejado ; irá á visitar á los extraños que la han visto; no cesa de preguntarles por Cinthia. Ella está conmovida de tanto amor. Deja al soldado y se queda con el poeta. El da gracias á Apolo y á

las musas; está ebrio de felicidad. Esta felicidad es muy pronto turbada por nuevos accesos de celos, interrumpidos por el

alejamiento y por la ausencia. Lejos de Cinthia, no se ocupa sino de ella. Sus infidelidades le hacen temer otras nuevas. La muerte no le asusta ; sólo teme perder á Cinthia ; si estuviese seguro de que le sería fiel, descendería sin pena á la tumba.»

«Después de nuevas traiciones, se cree libre de su amor; pero bien pronto recobra sus cadenas. Hace el retrato más encantador de su amante, de su belleza, de la elegancia de su adorno, de sus talentos para el canto, la poesía y el baile ; todo redobla y justifica su amor. Pero Cinthia, tan perversa como amable, se deshonra en toda la ciudad con aventuras de tal calibre, que Propercio no puede amarla sin avergonzarse. Se avergüenza, pero no puede separarse de ella. Será su amante, su esposo; jamás amaré á nadie más que á Cinthia. Se separan y vuelven á juntarse. Cinthia está celosa y él la tranquiliza. Jamás amaré á otra mujer. En efecto, no ama á otra mujer porque le gustan todas. No posee nunca bastantes; está insaciable de placeres. Sus quejas son tan vivas como si él no hubiese sido infiel. Quiere huir, se distrae con el libertinaje. Está ebrio como de ordinario. Finge que una tropa de amores lo encuentra y lo lleva á los pies de Cinthia. Su reconciliación es seguida de nuevas tempestades. Cíntlia, en una de sus cenas, se embriaga como él, derriba la mesa y le da golpes en la cabeza; él encuentra esto encantador. Nuevas perfidias le obligan al fin á romper sus cadenas; quiere partir ; va á viajar por Grecia ; hace el plan de su viaje, pero renuncia á este proyecto y es para ser todavía objeto de nuevos ultrajes. Cinthia no se limita á traicionarle, le hace objeto de las burlas de sus rivales; pero se apodera de ella una enfermedad y muere. Entonces Cinthia le reprocha sus infidelidades, sus caprichos, el aban-

dono en que la ha dejado en sus últimos momentos y jura que, á pesar de las apariencias, le fué siempre fiel. Tales son las costumbres y aventuras de Propercio y su amante ; tal es, en abreviatura, la historia de sus amores. He aquí la mujer que un alma como la de Propercio se vió obligado á amar.»

«Ovidio y Propercio fueron á menudo infieles, pero nunca inconstantes. Son dos libertinos que llevan aquí y allí sus homenajes, pero que vuelven siempre á reanudar las mismas cadenas. Corina y Cinthia tienen á todas las mujeres por rivales, y

particularmente no tienen ninguna. La musa de estos dos poetas es fiel- ya que su amor no lo sea, y ningún otro nombre que los de Corina y Cinthia figura en sus versos.»

«Tíbulo, amante y poeta más tierno, menos vivo y menos arrebatado que ellos en sus gustos, no tiene la misma constancia. Tres bellezas, una después de otra, son el objeto de su amor y de sus versos. Delia es la primera, la más célebre y también la más amada; Tíbulo ha perdido su fortuna, pero le queda el campo y Delia ; que la posea en la paz de los campos, que pueda, al expirar, apretar la mano de Delia entre las suyas; que ella llore su muerte y no desee más. Delia está encerrada por un marido celoso; él penetrará en su prisión, á pesar de los atreos y de los triples cerrojos. Olvidará en sus brazos todas las penas. Cae enfermo, y Delia sólo le preocupa ; la persuade á ser siempre casta, á despreciar el oro y á no conceder á nadie lo que él ha obtenido de ella. Pero Delia no sigue este consejo. El ha creído poder soportar su infidelidad, sucumbe en ella y pide gracia á Delia y á Venus. Busca en el vino un remedio que no encuentra ; no puede endulzar sus pesares ni curarse de su amor. Se dirige al marido de Delia, engañado como él, le revela todas las astucias de que se sirve para atraerla y para ver á sus amantes. Si el marido no sabe guardarla, que se la confíe á él; él sabrá separarlos

y romper los lazos de la que ultraja á ambos. Se apacigua, vuelve á ella, se acuerda de la madre de Delia, que protegía sus amores; el recuerdo de esta buena mujer vuelve á abrir su corazón á sentimientos tiernos, y todas las maldades de Delia son olvidadas; pero pronto comete otras más graves. Se ha dejado corromper por el oro y los regalos, y tan pronto es de uno como de otro. Tíbulo rompe al fin una cadena vergonzosa y le dice adiós para siempre.»

((Pasa bajo la soberanía de Némesis y no es feliz ; ésta no quiere más que el oro y se cuida poco de los versos y de los dones del genio. Némesis es una mujer avara, que le da al que más ofrece ; él maldice su avaricia, pero la ama y no puede vivir si no es amado. Trata de aplacarla con imágenes conmovedoras. Némesis ha perdido á su hermana menor; él irá á llorar sobre su tumba y confiará sus penas á esta tierna enmudecida. Los manes de la hermana de Némesis se ofenderán de las lágrimas que Némesis

haga derramar. Que no desprecie su cólera. La triste imagen de su hermana vendrá por la noche á turbar su sueño... Pero estos tristes recuerdos arrancan lágrimas á Némesis, y él no quiere comprar á este precio la felicidad. Neera es su tercer amante. Ha gozado largo tiempo de su amor; no pide á los dioses sino vivir y morir con ella ; pero ella sale de viaje, y no puede ocuparse de ella; pero no pide á los dioses sino ella ; ha visto en sueños á Apolo, que le anuncia que Neera le abandona. Se niega á creer este sueño; no podría sobrevivir á esta desgracia, y, sin embargo, esta desgracia existe. Neera es infiel, él es una vez más abandonado. Tal fué el carácter y la suerte de Tíbuio ; tal es la triple y bastante triste novela de sus amores.»

((En él, sobre todo, lo que domina es una melancolía dulcísima, que da aún al placer un tinte soñador y triste, que constituye su mayor encanto. Si ha habido un poeta antiguo que puso moral en el amor, ha sido Tíbuio; pero estos sen-

timientos que expresa tan bien, están en él; no piensa más que los otros dos en buscarlos ó hacerlos nacer en sus amantes ; sus gracias, su belleza, son todo lo que le inflama ; sus favores, lo que desea ; su perfidia, su venalidad, su abandono, lo que le atormenta. De todas estas mujeres que han llegado á ser célebres por los versos de tres grandes poetas, Cinthia parece la más amable. El atractivo del talento se une en ella á todos los demás; cultiva el canto, la poesía ; pero con todos estos talentos, que eran á menudo los de las cortesanas de cierto rango, no vale más que las otras ; el placer, el oro y el vino no es lo que menos la domina, y Propercio, que alaba una ó dos veces solamente este gusto por las artes en su pasión por ella, se siente martirizado por otro influjo mágico.»

Estos grandes poetas fueron, en apariencia, del número de las almas más tiernas y más delicadas de su siglo, y he aquí, sin embargo, á quién amaron y cómo amaron. Aquí es preciso hacer abstracción de toda consideración literaria. Yo no pido más que un testimonio sobre su siglo, y dentro de dos mil años, una novela de Ducray-Duminil será un documento de nuestras costumbres.

XCIII bis

Uno de mis mayores pesares es no haber podido ver á Venecia en 1760 (1); una serie de casualidades felices había reunido

aparentemente en este pequeño espacio las instituciones políticas y las opiniones más favorables á la felicidad del hombre. Una dulce voluptuosidad daba á todos una felicidad fácil. No había combate interior ni crímenes. La serenidad estaba en todos los rostros, nadie pensaba en apare-

(I) Viaje del presidente de Brosses á Italia; viaje de Eustace, Sharp, Smoletto. [N. del X.)

cer más rico de lo que era, y la hipocresía no conducía á nada. Yo me figuro que debía de ser lo contrario de Londres en 1822.

XCIV

Si reemplazáis la falta de seguridad personal por el justo temor de la falta de dinero, veréis que los Estados Unidos de América, en relación con la pasión de que nosotros tratamos en esta monografía, se parecen mucho á la antigüedad.

Hablando de los bosquejos más ó menos imperfectos del amor-pasión que nos han dejado los antiguos, veo que he olvidado los Amores de Medea en Los argonautas.

Virgilio los ha copiado en su oído. Comparad esto con el amor tal como es en una novela moderna, El dean de Ki-üerine, por ejemplo.

XCV

La novela siente las bellezas de la naturaleza y de las artes con una fuerza, una profundidad, una exactitud asombrosas; pero si pretende razonar sobre lo que siente con tanta energía, causa compasión.

Quizá de ello dependa de que el sentimiento procede de la naturaleza y su lógica del Gobierno. Como las bellas artes- fuera de Italia, no son mas que una mala diversión, se razona mejor; pero el público no siente.

XCVI

Londres, 26 de Noviembre de 1821.

Un hombre muy razonable, y que llegó ayer de Madras, me dijo en dos horas de conversación lo que yo reduzco á las siguientes veinte líneas ;

«Esa lóbreguez que una causa desconocida hace pesar sobre el carácter inglés, penetra tan rápidamente en los cora-

zones que, al fin del mundo, en Madras, cuando un inglés puede obtener algunos días de vacaciones, deja muy pronto la rica y floreciente Madras para venir á recaer en la ciudad francesa de Pondichéry, que, sin riquezas y casi sin comercio, florece bajo la administración paternal de Monsieur Dupuy. En Madras se bebe vino de Borgoña á 36 francos la botella ; la pobreza de los franceses de Pondichéry hace que en las sociedades más distinguidas los refrescos consistan en grandes vasos de agua. Pero se ríe.»

Ahora hay más libertad en Inglaterra que en Prusia. El clima es el mismo que el de Koenigsberg, de Berlín, de Varsovia, ciudades que están lejos de distinguirse por su tristeza. Las clases obreras tienen menos seguridad y beben poco vino, como en Inglaterra, y van mucho peor vestidos.

Pero las aristocracias de Venecia y de Viena no son tristes.

No veo más que una diferencia : en el país alegre se lee poco la Biblia y hay galantería. Pido perdón por volver á menudo sobre una demostración, de la que dudo. Suprimo veinte hechos que se refieren al mismo asunto anterior.

XCVII

Acabo de ver en un lindo castillo, cerca de París, un joven muy guapo, muy ingenioso, muy rico, de menos de veinte años; el azar le ha dejado casi solo y durante largo tiempo con una mujer joven de dieciocho años, de gran talento, de espíritu distinguido, y también muy rica. ¿Quién no hubiera esperado una pasión ? Nada de eso ; la afectación es tan grande entre estas dos lindas criaturas, que cada una no se ocupaba sino de sí y del efecto que deben producir.

XCVIII

Después de sus grandes proezas, un orgullo salvaje ha hecho caer á este pueblo en todas las faltas y las flaquezas que se presentan. He aquí, sin embargo, lo que me impide borrar las alabanzas que en otras ocasiones di á ese representante de la Edad Media (1).

La mujer más triste de Narbona es una joven española, de unos veinte años, que vive allí, retirada, con su marido, español y oficial, á mitad de sueldo. Este oficial se vió obligado, hace algún tiempo, á dar un bofetón á un necio ; al día siguiente, en el campo del honor, el necio vió llegar á la joven española; nuevo diluvio de frases afectadas : «Pero, en verdad, esto es un horror ; ¡ cómo ha podido usted decir esto á su mujer? La señora viene para impedir nuestro combate. ((Vengo á enterraros, respondió la joven española.»

Feliz el marido que puede decirlo todo á su mujer. El resultado no desmintió el orgullo de estas frases. Esta acción hubiera pasado por muy inconveniente en Inglaterra, pues la falsa decencia disminuye el poco bienestar que se encuentra en la vida.

XCIX

El amable Donézan decía ayer : ((En mi juventud, y hasta muy avanzada mi carrera, puesto que yo tenía cincuenta años en el 89, las mujeres llevaban empolvado el cabello.»

((Os confesaré que una mujer sin polvos me repugna ; la primera impresión es siempre de una camarera que no ha tenido lugar de arreglarse.»

Aquí está la única razón contra Shakespeare y en favor de las unidades. Los jóvenes que no han leído mas que á La Harpe; el gusto de los grandes tupés empolvados, como

- (1)
Stendhal se refiere á España por lo que se deduce del texto.
{Nota ¿el traductor.)

los que llevaba la fogosa reina María Antonieta, puede aún durar algunos años. Conozco también gentes que desprecian á Correggio y Miguel Angel, y ciertamente Monsieur Donezan era hombre de infinito ingenio.

C

Fría, brava, calculadora, desconfiada, discutidora, teniendo siempre miedo de ser electrizada por alguien que podría mofarse de ella, absolutamente libre de entusiasmo, un poco envidiosa de las gentes que han visto grandes cosas en el séquito de Napoleón: tal era la juventud de aquel tiempo, más estimable que amable. Invitaba enérgicamente al Gobierno á la disminución de las fuerzas de la izquierda. Este carácter de la juventud se encontraba hasta entre los reclutas, cada uno de los cuales no aspiraba sino á terminar su servicio.

Todas las educaciones dadas expresamente al azar forman á los hombres para una cierta época de la vida. La educación del siglo de Luis XV colocaba en los veinticinco años el mejor momento de sus educandos (I).

A los cuarenta años, los jóvenes de aquel tiempo hubieran sido mejores, y habrían perdido la desconfianza y la pretensión y ganando desenvoltura y alegría.

CI

DISCUSIÓN ENTRE UN HOMBRE SENCILLO Y UN HOMBRE DE ACADEMIA

«En esta discusión con el académico, siempre el académico, se salva reprendiendo algunas fechas y otros seme-

(I) Considérese á Francueil, cuando llevaba exceso de polvos. Véanse también las Mémoires de Madame de Epinay. (N. del A.)

jantes errores de poca importancia; pero la consecuencia y calificación natural de las cosas las negaba siempre ó parecía no entenderlas ; f>or ejemplo : que Nerón había sido cruel, que Carlos 11 fué perjuro. Así, pues, ¿cómo probar tales cosas, ó probándolas no se iba á detener la discusión general y perder el hilo?»

«Tal manera de discutir he visto siempre entre tales personas, de las cuales la una no buscaba mas que la verdad y el avance en ella; y la otra busca el favor de su maestro ó de su razón y la gloria de! bien decir. Y yo he estimado gran engaño y pérdida de tiempo en el hombre de buena fe cuando se detiene á hablar con los llamados académicos.» {Obras divertidas de Cuy Allard de Voiron.}

CLL

No hay mas que una pequeñísima parte del arte de ser feliz que sea una ciencia exacta, una especie de escala sobre la cual se está seguro de subir un escalón cada siglo, y es la que depende del Gobierno (aun esto no es mas que una teoría, pues veo á los venecianos de 1770 más felices que las gentes de Filadelfia de hoy.)

Por lo demás, el arte de ser feliz es como la poesía; á pesar del perfeccionamiento de todas las cosas, Homero, hace dos mil setecientos años, tenía más talento que Lord Byron.

Leyendo atentamente á Plutarco, creo darme cuenta que eran más felices en Sicilia en tiempo de Dion, aunque no tuviese ni imprenta ni ponche helado, que lo somos hoy nosotros.

Yo quería mejor ser un árabe del siglo V que un francés del siglo XIX.

CII

No es jamás la ilusión, que renace y se destruye á cada momento lo que se va á buscar al teatro, sino la ocasión de probar al vecino, ó, por lo menos- á uno mismo, si es que se sufre la contrariedad de no tener vecino, que se ha leído bien á su La Harpe y que se es hombre de gusto. Es un placer de viejo pedante que se permite la juventud.

CIV

Una mujer pertenece por derecho al hombre que la ama y á quien ella ama más que á su vida.

CV

' La cristalización no puede ser excitada por hombres-copias, y los rivales más peligrosos son los más diferentes.

CVI

En una sociedad muy adelantada, el amor-pasión es tan natural como el amor físico entre los salvajes.

CVII

Sin los matices, tener una mujer que se adora no sería una felicidad, y aun acaso sería un imposible.

L., 7 Octubre.

CVIII

¿De dónde viene la intolerancia de los estoicos? De la misma fuente que la de los devotos ó místicos. Tienen mal humor, porque luchan contra la naturaleza y porque se

privan y sufren. Si quieren preguntarse de buena fe acerca del odio que tienen á los que profesan una moral menos severa, confesarían de que nace de la alegría secreta de una felicidad que envidian y que se han prohibido sin creer en las recompensas que les resarcirían de sus sacrificios.

Diderot.

CIX

Las mujeres que tienen inveterado mal humor, podrían preguntarse si siguen el sistema de conducta que creen sinceramente ser el camino de la felicidad. ¿No hay un poco de falta de valor, acompañada de un poco de venganza, allá abajo en el fondo del corazón de una mojígata? Véase la maldad de Madame Deshoulières en sus últimos días. {Noticia de Monsieur Lemontey.}

CX

Nada más indulgente, puesto que nada hay más dichoso que la virtud de buena fe, pero Mistress Hutchinson misma, carece de indulgencia.

CXI

Inmediatamente después de este bienestar, viene el de una joven bonita y fácil, que no tiene ningún reproche que hacerse. En Messina, se hablaba de la contessina Vicenzella : «¿Qué quiere

usted?, decía ella; soy joven, libre, rica y acaso no muy fea. Deseo otro tanto á todas las muchachas de Messina.» Esta encantadora mujer, que no quería tener conmigo sino amistad, fué la que me hizo conocer las dulces poesías del abate Melli, en dialecto siciliano; poesías deliciosas, aunque algo estropeadas por la mitología.

Deljante.

CXII

El público de París tiene una capacidad de atención, que dura tres días; después de lo cual' presentadle la muerte de Napoleón ó la condena de Monsieur Beranger, al cabo de dos meses de prisión, y encontraréis absolutamente la misma sensación ó la misma falta de tacto en quien hable de ello al cuarto día. ¿Toda gran capital debe ser así, ó esto procede de la bondad y la ligereza parisiense? Gracias al aristocrático orgullo y á la timidez enfermiza, Londres no es sino una numerosa colección de cenobitas. Eso no es una capital. Viena no es más que una oligarquía de doscientas familias rodeadas de ciento cincuenta mil artesanos ó domésticos, que les sirven. Tampoco es una capital. Nápoles y París son las dos únicas capitales. (Extracto de los viajes de BitEhec\, página 371.)

CXIII

Si ha habido una época en que, según de las teorías vulgares, llamadas razonables por los hombres mediocres» la prisión pudo ser soportable, sería aquella en que, después de una detención de varios años, un pobre prisionero no está separado sino por un mes ó dos del momento en que debe ponerse en libertad. Pero la cristalización ordena otra cosa. El último mes, es más penoso que los tres últimos años. Madame de Hotelans ha visto en la cárcel de Melun varios prisioneros que desde hacía largo tiempo, al llegar á unos meses antes del día en que debían devolverles la libertad, morían de impaciencia.

CXIV

No puedo resistir al placer de transcribir una carta escrita en mal inglés por una joven alemana. Está probado que

hay amores constantes, y todos los hombres de genio no son Mirabeau. Klopstock, el gran poeta, marchó á Hamburgo por haber sido un hombre amable ; he aquí lo que su mujerci- ta escribía á una amiga íntima :

«After having seen him two hours, I was obliged to pass the evening in a company, which never had been so wearisome to me. I could not speak, I could not play; I thought I saw nothing but Klopstock; I saw him the next day, and the following and we were very seriously friends. But the fourth day he departed. It was a strong hour the hour of his departure! He wrote soon after; from that time our correspondence began to be a very diligent one. I sincerely believed my love to be friendship. I spoke with my friends of nothing but Klopstock, and showed his letters. They laughed at me and said. I was in love. I laughed then again, and said that they must have a very friendshipless heart; it they had no idea of friendship to a man as well as to a woman. Thus it continued eight months, in which time my friends found as much love in Klopstock's letters as in me. I perceived it likewise, but I would not believe it. At the last Klopstock said plainly that he loved; and I startled as for a wrong thing; I answered that it was no love, but friendship, as it was what I felt for him; we had not seen one another enough to love (as if love must have more time than friendship). This was sincerely my meaning, and I had this meaning till Klopstock came again to Hamburg. This he did a year after we had seen one another the first time after I could even tell Klopstock that I loved. But we were obliged to part again, and wait two years for our wedding. My mother would not let marry a stranger. I could marry then without her consent, as by the death of my father my fortune depended not on hers but this was a horrible idea for me; and thank heaven that I have prevailed by prayers! At this time knowing Klopstock, she loves him as her lively son, and thanks god that she has not persisted. We married and I am the happiest wife in the world. In some few months it will be four years that I am so happy...» (Correspondence of Richardson, HI- 147).

CXV

No hay uniones legítimas sino las que están gobernadas por una verdadera pasión.

CXVI

Para ser feliz con la facilidad de las costumbres, hace falta una sencillez de carácter que se encuentra en Alemania y en Italia, pero nunca en Francia.

La duquesa de C...

CXVII

Los turcos, por orgullo, privan á sus mujeres de todo lo que puede fomentar la cristalización. Vivo desde hace tres meses en un pueblo donde, por orgullo, las personas de título irán muy pronto más allá.

Los hombres llaman pudor á las exigencias de un orgullo que se ha vuolto loco por la aristocracia. ¿Cómo atreverse á faltar al pudor? También, como en Atenas, las personas de Ingenio tienen una marcada tendencia á refugiarse cerca de las cortesanas, es decir, entre esas mujeres á las que un pecado resonante ha puesto al abrigo de las enfermedades del pudor. (Vida de Fox.)

CXVIII

En el caso de amor estorbado por victoria muy rápida, he visto la cristalización de los caracteres tiernos que se forman después. Ella dice riendo : «No, no te amo.»

CXIX

La educación actual de las mujeres, esa mezcla de prácticas piadosas y de canciones muy vivas (di procer mi belza il cor de la Gazza ladra), es la cosa mejor calculada del mundo para alejar el bienestar. Esta educación forma los cerebros más inconsecuentes. Madame de R..., que temía la muerte, acaba de morir porque encontraba chusco echar las medicinas por la ventana. Estas pobres mujercftas toman la inconsecuencia por la alegría, porque ésta es casi siempre inconsecuente en apariencia. Es como el alemán que se creía muy vivo tirándose por la ventana.

CXX

((La vulgaridad, extinguiendo la imaginación, produce inmediatamente en mí el aburrimiento mortal», decía la encantadora condesa K... mostrándome esta tarde las cartas de sus amantes, que yo encontré groseras.

Forli, 17 Mayo. Enrique.

La imaginación no está extinguida; está solamente desterrada, y por repugnancia cesaba bien pronto de imaginarse la grosería de esos insípidos amantes.

CXXI

ENSUEÑO METAFÍSICO

Belgirate, 26 Octubre 1816.

Por pocas contrariedades que una verdadera pasión encuentre, produce verdaderamente más malestar que bienestar ; esta idea puede no ser verdadera para un alma tierna, pero no es de una evidencia perfecta para la mayor parte de los hombres, y en particular, para los filósofos fríos que, á falta de pasiones- apenas viven mas que de curiosidad y de amor propio.

Lo que precede se lo dije ayer á la contessina Ful vía paseándonos por la terraza de la Isola Bella, en la parte oriental del gran pinar. Ella me respondió : «La desgracia produce una impresión más fuerte en el espíritu humano que el placer. La primera virtud de todo lo que pretende producirnos placer es impresionar fuertemente. ¿No podría decirse que la misma vida está sólo hecha de sensaciones, y el gusto universal de todos los seres que tienen vida es darse cuenta de que viven por las sensaciones más fuertes posibles? Las gentes del Norte tienen poca vida; ved la lentitud de sus movimientos. El dulce ambiente de los italianos está en el placer de apreciar las emociones de su alma, muellemente tendido sobre un diván, placer imposible si se corre toda la jornada á caballo ó en un droski, como los ingleses ó los rusos. Estas gentes mueren de fastidio en un diván. Nada guardan en sus almas.

«El amor produce las sensaciones más fuertes posibles; la prueba está en que en estos momentos de inflamación, como dirían los fisiólogos, el corazón forma estas alianzas de sensaciones, que parecen tan absurdas á los filósofos Helvecio, Buffon y otros. Luizinia, el otro día, se dejó caer en el lago, como sabéis; y era que seguía con la vista una hoja de laurel que se veía en algún árbol de la Isola-Madre (Islas Borromeas). La pobre mujer me confesó que un día su amante, hablándola, deshojaba una rama de laurel en el lago y le decía : «Vuestras crueldades y las calumnias de nuestra amiga me impiden aprovechar la vida y adquirir alguna gloria.»

Un alma, que por efecto de alguna grave pasión, ambición, juego, amor, goce, guerra, etc., ha conocido los momentos de angustia y de gran desgracia por una rareza muy incomprensible, desprecia el bienestar de una vida tranquila, y donde todo parece hecho á medida del deseo, un lindo castillo, una situación pintoresca con mucha comodidad, una buena esposa, tres lindos niños, amigos amables en gran número, no es mas que un pálido dibujo de todo lo

que posee nuestro huésped el general C..., y, sin embargo, sabéis que ha dicho que se siente tentado á ir á Nápoles á mandar una guerrilla. Un alma hecha para las pasiones siente desde luego que esa vida alegre y tranquila le enoja, y acaso también le produzca sólo ideas vulgares. «Yo querría, os dice C... , no haber conocido nunca la fiebre de las grandes pasiones y poder contentarme con el aparente bienestar por el que se me hace todos los días tan necios cumplidos, á los cuales, para co'mo de desgracia, me veo forzado á contestar con afabilidad.»

Yo filósofo, añadido : «(Quiere usted una millonésima prueba de que no fuimos creados por un ser bueno? La de que el placer me produce acaso la mitad de la impresión que sobre nuestro ser ejerce el dolor (1). La contessina me interrumpió diciendo : <(Hav pocas penas morales en la vida que no lleguen á hacerse gratas por la emoción que excitan, y si hay un grano de generosidad en el alma, este placer se centuplica. El hombre condenado á muerte en 1815 y salvado por casualidad (Lavalette, por ejemplo), si marchaba al suplicio con valor, debe acordarse de aquel momento diez veces por mes; el cobarde que moría llorando y dando gritos (el empleado de Aduanas Morris, arrojado al lago, Rob-Roy, 111, 120), si se hubiese salvado por casualidad no podría nunca más acordarse con placer de aquel momento sino á causa de la circunstancia de haber sido saleado, y no pnr los tesoros de generosidad que hubiese descubierto en él mismo y que suprimirían sus temores en el pnrvenir.»

Yo.—«El amor, aun siendo desgraciado, da á un alma

(1) Véase en Bentham (y en el tomo I de su Teatrise of legislation) el análisis del principio ascético, en estos términos formulado : «Se proporciona placer á un sér bueno, haciéndole sufrir». (N. d.l A.)

tierna para quien la cosa imaginada es la cosa existente, tesoros de júbilo de esta especie ; hay visiones sublimes de bienestar y de belleza en uno mismo y en lo que uno ama; ¡ cuántas veces Salvati ha oído á Leonor decirle, como Mademoiselle Mars en Las Falsas Confidencias, con sonrisa encantadora ! ; «Pues bien- sí, os amo.» He aquí las ilusiones que un espíritu prudente nunca tiene.

Fulvia, alzando los ojos al cielo.—Sí, para ti y para mi, el amor, aun desgraciado, con tal que nuestra admiración hacia el objeto

amado sea infinita, es la primera de las felicidades...

(Fulvia, á los veintitrés años, es la belleza más célebre de *** : sus ojos eran divinos al hablar así cuando los alzaba hacia ese hermoso cielo de las Islas Borrromeas á media noche ; los astros parecen responderle. He bajado los ojos y no he encontrado más razones filosóficas para combatirla. Ella continuó): Y todo lo que el mundo llama la felicidad no vale lo que valen dolores de amor. Creo que el desprecio sólo puede curar de esta pasión; no un fuerte desprecio, porque sería un suplicio ; sino, por ejemplo, para vosotros, hombres, ver el objeto que adoráis amar á un hombre grosero y prosaico ó sacrificaros á los deleites del lujo amable y delicado que encuentra entre sus amigas...

CXXII

Querer, es tener el valor de exponerse á un inconveniente ; exponerse así es tentar el acaso y es jugar. Hay militares que no pueden vivir sin este juego; esto es lo que les hace insoportables en la vida de familia.

CXXIII

El general Teulié me decía esta tarde que había descubierto que lo que le volvía seco y estéril de manera abominable cuando había en el salón mujeres afectadas, es que en seguida sentía cimarga vergüenza de haber expuesto sus sentimientos con vehemencia ante tales seres. (Y cuando no hablaba con su alma, aunque fuese de Polichinela, no tenía nada que decir. Por otra parte, yo veía que no empleaba nunca la frase convenida y de buen tono. Era por eso realmente ridículo y barroco á los ojos de las mujeres afectadas. El cielo no le había destinado á ser un elegante.)

CXXIV

En la corte, l'i *** (1) es de mal tono porque se censura lo que va contra el interés de los príncipes, l'i *** es también de mal tono en presencia de jovencitas porque sto les impediría encontrar un marido. Es necesario convenir que a D *** e * debe serle agradable verse honrado por tales motivos.

CXXV

En el alma de un gran pintor ó de un gran poeta el amor es divino como centuplicando el demonio y los placeres del arte, cuyas

bellezas dan á su alma el pan cotidiano. ¡ Cuántos grandes artistas que no dudan ni de su alma ni de su genio se creen á menudo talentos mediocres ante la persona que adoran, porque no están de acuerdo con los eunucos del serrallo, los La Harpe, etc. ! Para tales gentes el amor desgraciado es feliz.

CXXVI

La imagen del primer amor es la más generalmente atrayente : ¡ por qué ? Es casi la misma en todos los países y con todos los caracteres. Luego este primer amor no es el más apasionado.

(I) No se comprende lo que Stendhal encubre bajo puntos suspensivos, aunque se supone que sea «la impiedad» ó «la ironía». {N. del T.)

CXXVII

¡ La razón ! ¡ La razón ! Esto grita siempre un pobre amante. En 1760, en el momento más álgido de la guerra de los Siete Años, Grimm escribía : «...No cabe duda que el rey de Prusia hubiese impedido esta guerra antes que estallase cediendo la Silesia. Con esto hubiera ejecutado una acción verdaderamente prudente. ¡ Cuántos males hubiera evitado! ¿Qué puede tener de común la posesión de un» provincia con el bienestar de un rey? Y el gran elector ¿no sería un príncipe muy feliz y muy respetado sin poseer la Silesia? Véase cómo un rey hubiere podido conducirse siguiendo los preceptos de la más sana razón, y no sé cómo hubiese sucedido, pero el caso es que este rey hubiera sido objeto de los desprecios de todo el mundo, mientras que Federico, sacrificándolo todo á la necesidad de conservar la Silesia, se cubrió de una gloria inmortal.

El hijo de Cromwell hizo, á no dudar, la acción más grande que un hombre puede hacer, prefiriendo la obscuridad y el reposo al trabajo y peligro de gobernar un pueblo sombrío, fogoso y fiero. Este hombre prudente ha sido despre- ■ ciado en vida y por la posteridad, y su padre ha quedado siendo á juicio de las naciones un gran hombre.»

«La Bella Penitente es un tema sublime del teatro español (I), echado á perder en inglés y francés por Otway y Colardeau. Calixta ha sido robada por un hombre á quien adora, á quien las vehemencias y el orgullo de su carácter hacen odioso, pero á quien

su talento, su ingenio, los atractivos de su figura, todo, en una palabra, concurrían á hacerle seductor. Lotario hubiese sido muy amable si hubiera sabido moderar culpables transportes; por otra parte, un odio hereditario y atroz dividía á su familia y á la de la mujer que

(1) Véanse los romances españoles y daneses del siglo XIII, que tan llanos y groseros parecen al gusto francés. (IV. dil A.)

amaba. Estas familias estaban á la cabeza de las dos facciones que dividían una ciudad de España durante los horrores de la Edad Media. Sciolto, el padre de Calixta, era el jefe de la otra facción que en aquel momento estaba dominando. Supo que Lotario había tenido la insolencia de querer seducir á su hija. La débil Calixta sucumbe bajo los tormentos de su vergüenza y de su pasión. Su padre ha llegado á dar á su enemigo el mando de una armada naval para que parta á un expedición lejana y peligrosa, donde, probablemente, Lotario encontrará la muerte. En la tragedia de Colardean llega esta noticia á su hija. A estas palabras, la pasión de Calixta se desborda :

h ¡ Oh dioses !»

—Parte... vos lo ordenáis... ^ha podido resolverse á ello} Juzgad el peligro de esta situación. Una palabra de más y Sciolto va á enterarse de la pasión de su hija por Lotario.

Su padre confundido exclama :

¿Qué oigo} ¿Me engaño} ^Hacia dónde se extravían los anhelos }

A esto Calixta vuelve en sí misma y responde :

No; es su destierro, es su muerte lo que yo quiero :

((¡ Que perezca !

Por estas palabras Calixta ahoga las sospechas de su padre, y, sin embargo, lo hace sin artificio, pues el sentimiento que expresa es cierto. La existencia de un hombre que ama y que ha podido ultrajarla debe emponzoñar su vida, aunque él tuviera que irse al fin del mundo; su muerte sólo podría devolverle el reposo, si lo hubiese para los infortunados amantes. Bien pronto Lotario muere y Calixta tiene la dicha de morir también.

«¡Ved aquí llantos y gritos por poca cosa!», dicen las gentes frías, condecoradas con el nombre de filósofos. Un hombre atrevido y violento abusa de la debilidad que una

mujer tiene por él ; no hay por qué condolerle, ó al menos no hay nada que nos interese en las tristezas de Calixta. No tiene mas que consolarse de haber sido de su amante, y no será la primera mujer de mérito que habrá tomado su resolución en semejante desdicha (1).»

Ricardo Cromwell, el rey de Prusia, y Calixta, con las almas que el cielo les había dado, no podían encontrar la tranquilidad y el bienestar, sino obrando así. La conducta de estos dos últimos es muy poco razonable, y, sin embargo, estos son los que solamente se estiman.

Sagan, 1813.

CXXVIII

La constancia, después de la felicidad, no puede predecirse sino según la que á pesar de las dudas crueles, los celos y las ridiculeces ce ha tenido antes de la intimidad.

CXXIX

En una mujer, dominada por la desesperación de la muerte de su amante, que acaba de perecer en la guerra y que sueña en seguirle, es necesario, desde luego, examinar si esta resolución es conveniente ; y en caso de negativa, atacar por esta costumbre tan antigua en el sér humano, el instinto de su conservación. Si esta mujer tiene un enemigo, puede persuadirsele de que este enemigo ha obtenido una carta reservada para encarcelarla. Se esconderá tres semanas huyendo de retiro en retiro; será detenida, y al cabo de tres días se salvará. Entonces, bajo un nombre supuesto, se le dará un asilo en un pueblo remoto y lo más diferente posible á la de aquél en que estaba

(1) Grimm, III, 107. (N. del A.)

desesperada. Pero, ¿quién quiere dedicarse á consolar á un ser tan desgraciado y tan nulo para la amistad?

Varsovia, 1808.

CXXX

Los sabios de Academia ven las costumbres de un pueblo en la lengua : Italia es el país del mundo donde se pronuncia menos la palabra amor, siempre amicizia v awicinar (amicizia por amor y awicinar para hacer la corte con éxito).

CXXXI

El diccionario de música no está hecho ni comenzado; sólo se encuentran, por casualidad, frases que dicen : esloy encolerizado, ú os amo, y sus matices. El maestro no encuentra estas frases sino cuando le son dictadas por la presencia de la pasión en su corazón ó en su recuerdo. Las personas que pasan lo álgido de su juventud en estudiar en lugar de sentir, no pueden ser artistas; nada más sencillo que este mecanismo.

CXXXII

El imperio de las mujeres es demasiado grande en Francia, pero el imperio de la mujer muy restringido.

CXXXIII

La mayor flaqueza de ^la Imaginación más exaltada podría inventar para dirigir á la generación que se educa entre nosotros; para posesionarse de la vida de la opinión y del poder, resulta una verdad más clara que el día. No tiene nada que continuar esta generación, sino crear. El gran mérito de Napoleón fué el de haber construido casa

nueva.

CXXXIV

Quisiera poder decir algo sobre el consuelo. No se ha tratado de consolar bien nunca.

El principio general es que es necesario procurar formar una cristalización lo más extrema posible al motivo que ha producido el dolor.

Es preciso tener el valor de estudiar un poco de anatomía para descubrir un principio desconocido.

Si se quiere consultar el Capítulo II de la obra de Villermé, sobre las cárceles (París, 1820), se verá que los presidiarios, si maritano jra di loro (esta es la palabra que en su lenguaje emplean los presos). Las mujeres si maritano anche jra di loro tienen, en general, mucha fidelidad en estas uniones, lo que no se observa entre los hombres; y que es efecto del principio de pudor.

((En San Lázaro- dice Villermé, página 96, en Octubre de 1818, una mujer se dió varias cuchilladas porque vió preferir á una recién llegada.»

((Es ordinariamente la más joven la que está más unida á la otra.»

CXXXV

Vivacità, leggerezza, soggettissima a prendere puntiglio ocupazione di ogni momento delle apparenze de? la propria existencia agli occhi altrui: Ecco i tre gran caratteri di questa planta che risveglia Europa nell 1808.

Entre los italianos, los buenos son los que tienen aún un poco de salvajismo y de propensión á la sangre; los de la Romana, los calabreses, y entre los más civilizados, los bressanos, piamonteses y corsos.

El burgués de Florencia es más borreguil que el de París.

El espionaje de Leopoldo lo ha envilecido para siempre. Véase la carta de Monsieur Courier acerca del bibliotecario Furia y el chambelán Puccini.

CXXXVI

Me río al ver personas de buena fe, que nunca pueden estar de acuerdo, decirse naturalmente grandes Injurias y pensar algunas más aún.

Vivir es sentir la vida; es tener sensaciones fuertes. Como para cada individuo la tasa de esta fuerza cambia, resulta que lo que es penoso para un hombre, por ser demasiado fuerte, es precisamente lo que necesita otro para que se le despierte el interés. Por ejemplo, la sensación de no ser herido por el cañón cuando se está en la línea de fuego, la sensación de entrar en Rusia en persecución de los nuevos Partos, así como la tragedia de Shakespeare y la tragedia de Racine, etc., etc.

Orcha, 13 Agosto 1812.

CXXXVII

Desde luego, el placer no produce ni la mitad de impresión que el dolor; por otra parte, está á más desventaja en la cantidad de emoción; la simpatía es, por lo menos- la mitad menos excitada por la descripción de la felicidad que por la del infortunio. Así, pues, los poetas pueden pintar la desgracia con mucha vivacidad; no tienen mas que un escollo que pueden temer, y son los objetos que inspiran el tedio. Aun aquí, la tarifa de esta sensación depende de la Monarquía ó de la República. Un Luis XIV centuplica el número de objetos repugnantes. (Poesías de Crabbe).

Por el solo hecho de la existencia de la Monarquía á lo Luis XIV, rodeado de su nobleza, todo lo que es sencillo en las artes se torna

grosero. El noble personaje ante quien

uno se exhibe se encuentra insultado; este sentimiento es sincero, y, por tanto, respetable.

Ved el partido que el amable Racine ha sacado de i .a amistad heroica y tan consagrada en la antigüedad de Orestes y de Pílates. Orestes tutea á Pílates, y Pílates le responde : Señor, j Y se pretende que Racine sea para nosotros el autor más excelente ! Si no se rinde uno á tal ejemplo, será preciso hablar de otra cosa.

CXXXVIII

Desde el momento en que uno puede esperar vengarse, comienza á odiar. No tengo la idea de salvarme y de faltar á la fe que yo había jurado á mi amigo mas que en las últimas semanas de mi prisión. (Dos confidencias hechas esta tarde ante mí por un asesino de buena familia, que nos cuenta toda su historia.)

Faenza, 1817.

CXXXIX

Toda Europa, cotizándose, no podría hacer uno solo de nuestros buenos volúmenes franceses : las Carias persas, por ejemplo.

CXL

Llamo placer á toda percepción que el alma quiere mejor experimentar que no experimentar (1).

Llamo dolor á toda percepción que el espíritu quiere mejor experimentar que no experimentar.

Deseo adormecerme más bien que sentir lo que siento; no cabe duda que esto es un dolor. Así, pues, los deseos de amor no son sino dolores, pues el amante deja para soñar á su gusto las sociedades más agradables.

(1) Maupertuis. (N. del A.)

Por la duración, los placeres del cuerpo disminuyen y la* penas aumentan.

En cuanto á los placeres del alma, aumentan ó disminuyen por la duración, según las pasiones; por ejemplo, después de seis meses que se pasan estudiando astronomía, gusta más la astronomía ; después de un año de avaricia, se ama más el dinero.

Las penas del alma disminuyen por la duración ; «j cuántas viudas, verdaderamente inconsolables, se consuelan con el tiempo !» Milady Waldegrave de Horacio Walpole.

Está un hombre en un estado de indiferencia y le acaece un placer, ó está un hombre en un estado de gran dolor y cesa este dolor repentinamente ; entonces el placer que siente ¿ es de la misma naturaleza que el primero? Monsieur Verri dice que sí y á mí me parece que no.

No todos los placeres provienen de haber cesado el dolor. Un hombre tiene, desde mucho tiempo, seis mil libras de renta, y gana quinientos mil francos á la lotería ; este hombre estaba poco habituado á desear las cosas que no se podían obtener sino por una gran fortuna. (Yo diría, como de pasada, que uno de los inconvenientes de París es la facilidad de perder esta costumbre.)

Se inventa la máquina de cortar plumas; la he comprado esta mañana y es un gran placer para mí, que me entretengo en cortar plumas; pero, ciertamente, yo no era desgraciado ayer por no conocer esta máquina. ¿Eira desgraciado Petrarca por no tomar café?

Inútil es definir la felicidad, todo el mundo la conoce; por ejemplo : la primera perdiz que se mató al vuelo á los doce años; la primera batalla de donde se salió sano y salvo á los diecisiete años. El placer- que no es sino el cese del dolor, pasa rápidamente, y al cabo de algunos años el recuerdo no es siquiem agradable. Un amigo mío fué herido en un costado por un disparo de obús en la batalla de la Moskowa;

algunos días después de esto se le presentaron síntomas de gangrena; al cabo de algunas horas pudo reunirse á los cirujanos muy acreditados Messieurs Beclar y Larroy ; celebraron consulta, cuyo resultado fué que aseguraron á mi amigo que no existía tal gangrena. En aquel momento vi que su alegría fué grande, á pesar de no ser completa. Allá, en el fondo de su alma, no creía en la verdad de lo dicho por los cirujanos y, á veces, pensaba en si creerlo ó no. Mi amigo entreveía aún la posibilidad de la gangrena. Hoy, al cabo de ocho años, cuando se le habla de esta consulta- muestra un sentimiento de pena, pues se le presenta á la vista una de las desgracias de la vida.

El placer ocasionado por el cese del dolor consiste j 1), en ganar al victoria contra las objeciones que se hagan sucesivamente ; 2), en volver á ver todas las ventajas de que se iba uno á ver privado.

El placer originado por la ganancia de quinientos mil francos consiste en prever todos los placeres nuevos y extraordinarios que se van á ocasionar. Hay una excepción especial : es preciso ver si este hombre tiene ó no contraída esta costumbre ; si tiene el cerebro estrecho, el sentimiento de molestia durará en él dos ó tres días.

Si tiene la costumbre de desear á menudo una gran fortuna, habrá agotado de antemano el goce, por imaginárselo demasiado. Esta desgracia no se da en el amor-pasión.

Un alma inflamada no se imagina el último de los favores, sino el más próximo; por ejemplo : de una amante que os trata con severidad, se espera un apretón de manos. La imaginación, naturalmente, no va más allá ; si- después de un momento, se la violenta, esta idea se aleja por el temor de profanar lo que adora.

Cuando el placer ha recorrido toda su carrera, claro es que nosotros caemos en la indiferencia ; pero esta indiferencia no es la misma que la de antes. Este segundo estado difiere del

primero en que ya no seríamos capaces de saborear con tantas delicias el placer que acabamos de sentir.

Los órganos que sirven para acogerlo se fatigan y la imaginación no tiene tanta propensión á presentar las imágenes que serán agradables en los deseos que se encuentren satisfechos. Pero si en medio del placer se trata de arrancamos de él, hay producción de dolor.

CXLI

La disposición al amor físico, y aun el placer físico, no es lo mismo en los dos sexos. Al contrario de los hombres- casi todas las mujeres son, por lo menos, susceptibles de un género de amor.

Desde la primer novela que una mujer ha abierto á escondidas á los quince años, espera en secreto la venida del amor-pasión, pues ve en éste la prueba de su mérito. Esta espera redobla hacia los veinte años, cuando ya ha vuelto de las primeras ligerezas de la vida, mientras que apenas han llegado á los treinta, los hombres creen que el amor es imposible ó ridículo.

CXLII

Desde la edad de seis años nos acostumbramos á buscar el placer por el mismo camino que nuestros padres. El orgullo de la

madre, de la contessina Nella, ha ocasionado la desgracia de esta amable mujer y la inutilizado por el mismo orgullo loco.

Venecia, 1810.

CXLIII

Del género romántico.

Me escriben desde París que se han visto (Exposición de 1822) un millar de cuadros representando asuntos de la Sagrada Escritura, pintados por pintores que no creen mucho

en ella, admirados y juzgados por gentes que no creen tampoco, y, finalmente, pagados por incrédulos.

Y después de esto se busca el por qué de la decadencia del arte. No creyendo en lo que se dice, el artista teme siempre aparecer exagerado y ridículo. ¿Cómo llegará á lo grandioso? Nada le llevó á ello. (Leitera di Roma, Giugno, 1822.)

CXLIV

Uno de los más grandes poetas, según mi opinión, que han aparecido en estos tiempos es Roberto Burns- campesino escocés muerto en la miseria. Tenía setenta luises de sueldo, como recaudador de Aduanas, para él, su mujer y cuatro hijos. Es preciso convenir en que el tirano Napoleón era más generoso con su enemigo Chenier, por ejemplo. Burns no tenía nada de la prudencia inglesa. Era un genio romano sin caballerosidad ni honor. No tengo suficiente espacio para contar sus amores con Mary Campbell y su terrible catástrofe. Solamente noto que Edimburgo está en la misma latitud que Moscou; lo cual podra confirmar algo mi teoría acerca de los climas.

«One of Burn's remarks, when he first came to Edimburg whas that between the men of rustic life and the polite world he observed litthe difference; that in the former, though unpolised by fashion and unenlightened by science, he had found much observation and much intelligence ; but a refined and accomplished woman was a being almost new to him and of which he had formeel but a very anademate idea.» (Londres, 1 Novembre 1821, tome V, page 69).

CXLV

El amor es la única pasión, que se paga con moneda que ella misma fabrica.

CXLVI

Los piropos que se dirigen á las niñas de tres años, forman precisamente la mejor educación posible para enseñar la vanidad más perniciosa. Ser bonita, es la primer virtud y la mayor ventaja del mundo. Tener un lindo traje, es estar bonita.

Estas necias vanidades no son sino costumbres establecidas en la burguesía ; felizmente, son de tan mal tono, como demasiado fáciles, entre las personas que gastan carroza.

CXLVII

Loreto, 11 Septiembre 1871.

Acabo de ver un batallón de habitantes de este país; el resto de los cuatro mil hombres que habían ido á Vieni en 1809. He pasado á las filas con el coronel- é hice contar su historia á varios soldados. Esta es la virtud de las repúblicas de la Edad Media, más ó menos bastardeadas por los españoles (1), el cura (2) y dos siglos de Gobiernos flojos y crueles, que han echado á perder este país.

El brillante honor caballeresco sublime y sin razón es una planta exótica importada solamente después de un corto número de años.

No se encuentran rastros de ella en 1740. Véase á Des Presses. Los oficiales de Montenotte y de Rívoli tenían demasiadas ocasiones de demostrar la verdadera virtud á sus vecinos para tratar de imitar un honor poco conocido bajo las cho-

(1) Hacia 1580, los españoles, fuera de su país, no eran mas que agentes enérgicos del despotismo ó tocadores de guitarra bajo las ventanas de las bellas italianas. Los españolas pasaban entonces á Italia como hoy se va á París ; por lo demás, no cifraban su orgullo sino en hacer triunfar al rey, su dueño. Perdieron á Italia, y la perdieron envileciéndola. En 1626, el gran poeta Calderón era oficial en Milán. {N. del A.)

(2) Véase la Vida de San Carlos Borromeo, que transformó á Milán y lo envileció, haciendo desalojar las salas de armas é ir al rosario. Maravillas mata á Castiglione, 1533. {N. del A.)

zas que el soldado de 1796 acababa de dejar, y que hubiese parecido muy barroco.

No había en 1796 ni Legión de Honor ni entusiasmo por un hombre; pero sí mucha sencillez y virtud á lo Desaix. El honor ha sido, pues, importado á Italia por gentes demasiado razonables y virtuosas para ser muy brillantes. Se siente que hay una gran

distancia de los soldados del 96, ganando veinte batallas en un año y no teniendo á menudo ni zapatos ni trajes, á los brillantes regimientos de Fonte- noy diciendo cortésmente á los ingleses, con el sombrero quitado : Señores : tirad los primeros.

CXLVIII

Creería que es necesario juzgar de la bondad de un sistema de vida por su representante; por ejemplo; Ricardo Corazón de León mostró sobre el trono la perfección del heroísmo y del valor caballeresco, y esto le hizo un rey ridículo.

CXLIX

Opinión pública en 1822. Un hombre de treinta años seduce á una joven de quince, y es la joven la que qued-- "s- homada.

a

Diez años ^{mi} tarde encontré á la condesa Ottavia ; lloró mi'c'o ¿.i verme; /o le recordaba á Oginski. «No puedo amar más», me decía; yo le respondí con el poeta : «How *anged, how saddened, yet how elevated was her character!»

CL!

Como las costumbres inglesas nacieron de 1688 á 1730, las de Francia van á nacer de 1815 á 1880. Nada será más

bello, justo y feliz que la Francia moral hacia 1900. Actualmente no lo es. Lo que es una infamia en la calle de Belle-Chase es una heroica acción en la calle de Mont- Blanc, y á pesar de todas las exageraciones, las gentes realmente destinadas al menosprecio se salvan de calle en calle. Teníamos un recurso: la libertad de la Prensa, que termina por decir A cada uno su verdad, y cuando esta verdad resulta ser la opinión pública, queda. Se nos arranca este recurso, y entonces se retardará un poco el nacimiento de la moral.

CLII

El abate Rousseau era un pobre hombre (1784) reducido á comer de la mañana á la noche por todos los barrios de la ciudad para dar lecciones de historia y de geografía. Enamorado de una de sus discípulas como Abelardo de Eloísa, como Saint-Preux de Julia; menos feliz, sin duda, pero probablemente bastante próximo á serlo, con tanta pasión como el último, pero con el alma más pura, más delicada, y, sobre todo, más valerosa- parecía un ser inmolado al objeto de su pasión. He aquí lo que escribió antes de saltarse el

cráneo, después de haber cenado muy bien en un restaurante, en el Palais Royal, sin dejar traslucir ninguna señal de alienación; del proceso verbal redactado por el conde y los oficiales de la Policía se sacó la copia de esta carta, que merece ser conservada.

((El contraste inconcebible que se encuentra entre la nobleza de mis sentimientos y la bajeza de mi nacimiento- un amor tan violento como invencible por una muchacha adorable (1), el temor de causar su deshonra, la necesidad

(1) París. que se trata de Mademoiselle Frémaire, hija de Monsieur Frémont, en la calle de Roma. (N. del A.)

de escoger entre el crimen y la muerte : todo ello me determinó á abandonar la vida. Yo había nacido para la virtud; iba á ser criminal; he preferido morir.» (Grimm, tercera parte, tomo II, página 395).

He aquí relatado un suicidio admirable y que no sería compatible con las costumbres de 1880.

CLIII

Por mucho que se esfuercen, nunca los franceses, en bellas artes, pasarán de lo bonito (le joli).

Lo cómico, que supone fantasía en el público y brío en el actor, las deliciosas farsas de Palomba, en Nápoles, representadas por Cassacia, son imposibles en París; lo bonito, y nada más que lo bonito; algunas veces (es cierto) se anuncia como sublime.

Se ve que, en general, yo no especulo sobre el honor nacional .

CLIV

Nos agrada mucho un gran talento, se dicen los franceses, y dicen verdad; pero exigimos, como condición esencial de la belleza que sea obra de un pintor que se sostenga constantemente de puntillas durante todo el tiempo que trabaja. Los versos en el arte dramático significan esto.

CLV

Hay mucha menos envidia en América que en Francia, y mucho menos ingenio.

CLVI

La tiranía de Felipe II ha envilecido de tal modo los espíritus desde 1530, que pesa aún sobre el jardín del mundo, y los pobres autores italianos no han tenido aún el valor

de inoentar la novela de su país. A causa de la regla de la naturalidad, nada más sencillo, sin embargo; es preciso copiar francamente lo que ciega los ojos en este mundo. Ved el cardenal Gonzalvi escudriñando gravemente durante tres horas, en 1822, el libreto de una ópera bufa y diciendo al maestro con inquietud : ((Pero repetís á cada momento esta palabra cozzar, cozzar.n

CLVII

Eloísa os habla del amor; un fatuo os habla de su amor; ¿no comprendéis que en el fondo os hablan de la misma cosa ? Es como el amor de los conciertos y el amor de la música. El amor de los placeres de vanidad que vuestra arpa os promtete en medio de una sociedad brillante, ó el amor de un sueño tierno, solitario, tímido.

CLVIII

Cuando se acaba de ver á la mujer que se ama, la vista de toda otra mujer estropea la vista ; hace físicamente daño á los ojos; veo muy bien el porqué.

CLIX

: uoToafqo uun v Bjsondsoyf

La naturalidad perfecta y la intimidad no pueden realizarse sino en el amor-pasión, pues en todos los otros se siente la posibilidad de un rival favorecido.

CLX

En el hombre que para librarse de la vida ha tomado veneno, el sér moral está muerto; asombrado de lo que ha hecho y de lo que va á experimentar, no tiene ya atención para nada : hay algunas, muy raras, excepciones.

CLXI

Un viejo capitán de navio, tío del autor al que hago homenaje del presente manuscrito, no encuentra nada tan ridículo como la importancia dada en seiscientas páginas á una cosa tan frívola como el amor. Esta cosa tan frívola es, sin embargo, la única arma con la que se puede herir á las almas fuertes.

¿Qué es lo que ha impedido en 1814 á M. de M... inmolar á Napoleón en el bosque de Fontainebleau? La mirada despectiva de una linda mujer que entraba en los] Baños Chinos (1). «i Qué

diferencia en los destinos del mundo si Napoleón y su hijo hubiesen muerto en 1814 1»

CLXII

Transcribo las líneas siguientes de una carta francesa que recibo de Znaím, observando que no hay en toda la provincia un hombre en estado de comprender á la mujer de talento que me escribe :

«El accidente hace mucho en el amor. Aunque no he leído inglés desde hace un año, la primera novela que cayó en mis manos me pareció deliciosa. La costumbre de amar un alma prosaica, es decir, lenta y tímida para todo lo que es delicado, y que no sienta con pasión sino los intereses groseros de la vida : el amor al dinero, el orgullo de tener magníficos caballos, los deseos físicos, etc., etc., puede hacer aparecer fácilmente molestas las acciones de un genio impetuoso, ardiente, de imaginación impaciente, que no siente mas que el amor, que olvida todo lo demás y que obra sin cesar y con impetuosidad cuando el otro se deja guiar y no obra jamás por sí mismo. La admiración que siente por ofender lo que llamábamos el pasado año, en Zithau, el

(1) Memorias, pág. 88. (Edición de Londres.) (N. del A.)

orgullo femenino, ¿ es francés esto ? Con el segundo se siente la admiración, sentimiento que se ignora ante el primero (y como este primero ha muerto en el ejército, de improviso, quedó como modelo de perfección) y sentimiento que un alma llena de nobleza y privada de esta comodidad, que es el fruto de cierto número de intrigas, puede confundir fácilmente con lo que es ofensivo.»

CLXIII

«Godofredo Rudel- de Blaye, fué un gran gentilhombre, príncipe de Blaye, y llegó á enamorarse de la princesa de Trípoli sin verla, por lo mucho bien y la gran cortesanía que oyó decir de ella á los peregrinos que venían de Antio- quía, y compuso para ella muy bellas canciones con hermosa música y dulces palabras, y por deseos de contemplarla atravesó el mar para ir á verla. Y sucedió que en el navio enfermó gravemente, de tal manera, que los que iban con él creyeron que había muerto; pero tanto hicieron, que le condujeron á Trípoli, á una posada, como hombre muerto. Se le hizo saber esto á la condesa, y fué á su cama y lo tomó entre sus brazos. Supo que era la condesa; recobró la vista y el oído y alabó á Dios, y

le dió gracias pmrque le había concedido la vida hasta que la viera, y así murió en los brazos de la condesa, haciendo ésta que lo enterraran en la casa del Templo, en Trípoli. Y después, ella se hizo religiosa por el dolor que su muerte le produjo.» (1).

CLXIV

He aquí una singular prueba de la locura llamada cristalización que se encuentra en las Memorias de mistress Hut- chinson ;

(1) Traducido de un manuscrito provenzal del siglo Xlli. (N. del A. \ ...«He told to Hutchinson a very true story of a gent- leman who not long before had come for some time to lodge in Rishmond and found all the people he came in company with bewailing the death of a gentlevoman that had lived there. Hearing her so much deplored he made inquiry after her, and grew so in leve with the descipion that no other discourse could at fust please him, nor could he at last endure any other; he grew desperately melancholy, and would ga to a monnt where the print of her fool was cutt, and lie there pining and tissing of it all the day long, till at lenght death in some months space concluded his langhuis- hement. This story was vey true.» (Tomo I, página 83.)

CLXV

Lisio Visconti era nada menos que un gran lector de libros. Además de lo que él había Dodido ver corriendo el mundo, aquel ensayo estaba basado en las Memorias de quince ó veinte personajes célebres.

Si encontraba por casualidad un lector que hallase estas bagatelas dignas de un n'omento de atención, he aquí ios libros de los que Lisio sacó sus reflexiones y conclusiones :

Vida de Bencemto Cellini, escrita por él mismo.

Las Novelas de Cervantes y de Scarron : Manon Les- cant y El Dean de Killerine, del abate Prévót.

Carlas latinas de Eloísa y Abelardo.

Torn Jones.

Cartas de una religiosa portuguesa.

Dos ó tres novelas de Lafontaine.

La historia de la Toscana, de Pignotti.

Werlher.

Brantóme.

Memorias, de Cario Gozzi (Venecia; 1760); solamente las ochenta páginas sobre la historia de sus amores.

Memorias, de Lanzun, Saint-Simon, D'Epinau, De Staal, Marmontel, Bezeaval, Roland, Duelos, Horacio, Walpole- Evelyn, Hutchinson.

Cartas de Mademoiselle Lespinasse.

CLXVI

Uno de los más grandes personajes de aquel tiempo, uno de los hombres más notables en la Iglesia y en el Estado, nos ha contado esta tarde (Enero, 1822) en casa de Madame de M... los peligros efectivos que había corrido en tiempo del Terror.

((Tuve la desgracia de ser del número de los miembros más salientes de la Asamblea Constituyente ; me trasladé á París buscando la manera de esconderme bien ó mal mientras no hubiese a'gúna esperanza de éxito para la buena causa. Al fin, como los peligros aumentaron y los extranjeros, no habían tomado ninguna determinación enérgica con nosotros, me determiné á salir; pero era preciso salir sin pasaporte. Como todo el mundo se marchaba á Coblenza, ideé marchar á Calais. Pero mi retrato había sido tan divulgado dieciocho meses antes, que sería conocido en el último villorrio •. no obstante, se me dejó pasar. Llegué á una posada de Calais, donde, como se puede comprender, no dormí apenas, y muy afortunadamente para mí, á eso de las cuatro de la madrugada oí pronunciar muy claramente mi nombre. Mientras que me lavé y vestí á toda prisa, distinguí muy bien, á pesar de la obscuridad, guardias nacionales, con sus fusiles, los cuales abrieron la puerta principal y entraron en el zaguán de la posada.

Afortunadamente, llovía á cántaros; es decir, diluviaba; era una mañana de invierno muy obscura, con un fuerte viento. La obscuridad y el ruido del viento me permitieron salvarme por el patio de detrás, adonde fui para pasar á la cua-

dra de las caballerías. Heme en la calle á las siete de la mañana, sin recursos.

((Pensaba entonces que se iba á descubrir todo en la posada. No sabiendo muy bien lo que hacía, marché hacia el puerto y me quedé en el muelle. Creí que había perdido la razón, pues sólo veía como perspectiva la guillotina.

Había un paquebot que salía del puerto con una marejada muy fuerte y que estaba ya á veinte toesas (1) del muelle. De repente oí gritos del lado de la mar, como si me llamaran. Vi entonces aproximarse una barquilla, y desde allí me dijeron : «Ea, pues, señor; venga usted ; le esperan.» Pasé maquinalmente á la barquilla, y entonces un hombre que en ella había me dijo al oído : «Al verle andar por el muelle con un aire de temor, pensé que pudiera usted ser un desgraciado proscrito. Dije al que le fué á llamar que era usted mi amigo, á quien esperaba; haga usted como que está mareado y escóndase en la parte baja» en un rincón obscuro del camarote.»

¡ Ah, qué hermoso rasgo!—exclamó la dueña de la casa en voz baja, emocionada por las lágrimas al oír el relato hecho de los peligros del abate—. ¡ Cuántas gracias debéis de dar á ese desconocido !... ¿Cómo se llamaba? No sé su nombre—respondió el abate un poco confuso... En el salón hubo un momento de profundo silencio.

CLXVIII

El padre y el hijo.

Diálogo de 1787.

EL PADRE (Ministro de la...)

((Te felicito, hijo mío; es cosa muy agradable para ti ser invitado á casa del duque de... Es una distinción

(I) Toesas : equivalente á 1,95 m. {N. del T.)

para un hombre de tu edad No dejes de estar en Palacio á las seis en punto.

EL HIJO

((Pienso, padre, que usted cenará allí también.

EL PADRE

((El duque de..., siempre atento con nuestra familia, al invitarle por primera vez, ha querido También invitarme á mí.»

El hijo, muchacho de buena familia y con un distinguido espíritu, no dejó de ir al Palacio... á las seis. A las siete se sirvió la cena. El hijo se encontró colocado frente al padre. Cada convidado tenía á su lado una mujer desnuda. Les servían veinte lacayos de librea (1).

CLXVIII

Londres, Agosto 1817.

Nunca en mi vida me había visto tan impresionado é intimidado en presencia de la belleza, como esta tarde en un concierto que dió Mademoiselle Pasta.

Estaba rodeada, al cantar ante tres filas de muchachitas bellísimas, de una belleza tan celeste y pura- que me obligó á bajar los ojos por respeto, en lugar de levantarlos para admirar y gozar. Esto no me había sucedido en ningún país más que en mi querida Italia.

CLXIX

Una cosa es absolutamente imposible en las artes en Francia ; es el estro poético. Sería muy ridículo para un hombre mundano tener el aire de marido feliz. Véase un veneciano recitar las sátiras de Burati.

(I) /rom december 27, 1819, till the 3 jain 1820; Mil. {N. del A)

CLXX

Había en Valencia, en España, dos amigas, mujeres muy honestas y de muy distinguidas familias. Una de ellas fuá cortejada por un oficial francés que la amaba con pasión, y, á punto de darle una cruz después de una batalla, quedó acantonado en sitio próximo á Valencia, en lugar de ir al cuartel general á hacer la corte al general en jefe.

Al fin, fué amado después de siete meses de desesperante desdén, y un día le dijo ella : «Buen José, soy tuya.» Quedaba el obstáculo de un marido, hombre de gran talento, pero el más celoso de los hombres. En mi calidad de amigo hube de leer con él toda la historia de Polonia de Rulhié- re, que no entendía muy bien. Transcurrieron tres meses sin que pudiese engañarlo. Había un telégrafo de señales y de gestos los días de fiesta para indicar la iglesia á que irían á misa.

Un día vi á mi amigo más sombrío que de ordinario; comprendí lo que iba á suceder. El amigo íntimo de doña Inesilla estaba gravemente enfermo. Esta pidió á su marido permiso para pasar la noche velando al enfermo, lo cual él se lo concedió, á condición de que el marido escogería el día. Una noche condujo á doña Inesilla á casa de sü amigo y dijo, chanceándose y como inopinadamente, que él dormiría muy bien sobre un sofá, en un saloncito próximo á la alcoba, y cuya puerta había de quedar abierta. Durante once días,

todas las noches el oficial francés pasaba dos horas oculto debajo de la cama del enfermo. No quiero añadir lo demás.

No creo que la vanidad permita este grado de amistad una francesa.

APENDICE

DE LAS CORTES DE AMOR

En el año 1150 y 1200 había cortes de amor en Francia. Esto está probado. Probablemente, la existencia de las cortes de amor se remota á una época mucho más remota

Las damas, reunidas en corte de amor, proponían preguntas y temas sobre cuestiones de derecho ; por ejemplo : ¿ Puede existir el amor entre personas casadas? O también sobre casos particulares en que las damas les ponían (1).

En cuanto puedo figurarme la parte moral de esta jurisprudencia, debía parecerse á lo que hubiera sido la corte de los mariscales de Francia, establecida para el puntillo de honor por Luis XIV, si la opinión hubiese sostenido esta institución.

Andrés, capellán del rey de Francia» que escribió hacia el año 1170, cita las siguientes cortes de amor :

De las damas de Gascuña.

De Ermengarda, vizcondesa de Narbona (1144 á 1194).

De la reina Eleonora.

(1) Andrés el Capellán, Nostradamus, Raynouard, Crescimbeni, el Are- tino. {N. del A.)

De la condesa de Flandes.

De la condesa de Champaña (1174).

Andrés cita nueve juicios pronunciados por la condesa» de Champaña.

Otros dos pronunciados por la condesa de Flandes.

Juan de Nostradamus, en su Vida de los poetas proven- zales, dice (página 15):

«Los tensons eran disputas de amor que se hacían entre los caballeros y damas poetas, discutiendo juntos sobre alguna bella y

sutil cuestión de amor, y en aquello en que no se ponían de acuerdo, enviaban, para obtener la definición- á las damas ilustres presidentas, que tenían corte de amor abierta y plenaria en Signe y Pierrefeu, ó en Romanin ó en otras partes, y allí daban decretos, que denominaban los decretos de amor.

He aquí los nombres de algunas de las damas que presidían en las cortes de amor de Pierrefeu y de Signe :

((Estefanía, dama de Brulx, hija del conde de Provenza ;

))Adalaria, vizcondesa de Avignon ;

))Alaleta. dama de Ongle ;

«Hermisenda, dama de Posquieres;

«Bertrana, dama de Urgón ;

«Mabille, dama de Y eres ;

))La condesa de Dye ;

))Rostann- dama de Pierrefeu ;

))Bertrana, dama de Signe ;

))Jausserande de Claustral.»

Nostradamus, página 27.

Es verosímil que la misma corte de amor se reuniese unas veces en el castillo de Pierrefeu y otras veces en el de Signe. Estos dos pueblos están contiguos y situados casi á igual distancia de Tolón y de Brignoles.

En la Vida de Bertrand de Alamanon, Nostradamus dice :

((Este trovador estuvo enamorado de Phanette ó Estephannette (Estefanía) de Romania, dama de dicho lugar, de la casa de Gantelmes, que tenía en su tiempo corte de amor abierta y plenaria en su castillo de Romania, cerca de la ciudad de Saint-Remy, en Provenza, tía de Laura de Avignon, de la casa de Sado, tan celebrada por el poeta Petrarca.»

En el artículo de Laura se lee que Laura de Sade, festejada por Petrarca, vivía en Avignon hacia el año 1341 ; que fue educada por Phanette de Gantelmes, su tía, dama de Romania; que «las dos versificaban improvisadamente en toda clase de ritmo provenzal, según lo que de ellas escribió el monje de las Islas de Oro, y cuyas obras dan amplio testimonio de su doctrina... Es cierto (dice el monje) que Phanette ó Estephannette, como muy excelente en la poesía, tenía una especie de inspiración divina, cuya inspiración es

considerada como verdadero don de Dios; ambas estaban acompañadas de varias damas ilustres y generosas (1) de Provenza, que florecieron en este tiempo en Avignon cuando la corte romana allí residió, y que se aficionaron al estudio de las letras, teniendo corte de amor abierta y definiendo las cuestiones de amor que se habían propuesto y enviado... Guillen y Pedro Balz y Luis de Lascaris, condes de Vintimille- de Tende y de la Brigne, personajes de gran renombre, habiendo venido á Avignon á visitar en este tiempo á Inocencio VI, papa, fueron á oír las de-

(!) «Juana, clama de Baulx ;

«Huguette de Forcarquier, dama de Trechts ;

«Briande d'Agoult, condesa de la Luna ;

«Mabille de Viileneufve, dama de Vence;

«Beatrix d'Agoult, dama de Sault;

«Ysoarde de Roquefueilh, dama d'Ansoys;

«Ana, vizcondeza de Tallard ;

«Blanca de Flassans, por sobrenombre Blancafior;

«Dulce de Monstiers, dama de Clumane ;

«Antonietta de Cadenet, dama de Lámbese ;

«Magdalena de Sallon, dama de dicho lugar;

«Rixende de Puyvard, dama de Trans.»

Nostradamus, página 217. (N. del A.)

finiciones y sentencias de amor pronunciadas por aquellas damas, y quedaron maravillados y locos de sus bellezas y saber, y presos en las redes de su etmor.))

Los trovadores nombraban á menudo, al final de sus ten- sons, á las damas que debían pronunciar y discutir las cuestiones que se trataban entre ellos.

Un decreto de la corte de damas de Gascuña dice : «La corte de las damas, reunida en Gascuña, ha establecido, con el consentimiento de toda la corte, esta constitución perpetua», etc., etc.

La condesa de Champaña, en el decreto de 1174, dice ;

((Este juicio, que hemos formulado con extrema prudencia, está basado en el consentimiento de un gran número de damas...»

En otro decreto se encuentra :

«El caballero, por el fraude que le había sido hecho, delegó todo este asunto en la condesa de Champaña y pidió humildemente que este delito fuese sometido al juicio de la condesa de Champaña y de otras damas.

Habiendo llamado la condesa á una reunión á sesenta damas, dictó este juicio», etc., etc...

Andrés el Capellán, del que extractamos estos datos, afirma que el código de amor había sido publicado por una corte compuesta de un gran número de damas y caballeros.

Andrés nos ha conservado la súplica que había sido dirigida á la condesa de Champaña cuando decidió con la negativa esta cuestión : el Verdadero arfior, (puede existir entre esposos?

Mas ¿cuál era la pena sufrida cuando no se obedecía á los fallos de las cortes de amor?

Vemos á la corte de Gascuña ordenar que cualquiera de sus fallos sería observado como constitución perpetua, y que aquellas damas que no obedecieran, incurrirían en la enemistad de toda dama honrada.

¿Hasta que punto la opinión sancionaba los decretos de las cortes de amor?

¿Había tanta vergüenza en substraerse á sus fallos como hoy á todo asunto encomendado al honor?

No encuentro nada en Andrés ni en Nostradamus que me haga contestar á esta cuestión.

Dos trovadores, Simón Doria y Lanfranc Cigalla agitaron la cuestión : «¿Quién es más digno de ser amado? ¿El que da liberalmente, ó el que, á pesar suyo, lo hace por pasar por liberal?»

Esta cuestión fué sometida á las damas de la corte de amor de Pierrefeu y de Signe ; pero los dos trovadores quedaron descontentos del juicio- y recurrieron á la corte de amor soberana de las damas de Romanin (1).

La redación de los fallos está conforme con la de los tribunales judiciales de esta época.

Cualquiera que sea la opinión del lector sobre el grado de importancia que tenían las cortes de amor en la atención de los contemporáneos, suplico que las comparen con lo que son hoy, en

1822, los temas de conversación de las damas más consideradas y más ricas de Tolón y de Marsella.

¿ No eran más graciosas, más espirituales, más felices, en 1174 que en 1822?

Casi todos los decretos de las cortes de amor tienen considerandos fundados en las reglas del código de amor.

Este código de amor se encuentra íntegro en la obra de Andrés el capellán. Tiene treinta y un artículos, y hélos aquí:

- (I)
Nostradamust página 131. (N. del A,)

CÓDIGO DE AMOR DEL SIGLO XII

I

La alegación de matrimonio no es excusa legítima contra el amor
(causa conjugii ab amore non est excusatio recta) (1).

II

Quien no sabe celar no sabe amar.

111

Nadie puede dedicarse á dos amores.

IV

El amor puede siempre crecer ó disminuir.

V

No tiene sabor lo que el amante consigue á la fuera del otro amante.

VI

El varón no ama ordinariamente sino en plena pubertad (masculus non solet nisi in plena pubertate amare).

VII

Se prescribe á uno de los amantes, á la muerte del otro, una viudedad de dos años.

VIH

Nadie, sin razón más que suficiente, debe ser privado del derecho de ameur.

(!) Aunque todas las sentencias de este Código van en nota al final en sus términos ktinos, preferimos, por no cansar, reproducir estos términos únicamente en algunas de las sentencias más curiosas é incisivas. (N, del 7 .)

IX

Nadie puede amar si no está unido por la persuasión de amor (por la esperanza de ser amado).

X

El amor, ordinariamente, es expulsado de su hogar por la avaricia.

XI

No conviene amar lo que diese vergüenza desear en matrimonio
(non decet amare quorum pudor est nuptias affec- tare).

XII

El amor verdadero no ha de desear otras caricias que 'as que
vienen del que se ama.

XIII

Amor divulgado es rara vez duradero.

XIV

El éxito muy fácil quita bien pronto su encanto al amor; los obstáculos le dan valor.

XV

Toda persona que ama palidece en presencia de la que ama.

XVI

A la presencia imprevista de lo que se ama, se tiembla.

XVII

Nuevo amor expulsa al antiguo (novus amor velerem compzllii ahité).

XVIII

Unicamente el mérito hace á uno digno de ser amado.

XIX

El amor que se extingue cae rápidamente y rara vez se reanima.

XX

El enamorado es siempre tímido.

XXI

Por los celos verdaderos, el afecto de amor crece siempre.

XXII

De la sospecha y de los celos que de ella se derivan crece la
afección de amor.

XXIII

Duerme menos y come menos el que está asediado por el
pensamiento de cunor.

XXIV

Todo acto del amante se termina por pensar en aquello que ama.

XXV

El verdadero amor no encuentra nada bien sino lo que sabe agradar á lo que am..

XXVI

El amor no puede rehusar nada al amor.

XXVII

El amante no puede sac;arse del goce de lo que ama.

XXVIII

Una ligera presunción hace que el amante suponga cosas siniestras de la que ama.

XXIX

La costumbre muy excesiva de los placeres impide el nacimiento del amor (non solet amare quem nimia Voluptatis abundantia vexai).

XXX

Una persona que ama tiene siempre presente la imagen de lo que ama asiduamente y sin interrupción (1).

XXXI

Nada impide que una mujer sea amada por dos hombres y un hombre por dos mujeres (2).

He aquí la parte dispositiva de un fallo dado por una corte de amor :

Tema: ¿Puede existir el amor entre las personas casadas?

Fallo de la condesa de Champaña : «Decimos y afirmamos, por el contenido de la presente, que el amor no puede extender sus derechos sobre las personas casadas. En efecto ; los amantes se unen para todo, mutua y gratuitamente, sin verse forzados por ningún motivo de necesidad, mientras que los esposos están sujetos por deber, á sufrir recíprocamente sus voluntades, y no rehusar nada el uno al otro {jugales cero mutuis tementur ex debito ooluntatibus obedire et in nullo seipsos sibi ad inoicem denegare).

(1) Folio 103. (N. del A.)

(2) Folio 56. (V. del A.)

Que este fallo, que hemos dado con extrema prudencia y con la venia de un gran número de damas, sea para vos una verdad constante é irrefutable. Así fallamos el año 1174, el tercer día de las Calendas de Mayo, indicción VII»

DATOS SOBRE ANDRES EL CAPELLAN

Parece que Andrés escribió hacia el año 1176.

Se encuentra en la Biblioteca del Rey (número 8758) un manuscrito de la obra de Andrés, que perteneció en otro tiempo á Baluze. Véase el primer título : «Hic incipiunt capitula libri De Arte amatoria et reprobatione amoris.n

Este título va seguido del índice de Capítulo s.

A continuación se lee este segundo título :

(incipit liber De Arte amandi et de reprobatione amoris, editus et compilatus a magistro Andrea, Francorum aulee regias capellano, ad Galterium amicum suum, cupientem in amoris exercitu militare ; in quo quidem libro, cujus- que conditionis et status ad amorem sapientissime invitatur; et último in fine ipsius libri de amoris reprobatione subjungitur.»

Crescimbeni, en sus Vite de poeti proenzali, artículo Percivalle Doria, cita un manuscrito de la biblioteca de Nicolo Bargiacchi, en Florencia, y transcribe diversos pasajes : este manuscrito es una traducción del tratado de Andrés el Capellán. La Academia de la Crusca lo admite entre las obras que han suministrado ejemplos para su diccionario.

Ha habido diversas ediciones del original latino. Federico Otto Menckenius, en sus Miscellanea Lipsiensia noca, Lipsiae, 1751, tomo VIII, parte I, página 545 y siguientes, indica una

muy antigua edición, sin fecha y sin lugar de impresión, que se cree que es de los primeros tiempos de la imprenta : ((Tractatus amoris et de amoris remedio Andreoe capellani Innocentii papa quarti.»

Una segunda edición, de 1610, lleva este título:

((Erotica seu amatoria Andreas capellani regii, vetustissimi scriptoris ad venerandum suum amicum Guualterium scripta, nunquam ante hac edita, sed saepius a multis desiderata : nunc tandem fide diversorum mss. codicum in publicum emissa a Dethmaro Mulhero, Dorpmundas, typis Westhovicis, anno Vna Caste et Veré amanda.))

Una tercera edición lleva : «Tremonias, typis Westhovicis, anno 1614.»

Andrés divide metódicamente el tema que se propone tratar :

1) Quid sit amor et undi dicatur.

2) Quid sit effectus amoris.

3) Inter quos possit esse amor.

4) Qualiter amor acquiratur, retineatur, augmentetur, minuat, finiatur.

5) De noticia mutui amoris, et quid unus amantium agere debeat, altero (idem fállente).

Cada una de estas cuestiones está tratada en varios párrafos.

El autor hace hablar alternativamente al amante y a la dama. La dama hace objeciones, y el amante trata de convencerla con razones más o menos sutiles.

Véase un pasaje que el autor pone en boca del amante :

...Sed si forte horum serraonum te perturbet obscuritas, eorum tibi sententiam indicabo.

Ab antiquo igitur quatuor sunt in amore gradus distincti : Primus, in spei datione consistit.

Secundas, in osculi exhibitione.

Tertius, in amplexus fruitione.

Quartus, in totius concessionem personae finitur.

EL RAMO DE SALZBURGO

En las minas de sal de Hallein, próximas á Salzburgo, los mineros echan en las profundidades abandonadas de la mina una rama de árbol deshojada por el Invierno; dos ó tres meses después, por efecto de las aguas llenas de partículas salinas, que humedecen esta rama y á continuación la dejan en seco, retirándose, la encuentran cubierta de cristalizaciones brillantes. Las ramas más pequeñas, que no llegan á la grosura de una pata de gorrión, están incrustadas de infinidad de pequeños cristales móviles y deslumbrantes. No se puede reconocer la primitiva rama ; es un juguete de niño muy lindo y que agrada ver. Los mineros de Hallein no dejan, cuando hay un sol espléndido y cuando el aire es perfectamente seco, de ofrecer ramas de diamantes á los viajeros que se preparan á descender á la mina. Este descenso es una operación singular. Se ponen á caballo sobre inmensos troncos de abeto colocados en pendiente, los unos á continuación de los otros. Estos troncos de abeto son muy gruesos, y el oficio de caballo que hacen desde un siglo ó dos, los ha alisado y limado completamente. Ante la silla, en la que os habéis colocado, y que resbala sobre ios troncos de abeto colocados de un extremo á otro, se coloca un minero, que, ' sentado en su tablero de cuero.

(I) El presente fragmento, encontrado entre los papeles de Beyle, se publica hoy día por primera vez. En él se explica el fenómeno de la cristalización y se da á conocer el origen de esta palabra. {Nota ¿el editor francés).

resbala ante vosotros y se encarga de impedir que descendáis demasiado rápidamente.

Antes de emprender este rápido viaje- los mineros invitan á las damas á vestirse con un inmenso pantalón de jerga gris, en el cual se envuelve su vestido, lo que les da aspecto muy cómico. Visité estas minas tan pintorescas de Hallein en el Verano de 18..., con Madame Gherardi. Desde luego, no era por otra causa que por la de huir del insoportable calor que nos acometió en Bolonia y con objeto de respirar aires frescos en el monte de San Gotardo. En tres noches atravesamos los pantanos pestilenciales de Mantua y el delicioso lago de Garda, y llegamos á Riva, á Bolzano, á Inspruck.

Madame Gherardi encontró estas montañas tan lindas, que lo que emprendimos como un paseo, terminó en un viaje. Siguiendo las riberas del Inn y á continuación las del Salza, descendimos hasta Salzbourgo. El aire fresco de estos reversos de los Alpes, del lado del Norte, comparado con el aire asfixiante y la polvareda que acabábamos de dejar en la llanura de Lombardia, nos daba cada mañana un placer nuevo y nos animaba á llegar más adelante. En Golling nos compramos indumentarias de campesinos. A menudo, nos encontrábamos con la dificultad de alejarnos, y aun de vivir; pues nuestra caravana era numerosa ; mas aquellos obstáculos y aquellas desdichas resultaban verdaderos placeres.

Llegamos de Golling á Hallein, ignorando hasta la existencia de las hermosas minas de sal de que os hablaba. Allí nos encontramos con una numerosa sociedad de curiosos, en medio de los cuales nos presentamos en trajes de campesinos, y nuestras señoras con enormes capotas de campesinas, de las cuales se habían provisto. Marchamos á la mina sin la menor idea de descender á las galerías subterráneas ; pensar en montar á caballo por un camino de tres cuartos de legua sobre una montura de madera, parecía extravagante.

y temíamos ahogarnos en el fondo de aquel terrible boyo negro. Madame Gherardi lo pensó un momento y dijo que ella, por su parte, iba á descender y que nos dejaba en libertad.

Durante los preparativos, que fueron prolongados, pues antes de introducirnos en esta profunda cavidad, fue preciso ir á comer, me entretuve en observar lo que pasaba en la cabeza de un guapo oficial, muy rubio, de caballería ligera bávara. Terminamos haciendo amistad con este amable joven, que hablaba francés y nos era muy

útil para hacernos entender de los campesinos alemanes de Hallein. Este joven oficial, aunque muy cortés, no era nada fatuo, sino que, al contrario, parecía hombre de talento. Madame Gherardi fue la que hizo este descubrimiento. Yo veía al oficial que iba enamorándose á ojos vistas de la encantadora italiana, que estaba loca de placer pensando en descender á una mina, y con la idea de que bien pronto nos encontraríamos á quinientos pies bajo tierra. Madame Gherardi, ocupada únicamente de la belleza de los pozos, de las grandes galerías y de la dificultad vencida, estaba á miles de leguas de pensar en agradar, y aun más, de pensar en sentirse enamorada de alguien. Bien pronto me encontré sorprendido ante extrañas confidencias que me hizo el oficial bávaro. Estaba tan completamente obsesionado con ¡a celeste figura, animada por un espíritu de ángel que se encontraba en la misma mesa que él, en un pequeño albergue de montaña, apenas alumbrado por ventanas guarnecidas de vidrios verdes- que yo no notaba que á menudo hablaba sin saber á quién ni lo que decía. Advertí á Madame Gherardi que sin mí perdía este espectáculo, al que una mujer joven no puede ser jamás insensible. Lo que me llamaba la atención era la vena de locura que sin cesar apuntaba en las reflexiones del oficial; á cada momento encontraba á aquella mujer perfecciones más invisibles á mis ojos. A cada momento, lo que él decía pintaba de una manera menos parecida á la mujer que él comenzaba á amar. Yo le

decía. «La Ghita no es, seguramente, sino la ocasión de todos los arrobamientos de este pobre alemán.» Por ejemplo, se puso á ensalzar la mano de Madame Gherardi, que estaba marcada de una manera muy extraña por la viruela, siendo niña, y que la había dejado muy señalada y bastante morena.

«¿Cómo expliccur lo que veo?, me decía. ¿Dónde encontrar una comparación para formar un pensamiento más claro?»

En este momento, Madame Gherardi jugaba con la bonita rama cubierta de diamantes móviles que los mineros acababan de darle. Brillaba un sol espléndido; era el 3 de Agosto y los pequeños prismas salinos lanzaban tantos grandes destellos como los más fulgentes diamantes en una sala de baile muy alumbrada. El oficial bávaro, á quien había tocado una rama más singular y más brillante,

pidió á Madame Gherardi que se la cambiase. Ella consintió ; al recibir esta rama, el oficial la colocó sobre su corazón con un movimiento tan cómico, que todos los italianos se echaron á reir. En su confusión, el oficial dirigió á Madame Gherardi los cumplimientos más exagerados y más sinceros. Como yo lo había tomado bajo mi protección, trataba de justificarle la locura de sus lisonjas. Decía yo á Ghita : «El efecto que produce sobre este joven la nobleza de vuestros rasgos italianos y de unos ojos como nunca él ha visto otros, es precisamente semejante al que la cristalización opera sobre la ramita de árbol que tenéis y que tan bonita os parece. Despojada de sus hojas por el Invierno, seguramente no era nada deslumbrante. La cristalización de la sal ha cubierto las hojas ennegrecidas de este ramo con diamantes tan brillantes y en tan gran número, que no se pueden ver sino en ciertos sitios sus ramas tales como son.

—Muy bien ; ¿ y qué quieres deducir, de ahí ?—dijo Madame Gherardi.

—Que esta rama representa fielmente á la Ghita, tal como la Imaginación de este joven oficial la ve.

—Es decir, señor; que observáis tanta diferencia entre lo que soy en realidad y la manera de verme de este amable joven como entre una pequeña rama de arbusto seca y la linda cresta de diamantes que estos mineros me han ofrecido.

—Señora; el joven oficial descubre en vos cualidades que nosotros, vuestros antiguos amigos, no hemos visto nunca. No podríamos observar, por ejemplo, un aire de bondad tierno y compasivo. Como este joven es alemán, la primera cualidad de una mujer, á sus ojos, es la bondad, é inmediatamente advierte en vuestros rasgos la expresión de la bondad. Si fuera inglés- vería en vos el aire aristocrático y lady libe (de gran señora) de una duquesa ; pero si fuese yo, os vería tal como sois, porque después de largo tiempo, y por mi desgracia, no puedo figurarme nada más seductor.

—¡Ah!, ya entiendo—dijo Chita—; en el momento en que comenzáis á ocuparos de una mujer no la veis ya tal como es realmente, sino tal como os conviene que sea. Comparáis las ilusiones favorables que produce este comienzo de interés á estos lindos diamantes que ocultan la rama de charmille des- hojada por el

invierno, y que no pueden ser—notadlo bien— sino los ojos de este joven, que comienza á amar...

—Esto—repliqué—es lo que hace que la conversación de los amantes parezca tan ridícula á las personas sensatas, que ignoran el fenómeno de la cristalización...

—¡ Ah ! Llamáis á esto cristalización—dijo Chita— ; pues bien, señor, cristalizad para mí.

Esta imagen, singular acaso, impresionó la imaginación de Madame Cherardi, y cuando hubimos llegado á la gran sala de la mina, iluminada por cien pequeñas lámparas que parecen diez mil, á causa de los cristales de sal que las reflejan por todos lados :

—¡ Ah ! Esto es muy lindo—dijo ella al joven bávaro— ; cristaliza para esta sala ; siento que yo misma exagero su belleza ; ¿ y vos, cristalizáis ?

—Sí, señora—respondió sencillamente el joven oficial, contento de tener un sentimiento común con la bella italiana ; pero sin por eso comprender mejor lo que ella quería decir.

Esta respuesta sencilla nos hizo reir hasta derramar lágrimas, porque provocó los celos del necio á quien Chita amaba, y que comenzó á sentirse seriamente celoso del oficial bávaro, sintiendo horror por la palabra cristalización desde aquel momento. Al salir de la mina de Hallein, mi nuevo amigo el joven oficial, cuyas confidencias involuntarias me entretenían mucho más que todos los detalles de la explotación de la sal, supo por mí que Madame Gherardi se llamaba Ghiia y que el uso en Italia era llamarla la Ghiia. El pobre muchacho, temblando, titubeó en llamarla la Chita, y Madame, divertida por el aire tímidamente apasionado del joven y del gesto profundamente irritado de otra persona, invitó al oficial á comer al día siguiente, antes de nuestra partida para Italia. Después que se hubo alejado el personaje, irritado, exclamó :

—«¡ Ah ! Explicadme, querida amiga, por qué nos proporcionáis la compañía de este rubio insípido y de ojos embobados. —Porque, señor, después de diez días de viaje, pasando toda la jornada conmigo, me veis todos tal como soy, mientras esos ojos tan tiernos y que llamáis embobados me ven perfecta. ¿ No es esto, Filippo?—añadió ella mirándome— ; esos ojos me cubren de cristalización brillante ; soy para ellos la perfección, y lo que es más admirable es

que diga lo que diga- aunque sea cualquier tontería, á los ojos de ese hermoso alemán no saldré nunca de la perfección: esto es muy cómodo. Por ejemplo, vos, Annibalino (el amante á quien consideramos algo tonto se llamaba el coronel Annibal), apuesto á que en este momento no me encontráis perfecta del todo... Pensáis que hago mal en admitir á ese joven en mi sociedad. ¿ Sabéis lo que os ocurre, querido? Ya no cristalizáis para mí.»

La palabra cristalización llegó á estar de moda entre nosotros y había Impresionado plenamente la imaginación de la bella Ghita, que la adoptó para todo y para siempre.

De vuelta á Bolonia, apenas se contaban anécdotas de amor en su palco , me dirigía la palabra. ((Este rasgo confirma ó destruye alguna de nuestras teorías»—me decía ella—. Los actos de locura repetidos, por los cuales un amante observa todas las perfecciones en la mujer que comienza á amar, se llamaron siempre cristalización entre nosotros. Esta palabra nos recordaba el más amable viaje. En mi vida he sentido tan bien la belleza sensible y solitaria de las riberas del lago de Garda; pasamos en barcas tardes deliciosas, á pesar del asfixiante calor. Nos encontrábmós en uno de esos instantes que no se olvidan jamás; fué uno de los momentos brillantes de nuestra juventud.

Una tarde, alguien vino á darnos la noticia de que la princesa Lanfranchi y la bella Florenza se disputaban el corazón del joven pintor Oldofredl. La pobre princesa parece estar realmente enamorada, y el artista milanés no parecía ocuparse mas que de los encantos de Florenza. La gente se preguntaba ; ¿ Está enamorado Oldofredi ? Pero yo suplico al lector que crea que no pretendo justificar este género de conversación, en el que se tiene la Impertinencia de no ajustarse á las reglas impuestas por las conveniencias francesas. Yo no sé por qué aquella tarde nuestro amor propio se obstinó en adivinar si el pintor milanés estaba enamorado de la bella Florenza.

Nos perdimos en la discusión de un gran número de hechos menudos. Cuando tratamos de fijar nuestra atención sobre matices casi imperceptibles y que en el fondo no eran apenas concluyentes, Madame Gherardi se puso á contarnos la novel ita que, según ella, pasaba en el corazón de Oldofredl. Desde el comienzo de su relato

tuvo la desdicha de usar la palabra cristalización ; el coronel Anníbal, que tenía siempre atravesada en el corazón la linda figura del oficial bávaro, aparentó que no comprendía- y nos preguntó por centésima

vez lo que entendíamos por la palabra cristalización. «Els lo que yo no siento por vos», le respondió vivamente Madame •Gherardi. Después de lo cual, abandonándole en su rincón, con mal humor, y dirigiéndonos la palabra : «Yo creo— dijo—que un hombre comienza á amar cuando le veo triste». Nosotros exclamamos á coro : «Como el amor, ese sentimiento delicioso que comienza tan bien...»—Y que algunas veces termina tan mal por el mal humor, por las querellas— dijo Madame Gherardi, riéndose y mirando á Anníbal. Comprendo nuestra objeción. Vosotros, hombres groseros, no veis mas que una cosa en el nacimiento del amor : se ama ó no se ama... Así es como el vulgo se imagina que el canto de todos los ruiseñores se parece; pero nosotros, á quienes nos agrada oirlo, sabemos que hay diez matices distintos de ruiseñor á ruiseñor. —Me parece, sin embargo, señora—dijo alguien— que se ama ó no se ama. —Nada de eso, señor; eso es como Si dijeseis que un hombre que sale de Bolonia para ir á Roma, ha llegado ya á las puertas de Roma- cuando desde lo alto de Jos Apeninos ve aún nuestra torre Garisenda. Hay mucha distancia de una de estas dos ciudades á la otra, y se puede estar á un cuarto de camino, á la mitad, á los tres cuartos, sin que por esto se haya llegado á Roma, y, sin embargo, no se está en Bolonia. — En esa hermosa comparación—dije—, Bolonia representa aparentemente la indiferencia, y Roma el amor perfecto. —Cuando estamos en Bolonia—respondió Madame Gherardi—, estamos completamente indiferentes ; no pensamos en admirar de un modo particular la mujer, de la que un día acaso nos enamoremos con locura; nuestra imaginación sueña mucho menos aún con exagerarnos su mérito. En una palabra, como decíamos en Hallein, la cristalización no ha comenzado aún.»

A estas palabras. Anníbal se levantó furioso y salió de la habitación diciéndonos : «Volveré cuando habléis en italiano». Inmediatamente, la conversación se inició en francés, y

todo el mundo se echó á reír, incluso Madame Gherardi. ((¡ Pues bien ! He ahí el amor, que se marchó—dijo ella aún riéndose—. Se

sale de Bolonia, se dirige al Apenino, se toma la ruta de Roma... — Pero, señora—dijo alguien—, nos hallamos muy lejos del pintor Oldofredi» ; lo cual originó un pequeño movimiento de impaciencia, que, probablemente, hizo hacer olvidar á Annibal y su brusca salida. —«¿Queréis saber—nos dijo ella—lo que pasa cuando se deja á Bolonia? Desde luego, yo creo esta salida completamente involuntaria ; es un movimiento instintivo. No digo que no vaya acompañado de mucho placer. Se admira primero, y luego se dice ; «¡ Qué placer ser amado por esa mujer encantadora!» Por último, aparece la esperanza ; después de la esperanza (casi siempre concebida muy ligeramente, pues no se duda de nada, por poco calor que se tenga en la sangre); después de la esperanza, digo, se exageran con delicias la belleza y los méritos de la mujer de la cual se espera ser amado.»

Mientras que Madame Gherardi hablaba, tomé un na pe, en el revés del cual escribí Roma de un lado y Bolonia del otro, y entre Bolonia y Roma las cuatro frases que Madame Gherardi acababa de indicar :

1) La admiración.

2) Se llega á la segunda parte del camino cuando se dice : «¡ Qué placer ser amado de esta mujer encantadora!»

3) El origen de la esperanza marca la tercera, fase.

4) Se llega á la cuarta cuando se exagera con delicia la belleza y los méritos de la mujer que se ama. Esto que nosotros, los adeptos, designamos con la palabra cristalización, que pone á Carta go en fuga. En realidad, la palabra es difícil de comprender...

Madame Gherardi continuó : «Durante estos cuatro movimientos del alma ó maneras de ser que Filippo acaba de bosquejar, no veo la más pequeña razón para que nuestro viajero esté triste. El hecho es que el placer es vivo y que reclama

toda la atención de que el alma es susceptible. Se está seno, pero no triste : la diferencia es grande. Lo entendemos, señora, dijo uno de los concurrentes; no habláis de esos desgraciados á los que parece que todos los ruiseñores cantan con ios mismos sonidos. La diferencia entre estar serio y estar triste {l'esser serio e l'esser mesio), respondió Madame Gherardi, es decisivo cuando se trata de resolver un problema tal como este : «Oldofredi, ¿ ama á la bella

Florenza ?» Creo que Oldofredi ama, porque después de estar preocupado por Florenza lo he visto triste, y no solamente serio. Está triste, porque he aquí lo que le ha ocurrido : Después de haber exagerado el bienestar que podría darle el carácter anunciado por la figura rafaelesca, los magníficos hombros, los bellos brazos, en una palabra, las formas dignas de Canova, de la bella marquesina Florenza, ha tratado probablemente de obtener la confirmación de las esperanzas que había osado concebir. Muy probable es también que la Florenza se asustase de amar á un extranjero, que puede abandonar Bolonia en cualquier momento, y sobre todo, que muy enfadada de que pudiese concebir tan pronto esperanzas, se las haya arrancado cruelmente.»

Disfrutábamos la felicidad de ver todos los días á Madame Gherardi; una intimidad perfecta reinaba en aquella sociedad ; se comprendía uno á medias palabras, y á menudo vi reír chistes que no tenían necesidad de las palabras para hacerse comprensibles; una mirada lo decía todo. Aquí un lector francés se dará cuenta de que una linda mujer de Italia se entrega con locura á todas las ideas singulares que le pasan por la cabeza. En Roma, Bolonia ó Venecia, una mujer hermosa es reina absoluta ; nada puede haber más completo que el despotismo que ejerce en su sociedad. En París, una mujer bella, tiene siempre miedo á la opinión y al verdugo de la opinión : el ridículo. Tiene constantemente en el fondo del corazón el temor de los chistes- como un rey absoluto tiene el temor de una constitución. He ahí el secreto pensamiento

que viene á perturbarla en medio del júbilo de sus placeres y que le pone de repente el semblante serio. Una italiana encontraría muy ridícula esta autoridad limitada que una mujer de París ejerce en su salón... Ella es todo poderosa sobre los hombres que le visitan y cuya felicidad, al menos durante la soiree, depende de uno de sus caprichos (entiéndase la felicidad de los amigos). Si desazonáis á la mujer que reina en un salón, veis el disgusto en sus ojos, y no podéis hacer cosa mejor que desaparecer de allí por aquel día.

Un día me paseaba con Madame Gherardi por el camino de la Cascata del Reno ; nos encontramos á Oldofredi solo, muy animado, con aire muy preocupado, pero no sombrío. Madame Gherardi le llamó y le habló, con objeto de observarlo mejor. ((Si no

me engaño—dije á Madame Gherardi—este pobre Oldofredi está completamente entregado á la pasión que siente por la Florenza; decidme, por favor á mí, que soy vuestro confidente : ¿ á qué punto de la enfermedad de amor creéis que ha llegado en ¡el momento presente ?«

—Le veo—dijo Madame Gherardi—paseándose solo y que se dice á cada momento. ((Sí; me ama.» A continuación se cledica á encontrarle nuevos encantos, á detallru nuevas razones de amarla con locura.

—Yo no lo creo tan feliz como lo suponéis. Oldofredi debe tener dudas crueles á menudo; no puede estar tan seguro de ser amado por la Florenza; no sabe como nosotros hasta qué punto ella cansidera muy poco en estas especies de negocios, la riqueza, el rango, la manera de brillar en el mundo (i). Oldofredi es amable, desde luego ; pero no fs mas que un pobre extranjero.

—No importa—dijo Madame Gherardi— ; yo apuesto á que (1) Todo es opuesto entre Francia é Italia. Por ejemplo : las riquezas, el alto linaje, la perfecta educación, predisponen al amor más allá de los Alpes y alejan de él en Francia. {N. ¿d A.)

acabamos de encontrarle en un momento en que las razones para esperar le dominaban por completo...

—Pero—dije yo—tiene ,el aire profundamente triste. Debe tener momentos de verdadera desgracia ; debe decirse : ((Pero es que ella me ama.»

—Yo reconozco—respondió, Madame Gherardi, olvidando casi que me hablaba—, que cuando la respuesta que uno se da á sí mismo es satisfactoria, tiene momentos de felicidad divina y tales que acaso nada en el mundo pueda serlo comparada. Es, sin duda, lo mejor que bay en la vida...

«Cuando, por fin, el alma fatigada y como conturbada por sentimientos tan violentos vuelve á la razón por laxitud, lo que sobrenada entre movimientos tan opuestos es esta certidumbre : «Yo encontraré junto á él una felicidad que él solo en el mundo puede darme.»

Poco á poco dejé á mi caballo alejarse del de Madame Gherardi y recorrimos las tres leguas que nos separaban de Bolonia sin decir una sola palabra, practicando la virtud denominada discreción...»

ERNESTINA O EL NACIMIENTO DEL AMOR

Advertencia.

Una mujer de mucho talento y de alguna experiencia sostenía en cierta ocasión que el amor no nacía tan súbitamente como se dice. «Me parece (decía ella) que descubro siete épocas completamente distintas en el comienzo del amor», y para probar su frase contó la anécdota siguiente... Ocurría esto en el campo; llovía á torrentes; era muy agradable escuchar.

En un alma completamente indiferente, una jovencita que habita un castillo aislado, en el fondo de la campiña, el más sencillo asombro excita profundamente la atención. Por ejemplo : un joven cazador que aparece de improviso en el bosque próximo al castillo.

Por un acontecimiento tan sencillo comenzaron las desdichas de Ernestina de S... El castillo que habitaba sola con su viejo tío, el conde de S..., construido en la Edad Media, próximo á las orillas del Drac, sobre una de las rocas inmensas que reducen el curso de este torrente, dominaba uno de los más bellos parajes del Delfinado. Ernestina vió que el joven cazador que se ofrcía por casualidad á su vista tenía el aire noble. Su imagen se presentó varias veces len su pensamiento; pues ¿ en qué pensar en aquella antigua mansión? Vivía Elrnestina en el seno de una gran magnificencia ; mandaba á numerosos domésticos; pero desde hacía veinte años el dueño y las gentes eran viejos- todo se hacía siempre á la misma hora; nunca la conversación comenzaba sino por censurar todo lo que se hacía y entristecerse por las cosas más sencillas. Una tarde de Primavera, cuando terminaba el día, Ernestina estaba en su ventana; miraba el pequeño lago y ,el bosque, que se extiende al otro lado; la extrema

belleza de este paisaje contribuía acaso á hacerla ver una sombra soñadora. De repente, vió al joven cazador que días antes había conocido; estaba aún en el bosque, más allá del lago; tenía un ramillete de flores en la mano; se detuvo como para mirarla; ella le vió dar un beso á este ramillete y en seguida colocarlo, con una especie de respeto, en el hueco de un gran roble á la orilla del lago.

¡ Cuántos pensamientos hízola surgir este acto ! ¡ Y cuántos pensamientos de un vivo interés, si se comparan con las sensaciones monótonas que hasta este momento habían llenado la vida de Ernestina ! Una nueva existencia comenzó para ella. ¿Se atrevería á ir á ver el ramillete? «¡Dios mío, qué imprudencia—se dijo, entrando dentro de sí— ; en el momento en que yo me aproximara al roble, el joven cazador sal-

dría del bosque próximo ! ¡ Qué vergüenza ! ¡ Qué idea formaría de mí!) Este hermoso árbol era, no obstante el objeto habitual de sus paseos solitarios; á menudo iba á sentarse en sus raíces gigantescas que se elevan por encima de la hierba y forman en torno al tronco, como si fuesen bancos naturales cubiertos por su vasta sombra.

Por la noche, Ernestina apenas pudo cerrar los ojos ; al día siguiente, desde las cinco de la mañana, apenas la aurora había aparecido, subió á la parte alta del castillo. Sus ojos buscan el árbol, más allá del lago; apenas lo divisó, queda inmóvil y como sin respiración. La felicidad tan agitada de las pasiones sucede á la alegría sin objeto y casi maquinal de la primera juventud.

Transcurrieron diez días. ¡ Ernestina los contó ! Una vez solamente ha visto el joven cazador; estaba próximo al árbol querido y elevaba un ramillete, que ha colocado como el primero. El viejo conde de S... nota que Ernestina pasa su vida cuidando un palomar que ha puesto en lo alto del castillo ; está sentada próxima á una ventanita cuya persiana está corrida, domina toda la extensión del bosque hasta más allá del lago. Está bien segura de que su desconocido no puede notarlos, y entonces piensa en él sin miedo. Una idea vino á atormentarla. Si él cree que no fija su atención en los ramilletes, terminará creyendo que desprecia su homenaje, que, después de todo, no es más que una sencilla cortesía, y por poco amor propio que tenga no volverá más. ¡ Cuatro días transcurrieron

con aquella lentitud! El quinto, la joven, pasando por casualidad cerca del gran roble, no pudo resistir á la tentación de mirar rápidamente sobre el huequeccto en que vió depositar los ramilletes. Iba con su ama de llaves, y no había nada que temer. Ernestina pensaba que no encontraría mas que flores mustias; en su inexplicable júbilo vió un ramo compuesto de flores, las más raras y más lindas ; eran de una frescura encantadora ; ni un pétalo de flores las más delicadas está mar-

chito. Apenas notó todo esto con el rabillo del ojo, y sin perder de vista á su ama de gobierno, corrió con la ligereza de una gacela por toda esta parte del bosque en cien pasos á la redonda. No vió á nadie; bien segura de no ser observada, volvió al gran árbol, y se puso á mirar con delicia el encantador ramillete. ¡Oh, cielos!, un papelito casi imperceptible está atado al nudo del ramo. «¿Qué habéis visto, Ernestina mía?»—dijo el ama de gobierno alarmada por el grito que acompañó á este hallazgo—. «Nada amiga mía ; es una perdiz que ha caído á mis pies.» Quince días antes, á Ernestina no se le hubiera ocurrido mentir. Se aproximó cada vez más al encantador ramillete ; inclinó la cabeza, y las mejillas, rojas como el fuego, sin osar moverla, y leyó en el trocito de papel :

«Hace un mes que todas las mañanas coloco aquí un ramillete. ¿Será éste tan afortunado que usted lo vea?»

Todo era encantador en este lindo billete ; la escritura inglesa que trazó estas letras, era de la forma más elegante. Desde los cuatro años que hacía que había salido de París y del convento más moderno del arrabal de San Germán, Ernestina no había visto otra cosa tan linda. Repentinamente enrojació mucho, y acercándose al ama de gobierno le dijo que ya debían de regresar al castillo. Para llegar más pronto, en lugar de remontar el valle y de dar la vuelta al lago, como de costumbre, Ernestina tomó el sendero del puentecillo que conducía al castillo en línea recta. Estaba pensativa y pensó no volver más á aquel sitio; porque, al fin, llegó á descubrir que era una especie de billete amoroso lo que se habían atrevido á dirigirle. Sin embargo, no estaba cerrado, se dijo á sí misma bajito. Desde este momento su vida estaba agitada por una angustiosa ansiedad. ¿Cómo, pues, no puede ni aun de lejos ir á visitar el árbol querido? El sentimiento del deber se opone. «Si voy por la otra ribera del lago

—se dijo—no podría contar con las promesas que me hice á mí misma.» Cuando á las ocho sintió al portero cerrar la verja del puentecillo, este ruido.

que le quitó toda esperanza, pareció descargarla de un peso enorme que llenaba su pecho; no podría ya ahora faltar á su deber, aun cuando tuviese la debilidad de consentir en su interior.

Al siguiente día nada pudo arrancarla de su sombrío letargo ; estaba abatida, pálida; su tío lo notó, é hizo enganchar los caballos á la vieja berlina para recorrer los alrededores é ir hasta la avenida del castillo de Madame Dayssin, á tres leguas de allí. A la vuelta, el conde de S... dió la orden de detenerse en el bosque más allá del lago; la berlina se adelantó hasta la hierba y el conde quiso volver á ver el roble inmenso que llamaba siemure el contemporáneo de Catlo- magno, «Este gran emperador perdió haberlo visto—dijo—al atravesar nuestras montañas para ir á Lombardia á vencer al rey Desiderio», y este pensamiento de una vida tan larga parece rejuvenecer á un viejo casi octogenario. Ernestina estaba bien lejos de seguir los razonamientos de su tío; sus mejillas ardían ; iba á encontrarse otra vez junto al viejo roble, y se prometió no mirar el pequeño escondrijo. Por un movimiento instintivo, sin saber lo que hacía, dirigió los ojos, vió el ramo y palideció. Estaba compuesto de rosas empenachadas de negro. «Soy muy desgraciado ; es preciso que me aleje para siempre ; la que amo no se digna darse cuenta de mi homenaje.» Tales eran las palabras trazadas en el papelito atado al ramo. Ernestina las leyó antes de tener tiempo de retirarse para no verlas. Estaba tan débil que se vió precisada á apoyarse en el árbol, y en seguida empezó á llorar. Por la noche, se dijo : «¡ Se alejará para siempre y no lo veré más!»

Al día siguiente, en plena mañana, con el sol del mes de Agosto, cuando se paseaba con su tío bajo la avenida de plátanos, á lo largo del lago, vió en la otra ribera al joven aproximarse al gran roble, coger su ramo, echarlo en el lago y desaparecer. Ernestina tuvo la idea de que había notado cierto despecho en su gesto; en seguida lo comprendió. Se admiró de

habei podido dudar un solo instante; era evidente que, viéndose despreciado, él iba á marchar, y ella no le volvería á ver.

Aquel día estuvieron muy inquietos en el castillo, donde ella sola esperaba alguna alegría. Su tío declara que está indispuesta ; una palidez mortal, una cierta contracción en los rasgos han transformado aquella figura sencilla en que hasta hace poco se transparentaban las tranquilas sensaciones de la primera juventud. Por la tarde, cuando llegó la hora del paseo, Ernestina no se opuso al ver que su tío la quería llevar al prado próximo al lago. Miró a pasar de un vistazo, y apenas miró, las lágrimas afluyeron. En el pequeño escondrijo, á tres pies por encima del suelo, estaba segura de no encontrar nada; muy bien había visto echar el ramo en el lago. Pero, ¡ oh sorpresa !, distinguió otro papelito. «Por piedad hacia mi terrible desgracia, tomad la rosa blanca.» Mientras que releía estas palabras sorprendentes, su mano, sin darse cuenta, cogió la rosa blanca que estaba en medio del ramo. «¡ Es muy desgraciado», se dijo. En aquel momento su tío la llamó y ella le siguió, ya más alegre. Tenía la rosa blanca en su pañuelito de batista, y la batista era tan fina, que durante todo el tiempo que duró el paseo, pudo distinguir el color de la rosa á través del ligero tejido. Llevaba su pañuelo de manera que no pudiera marchitar aquella rosa amada.

Apenas entró- subió corriendo rápida la escalera que conduce á su torre, en el ángulo del castillo. Consigue, al fin, contemplar sin estorbo la flor adorada y saciando en ella sus miradas á través de las dulces lágrimas que se escapan de sus ojos.

¿Qué quieren decir estas lágrimas? Ernestina lo ignora. Si pudiese adivinar el sentimiento que las hace ahuir á sus ojos, tendría el valor de sacrificar la rosa que acaba de colocar con tanto cuidado en un vaso de cristal sobre su mesita de caoba. Pero, por poco que al lector le disguste no tener mas que veinte años de edad, adivinará que dichas lágrimas, le-

jos de ser de dolor, son las compañeras inseparables de la perspectiva inopinada de una dicha extrema, y quieren decir ;

¡Qué dulce es ser amada ! Fue en el instante en que el sobrecogimiento de la primera felicidad extraviaba su juicio, cuando Ernestina cometió el pecado de coger aquella flor. Pero todavía no era capaz de verlo y de reprocharse semejante inconsecuencia.

En cuanto á nosotros, que tenemos menos ilusiones, reconocemos el tercer período del nacimiento del amor; la aparición

de la esperanza ; Ernestina no sabe que su corazón dice al mirar esta rosa. ((Ahora es cierto que me ama.»

Pero ¿acaso es cierto que Ernestina ¡esté en la sazón de amar? Este sentimiento ¿no choca con todas las reglas del más sencillo buen sentido ? ¡Cómo ! ¿ No ha visto mas que tres veces al hombre que en tal momento le hizo verter lágrimas abrasadoras? Y aun no le ha visto sino á través del lago á una gran distancia, á quinientos pasos acaso. Además, si le encontrase sin escopeta y sin traje de caza, acaso no le reconocería. Ignora su nombre, lo que es, y, sin embargo, sus días transcurren alimentándose de sentimientos apasionados, cuyo análisis me veo obligado á abreviar, pues no tengo el espacio que necesito para hacer una novela. Estos sentimientos no son sino variaciones de esta idea : ((¡ Qué felicidad es ser amada!» O bien, examina esta otra preguita muy importante también: ((¿Puedes esperar verdaderamente ser amada? ¿Acaso me ama por past tiempo?» Aunque, habitando en un castillo edificado por Lesdiguières, y perteneciente á la familia de uno de los más bravos compañeros del famoso condestable, Ernestina nó se hace esta otra objeción : ((Es acaso hijo de un labrador de la vecindad.» ¿Por qué? Ella vivía en una soledad profunda...

Ciertamente, Ernestina estaba muy lejos de reconocer la naturaleza de los sentimientos que reinaban en su corazón. Si ella hubiese podido prever á lo que la conducían, hubiera te-

nido ocasión de escapar á su imperio. Una joven alemana» una inglesa, una italiana, hubiesen reconocido el amor; pero como nuestra prudente educación ha tomado la resolución de negar á las jóvenes la existencia del amor, Ernestina no se alarmaba sino vagamente de lo que pasaba en su corazón ; cuando reflexionaba profundamente no veía mas que la simple amistad. Si había cogido una sola rosa es que hubiese temido, obrando de otro modo, afligir á su nuevo amigo y perderlo. «Y, por otra parte—se decía ella después de haber soñado mucho—, no es justo faltar á la urbanidad.»

El corazón de Ernestina se agitaba entre los sentimientos más violentos. Durante cuatro días, que parecieron cuatro siglos á la joven solitaria, estuvo retenida por un indefinible temor; y no salió del castillo. Al quinto día su tío, siempre muy preocupado de su salud,

la obligó á acompañarlo al bosquecillo; se encontró cerca del árbol fatal; leyó en el pequeño fragmento de papel unido al ramo : «Si os dignáis tomar esta camelia matizada, el domingo estaré en la iglesia de vuestro pueblo.»

Eirnestina vió en la iglesia un hombre vestido con una sencillez extraordinaria y que podía tener treinta y cinco años. Notó Ernestina que ni siquiera tenía una cruz. Leía teniendo un devocionario de cierta manera y no dejó un instante de fijar los ojos en ella. Es decir: que durante toda la misa, Ernestina no estuvo en condiciones de pensar en nada. Dejó caer su devocionario al levantarse del antiguo banco señorial y estuvo á punto de caer al bajarse á recogerlo. Se ruborizó mucho de su torpeza. «Me habrá encontrado tan boba— se dijo—que le dará vergüenza ocuparse de mí.» En efecto; á partir del momento en que este pequeño accidente había sucedido, no vió más al desconocido.

En vano después de haber mentado en su coche se detuv* para repartir algunas monedas á los mozuelos del pueblo; no distinguió entre los grupos de labradores que hablaban cero*

de la iglesia la persona que durante la misa no se había atrevido ella á mirar en ninguna ocasión. Ernestina, que hasta entonces había sido la sinceridad misma, pretendió haber olvidado su pañuelo. Un criado entró en la iglesia y buscó durante largo rato en el banco del señor aquel pañuelo que no había cuidado de encontrar. Pero el retraso producido por esta pequeña astucia íué inútil, no volvió á ver más al cazador. «Claro está—dijo ella—; Mademoiselle de C... me dijo ona vez que yo no era lmda y que tenía en la mirada algo de imperiosa y repulsiva; no me faltaba más que la torpeza ; me desprecia, sin dudan.

Los tristes pensamientos la agitaron durante dos ó tres visitas que su tío hizo antes de entrar en el castillo.

Apenas volvieron hacia las cuatro, fué corriendo hacia la avenida de plátanos á lo largo del lago. El enrejado de la calzada estaba cerrado por ser domingo; felizmente vió un jardinero ; le llamó y le rogó que pusiera la barca á flote y que la condujera al otro lado del lago. Tomó tierra á cien pasos del gran roble. La barca costeaba y se encontraba bastante próxima á ella para desembarcar. Las ramas bajas, y casi horizontales del roble inmenso, se extendían casi hasta

el lago. De un paso decidido y con una especie de sangre fría, sombría y resuelta, se aproximó al árbol con aire como si fuese camino de la muerte. Estaba bien segura de no encontrar nada en el escondrijo; en efecto : no vió sino una flor marchita que había pertenecido al ramo de la víspera : «Si estuviese contento de mí— se dijo—, no hubiese dejado de darme las gracias por medio de un ramo.»

Se hizo conducir al castillo, montó corriendo y, una vez en su pequeña torre, bien segura de no ser sorprendida se anegó en lágrimas. «Mademoiselle de C... tena razón— se dijo—; para encontrarme linda hay que verme á quinientos pasos de distancia. Corno en este país de liberales mi tío no vió nada más que labradores y curas, mis maneras

deben haber contraído algo burdo, acaso grosero... Tendré quizás en la mirada una expresión imperiosa y repulsiva.» Se aproximó á su espejo para observar su mirada, fió los ojos de un azul sombrío, llenos de lágrimas. «En este momento—dijo ella—no puedo tener este aire imperioso, que me impedirá siempre agradar.»

La hora de cenar se aproximó; pasó grandes apuros para secar sus lágrimas. Por fin, apareció en el salón; encontró á Monsieur Villars, viejo botánico, que todos los años venía á pasar ocho días con M. de S..., con gran disgusto de su criada, erigida en ama de llaves, que durante este tiempo perdía su puesto en la mesa del señor conde. Todo marchó bien hasta la hora del champagne ; se puso el cubo cerca de Ernestina. El hielo estaba fundido desde hacía mucho tiempo. Llamó á un criado, y le dijo : «Cambiad este agua y poned hielo en seguida.» «He aquí un tonillo imperioso que te va muy bien»—dijo, riendo, su buen tío. A la palabra imperioso, las lágrimas inundaron los ojos de Ernestina, ■ hasta el punto de que le fué imposible ocultarlas; tuvo que salirse del salón y, cuando cerraba la puerta, se oyó que los suspiros la ahogaban. Los -'píos quedaron sorprendidos.

Dos días después pasó muy cerca del gran roble; se aproximó y miró en el escondrijo, como para recordar los lugares en que ella había sido feliz. | Cuál no sería su alegría al encontrar los ramos ! Los cogió con los papeli- tos; los puso en su pañuelo y salió corriendo hacia el castillo sin inquietarse si el desconocido,

escondido en el bosque, no habría observado sus movimientos; idea que hasta este día no la había nunca abandonado. Sofocada y no pudiendo correr, tuvo necesidad de detenerse en medio de la calzada. Apenas hubo recobrado un poco su respiración, echó á correr con toda la rapidez de que era capaz. Al fin se encontró en su cuarto; tomó sus ramos de

su pañuelo y, sin leer los papelitos, se puso á besar los ramos con transporte de júbilo, movimiento que la hizo enrojecer cuando de él se dió cuenta, «¡ Ah !, nunca tendré aire imperioso—se decía—; me corregiré.»

Por último, cuando hubo expresado su ternura á los lindos ramos, compuestos de las flores más raras, leyó los billetes. (Un hombre hubiese comenzado por esto.) El primero, que estaba fechado el domingo, á las cinco, decía : «He renunciado al placer de veros después de la misa ; no puedo estar solo; temía que se leyese en mis ojos el amor en que me abraso por vos.» Releyó tres veces estas palabras : el amor en que me abraso por vos; después se levantó para ir á ver á un espejo si tenía aire imperioso: continuó ; El amor en que me abraso por vos. Si vuestro corazón está libre, dígnese romper este papel, que podría comprometernos.»

El segundo billete, el del lunes, estaba escrito con lápiz y muy mal escrito por cierto; pero Ernestina no estaba ya en la época en que la linda escritura inglesa de su desconocido era un encanto á sus ojos; cavilaba en asuntos muy serios para atender á estos detalles.

«He venido. He sido bastante feliz porque alguien hablase de vos en mi presencia. Se me ha dicho que ayer habéis atravesado el lago. Veo que no os habéis dignado tomar el billete que había dejado. El decide mi suerte. Vos amáis, y no es á mí. Es locura á mi edad fijarme en una iruchachita como usted. Adiós para siempre. No uniré á la desgracia de ser importuno la de haberos hablado largo tiempo de una pasión acaso ridícula á vuestros ojos.» «¡ De una pasión !»— dijo Ernestina levantando los ojos al cielo. Este momento fué muy dulce. Aquella jovencita, notable por su belleza y en la flor de la juventud, exclamó con locura; ¡ Se digna amarme; ¡ ah, Dios mío, soy feliz!» Cayó de rodillas ante una madona de Cario Dol-

ci, traída de Italia por uno de sus abuelos. «¡Ah, sí; seré buena y virtuosa !—exclamó con lágrimas en los ojos—. ¡ Dios mío !, dignaos indicarme mis defectos para que pueda corregirme ; ahora todo me es posible.»

Se levantó para leer los papelitos veinte veces. El segundo, sobre todo, la infundió transportes de bienestar. Bien pronto notó una verdad, arraigada en su corazón desde hacía mucho tiempo: era que nunca hubiera podido unirse á un hombre de menos de cuarenta años. (El desconocido hablaba de su edad.) Se figuró, al verlo en la iglesia, que era un poco calvo y le pareció que tenía treinta y cuatro ó treinta y cinco años. Mas no podía estar segura de esta idea; ¡ apenas se había atrevido á mirarle ! ; estaba tan perturbada. Durante la noche, Ernestina no cerró los ojos. En su vida había tenido la idea de semejante felicidad. Se volvió á levantar para escribir en inglés en su libro de honor : ¡ No ser jamás imperiosa! Hago este voto el día 30 de Septiembre de 18...

Durante aquella noche se afirmó más en esta verdad; es imposible amar á un hombre que no tiene cuarenta años. A fuerza de soñar en las buenas cualidades de este desconocido, se le ocurrió la idea de que por otra parte, á más de la ventaja de tener cuarenta años, tenía probablemente también la de ser pobre. Estaba vestida de una manera tan sencilla en la iglesia que, sin duda, era pobre. Nada pudo igualar á su júbilo al hacer este descubrimiento: «No tendrá jamás el aire necio y fátuo de nuestros amigos los señores tales y tales cuando vienen á San Huberto á hacer el honor á mi tío de matar sus corzos, y que en la mesa nos cuentan sus hazañas de jóvenes, sin que se les pida.

«¡ Podría ocurrir muy bien ¡ Dios mío ! que fuese pobre ! En este caso nada falta á mi felicidad.» Se levantó por segunda vez para encender su bujía en la lamoarilla y buscar una evaluación de su fortuna, que un día uno de

sus primos había escrito en uno de sus libros. Encontró diez y siete mil libras de renta al casarse, y más tarde cuarenta ó cincuenta mil. Cuando meditaba acerca de esta cifra, sonaron las cuatro y se estremeció... Acaso hay bastante luz para que pueda yo distinguir mi querido árbol.» Abrió sus persianas, en efecto, y vió al gran roble

y su verdor obscuro; pero gracias al claro de luna, y no con la ayuda de los primeros resplandores del alba, que aun no había aparecido.

Vistióse de mañana, y dijo : «No es preciso que la amiga de un hombre de cuarenta años vaya vestida como una niña.» Y durante una hora buscó en sus armarios un traje, un sombrero, un cinturón, que componían un conjunto tan original que, cuando ella apareció en el comedor, su tío, su ama de gobierno y el viejo botánico, no pudieron menos de prorrumpir en risa; «Aproxímate—dijo el viejo conde de S..., antiguo caballero de San Luis, herido en Qulbe- jcn —; aproxímate, Ernestina mía; estás vestida como si hubieses querido transformarte esta mañana en mujer de cuarenta años.» A estas palabras enrojeció, y el más vivo placer se pintó en la fisonomía de la jovencita. «¡ Dios me perdone !—dijo el buen tío al terminar el almuerzo, dirigiéndose al viejo botánico—; es una apuesta ; pero ¿ no es cierto, señor mío, que la señorita Ernestina os ha parecido esta mañana completamente una señora de treinta años? Tiene, sobre todo al hablar á los criados, un pequeño airecillo paternal, que me encanta por lo ridículo; la he puesto dos ó tres veces á prueba para estar seguro de mi observación.» Esta nota redobló la alegría de Ernestina, si se puede uno servir de esta palabra hablando de una felicidad que ya había llegado al colmo.

Penosamente pudo librarse de la tertulia después de almorzar. Su tío y el amigo botánico no podían dejar de atacarla en su aire rancio. Subió á su cuarto y miró al roble. Por

primera vez, desde hacía veinte horas, una nube vino á obscurecer su felicidad, pero sin que ella pudiera darse cuenta de este cambio repentino. Lo que disminuyó el contento de que estaba poseída, desde el momento en que la víspera, sumida en la desesperación, había encontrado los ramilletes en el árbol, fué esta pregunta que se hizo: «¿Qué conducta debo adoptar con mi amigo para que me estime ? Un hombre de tanto talento, y que goza de la ventaja de tener cuarenta años, debe ser muy severo. Su estimación por mí se desvanecerá por completo si yo me permito un paso en falso.»

Cuando Ernestina se decía á sí este monólogo, en la situación más propia para alentar las meditaciones senas de una jovencita ante su espejo, observó, con un asombro mezclado de horror, que

tenía en su cintura un corchete de oro con cadenas, que sostenían el dedal, las tijeras y su pequeño estuche, alhaja encantadora que no podía dejar de admirar aun la víspera, y que su tío le había regalado en el día de su santo, aún no hacía quince días.

Lo que le hizo mirar con horror esta alhaja y se la hizo quitar con tanta prisa fué que se acordó de que su tío le había dicho que costaba ochocientos cincuenta francos, y que la había comprado en casa del famoso joyero de París que se llamaba Laurengot: ((¿Qué pensaría de mí, mi amigo, que tiene el honor de ser pobre, si me viese una alhaja de un precio tan ridículo? ¿Hay algo más absurdo que ostentar así los gustos de una buena ama de casa? Porque esto es lo que quieren decir estas tijeras, esté estuche, este dedal, que hay que llevar con una ; y la buena ama de casa no piensa que esta alhaja cuesta cada año el interés de su precio.» Se puso á calcular seriamente y encontró que esta alhaja salía próximamente por cincuenta francos al año.

Esta hermosa reflexión de economía doméstica, que Ernestina debía á la gran educación que había recibido de

un conspirador escondido durante varios años en el castillo de su tío, esta reflexión, digo, no hizo sino alejar la dificultad. Cuando hubo guardado en su cómoda la alhaja de exorbitante precio, se hizo esta pregunta difícil : «¿Qué es necesario hacer para no perder la estimación de un hombre de mucho talento?»

Las meditaciones de Ernestina (que el lector podrá reconocer sencillamente como el quinto período del nacimiento del amor) nos llevaría muy lejos. Esta jovencita tenía un talento justo, penetrante y vivo como el aire de sus montañas. Su tío, que en otro tiempo había tenido talento, y del que le quedaba aún alguno si se trataba de los dos ó tres temas que le interesaban desde hacía tanto tiempo, había notado que distinguía espontáneamente todas las consecuencias de una idea. El buen anciano tenía costumbre, cuando estaba en días de alegría y el ama de gobierno había notado que esta broma era el signo indubitable de su alegría, tenían costumbre de embromar á Ernestina acerca de lo que llamaba su golpe de vista miUtar. Acaso fue esta cualidad la que más tarde, cuando se presentó en sociedad y se atrevió á hablar, le hizo jugar un papel tan brillante. Pero en la época de que tratamos, Ernestina, á pesar de su talento, se ofuscó

de repente en sus razonamientos. Veinte veces hizo propósito de no pasear por el lado del árbol : «Una sola indiscreción (se decía) indicaría el infantilismo de una niña que puede hacerme perder ante el corazón de mi amigo.» Pero, á pesar de los argumentos, verdaderamente sutiles, y en que ella empleaba toda su fuerza cerebral, no poseía aún el arte tan difícil de dominar sus pasiones por su talento. El amor, del cual la pobre niña estaba poseída, á pesar suyo, falseaba todos sus razonamientos y le persuadió demasiado pronto para su bienestar á encaminarse hacia el árbol fatal. Después de algunos titubeos, se encontró con su doncella á eso de la

una de la tarde. Se alejó de la sirvienta y se aproximó al árbol, radiante de júbilo, ¡ la pobre pequeñita ! Parecía volar sobre la hierba y no andar. El viejo botánico, que estaba en el paseo, hizo esa observación á la doncella; cuando se alejaba de ellos corriendo...

Todo el gozo de Ernestina desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y no porque no encontrase un ramo en el escondite del árbol, ramo lindo y muy fresco, lo que, desde luego, le proporcionó vivo placer. No hacía, pues, mucho tiempo que su amigo había estado en el mismo sitio en que ella estaba. Buscó sobre la hierba alguna huella de sus pasos; lo que más le agradó fué que, en lugar de un sencillo pedazo de papel escrito, había una carta, una extensa carta. Rompió el sobre ; quería y tenía necesidad de saber su nombre bautismal. Leyó la carta; la dejó caer de sus manos, así como también el ramo. Un escalofrío, le proporcionó vivo placer. No hacía, pues, mucho tiempo que se había apoderado de ella. Había leído, en el final de la carta, el nombre de Felipe Astejan. Ahora bien : Monsieur Astejan era conocido en el castillo del conde de S... por ser el amante de Madame Dayssin, mujer de París muy rica, muy elegante, que venía todos los años á escandalizar la provincia, atreviéndose á pasar cuatro meses sola, en su castillo, con un hombre que no era su marido. Para colmo de dolores, era joven, viuda, linda y podía casarse con Monsieur Astejan. Todas estas tristes cosas, tales como las acabamos de decir, eran ciertas, y parecían, por otra parte, envenenadas en los discursos de los personajes tristes y grandes enemigos de los desórdenes de la flor

de la edad, que venían de visita algunas veces á la antigua mansión del buen tío de Ernestina. Nunca, en tan pocos momentos, había experimentado una felicidad tan pura y tan viva, que era el primero de su vida, y que fué reemplazado por un pesar tan punzador y desesperante. «Cruel; ha querido jugar conmigo—de-

cíase á sí misma—; ha querido dar fin á sus partidas de caza, enloquecer la cabeza de una jovencita, acaso con la intención de divertir á Madame Dayssin. ¡ Y yo que soñaba con casarme ! ¡ Qué inocencia ! ¡ Qué niñería ! ¡ Qué terrible humillación ! » Ante tan tristes pensamientos, Ernestina cayó desvanecida al lado del fatal árbol que desde hacía tres meses miraba tan á menudo. Después de media hora, á lo menos, la encontraron la doncella y el anciano botánico sin movimiento. Para colmo de desgracia, cuando se hubo dado cuenta y volvió en sí, vió á sus pies la carta de Astejan, abierta del lado de la firma y de manera que pudiera leerse. Se levantó rápida como un rayo, y puso el pie sobre la carta.

Explicó su accidente y pudo, sin ser observada, esconder la carta fatal. Hasta después de mucho tiempo no le fué posible leerla, pues su ama de gobierno la hizo sentar y no la abandonó. El botánico llamó á un labriego para que fuese á buscar un coche al castillo. Ernestina, para evitarse el responder á las preguntas sobre el accidente, fingió no poder hablar; un fuerte dolor de cabeza le sirvió de pretexto para tener el pañuelo en los ojos. El coche llegó. Después de instalarse en él, no se podría describir el dolor penetrante que invadió su alma durante el tiempo que tardó el coche en llegar al castillo. Lo que tenía de más penoso su estado era que se veía obligada á despreciarse á sí misma. La carta fatal que tenía en su pañuelo le quemaba la mano. La noche se acercaba mientras se le conducía al castillo; pudo abrir los ojos sin que se lo notaran. La vista de las estrellas, tan brillantes en una noche del mediodía de Francia, le consoló un poco. Experimentando los efectos de estos movimientos de pasión, en la ingenuidad de su edad, estaba bien lejos de poder darse plena cuenta. Ernestina debió, el primer momento, de llegar, después de dos horas del dolor moral más atroz, á una resolución enérgica. «No leeré esta carta, de la que no he

visto mas que la firma; la quemaré—dijo—en cuanto llegue al castillo.» Entonces pudo estimarse, al menos, como valerosa, pues el partido del amor, aunque vencido en apariencia, no había dejado de insinuar modestamente que esta carta explicaba, acaso de una manera satisfactoria, las relaciones de Monsieur Astejan con Madame Dayssin.

Al entrar al salón echó la carta al fuego. Al siguiente día, después de las ocho de la mañana, se puso á tocar el piano, que había olvidado durante dos meses. Cogió la colección de las Memorias acerca de la historia de Francia, publicadas por Petiot, y comenzó á hacer largos extractos de las Memorias del sanguinario Montluc. El anciano botánico se ofreció para darle un curso de historia natural, gracias á la habilidad que desplegó para pedirselo. Al cabo de quince días, este hombre sencillo como sus plantas, no pudo ocultar ni dejar de decir la aplicación asombrosa que notaba en su distinguida discípula; estaba maravillado. En cuanto á ella, todo le era indiferente; todas las ideas le conducían igualmente á la desesperación. Si tío estaba muy alarmado; Ernestina enflaquecía notablemente. Como tuvo por casualidad un pequeño ataque de reuma, el buen anciano, que contra lo corriente de las personas su edad no había fijado en sí mismo todo el interés que podía tomar en las cosas de la vida, se imaginó que la niña estaba atacada de tuberculosis. Ernestina lo creyó también, y debió á esta idea los únicos momentos tranquilos que tuvo en esta época; la esperanza de morir muy pronto le hizo soportar la vida sin impaciencia.

Durante todo un largo mes no tuvo otro sentimiento que el de un dolor, tanto más profundo cuanto que tenía su origen en el desprecio de sí misma; como no tenia ninguna experiencia de la vida, no pudo consolarse diciendo que nadie en el mundo podía sospechar lo que pasaba en su corazón, y que probablemente el hombre cruel que la traía tan preocupada no oodía adivinar la centésima parte de lo que ella había sentido por él. En ninguna pena en echar al fuego, sin leer, dos cartas, en cuya dirección reconoció la funesta letra inglesa:

Había hecho promesa de no mirar nunca más la hierba más allá del lago ; en el salón, nunca levantaba los ojos sobre las vidrieras que daban á ese lado.

Un día, cerca de seis semanas después del en que ella había leído el nombre de Felipe Astejan, se le ocurrió á su maestro darle una lección sobre plantas acuáticas ; embarcó con ella y se hizo conducir hacia la parte del lago que confinaba con el valle. Cuando Ernestina entraba en la barca, una mirada de refilón y casi involuntaria le dió la certeza de que no había nadie cerca al gran roble; apenas notó una parte de la corteza del árbol, de un gris más claro que el resto.

Dos horas más tarde, cuando volvió á pasar, después de la lección, frente al gran roble, creyó reconocer que lo que había próximo á la corteza del árbol era el color del traje de caza de Felipe Astejan, que, desde hacía dos horas, sentado sobre una de las raíces del roble, estaba inmóvil, como si estuviese muerto. Haciéndose esta reflexión á sí misma, el espíritu de Ernestina se sirvió también de esta palabra como si estuviera muerto, y esto la impresionó. «Si estuviese muerto, no tendría inconveniente en ocuparme de él.» Durante algunos minutos, esta suposición fué un pretexto para entregarse á un amor ya acjeclido y potente por la vista del objeto amado.

Este descubrimiento la turbó mucho. Al siguiente día, en la reunión, un cura vecino, que estaba de visita en el castillo, pidió al conde de S... El Monitor. Mientras que el viejo ayuda de cámara iba á buscar á la biblioteca la colección de los Monitores del mes, el conde dijo.

—Pero, señor cura, ¿ no sentís mucha curiosidad este año f ¿ Esta es la primera vez que me pedís El Monitor! «Señor conde— respondió el cura— : Madame Dayssin, mi vecina, me lo ha prestado mientras estuvo aquí; pero ha marchado hace quince días.»

Esta frase tan indiferente causó tal revolución en Ernestina, que creyó que iba á ponerse mala; sintió latir violentamente el corazón al oír las palabras del cura; lo cual le humilló mucho. ((¿ He ahí—se dijo ella—cómo he llegado á olvidarle !»

Aquella tarde, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sonrió. ((Sin embargo—se dijo—, se ha quedado en el campo, á ciento cincuenta leguas de París; ha dejado á Madame Dayssin marcharse sola.» Su inmovilidad sobre las raíces del roble le vino á

la imaginación y notó que su pensamiento se fijaba en esta idea. Toda su felicidad, desde hacía un mes, consistía en persuadirse que no estaba enferma del pecho; al día siguiente, se sorprendió al pensar que como la nieve comenzaba á cubrir las cimas de las montañas, hacía á menudo más fresco por la tarde ; pensó que era prudente tener y ponerse vestidos de más abrigo. Un espíritu vulgar no hubiera dejado de tomar esta precaución; Ernestina no pensó en ella sino después de las palabras del cura...

Se aproximaba el día de San Huberto, y con él la época del único gran banquete que se celebraba en el castillo durante todo el año.

Bajaron al salón el piano de Ernestina. Abriéndolo al otro día, encontró sobre las teclas un trozo de papel que contenía esta línea ;
((No gritéis cuando me veáis.»

Esto era tan corto, que lo leyó antes de reconocer la mano de la persona que lo había escrito : la escritura estaba desfigurada. Como Ernestina debía á la casualidad, ó más bien al aire de las montañas del Delfinado un alma firme, cier-

lamente antes de las palabras del cura sobre la meircha de Madame Dayssin, hubiera ido á encerrarse en su -habitación para no volver á reaparecer hasta después de la fiesta.

Al siguiente día tuvo lugar el gran almuerzo anual de San Huberto. En la mesa, Ernestina hizo los honores, colocada frente á su tío ; estaba vestida con mucha elegancia. La mesa presentaba la reunión casi completa de los curas y de los alcaldes de los alrededores, más cinco ó seis fatuos de provicia, hablando de sí mismos y de sus hazañas de guerra, de caza y hasta de amor, y, sobre todo, de la antigüedad de su raza. Nunca tuvieron el disgusto de hacer menos efecto en la heredera del castillo. La extraordinaria palidez de Ernestina, unida á la belleza de sus rasgos, llegaba á darle cierto aire de desdén. Los fatuos, que trataban de hablarla, se sentían intimidados al dirigirles la palabra. En cuanto á ella, estaban muy lejos de rebajar su pensamiento hasta ellos

Todo el comienzo del almuerzo transcurrió sin que ella viese nada de extraordinario; y empezaba á respirar, cuando al fin del almuerzo, levantando los ojos, encontró, frente á frente á los de ella, los de un campesino, ya de edad madura, que parecía ser el criado de un alcalde llegado de las riberas del Drac. Experimentó aquel

movimiento especial en el pecho, que ya le había causado la frase del cura ; sin embargo, no estaba segura de nada. El campesino se parecía á Felipe. Se atrevió á mirarle por segunda vez ; entonces no dudó; era él. Se había disfrazado de irianera que estaba muy feo.

Es tiempo de hablar algo de Felipe Astezan, pues aquello era una hazaña de hombre enamorado, y acaso encontraremos también en su historia ocasión de demostrar la teoría de las siete épocas del amor. Cuando hubo llegado al castillo de Lafrey con Madame Dayssin, cinco meses antes, uno de los curas que ella recibía en su casa para hacer lá

corte al clero, repitió una frase muy graciosa. Felipe, sorprendido al ver ingenio en la boca de tal hombre, le preguntó quién decía esta frase singular. ((Es la sobrina del conde de S***—respondió el cura : una muchacha que será muy rica, pero á quien le han dado muy mala educación. No transcurre ningún año sin que reciba de París una caja de libras. Temo mucho que haga una trastada final y que no encuentre con quien casarse. ¿Quién querrá cargar con tal mujer?», etc., etc.

Felipe hizo algunas preguntas, y el cura no pudo menos de deplorar la belleza de Ernestina, qué, ciertamente, le arrastraría á su pérdida; describió con tanta verdad el fastidio del género de vida que se hacía en el castillo del conde, que Madame Dayssin exclamó; ((¡Ah!, por favor, cesad, señor cura; me vals á hacer tomar horror á vuestras hermosas montañas.» ((No se puede dejar de amar un país en que se hace tanto bien—replicó el cura—, y el dinero que la señora ha dado para ayudarnos á comprar la tercera campana de nuestra iglesia lo testifica.» Felipe no le escuchaba ya ; soñaba con Ernestina y lo que debía pasar en el corazón de una jovencita olvidada en un castillo que parecía fastidioso, aun al mismo cura de la aldea ((Es preciso que yo la entretenga—se dijo á sí mismo—, la haré la corte de una manera novelesca ; esto suscitará algunos nuevos pensamientos en esta pobre niña.» Al siguiente día fué á cazar al lado del castillo del conde; apreció la situación del bosque, separado del castillo por el pequeño lago; se le ocurrió presentar un ramo á Ernestina, en homenaje ; sabemos ya lo que hizo con ramilletes y cartas. Cuando cazaba del lado del gran roble iba él mismo á colocarlos; los otros días enviaba á su criado.

Felipe hacía todo esto por filantropía; no pensaba en ver á Ernestina; le fué muy difícil y muy enojoso hacerse presentar en casa de su tío. Cuando Felipe distinguió á Ernestina en la

Iglesia, su primer pensamiento fué que era de buena edad para agradar á un jovencito de dieciocho ó veinte años. Le impresionó la belleza de sus rasgos y, sobre todo, una especie de ingenuidad noble, que daba carácter á su fisonomía. ((Hay sencillez en este carácter» — se dijo á sí mismo—; un instante después le pareció encantadora. Cuando la vió dejar caer su libro de horas al salir del banco señorial y recogerlo con una torpeza tan amable, soñó en amarla ; y esperó. Quedó en la iglesia cuando ella salió; meditaba acerca de un asunto poco divertido para un hombre que comienza á enamorarse; tenía treinta y cinco años y un comienzo de calvicie en los cabellos que podían dejar ver una hermosa frente á la manera del doctor Gall, pero que, ciertamente, añadía á su edad tres ó cuatro años más de los que tenía. ((Si mi vejez no lo ha echado todo á perder á primera vista—se dijo—, es necesario que dude de mi corazón para olvidar mi edad.»

Se aproximó á una pequeña ventana gótica que daba á la plaza, vió á Ernestina montar en coche; le adivinó una cintura y un pie, encantadores; la vió distribuyendo limos- #as; le pareció que sus ojos buscaban algo. ((¿Por qué —se preguntaba él—sus ojos miran á lo lejos, mientras que distribuye las monedas al lado del coche? ¿Le habré inspirado interés?»)»

Vió á Ernestina dar un recado á un lacayo; durante este tiempo, se enamoró de su belleza. La vió enrojecer, sus ojos estaban muy cerca de ella : el coche no se encontraba á diez pasos de la ventanita gótica ; vió al criado entrar en la iglesia y buscar algo en el banco del señor. Durante la ausencia del criado se cercioró que los ojos de Ernestina miraban más alto que la multitud que le rodeaba, y por consecuencia, buscaban á alguien ; pero este alguien podía muy bien no ser Felipe Astezan, que á los ojos de esta jo- vencita tenía acaso cincuenta, sesenta años, quién sabe

cuántos. A su edad, y con la fortuna que poseía, ¿no tendría un pretendiente entre los aguiluchos de la vecindad? Sin embargo, él no había visto á nadie durante la misa.

Después que el coche del conde hubo salido, Astezan montó á caballo, dió la vuelta por el bosque para cortar, encontrársela y se volvió rápidamente por el prado. En su inexplicable placer pudo llegar al gran roble antes que Ernestina hubiese visto el ramo y la cartita que había hecho llevar por la mañana; cogió su ramo, se introdujo en el bosque, ató su caballo á un árbol y se paseó. Estaba muy agitado ; pronto se le ocurrió esconderse en la parte más espesa de un bosquecillo, á cien pasos del lago. Desde este reducto, que le cerraba los ojos gracias á un claro en el bosque, podía descubrir el gran roble y el lago... ¡Cuál no fué su asombro al ver al poco tiempo después la barquita de Ernestina avanzar sobre las límpidas aguas que la brisa del Mediodía agitaba muellemente ! Aquel momento fué decisivo; la imagen de lago y la de Ernestina, á quien acababa de ver tan bella en la iglesia, se grabaron profundamente en su corazón. Desde aquel momento Ernestina tuvo algo que la distinguía á sus ojos de todas las demás mujeres, y no le faltó mas que la esperanza para amarla con locura. La vió aproximarse al gran roble con apresuramiento, y advirtió su pena al no encontrar el ramo. Este momento fué tan delicioso y tan vivo, que cuando Ernestina se alejó corriendo, Felipe creyó engañarse al adivinar en su expresión el dolor de no encontrar el ramo en el escondrijo del árbol. Toda la felicidad de su amor reposaba en esta esperanza. Decíase él : ((Tenía el aspecto triste al descender de la barca, y aun antes de aproximarse al árbol. Pero (respondía la voz de la esperanza) no tenía el aire triste en la iglesia ; estaba, al contrario, brillante de frescura, de belleza, de juventud y un poco turbada ; un chisporroteo vivísimo animaba sus ojos.))

Cuando Felipe Astezan no pudo ver á Ernestina, que estaba desembarcada bajo la avenida de plátanos del otro lado del lago, salió de su reducto convertido en otro hombre del que había entrado. Volviendo al galope al castillo de Madame Dayssin, no tuvo mas que dos ideas : <(Ha demostrado Ernestina tristeza no encontrando el ramo en el árbol ? Esta tristeza no procede sencillamente de la vanidad fracasada ?)» Esta suposición, más probable, terminó por apoderarse completamente de su espíritu y le sugirió todas aquellas ideas razonables que un hombre de treinta y cinco años se forja. Era demasiado serlo el asunto. Encontró mucha

gente en casa de Madame Dayssin; en el transcurso de la reunión, ésta se chanceó de su gravedad y de su fatuidad. No podía—decía ella— pasar ante un espejo sin mirarse. «Tengo horror—decía Madame Dayssin á esta costumbre de los jóvenes á la moda. Es una gracia que no teníais; procurad deshaceros de ella, ó yo os aseguro que os juego la mala pasada de hacer que quiten los espejos.» Felipe estaba azorado ; no sabía cómo disimular una ausencia que ya proyectaba. Desde luego, era cierto que se miraba en los espejos; pero era para ver si tenía aires de viejo.

Al siguiente día fué á situarse en el bosquecillo de que hemos hablado y desde donde veía muy bien el lago; se colocó, provisto de un buen antejo* y no dejó este albergue hasta la noche cerrada, como se dice en el país.

Al día siguiente llevó un libro; sólo que le hubiese costado trabajo decir lo que las páginas del libro decían; .pero si no hubiese tenido ningún libro hubiera deseado uno.

Al fin, con inexplicable placer, á eso de las tres, vió á Ernestina avanzar lentamente hacia la avenida de plátanos próxima al borde del lago ; la vió tomar la dirección de la calzada, 'ocada con un gran sombrero de paja de Italia. Se aproximó al árbol fatal; su aire era de total abatimiento. Con auxilio del antejo se afirmó de que tenía aspecto abatido. La vió

coger los dos ramilletes que él había colocado por la mañana, ponerlos en el pañuelo y desaparecer, corriendo con la rapidez del rayo. Este rasgo sencillísimo acabó de conquistarle su corazón. Esta acción tan viva, tan pronta, que no tuvo tiempo de ver si Ernestina había conservado el aire triste ó si la alegría brillaba en sus ojos. (Qué debía de pensar de esta decisión ¡especial ? ¿ Iba ella á enseñar los dos ramilletes al ama de gobierno? En este caso, Ernestina no era sino una niña y él más niño que ella en ocuparse de una jovenci'a. «Felizmente—se dijo él—no sabe mi nombre; yo sólo sé mi locura, y ya me he perdonado otras muchas...»

Felipe dejó con un aire muy frío su escondite y fué muy pensativo á buscar su caballo, que había dejado en casa de un campesino, á media legua de allí. «Es necesario convenir que aun sigo siendo un gran loco»—dijo, poniendo pie á tierra en la explanada del castillo

de Madame Dayssin. Al entrar al salón tenía una figura inmóvil, asustada, helada; no amaba ya...

Al día siguiente, Felipe se encontró muy viejo estando poniéndose la corbata. No tenía casi ganas de andar tres leguas para ir á encerrarse en un escondrijo, con el objeto de mirar á un árbol; pero no sentía deseo de ir á ninguna otra parte. «Esto es muy ridículo»— se decía—. Sí; (pero ridículo á los ojos de quién ? Desde luego es necesaria que nos ayude la suerte. Se puso á escribir una carta muy bien escrita, por la que, como otro Lindoro, declaraba su nombre y sus cualidades. Esta carta tan bien escrita tuvo, como se recuerda acaso, la desgracia de ser quemada sin ser leída por nadie. Las palabras de la carta que nuestro héroe escribió pensando en ella, al menos, la firma, Felipe Asiezan, merecieron sólo el honor de la lectura. A pesar de grandes razonamientos, nuestro hombre razonable no dejaba de estar encerrado en su escond.i- jo de costumbre, en el momento en que su nombre produjo

tanto efecto; vió el desvanecimiento de Ernestina al abrir su carta ; su asombro íué grande.

Al día siguiente se vió obligado á confesar que estaba enamorado : sus acciones lo indicaban. Volvió todos los días ai bosquecillo en que había experimentado seníacines tan vivas...

Madame Dayssin iba á volver muy pronto á París ; Felipe se hizo escribir una carta y anunció que dejaba el Delfinado para ir á pasar quince días á Borgoña, donde estaba su tío enfermo. Tomó la posta é hizo que volviese por otro camino, de tal modo, que no pasó un solo día sin ir al bosquecillo. Se estableció á dos leguas del castillo del conde de S *** en las soledades de Crossey, del lado opuesto del castillo de Madame Dayssin, y desde allí cada día venía á la orilla del lago. Vivió treinta y tres días seguidos sin ver á Ernestina ; no aparecía ni aun en la iglesia; oía misa en el castillo ; se disfrazó, y dos veces tuvo la alegría de ver á Ernestina. Nada le pareció poder Igualar la expresión noble y sencilla á la vez de sus rasgos. Se decía : «Nunca, cerca de tal mujer, conoceré la saciedad». Lo que consumía á Astezan era la extremada palidez de Ernestina y su aire de sufrimiento. Escribiría diez volúmenes, como Richardson, si comprendiera la labor de hacer notar las maneras cómo un hombre-al que desde luego no faltaba sentido y experiencia, explicaba el

desvanecimiento y la tristeza de Ernestina. Al fin resolvió tener una entrevista con ella, y para esto penetrar en el castillo. La timidez—¡ ser tímido á los treinta y cinco años !—se lo había impedido durante mucho tiempo. Sus medidas fueron tomadas con todo el cuidado y delicadeza posibles, y, sin embargo, sin la casualidad, que poco en boca de un indiferente la noticia de la marcha de Madame Dayssin, toda la pericia de Felipe hubiera sido inútil, ó, al menos, no hubiera podido, ver el amor de Ernestina sino en sus expansiones de cólera. Probablemente, se hubiera explicado esta cólera por el asombro de verse amada por un hombre de su edad; Felipe se hubiera creído despre-

ciado, y para olvidar este sentimiento penoso hubiese recurrido al juego ó á los bastidores de la Opera y hubiese llegado á hacerse más egoísta y más duro, pensando que la juventud había terminado ya para él.

Un semiseñor, como se dice en el país, alcalde de una Casa Consistorial de la montaña y camarada de Felipe para la caza de la gamuza, consintió en conducirlo, bajo disfraz de su criado, al gran comedor del castillo de S ***, donde fué reconocido por Ernestina.

Ernestina, sintiendo que enrojecía prodigiosamente, tuvo una idea horrible : «(Va á creer que le amo por casualidad, sin conocerle ; me despreciará como á una niña ; marchará á París, irá á reunirse con Madame Dayssin; no lo veré más.» Esta cruel idea le dió valor para levantarse y marcharse á su habitación. Al cabo de dos minutos fué cuando sintió abrir la puerta de la antecámara de su departamento. Creyó que era su ama de gobierno y se levantó buscando el pretexto para despedirla. Cuando avanzaba hacia la puerta de la habitación, esta puerta se abrió : Felipe estaba á sus pies.

«En el nombre de Dios, perdonadme este paso que doy— la dijo — ; estoy desesperado desde hace dos meses ; ¿ me queréis por esposo ?»

Este momento fué delicioso para Ernestina. «Me pide en matrimonio—se dijo—; nada debo de temer ya de Madame Dayssin.» Ella buscaba una respuesta severa, y á pesar de sus increíbles esfuerzos, acaso no encontró ninguna. Dos meses de desesperación estaban olvidados; ahora se encontraba en el colmo de la felicidad. Afortunadamente, en aquel momento se oyó abrir la

puerta de la antecámara. Ernestina le dijo: «¡ Me deshonráis ! ¡ No confeséis nada !—exclamó Felipe con voz contenida, y con mucha agilidad se ocultó en la pared y el lindo lecho de Ernestina, blanco y rosa. Era el ama de gobierno que estaba muy inquieta de la salud de su niña, y el estado en que la encontró le hizo aumentar sus inquietudes.

Esta mujer tardó en volver. Durante su estancia en la habitación. Ernestina tuvo tiempo de hacerse cargo de su dicha, y pudo recobrar su sangre fría. Dió una respuesta altiva á Felipe cuando la doncella hubo salido, y él estuvo á punto de asomar por su escondite.

Ernestina era tan bella á los ojos de su amante y la expresión de sus líneas tan severa, que la primera palabra de su respuesta dió á Felipe idea de que todo lo que había pensado hasta entonces no había sido sino una ilusión, pues no era amado. Su fisonomía cambió de repente, y no ofreció mas que la apariencia de un hombre desesperado. Ernestina, emocionada hasta el fondo del alma por su angustioso aspecto, tuvo, sin embargo, la fuerza suficiente para despedirlo. Todo el recuerdo que conservó de esta especial entrevista, es que cuando él le había suplicado que le permitiese pedir su mano, ella había respondido que sus negocios, así como sus afectos, debían llevarla á París. Había dicho él entonces que su única preocupación en el mundo era merecer el corazón de Ernestina, y que juraba á sus pies no dejar el Delfinado mientras ella estuviese allí, y no volver á entrar en su vida en el castillo que había habitado antes de conocerla.

Ernestina se creyó casi en el colmo de la felicidad. Al día siguiente volvió al pie del gran roble, pero bien escoltada por el ama de llaves y el viejo botánico. Volvió á encontrar un ramillete y una carta. Al cabo de ocho días, Astezan la había casi decidido á responder á sus cartas, cuando, una semana después, supo que Madame Dayssin volvía de París al Delfinado. Una viva inquietud vino á embargar los sentimientos en el corazón de Ernestina. Las comadres del pueblo vecino, que, en esta coyuntura, sin saberlo, decidían de su suerte y de su vida, y á quienes ella no perdía ocasión de hacer cantal claro y contar esos secretos, le predijeron que Madame Days-

sin, llena de cólera y de celos, había venido á buscar á su amante, Felipe Astezan, que se decía que había quedado en

el país con la intención de hacerse cartujo. Para acostumbrarse á las austeridades de la Orden se había retirado á las soledades de Crossey. Se añadía que Madame Dayssin estaba desesperada.

Ernestina supo, algunos días después, que nunca Madame Dayssin había podido llegar á ver á Felipe, y que andaba desesperada y furiosa por París. Mientras que Ernestina trataba de hacer confirmar esta dulce y agradable certeza, Felipe se daba á la más completa desesperación ; amaba apasionadamente y creía no ser amado. Se presentó, varias veces en el camino de Ernestina, y fué recibido de una manera que le hizo pensar que por sus tentativas había irritado el orgullo de su joven amada. Dos veces marchó á París, y dos veces, después de haber recorrido una veintena de leguas, volvió á su cabaña, en las rocosidades de Crossey. Después de haber concebido esperanzas, que ahora encontraba que eran esperanzas concebidas á la ligera, trató de renunciar al amor, y encontró todos los placeres de la vida deshechos para él.

Ernestina, más feliz, era amada y amaba. El amor reinaba en esta alma, que hemos visto pasar, sucesivamente, por los siete períodos diversos que separan la indiferencia * de la pasión.) en lugar de los cuales, el vulgo no distingue sino un solo cambio, cuya naturaleza no puede explicar.

En cuanto á Felipe Astezan, para castigarle de haber abandonado á una antigua amiga en las proximidades de lo que puede llamarse la época de la vejez para las mujeres, le dejamos víctima de uno de los estados más crueles en que puede caer el alma humana. Fué amado de Ernestina, pero no pudo obtener su mano. La niña se casó al año siguiente con un viejo teniente general muy rico y caballero de varias órdenes.

EJEMPLO DEL AMOR EN FRANCIA EN LA CLASE ALTA (I)

He recibido muchas cartas con ocasión de mi libro Del Amor. He aquí una de las más interesantes :

«Saint-Dizier, Junio de 1825.

No sé, mi querido filósofo, si podréis llamar amor-vanidad al menudo cálculo de vanidad de la joven francesa que encontrasteis el Verano último en las aguas de Aix, en Saboya, y cuya historia os he prometido contar, porque en toda esta comedia, muy vulgar, desde luego, no aparece nunca la sombra del amor, es decir, de la fantasía apasionada, exagerada por la dicha de la intimidad.

No vayáis á creer que por causa de esto no he comprendido vuestro libro; he hecho solamente mal de ojo á una palabra.

En todas las especies del género amor debería haber algún carácter común : el carácter del género es, propiamente, el deseo de la perfecta intimidad. Ahora bien : en el amorvanidad, ese carácter no existe.

(J) Víctor Jacquemont (el joven é ingenioso escritor, muerto en Bombay el 7 de diciembre de 1832), dirigió á Beyle la carta que va á conti' nuación. Beyle, después de haberla puesto en limpio, envió la copia á Víctor Jacquemont, con esta carta : «Mi querido coronel : Es imposible que, leyendo esto varias veces, no os dé una cantidad de hechos, ó, de otro modo dicho, matices. Añadidles á la izquierda en la página blanca. Hay buena fe en este relato, que había olvidado. Hay también algunas frases poco elegantes, que acortaremos. Si tuviese cincuenta Capítulos como éste, el mérito de

El AmoT sería real y constituiría una verdadera monografía. No os ocupéis de la decencia : éste es asunto mío.

He encontrado excelente un juicio de usted, de Septiembre de 1824, acerca del prefacio, que es detestable.

Tempestad.-

24 Diciembre, 1825.»

{Nota del editor francés.)-

Cuando está uno acostumbrado á la irreprochable exactitud del lenguaje de las ciencias físicas, le choca la imperfección del lenguaje de las ciencias metafísicas.

Madame Felicia Feline es una joven francesa de veinticinco años, que tiene ricas tierras y un castillo delicioso en Borgoña. Por su persona es, como usted sabe, fea, pero bastante bien hecha (temperamento nervioso-Imfático). Está á mil leguas de ser tonta ; pero es cierto que no posee ingenio; en su vida encuentra una idea fuerte ni picante. Como ha sido educada por una madre ingeniosa y en una sociedad muy distinguida, tiene el espíritu muy hecho á lo mecánico y rutinario ; repite perfectamente las frases de otros, y, con un aire de propiedad extraña, al repetir las, finge hasta el asombro y la sorpresa que acompañan á la invención. Pasa así entre las personas que la han visto rara vez, o de criterio limitado que la ven á menudo, por una persona encantadora y muy ingeniosa. En música es del mismo género de talento que en la conversación. A los diecisiete años tocaba perfectamente el piano, lo bastante para dar lecciones á ocho francos (que, naturalmente, no da, porque su posición y fortuna son muy brillantes). Una vez vió una ópera nueva de Rossini, y al día siguiente tocaba en su piano la mitad. Gran música por instinto, traduce con infinita expresión y de primera intención las partituras más difíciles. Con esta especie de facilidad, no comprende las cosas difíciles, lo mismo en sus lecturas que en su música. Madame Gherardi, en dos meses, hubiese comprendido (estoy seguro de ello) la teoría de las proporciones químicas de Berzelius. Madame Feline es, por el contrario, incapaz de comprender uno de los primeros Capítulos de Say ó la teoría de las fracciones continuas.

Ha tomado un maestro de armonía muy célebre en Alemania, y jamás ha comprendido una palabra.

Por haber recibido algunas lecciones de Redouté, sobrepuja en algunos respectos el talento de su maestro. Sus rosas son más ligeras aun que las de este artista. La he visto vanos años burlarse de sus colores, y nunca ha mirado otros cuadros que los de la exposición ; nunca, cuando aprendió á pintar flores (y entonces poseíamos las obras maestras de la pintura italiana), tuvo la curiosidad de ir las á ver. No comprende la perspectiva de un paisaje ni el claroscuro (chiaroscuro).

Esta inhabilidad del espíritu para percibir las cosas difíciles, es un rasgo de la mujer francesa ; en cuanto una cosa es difícil, le fastidia y la echa á un lado.

Esto es lo que hace que vuestro libro Del Amor no haya tenido nunca éxito entre ellas. Leerán las anécdotas y pasarán por sobre las conclusiones y se burlarán de todo aquello por sobre lo que hayan pasado. Soy muy cortés al poner todo esto en futuro.

Madame Feline, á los dieciocho años, hizo un casamiento de conveniencia. Se encontró unida á un buen hombre, joven, pues tenía treinta años, un poco linfático y algo sanguíneo, completamente antibilioso y nervioso, bueno, dulce, igual y muy tonto. No conozco hombre tan completamente desprovisto de talento. El marido tenía, sin embargo, mucho éxito en sus estudios en la Escuela Politécnica, donde yo le había conocido, y había hecho despuntar su mérito ,en la sociedad en que se había educado Felicia lo bastante para que se le perdonase su brutalidad que se extendía á todo, fuera del talento de dirigir superiormente sus minas y sus funciones.

El mando la festejó muy bien ; pero había puesto sus miras en un sér frío, al cual nada le convencía. Esa especie de tierna gratitud que los maridos inspiran ordinariamente á las muchachitas más indiferentes, no duró ocho días en ella.

Solamente al vivir así con él se dió cuenta muy pronto que se le había dado por esposo una bestia de los pies á la cabeza, y lo que es más afrentoso, una bestia algunas veces ridicula en el gran mundo. Pero se encontró más que compensada con el plaocer de haberse casado con un hombre muy rico y re-

cibir á menudo cumplimientos acerca del mérito de su marido.

Entonces le tomó desafección. El marido, que no era tan bien nacido como ella, creyó que se hacía la duquesa. Se alejó muy pronto de su lado. Sin embargo, como era un hombre excesivamente ocupado y muy poco difícil, y nada había más cómodo para él que su mujer, entre una cuenta de capataz, que había de releer, y una máquina nueva, que había de probar, intentaba algunas veces permitirse una pequeña expansión. Esta idea no dejó de cambiar en aversión la disciplicencia de su esposa, cuando hacía esto ante un tercero, ante mí, por ejemplo, porque así era él de torpe, ordinario y de mal gusto.

Creo que hubiera tenido la idea de interrumpirle á bofetadas si hubiese dicho y hecho estas cosas delante de mí á otra mujer. Pero yo reconocía en Felicia un alma tan seca, una falta tan completa de toda verdadera sensibilidad, y estaba impacientado tan a menudo de su vanidad, que me contentaba con agradecerle un poco cuando la veía sufrir en esta vanidad por su marido, y me alejaba.

La casa marchaba así hacía algunos años (Felicia no había tenido hijos). Durante este tiempo, el marido, viviendo en buena compañía cuando estaba en París (y no pasaba mas que seis semanas del Verano en sus fundiciones de Borgoña), adquirió un tono elegante y llegó á ser más distinguido : permaneciendo siempre bruto, cesaba casi enteramente de ser ridículo, y continuó teniendo grandes éxitos en su profesión, como habéis podido juzgar por las grandes adquisiciones que hizo después y por el último informe del jurado de la Exposición de los productos de la industria nacional.

A fuerza de ser repudiado por su mujer, Monsieur Felino imaginó, en cinco ó seis ocasiones, estar algo enamorado y de buena fe. Ella se hacía la interesante. La coquetería de Felicia en aquel tiempo consistía en decirle cosas amables en público y encontrar pretextos para

- estar seria y rígida en la conversación privada. Así, aumentaba los deseos de su marido, y cuando ella se dignaba permitirselo... él pagaba todas las cuentas de tapiceros, de Leroy, de Corcelet, y la encontraba aún muy moderada en sus gastos, que eran absurdos.

Durante los dos ó tres primeros años, hasta los veinte ó veinticinco de su edad, Felicia no había encontrado placer mas que en las satisfacciones siguientes ;

«Tener mejores y más bellos vestidos que todas las señoras jóvenes de su sociedad.

«Dar mejores comidas.

«Recibir más cumplimientos que ellas cuando tocaba el picino.

«Hacer gala de tener más talento que ellas.»

A los veintiún años comenzó la vanidad del sentimiento.

Había sido educada por una madre atea y en una sociedad de filósofos ateos. Había ido una vez justa á la iglesia para casarse, y aun esto no había sido de su agrado. Desde su casamiento leía toda clase de libros. Rousseau y Madame de Stael cayeron en sus manos : esto hizo época en su vida, lo que prueba hasta qué punto esos libros son peligrosos. Leyó en un principio el Emilio; á partir de aquella época fué cuando se creyó en el derecho de despreciar intelectualmente á todas las señoras que conocía. Advertid que Bo había comprendido una palabra de la metafísica del Vicario Saboyano.

Pero las frases de Rousseau estaban trabajadas muy sutilmente y eran muy difíciles de retener. Se contentaba con arriesgar algunas veces un punto de religiosidad para hacer efecto en una sociedad sin religiosidad y en que no se trataba de estas cosas mas que del rey de Siam.

Leyó Carina-, éste fué ,el libro que más leyó. Las frases son de efecto y se recuerdan bien. De ellas le quedaron multitud en la cabeza. Por la tarde escogía en su salón á

los jóvenes un poco brutos, y sin decirles oxe ni moxte les repetía muy bien la lección de la mañana.

Algunos cayeron en sus, redes; la creyeron una persona susceptible de apasionamiento y comenzaron á galantearla.

Sin embargo, no había llevado allí más que las gentes más vulgares y más inocentes de su salón; estaba casi segura de que no se mofarían de ella. El marido, ausente de su casa constantemente por sus negocios, y desde luego un buen hombre What then (¿qué me importa?) no se daba cuenta ó no se ocupaba de ninguna de éstas coqueterías de ingenio.

Felicia leyó la Nueva Eloísa. Encontró entonces que había en su alma tesoros de sensibilidad, y confió este secreto á su madre y á un añ anciano tío que le había servido de padre, los cuales se mofaron

de ella como de un niño. Persistió, no obstante, en afirmar que no podía vivir sin un amante, y sin un amante del género de Saint-Preux.

Había en su sociedad un joven sueco, que era un hombre muy gallardo. Al salir de la Universidad, cuando aún no tenía más de dieciocho años, se distinguió, en varias acciones de la campaña de 1812, y obtuvo un grado elevado en la milicia de su país; inmediatamente partió para América y vivió seis meses entre los indios. No era bruto ni ingenioso, pero era un gran carácter; ejecutaba actos sublimes de virtud y de grandeza. Desde luego era el hombre más simpático que he conocido; era de hermosa figura, y ademanes sencillos, pero prodigiosamente graves. De ahí las grandes demostraciones de estima y consideración en torno de él.

Felicia se hizo la siguiente composición de lugar ;

«Aquí está el hombre á quien trataré de agradar para tenerlo por amante. Como es el más frío de todos, en él la pasión me honrará más.»

El sueco Weilberg era muy amigo de la casa. Hace cinco años, en el Verano, se organizó un viaje con él y su marido.

Como era de costumbres excesivamente severas, y sobre todo, como no estaba enamorado de Felicia, la veía tal como era : muy fea. Desde luego, no se le había dicho al marchar á qué se le destinaba. El marido, á quien estos aires fastidiaban y que deseaba también sacar utilidad para él de un viaje proyectado para agradar á su mujer, la dejaba que marchara á cualquier sitio; iba y él entretanto á recorrer las fábricas y visitar los ingenios y las minas, diciendo á Weilberg : «Gustavo, os confío á mi mujer.»

Weilberg hablaba muy mal el francés, y no había leído nunca á Rousseau ni á Madame Staél, circunstancia admirable para Felicia.

La mujer se hizo la enferma, para desviar á su marido por el desprecio y para excitar la piedad del joven con quien quedaba sin cesar frente á frente. Para atraerle, le hablaba del amor que tenía á su marido y de su disgusto de que él le correspondiese tan poco.

Esta música no divertía á Weilberg, y la escuchaba sólo por cortesía. Ella se imaginó en terreno más adelantado ; le habló de la simpatía que existía entre ellos. Gustavo tomó su sombrero y se fué á pasear.

Cuando entró se encaró con él ; ella le dijo que le había injuriado, mirándolo como un comienzo de declaración una simple palabra de benevolencia. Por la noche, cuando iban en coche, apoyaba, su cabeza sobre el hombro de Gustavo, que lo soportaba por educación.

Viajaron así dos meses, gastando mucho dinero y aburriéndose aún más.

Cuando volvieron, Felicia cambió todas sus costumbres. Si hubiera podido enviar cartas y dar parte, hubiera hecho saber á todos sus amigos y conocimientos

que era víctima de una pasión violenta por Monsieur Weilberg, el sueco, y que Monsieur Weilberg era su amante.

Nada de bailes ni trajes; olvidó á sus antiguos amigos y cometió impertinencias con sus antiguos conocidos. Por fin, se condenó al sacrificio de todos sus gustos para hacer creer que amaba profundamente á este Monsieur Weilberg, especie de salvaje indio, coronel de la milicia sueca á los dieciocho años, y que aquel hombre estaba loco por ella.

Comenzó por indicarlo á su madre el día de su llegada. Su madre, según ella, era la culpable de haberla casado con un hombre que no amaba; debía, pues, actualmente, favorecer por todos los medios su amor por el hombre que ella había escogido y que adoraba; era preciso, pues, que persuadiera al marido para que estableciese ó colocase de alguna manera á Weilberg en su casa. Si no lo llevaba en seguida á su casa, amenazaba con ir á buscarlo á su hotel. La madre, como una Idiota, creyó esto, é hizo tan bien el papel, que Weilberg no podía tener otra casa sino la suya. Carlos le rogaba sin cesar ; la madre también le hacía tantas cortesías y demostraba tanto cariño, que el pobre joven, no sabiendo lo que se quería de él y temiendo excesivamente ¡faltar á personas que tan perfectamente le habían acogido, no podía rehusar nada.

Las mujeres lloran á voluntad, como sabéis. Un día que estaba yo solo en casa de Felicia, ésta se puso á llorar y, estrechándome la mano, me decía: «¡Ah, mi querido Goncelín; vuestra clarividente amistad ha comprendido muy bien mi corazón ! En otra época estabais á bien con Weilberg ; después de nuestro viaje habéis

cambiado ; parece que le tenéis ojeriza ! (No había tal cosa. Yo sabía á qué atenerme.) ¡Ah, amigo mío; no era fe-

lliz antes... Sólo desde ahora... ¡ Si supieseis todas las barbaridades que ha dicho Carlos durante el viaje !... ¡Si conocieseis mejor á Gustavo !... ¡Si supieseis qué cuidados tan tiernos, cuánta amabilidad!... ¿Podía yo resistir?... ¡ Si supieseis qué alma de fuego, qué pasiones espantosas en ese hombre de apariencia tan fría !... No, amigo mío; NO me despreciéis... Siento, ¡ ay de mí !, que me falta algo... Esta felicidad no es pura... Sé muy bien lo que debo á Carlos ; pero, amigo mío, ese espectáculo continuo de la indiferencia, de los desprecios del uno, de los cuidados y del amor del otro, y esa familiaridad obligada de la vida de viaje... ¡ Tantos peligros !... ¿Podía resistir á tanto amor? Y por otra parte, ¿podía resistir á sus violencias?», etc., etc., etc.

He aquí, pues, al pobre Weilberg, casto como José, acusado de haber violado á la mujer de su amigo, y era preciso creerlo, porque ella era quien lo decía, habiéndose vanagloriado de ello delante de dos personas conocidas mías y, sin duda, también de otras que no conozco.

La declaración suprascrita se parece mucho á la que ella me hizo; he conservado el recuerdo de sus impresiones. Pocos días después vi á una de las personas conocidas que habían tenido la misma confidencia. Le rogué que tratase de recordar los términos; me repitió exactamente la versión que yo había oído, y que me hizo reír. Después de su confesión, Felicia me dijo, tendiéndome la mano, que contaba con mi discreción, que debía ser con Weilberg el mismo de antes, y hacer como que no sabía nada. «La virtud salvaje de aquel hombre sublime le daba miedo.» Cuando la dejaba, temía siempre no volver á verle ; temía que por una resolución sin fundamento se embarcase de repente con rumbo á Suecia. Yo le prometí el más inviolable secreto acerca de esta conversación.

No obstante, todos los amigos de la familia encontraban indigno que aquel pobre Weilberg hubiese seducido á una

mujer joven en cuya casa había recibido hospitalidad, donde el marido le había ofrecido muchos servicios y en la que se había conducido hasta entonces muy rectamente. Le previne del papel tonto que se le hacía desempeñar. Me abrazó, y dándome gracias

por el aviso, me dijo que no volvería á poner los pies en aquella casa. Entonces me contó cómo había transcurrido ,el viaje.

Felicia, privada algunos días de Weilberg, que antes comía siempre en su casa, comenzó á fingir que se desesperaba. Dijo que era una indignidad de su marido el haber expulsado á hombre tan virtuoso. (Me había dicho á mí, y á otros dos, que este hombre tan virtuoso la había violado en el campo, al pie de un abeto, en el Schwartzwald, como conviene que estas cosas se hagan.) Dijo también, en términos corteses, que su madre, después de haberla servido de complaciente encubridora, le había soplado el amante. (Notad que la madre era una pobre mujer de sesenta años, que está atontada desde hace veinte.) Mandó á pedir á casa de un hábil cuchillero un puñal de lámina, de damasco, que hizo un día llevar á la mitad de la comida, y por la que yo 1** había visto pagar cuarenta francos, y guardar, ante todos nosotros, en su secretairé, al lado de su lacre. Una docena de mancebos de botica llevaron cada uno una botellita de jarabe de opio, y todas estas botellas reunidas componían un número considerable. Las guardó en su tocador.

Al siguiente día dijo á su madre que si ella no hacía porque Gustavo volviese, se envenenaría con el opio y se clavaría el puñal que había comprado con este objeto.

La madre, que sabía lo que se refería al amor de Weilberg. y temía el escándalo, fué á casa de éste. Le contó que su hija estaba loca, que parecía estaba enamorada de él, y que pretendía matarse si no volvía, diciéndole : «Volved á vuestra casa, humilladla mucho y os tomará rabia, y entonces no volveréis más.»

Weilberg era un buen hombre ; se apiadó de la anciana mujer, que venía así á rogarle, y consintió en prestarse á aquella enojosa comedia, para evitar el escándalo que la madre temía.

Así, pues, volvió. Felicia no le habló nada ; solamente le hizo algunos reproches amables respecto á su ausencia de cinco días. Cuando estaban -solos los dos, no se atrevía á hablarle de amor, desde Un día que él cogió su sombrero y se marchó cuando ella iba á comenzar una declaración. Weilberg adoraba la música y ella pasaba el tiempo sentada al piano, y como manejaba ese instrumento admirablemente, Weilberg quedaba extático y con gusto oyéndola. En público era muy diferente ; ella no hablaba mas que de

amor; pero era preciso confesar que ponía en ello mucho arte. Como, felizmente, él sabía bastante mal el francés, ella encontraba medio de hacer saber á todos los concurrentes que era su amante, sin que él pudiese comprenderlo.

Todos los amigos de la casa estaban en el secreto de la comedia ; pero los conocidos aun no lo estaban. Fué para ellos asunto nuevo la indignidad del proceder de Weilberg, y por esta causa se retiró éste otra vez y no quiso volver.

Felicia se metió en cama, é hizo comunicar á su madre que allí se quedaba hasta dejarse morir de hambre. Se negó a tomar algo más que el te ; se levantó á la hora de comer, pero no tomó absolutamente nada. Al cabo de seis días de este régimen- se indispuso gravemente y se mandó en busca de médicos. Declaró que se había envenenado y que no quería recibir cuidados de nadie, por lo cual todo era inútil. La madre y dos amigos estaban allí con los médicos ; dijo que moría por Mister Weilberg, que le había arrebatado el corazón. Por lo demás, rogaba que se comunicase esta triste confidencia á su pobre marido, que, felizmente, ignoraba todas estas cosas, etc.

No obstante, consintió por fin en tomar una píldora ; se le dió un vomitivo, y como no vivía mas que con te desde hacía seis días, vomitó tres ó cuatro libras de chocolate ; su enfer-

•J I ADULZA ATM»

medad, su envenenamiento no era mas que una espantosa indigestión. Ya lo había yo predicho. No sabiendo qué inventar para convencer á su madre y para obligarla á nuevos pasos que pudieran traer otra vez á Weilberg á su casa, la amenazó con confesárselo á Carlos. El marido, que hubiese creído á su mujer bajo su palabra, la hubiera abandonado indefectiblemente. Este escándalo era posible, pues; la madre marchó á hablar con Gustavo, que al fin consintió en volver. El y yo no nos veíamos mucho entonces; hacíamos un trabajo en común ; se había tomado interés por mí, y yo era el francés á quien quería mejor y con quien mejor trataba. Estuvimos juntos en unas cuantas ocasiones; me atraía el sueco. Yo le enseñaba la geometría descriptiva y el cálculo diferencial, pues había tomado tal pasión por las matemáticas- que á menudo me obligaba á rejuvenecer en nuestros libros mis recuerdos ya antiguos

de la Escuela Politécnica. Cogía yo después mi violín, y mucho más tolerante que usted, estaba con mucho gusto oyéndome durante horas y horas.

Felicia me hizo la corte para que yo fuese sin cesar á su casa ; sabía que era un medio de atraer á Weilberg. Una mañana que desayunábamos los tres juntos en su casa, imaginó dar una prueba de amor á Gustavo delante de mí, y afectó con él las confianzas de las personas que viven en la más completa intimidad. El otro, desde luego, no comprendió; al fin, ella puso tan exactamente los puntos sobre las ies, que hubo de comprenderlo ; me miró, se rió, y sin moverse, tragó su pedazo. Felicia, entonces, le propuso que le ayudase á ponerse el traje, á lo que contestó brutalmente : «j Por Dios ! ¿No tenéis una doncella para vestiros ?» Y entoces me dijo ella muy quedo al oído ; «Ya veis qué delicado es ; ¡estoy segura que ante vos no sería capaz de ponerme un alfiler en mi fichú.n

Sin embargo, no estaba tan contenta como me lo decía de la delicadeza y retraimiento de su supuesto amante. Recuerdo que esto sucedía un domingo de Pascua. Cuando hubr

mos terminado el almuerzo y tomado el te, dijo á su criado— «Pablo : dile á mi doncella que no necesito de ella y que aproveche este momento para ir á misa.»

Nos quedamos á tomar el te ; el criado no volvió á entrar, y ella se aproximó mucho al fuego. «Tengo mucho frío—dijo, tendiendo la mano á Weilberg—. ¿No es esto algo así como si tuviera fiebre ?» «A fe mía que no entiendo de eso; pero aquí Goncelín que está acostumbrado en el campo á ser médico de sus trabajadores—dijo—os lo debe conocer en el pulso; él os lo dirá». Yo le tomé el pulso. «Apenas tiene pulsacio- nes»—le dije—. «Es raro—respondió ella—; estoy no sé cómo; me parece que me voy á sentir mal. Esperad, pues me siento mal, me ahogo ; aflojadme el corsé, Gustavo; aflojadme... Goncelín : os ruego que me traigáis de la habitación de mi marido... «¿ Qué ?»—le dije—. (¡Benjuí para quemarlo ; está en su joyero». «Yo sé donde está—dijo Weilberg— ; yo voy; Goncelín va á ayudaros; vuelvo al instante.» Y volvió cinco minutos después.

Me había agradado el desatarla el corsé. Aparte la cara,, era muy joven, bien hecha, la piel blanca y suave. Se había descubierto el pecho; se hubiera dejado igualmente desnudar. Yo acariciaba

suavemente la parte descubierta y le decía ; «Vuestro corazón late muy dulcemente ; no tengáis miedo, no es absolutamente nada.» Fingió un ligero desvanecimiento. Weilberg, que expresamente estaba fuera bastante tiempo, entró por fin; colocó el benjuí en la chimenea y se puso de nuevo tranquilamente á comer galletas y á beber tazas de te. Felicia veía todo esto, haciendo que no veía, y no se movió. Así, pues, como yo había dicho á Gustavo que no tenía ninguna alteración en el pulso ni en la respiración, él dijo después : «Es muy extraño que, siendo así, lé haya dado un síncope.» Felicia volvió poco á poco en sí, se arregló y nos rogó que la dejásemos sola.

Como ella tenía gran interés en aparecer realmente desvanecida ante Gustavo, creo que si yo hubiese tratado de satisfacer un capricho, que no me petó, me hubiese dejado hacer, sin perjuicio de decir después que de mi parte había exceso de indignidad y de la suya exceso de mala suerte. Y advertid que. materialmente honesta hasta entonces y muy sensible, por otra parte, á este placer, hubiese consentido, ciertamente, ser así violada.

Felicia fue tan cruelmente humillada con esta manifestación de indiferencia de Weilberg hacia ella ante mí, á quien ella hablaba de él como del amante más apasionado, que cayó verdaderamente enferma. Weilberg, después de aquella escena ridícula, no quería volver á su casa. Sin embargo, como ella guardó cama algún tiempo, y como en otras ocasiones se le veía sin cesar en esta casa, para evitar que se notase su ausencia reapareció ; sus visitas, poco á poco, menudearon menos y concluyó no yendo, hasta que, al cabo de ocho meses, se ausentó por completo. Durante estos ocho meses. ella no cesó de representárselo á todos como su amante, aun á los que apenas frecuentaban la casa.

A Felicia le gustaba mucho la música. Como no tenía palco en los Bufos, en raras ocasiones iba allí. Un día, unos amigos nos prestaron su palco y ella arregló la manera de que Weilberg y la llevásemos. Su marido volvería y nos encontraría. Pero notad que entonces, en el fondo de su corazón, odiaba á Weilberg; le había obligado á ir por que se exhibiera con ella en el palco. Gustavo dijo que tenía mucho calor y salió del teatro, dejándome solo con ella. A fe mía que, como sin cesar él le hacía semejantes desaires, á partir

de- este día ella cambió de tono, y después de haber hablado durante un año de la pasión y del amor de Weilberg, comenzó á hablar de su inconstancia y de las penas que le causaba.

Al poco tiempo llegó á mis oídos que yo era ante el mundo su amante. Fui á verla, se lo dije, y añadí que no quería

pasar por serlo sin disfrutar al menos de las ventajas. La puse sobre mis rodillas y la traté bruscamente. Como sabía de un modo positivo que le era desagradable ser violada y sentía el peligro inminente de serlo, le dije que quería merecer el título que ella me daba, etc... Era de día; alguien podía entrar de un momento á otro en su habitación; tenía un miedo del diablo; me rogaba que la dejara ; me dijo que no había amado jamás sino á Weilberg y que no amaría nunca á otro. Al fin se desprendió de mí y tocó el timbre. Vino un criado, al que mandó encendiera el fuego y corriese las cortinas y sirviese el te. Salí. Desde entonces estamos casi enfadados. Ella dijo por todas partes que yo era una especie de malvada á lo lago ; que desde hacía algún tiempo sentía por ella una abominable pasión y que había alejado de su lado á su amante Weilberg. Ha llegado hasta enseñar, como declaraciones por mi cuenta, algunas cartas familiares amistosas que yo le) había escrito hacía seis años, cuando estaba con usted en Roma.

Ahora la vanidad de Felicia se cifra en otras cosas. Recita, hablando de Weilberg, frases tristes del tercer volumen de Carina; lleva el luto de una gran pasión; vive en el mundo; no gasta en trajes, pero da grandes comidas, á las que asisten viejos imbéciles, que pasan por haber sido personas de ingenio en otros tiempos, y que son pobres diablos que no comen en sus casas. Habla con admiración de lord Byron, de Canaris, de Bolívar, de Lafayette. Se la considera en su círculo de amistades como una persona infinitamente sensible y espiritual : casi está contenta de su suerte. Esto hace que su casa sea una de esas mansiones burguesas que detestáis tanto.

Tendréis razón en decir que esta enojosa historia no os servirá de nada, y es vulgar por su naturaleza. Todo es discurso en el amor- vanidad. Los discursos contados fastidian; la más pequeña acción vale más.

Además, no se trata aquí, á lo que me parece, del amor- vanidad, tal como lo entendéis vos. Felicia tiene un rasgo que le es peculiar ; conviene, á saber : que no encuentra desagradable ejercitar su oficio de mujer, y que la importaba muy poco, con respecto al hombre á quien titulaba amante suyo, hacerle creer que le amaba realmente.

Goncelin.

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**